HQÑ™

REGÁLAME UN INSTANTE

Aida Ramos



REGÁLAME UN INSTANTE

Aida Ramos

Lo miró embriagándose de la magia que escondían sus ojos. Nunca pudo imaginar que bastaría aquel instante para empezar a escribir su historia.

Alessia abandona Madrid para irse a vivir con su hermano Nico a Cudillero. Ambos tienen que superar aún la muerte de su padre y en ese tortuoso camino los dos hermanos encuentran el amor.

Alessia conoce a Isaac, quien fue en un tiempo inseparable de Nico, aunque ahora apenas se soportan. Alessia deberá lidiar con la enemistad de los dos hombres más importantes de su vida, la sobreprotección de su hermano y sus propios temores. Un camino lleno de tropiezos pero alumbrado por un faro con el que es difícil perderse.

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Aida Ramos
© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Regálame un instante, n.º 149 - febrero 2017

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-687-9472-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

Huir resultó ser una opción muy tentadora.

Eso fue lo que pensó Alessia cuando se encaramó al asiento del autobús que la llevaba a su nuevo hogar. Y la excusa que utilizó para responder a su traidora consciencia en cuanto esta empezó a arrepentirse de lo que estaba sucediendo. Madrid quedaba ya muy lejos, no había vuelta atrás, a pesar de que el cielo se había mostrado inamovible desde que enfilaron la carretera. Empezaba a abrirse un nuevo mundo rodeado de mar y montañas que asediaban los pequeños pueblos.

Hacía cinco años que su hermano Nico había decidido huir a aquel paraíso asturiano para aliviar con desesperación el dolor que les había dejado la muerte de su padre. El recuerdo era tan vivo que despertaba en cada rincón de la que había sido su vieja casa. Huir era la única solución que había encontrado.

Alessia aún recordaba la etapa de su niñez, no sin cierto resentimiento por la aflicción que sentía. Si cerraba los ojos le aparecía la imagen de la niña que fue, mirándola con los ojos verdes demasiado grandes, ávida por descubrir mundo y comérselo de un bocado. Escuchaba en su interior la sinfonía de versos italianos que inundaba el comedor cuando su madre se obsesionaba por enseñar a su padre a bailar. Era entonces cuando se escondía con su hermano detrás de los barrotes de la enorme escalera y los veía reírse y hacerse arrumacos que asqueaban hasta al más acostumbrado. No eran todos buenos recuerdos, puesto que los malos no tardaban en hacer acto de presencia, revolviéndose en sus entrañas con violencia. Y lo hacían cada vez con más frecuencia en sueños en los que resultaba imposible despertar:

—Ya no recuerdo su voz. —Lloraba desconsolada, mientras su hermano le hablaba con voz apagada, como si estuviera muy lejos de allí.

—No puedes olvidarlo tan pronto, Ale, retenlo en tu memoria, es lo único que no nos podrá quitar nadie.

Torció el gesto conmovida, al tiempo que abría los ojos para observar el paisaje y despojarse del pasado. Ella se consideraba una chica valiente, pero quizá no lo fuera. Su madre se había casado y la idea de convivir con su nuevo marido no le atraía demasiado. La situación le escocía un poco, aunque se lo negaba hasta la saciedad. Había sido ella la que la empujó a recoger los pedazos rotos y a recomponer su vida después de la tragedia. Solo le importaba que ella fuera feliz, pero una felicidad compartida hubiera sido mejor.

El autobús había llegado a su destino, pero las dudas seguían bailoteando en su cabeza. “Sigue siendo mi hermano, a pesar del tiempo y la distancia, su amor por mí no habrá cambiado”, se tranquilizó mientras planchaba con la mano su vestido arrugado y se unía a la cola de pasajeros que esperaba impaciente a bajar del vehículo. Hacía un día soleado y el gentío se arremolinaba cerca de los autobuses en la ansiada espera por ver a sus familiares. Pero por más que Ale buscaba con la mirada a Nico, no era capaz de

localizarlo. Cuando tuvo posesión de su maleta y la gente empezó a disiparse, una señora se atrevió a acercarse a ella con aire un tanto inseguro.

—¿Alessia?

Se dio la vuelta, confundida, y se encontró con una mujer que la miraba expectante.

—¿Eres tú, verdad? —le preguntó.

La observó de arriba abajo. Era menuda, de unos sesenta años, las arrugas alrededor de sus ojos azul oscuro lo confirmaban, pero no le restaban atractivo.

—Disculpe, ¿la conozco?

Ella sonrió triunfante y la abrazó cariñosamente.

—Lo siento, cielo, Nico me envió a buscarte. Soy Celia, una buena amiga. Te he reconocido al momento. Me dijo que eras muy guapa y que responderías enseguida a ese nombre. De hecho, no creo que haya nadie por aquí que se llame así —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Recordó como su hermano la había hablado infinidad de veces de una mujer que le había ayudado desde su llegada. Decía que tenía una fuerza vital innata, una persona que tan solo estar cerca de ella transmitía positividad. "Cuando la conozcas lo sabrás", le decía siempre. Supo de inmediato que era ella. Realmente transmitía una ternura difícil de explicar con palabras.

—Puedes llamarme Ale, Nico me ha hablado mucho de ti —dijo un poco más relajada.

—Bien, espero. Pero vamos, no nos quedemos aquí, debe estar deseando verte.

Casas de colores colgaban de las laderas y se abrían paso hacia el mar, como si de un cuento se tratase. Un escondite donde, contaban las lenguas, los primeros habitantes habían llegado huyendo de los piratas. Un faro desde un montículo de piedra carcomido por la sal custodiaba el pequeño pueblo de tradición pesquera. Vivían unos mil seiscientos habitantes. Los veranos las calles se llenaban de turistas, y a pesar de que las fiestas ya habían quedado atrás, el mes de setiembre aún daba suficiente trabajo a las tabernas y restaurantes del puerto. Carretera hacia arriba los caminos se estrechaban, se convertían en callejuelas y escalinatas empinadas, laberintos donde cualquier lugar se convertía en un mirador, con vistas privilegiadas hacia el mar. Y las montañas de su alrededor, que escondían aquel paraíso, parecían disponer de miles de rincones mágicos.

Celia sonrió al ver su expresión de asombro.

—Bienvenida a Cudillero, cariño.

Como caída del cielo, ella. Irradiando felicidad. Regalándole algo de alegría. Sí, no era un sueño, la tenía en sus brazos después de tanto tiempo.

Nico absorbió ese aroma conocido, aunque había cambiado ligeramente. Miró algo receloso a su hermana. Había crecido. ¡Oh, Dios! Demasiado rápido. Su hermanita de doce años era ahora una mujer. Disimuló ese miedo repentino con una sonrisa y le acarició la mejilla.

—Cuánto tiempo, Ale, estás… ¡guapísima!

Alta, piel blanca, ojos verdes, una trenza mal hecha que recogía su pelo largo castaño, mejillas sonrosadas y una sonrisa que iluminaría a cualquiera. Suponía que tardaría en acostumbrarse a su nuevo hogar. Y a la nueva persona que era él, porque también había madurado.

—Tú también estás genial, me alegro de que sigas llevando barba —dijo con ternura.

Le hacía más mayor. A fin de cuentas, tenía que transmitir seriedad. Regentaba un negocio y tenía a su cargo a dos empleados. Quién lo hubiera dicho, cuando salió de Madrid, durante meses se sintió fuera de sitio, golpeado por el mundo y sus desgracias.

—Ale, ¿por qué no te das una vuelta por tu nueva casa? Yo estoy contigo en un momento —le dijo mientras miraba a Celia.

Se había limitado a observar desde que había llegado. Era su estilo. Después sacaría conclusiones de lo que había visto. Adoraba a esa mujer, en ella había encontrado a la madre que nunca tuvo. Ale dejó la maleta en el suelo y subió escalera arriba.

—¿Tienes miedo, verdad? —le preguntó Celia.

—De repente estoy de vuelta allí, en mi casa de Madrid. Con mi padre. No creía que fuera a traerme su recuerdo.

—Ella no te lo ha traído. Tú lo tenías escondido. Y creo que es mejor así, ya sería hora que lo superaras, ¿no crees?

Le guiñó un ojo y se fue sin decir nada más. Y lo dejó más desconcertado de lo que estaba.

—¿Por qué tienes que irte? No lo entiendo.

El recuerdo de su hermana cuando tan solo era una niña era mucho más claro de lo que imaginaba. Aquel último día lo tenía grabado en su mente, solo que no se había permitido sacarlo a la luz. Para ser más fuerte, para no arrepentirse.

—Tu madre me ahoga. Y este sitio, ya no puedo más. Me vendrán bien otros aires.

Su hermana lo miró con lágrimas en los ojos. Sabía que en el fondo la traicionaba, pero ese egoísmo hacia ella iba a salvarlo.

—Me prometiste que todo saldría bien, ¡y me has mentido! ¿Ya no me consideras tu hermana? ¿Es eso?

—Siempre vas a ser mi hermana. Siempre voy a quererte. Piensa que esto no es un adiós, es un hasta luego.

La rabia que vio en sus ojos se le clavaría en el alma.

—Sé perfectamente que no vas a volver. Te odio.

Tardaría meses en recuperarla, pero ella era la fuerte. La que siempre encontraba felicidad allá donde fuera.

Cuando todo lo que nos rodea tiene que ver con lo que nos atormenta, es difícil hacer desaparecer el dolor. Él lo sabía. Por eso había huido de la casa donde su padre formó una familia con la italiana más bella que jamás había visto. Pero nunca se sintió partícipe de aquello. Hasta que llegó Ale. La recordaba a sus seis años, entonces le

gustaba bailar y cantar, y recordó el momento en que la llevó por primera vez a ver el mar, corría de un lado a otro asustándose de las olas, hasta que encontró la valentía suficiente para meter un pie y luego otro. Después la enseñó a montar en bici. Disfrutó de cada centímetro que ganaba con el paso del tiempo, marcándolo en la pared de su habitación, soñando con las proezas que conseguirían de mayores. Luego todo se derrumbó y no pudo vivir su adolescencia. Ahora, con diecisiete años que tenía Ale, no era capaz de asegurar que hubiera cambiado demasiado, si ella lo seguiría queriendo igual o, por el contrario, sería una persona totalmente desconocida para él. Con el paso del tiempo las personas crecían, progresaban… y a veces no olvidaban. Quizá le guardara demasiado rencor por abandonarla. Esa reflexión le hizo entristecerse aún más. Para ella, el reloj empezaba a correr dentro de aquella casa, pero para él ya había corrido demasiado. "Quizá no sea tan complicado", pensó. Y por momentos se arrepentía de su decisión. El cambio le daba miedo. Ni siquiera se había preguntado si quería cambiar realmente, todo había pasado demasiado rápido. Al principio, le invadió el entusiasmo pero ¿y si lo que había construido amenazaba con desaparecer? ¿Si no funcionaba con ella?

—Nico, ¿cuál es mi habitación?

De repente, salió de sus pensamientos. Ale estaba delante de él con los brazos sobre sus caderas.

—¿Tú habitación? Creo que olvidé prepararla… —dijo intentando disimular su sonrisa.

—No me tomes el pelo, dijiste que la habías decorado tú mismo.

Soltaron una carcajada. Aquello rebajó la tensión que tanto uno como otro sentían.

Subió a la segunda planta por la escalera de mármol y abrió la puerta de la habitación de la derecha. Entonces, aguantó la respiración. Deseaba con todas sus fuerzas que le gustara, porque le había llevado muchos quebraderos de cabeza decorarla. En concreto, le ocupó ocho días enteros. Buscando los muebles adecuados, el color de las paredes, el de las cortinas, incluso el de la alfombra. Con la ayuda de Elena, su secretaria, que era un sol. Aunque en el fondo de su corazón sabía que más que un sol era el amor de su vida. Pero no se atrevía a decírselo. Siempre esperaba esa señal del cielo que nunca llegaba, porque cuando se trataba de tu alma gemela, algo o alguien debían avisarte de ello. Como ocurría en las películas: todo iba a cámara lenta, sonaba la música romántica y los protagonistas se miraban con ojos incrédulos, ¿eres tú? Sí, soy yo. Y tenían la certeza de que no se equivocaban. Pero ahora no tenía tiempo de enamorarse, ya tenía suficiente con volver a ser hermano de alguien.

—Bien, ¿qué te parece?

Nico la miró, buscando en ella la confirmación de su acierto.

—Me encanta, es bonita.

Suspiró de alivio. "Un buen comienzo", pensó, al menos había sido coherente en sus gustos. Además, le había dejado la mejor habitación, la que tenía terraza y baño propio. Sabía que las chicas odiaban compartir el baño con un hombre.

—Oye, ¿te hace una pizza? Debes de tener hambre.

—¡Sí! —dijo ella tocándose la barriga instintivamente.

—Acomódate, voy a encargarla.

Hizo ademán de salir de la habitación, pero en el último momento volvió hacia ella y la besó en la mejilla.

—Gracias por venir. Te necesitaba.

Ella sonrió dulcemente y Nico salió escopeteado. Ale conocía de sobra su aversión a la hora de hablar de sentimientos.

"Vale, estoy aquí", pensó una vez se quedó sola. Miró a su alrededor. Un escritorio de aire rústico a la izquierda, un armario encastado a la derecha, pequeño, demasiado pequeño, pero no quería quejarse. Quería pensar que todo era perfecto. La cama era de matrimonio, ¿por qué la había escogido así? ¿Acaso creía que iba a traer a alguien allí? Sintió como se le revolvía el estómago. Ni siquiera le había hablado de chicos, se sentía demasiado incómoda. Una vez intentó explicarle que un amigo le había dado su primer beso con lengua, y solo sentir la palabra beso se puso furioso. Claro que eso fue a los trece años, quizá era demasiado pronto para él. Se dejó caer en la cama, era cómoda. Y sonrió, estaba aquí, que era lo que había estado deseando desde hacía años, no tenía por qué salir mal.

Capítulo 2

A veces, la vida amenazaba con desmoronarse. Quizá hacía tiempo que ya todo estaba en peligro y bastaba una señal, un pequeño detalle. Quizá algo tan estúpido como despertarse cinco minutos antes para que aquella sensación golpeara con fuerza.

Isaac observó a la mujer que restaba junto a él en la cama. Hoy era distinta, parecía no conocerla. O ya la conocía demasiado y no encontraba nada especial en ella. Cuando se acababa la magia de los primeros días te atrapaba la melancolía. Entonces pensó en aquella ilusión que había sentido al verla por vez primera.

Era un día lluvioso de otoño, las hojas de los árboles empezaban a caer y llenaban las calles. Un día poco adecuado para conducir, pero Juan, el encargado de la empresa de aventuras de la que era propietario, lo había llamado para que le ayudase a trasladar algunos caballos que tenían en libertad. Los campos empezaban a inundarse y se convertían en trampas de barro. De repente apareció ella, parada con su coche en medio de la calle.

—¿Algún problema? —le dijo intentando ser amable.

—Lo siento, se me ha parado de golpe.

La ayudó a apartarlo del camino y llamó a una grúa. Solo bastaron una mirada y una sonrisa para conquistarle. Días después se rindió a ella, y luego otra noche y otra noche… Creía que jamás se cansaría de sentirla cerca. Sin embargo, si el futuro deja de ser un misterio y todos los días parecen iguales, la magia se rompe. A nadie le gusta saber lo que le deparará el mañana, la rutina es la maldición de todas las relaciones. Muchas veces, le había preguntado a Juan cómo había conseguido aguantar treinta años junto a su mujer.

—Cuando te enamores de verdad, lo sabrás —contestaba.

Y después de haber pasado abrazado a ella toda la noche, le confesó que seguía sin entenderlo. Entonces escuchó su sermón, a veces Juan era como un padre.

—Yo a tu edad ya vi nacer a mi segundo hijo.

Quizá ahora las cosas no fueran como antes.

Observó a Carla en silencio de nuevo. Dormía tranquila y segura, sin saber lo que él pensaba. Pero a veces había sentimientos que eran mejor no confesar. Ella se movió hacia el otro lado de la cama. “Qué guapa es…”, pensó. Pero había aprendido que eso no era suficiente. Se levantó con la rabia contenida. Era culpa suya, al fin y al cabo, nunca se dignó a entenderlo. Siempre se limitaba a decir que era demasiado complicado.

—Pero eso fue lo que me enamoro de ti —decía con su peculiar sonrisa, se le formaban hoyuelos en las mejillas.

Aquello fue lo que le gustó de ella. Aunque dudaba que la hubiera amado algún día. Amar eran palabras mayores. Amar era darlo todo, llenar sus sentimientos solo de ella, respirar solo con ella, ser feliz gracias a ella. No, el amor no estaba a su alcance. Al menos, no por ahora. Él nunca desistía. Se lanzaba una y otra vez a por ese sentimiento incomprendido. Rebuscaba en sus emociones, ansioso por encadenarse a un futuro más

esperanzador. Porque a sus veinte siete años podía decir que lo tenía todo y era feliz, pero algo dentro de él faltaba por llenarse.

Sonó el despertador y lo paró antes de despertarla mientras suspiraba intentando tranquilizarse.

Definitivamente, su vida empezaba a desmoronarse.

Sin darse cuenta, el amanecer la sorprendió. Había pasado toda la noche dando vueltas en una tumbona en medio de su nueva terraza. Mirando las estrellas, quizá esperando en ellas el consuelo que necesitaba para enfrentarse a ese nuevo comienzo. Ahora los días ya no eran rutina y salir hacia lo desconocido a veces daba vértigo. Pero ella había aprendido a ser valiente y a afrontar los obstáculos con una sonrisa.

Había memorizado toda su casa: la cocina; el comedor; las habitaciones; la entrada y la carretera que llevaba hacia ella; las vistas y la terraza, de la que se había percatado que era la única que comunicaba con la casa de Celia. Era una casa antigua, saltaba a la vista, pero las continuas reformas habían ayudado a conservarla sin quitarle ese aire rústico. Principalmente, se constituía de dos plantas repartidas en comedor, cocina y habitaciones, pero su amplitud había permitido a los dueños anteriores convertirla en dos para poder compartir la herencia. Y con posterioridad, Celia la compró creyendo que algún día su hijo se quedaría la otra mitad, pero a este no le había parecido buena idea. La terraza era preciosa, largas correderas envolvían el balcón dejando a su paso unas flores rosáceas, había una mesa de mármol en el centro con seis sillas bien repartidas y dos tumbonas en la parte derecha para poder tomar el sol con unas vistas espectaculares de la costa. Supuso que Celia estaría al cargo de mantenerla, por ello estaba tan espléndida. Su hermano no tenía ni idea de cuidar flores y de decorarlo todo con tanto cariño. Para eso siempre había sido demasiado bruto. Su afición eran los vehículos de motor. Fuera lo que fuera era capaz de arreglarlo, y era lo que le había ayudado a mantenerse durante aquellos años.

Miró hacía el cielo y se dejó encandilar por los primeros rayos de sol. ¡Qué hermoso que era el amanecer allí! Ni rastro del sonido de la ciudad, de aquel ambiente estresante y malhumorado del que todo el mundo se contagiaba. Allí era más fácil sentirse libre. De repente, una gaviota sobrevoló el cielo con un pescado en la boca.

—¡Es increíble! —exclamó en voz alta.

Sonrió por su propio asombro. Nunca se había dado cuenta de que eso sucedía a su alrededor. A veces, los ojos se acostumbraban a ver lo que debían, y aquellos “pequeños grandes” detalles pasaban a un segundo plano.

Su buen humor estaba en alza, así que aprovechó para hacer el desayuno. Bajó a la cocina y rebuscó en los armarios. Su especialidad eran las tortitas, y a Nico le encantaban. Encontró la harina, los huevos, la mantequilla y el último cartón de leche. Hizo la masa y calentó una sartén con aceite. Estaba claro que Nico no solía comer allí, tanto la nevera como los armarios estaban prácticamente vacíos. Cogió la bandeja del horno y la usó para llevar el desayuno a la terraza. No podía perderse aquella mañana perfecta. Pero una vez allí, se sorprendió al ver a Celia con la mesa puesta y un gran surtido de pastas y galletas.

—Buenos días —dijo Celia con una sonrisa llena de ternura.

—Buenos días, parece que las dos hemos pensando lo mismo.

—No, cariño, este es mi pan de cada día. En realidad, me sorprende que hayas encontrado algo para comer en los armarios.

—Imaginé que Nico no cocinaba demasiado…

—No cocina nunca —dijo soltando una risita.

Dejó la bandeja en la mesa y se sentó a su lado. Celia le acercó la cafetera.

—No parece que hayas dormido demasiado.

—Necesito tiempo para acostumbrarme a él otra vez. Pero este sitio es precioso, creo que me va a gustar.

Miró de nuevo hacia la lejanía. La suave brisa del mar le rozó la cara y volvió a llenarse de fuerza para afianzar lo que acababa de decir.

—Y tu hermano al fin y al cabo sigue siendo un niño…

De eso no estaba tan segura. En ese momento, la puerta de la terraza se abrió y Nico apareció en pijama, con los ojos pegados y el pelo alborotado.

—Buenos días, Celia; hermanita…

—Creo que tú también necesitas café —dijo Ale con ternura.

Él se dejó caer en la silla, como si acabara de finalizar una maratón.

—Bueno, yo os dejo. La taberna no se dirige sola.

Celia le dio un beso a los dos y bebió su último sorbo de café a toda velocidad.

—Siempre llega tarde —dijo Nico con una sonrisa—. ¿Eso son tortitas?

Su tono de voz la hizo reír. Le acercó el plato y, mientras se untaba mermelada de fresa en una de ellas, pensó que realmente podría llegar a acostumbrarse. Ahora, esa era su nueva familia.

En la radio sonaba el *Blues del pescador*. Una canción muy adecuada para ese paisaje marinero. El buen tiempo seguía acompañando, pero las clases volvían a empezar, y aquel año le tocaba ser la nueva. Se había puesto sus mejores pantalones tejanos y una camiseta de manga corta color blanco. Sencilla y discreta, no quería llamar la atención. Aunque eso era inevitable. Rezó en su fuero interno para que lograra integrarse rápido. Su hermano no dejaba de marcar el ritmo de la música en el volante, parecía más nervioso que ella.

—¿No vas a llegar tarde al trabajo?

Se había empeñado en llevarla el primer día, los siguientes tendría que coger el autobús. El instituto estaba a unos cuatro kilómetros de su casa, en un pueblecito cercano llamado El Pito.

—Soy el jefe, ¿qué más da? —dijo guiñándole un ojo.

Sí, ser jefe tenía sus ventajas. Se sentía verdaderamente orgullosa de él, porque a pesar de haber tenido que empezar de cero, había conseguido hacerse un hueco. Estaba ansiosa por ver su taller de motos y conocer a la gente que lo rodeaba todos los días. Diez minutos más tarde, Nico paró el coche frente a un edificio grande y antiguo rodeado de jardines.

—Aquí es.

Ale miró a su alrededor, estupefacta. Al lado del instituto, un portón impedía el paso a un jardín aún mayor, un camino señorial que iba a parar a un gran palacio.

—Estás de broma —dijo incrédula.

—¿Qué ocurre?

—Nunca pensé que diría esto pero… es precioso.

—Sí, ¿verdad? Lo construyó una familia rica hace dos siglos.

Abrió la puerta y el sonido del gentío le invadió los oídos. "Vamos, tú puedes", se dijo a sí misma.

—Nos vemos esta tarde.

—En la taberna de Celia, llámame si hay algún problema. Y… buena suerte, hermanita.

Sonrió con dulzura y se alejó a toda velocidad. Mientras intentaba situarse para buscar la secretaría, se dio cuenta de que el instituto era más grande de lo que imaginaba. Cuando entró en el pequeño despacho, una mujer muy amable de unos cuarenta años, algo regordeta, la miró con curiosidad. Luego sonrió como si se confirmara a sí misma lo que estaba pensando. "Sí, soy la nueva, señora", podría haber dicho, pero se limitó a esperar con inquietud para que le entregara una hoja con sus horarios. Si ya no se sentía por sí sola objeto de toda atención, la secretaria insistió en acompañarla hasta la clase. El pasillo estaba abarrotado. Los niños corrían jugando a la pelota, las chicas se reían en grupo descaradamente y algunos ojos la miraban con curiosidad.

—Hemos llegado —dijo satisfecha de sí misma—. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en decirlo. Y bienvenida.

—Gracias —contestó ella sonrojándose.

Mientras se alejaba, dejando los ecos de sus pasos por el largo pasillo, delante de ella la clase número tres esperaba impaciente. Picó dos veces y entró mientras inspiraba hondo. Un hombre con principio de calvicie y unas gafas de pasta la miró sorprendido. Tras varios segundos que le parecieron eternos, el profesor cogió un papel y esbozó una ligera sonrisa.

—Chicos, esta es Alessia Martín… ¿lo digo bien? —le preguntó esperando su confirmación.

—Sí, aunque todo el mundo me llama Ale.

—¿Eres italiana? —preguntó una chica sentada en primera fila.

—No, nací aquí, pero mi madre lo es.

El recuerdo de su madre la incomodó un poco. Por un momento, deseó saber qué estaría haciendo, y la imaginó desayunando junto a Carlos, su nuevo marido.

—Ah, qué curioso —dijo el profesor, como si aquel dato resultara algo revelador—. Y viene de Madrid. Siéntate, Alessia, allí al final, con Sofía.

Se acercó al pupitre pensando que aquel hombre era idiota, le había dicho que la llamara Ale. No es que no le gustara su nombre completo, pero la mayoría de la gente no lo pronunciaba como realmente era. Solo su madre lo hacía con ese acento tan característico. Su compañera la miró intentando ahogar una risita.

—Este tío te llama como le da la gana —susurró, como si le acabara de leer el pensamiento—, a mí me llaman Sofi. Bienvenida.

—Gracias —le contestó con una sonrisa.

La observó de reojo sin que se diera cuenta. Llevaba el pelo teñido de rubio platino, recogido en un moño muy elegante. Se fijó también en la ropa: camiseta azul claro con pantalones Levi's ajustados y unas bailarinas blancas. Le hizo recordar a Laura, la amiga que había dejado en Madrid.

—¿Haces el humanístico no? —le preguntó en voz baja.

—Sí, ¿tú también?

—Sí, puedes venirte conmigo, quizás el día no se te haga tan complicado.

Dio gracias al cielo mentalmente por aquel golpe de suerte.

A la hora del desayuno, el único bar cerca del instituto se llenaba a rebosar. Sin competencia alguna, proporcionaba una pequeña tregua para los que también trabajaban cerca. Muchos de los que ahora en adelante serían sus compañeros desayunan allí. A Sofi no le faltó tiempo para presentárselos a todos. Parecía que disfrutaba haciendo de relaciones públicas. Resultaba cómico ver la soltura que demostraba en ello. Le dio la sensación de que era una persona que iba con la sinceridad por delante. Se habían pasado la mañana hablando entre clase y clase y se sorprendieron de que las dos aspiraban a estudiar periodismo, aunque a Sofi le llamaba más la atención el mundo editorial. Ale evitó decir que la verdadera razón de su vocación periodística era su padre. Cuando murió dirigía una revista de gran importancia. Pero apenas mencionó nada, aún no estaba preparada para contárselo tan abiertamente. En cambio, ella se explayó explicándole casi toda su vida. Nació en Cudillero y su padre era pescador, tradición que fue pasando de hijo a hijo. Así que su hermano de catorce años ya empezó a aprender algunas cosas desde que era pequeño. Su madre trabajaba en la guardería desde hacía ya veinte años, toda una veterana. Muchos de los que vivían allí se habían visto crecer, pero a pesar de todo, eran gente abierta.

—¿Así que ahora vives con tu hermano? ¿Los dos solos? Yo acabaría a hostias —le dijo Sofi mientras le daba un mordisco a su cruasán.

—Siempre nos hemos llevado bien.

—¿Dónde trabaja?

—Tiene su propio taller de motos.

Sofi la miró sorprendida.

—¡Claro! ¡Ahora caigo! Nico, ¿verdad? Alguna vez le he llevado la moto para que la arreglara.

Ella asintió. Pero Sofi parecía estar dando vueltas a algo en su cabeza.

—¿Y qué es lo que ha sucedido para que de repente estés aquí?

Suspiró mientras miraba su café con leche demasiado azucarado. Ahora ya no tenía escapatoria pero ¿por dónde empezar?

—Bueno… mi padre murió en un accidente de coche hace cinco años, y Nico decidió marcharse, nunca se llevó bien con mi madre.

—¿Sois de madres diferentes?

—Sí, ella conoció a mi padre cuando Nico tenía seis años. Pasó un infierno después de su muerte, pero se volvió a casar hace dos semanas. No es que no me guste su nuevo

marido… es que no puedo encajarlo en la misma casa donde mi padre convivió con nosotras.

—Ya veo, creo que a mí también me resultaría complicado.

Siguió mordisqueando su desayuno evitando hacer alguna pregunta más, cosa que agradeció. La historia de una vida desestructurada no era la mejor conversación.

Una vez el autobús la dejó en el pueblo se dirigió a la taberna de Celia. No le costó demasiado encontrarla. La Posada estaba en la plaza de la marina, el centro de Cudillero, que rodeado de las colinas llenas de casas daba la sensación de estar en un anfiteatro. Allí todos los restaurantes tenían como plato estrella el marisco. Y el de Celia no podía ser menos. No tenía cabida para más de treinta personas, pero el lugar era bastante acogedor y familiar. Rodeado de conchas y redes para darle ese toque marinero, mesas y sillas de madera con aire rústico, una barra enorme y una vitrina llena de artículos de pesca antiguos y algunas fotos. Encontró a Celia despachando vino a un hombre que parecía haber bebido demasiado para ser las tres de la tarde.

—Hola, bonita, ¿cómo ha ido tu primer día?

Ale intentó buscar una palabra en su cabeza que lo describiera a la perfección. Al fin y al cabo no había sido tan horrible.

—He sobrevivido —dijo complacida mientras Celia no parecía nada convencida de ello.

—¿Te pongo algo de beber?

—No, solo quería saber si Nico había pasado por aquí. Tenía que venir a recogerme.

—No, cielo, seguro que aún está en el taller. Agustín le llevó una máquina de cortar césped para que la arreglara.

—¿Una máquina de cortar césped?

—Sí, hija, aquí cada uno se tiene que ganar la vida con lo que puede.

Ella suspiró, decepcionada por su plantón, pero tampoco podía reprocharle nada, la estaba manteniendo sin darle nada a cambio.

—Entonces, volveré andando.

—Deja, que llamo a alguien para que te lleve.

—No hace falta…

—¡Isaac! —gritó sin hacerle caso.

Un chico moreno que estaba sentado al final de la taberna levantó la cabeza. Celia le indicó que se acercase. Se levantó de la silla, resoplando como si lo hubiera interrumpido de algo importante. Mientras se acercaba, Ale lo miró de reojo intentando disimular su curiosidad. Era un chico alto y musculado. Iba bastante bien arreglado, con unos vaqueros ajustados y una camisa blanca remangada hasta los codos. Pero lo que más le impactó una vez lo tuvo cerca fueron sus ojos. Eran de un azul claro muy intenso, que destacaban sobre todo por su piel morena y hacían de él un chico realmente atractivo.

—Anda, por qué no acercas a la chiquilla, tiene un buen rato hasta su casa.

—Celia, de verdad que no hace falta. Además, así tendré la oportunidad de conocer más el pueblo —dijo nerviosa.

—Mi hijo sabe lugares preciosos que podría enseñarte —contestó ella, sin disimular en absoluto el orgullo que sentía por él.

Ale sonrió sorprendida. Estaba delante del hijo de Celia. Tenían cierto parecido, el color de pelo y los ojos azules. De todos modos, aquel chico la miraba fijamente sin decir nada, algo que la incomodaba bastante.

—No hace falta, de verdad —dijo, dirigiéndose a él por primera vez.

—No importa, te llevaré.

Y salió por la puerta dando por hecho que lo seguía. Ella miró de nuevo a Celia, y esta asintió con una sonrisa para que se diera prisa en salir. Fuera, Isaac ya tenía puesto su casco y la esperaba con otro en la mano al lado de una moto de color verde, una Kawasaki Ninja muy bien cuidada. Casi podría haber pasado por nueva si no hubiera sido por el arañazo de la parte derecha del carenado. Se puso el casco, veloz, mientras él se subía a la moto. Rugió con estruendo al encenderse. Isaac le ofreció la mano para subirse en la parte trasera. La aceptó y de un salto se colocó a su espalda.

—Te recomiendo que te sujetes fuerte…

Apenas le dio tiempo a decir nada, ya estaban en camino. Como le había dicho, tuvo que cogerse de su cintura al vuelo. Cuando abrió los ojos se encontró en una cuesta bastante empinada y estrecha que no alcanzaba a recordar.

—¡No es por aquí! —gritó.

Al menos no era el mismo camino que había recorrido con Celia el primer día. Desde luego, por allí no pasaba un coche.

—Sé perfectamente dónde vives, esto es un atajo.

Claro, que estúpida, también había sido su casa. Y también debía conocer a Nico. Aunque le extrañó que su hermano nunca le hubiera hablado de él. Tras cinco minutos de sortear otras callejuelas a gran velocidad, la moto se paró justo delante de aquella casa de color rojo.

—Gracias, Isaac, supongo… —dijo sintiéndose torpe.

Él esbozó una sonrisa burlona.

—Sí, me llamo Isaac, y tú eres la hermana de Nico, de nombre poco fácil de recordar.

El tono de su voz le resultó molesto, parecía estar mofándose de ella. Además, su nombre no era tan complicado.

—Alessia, pero si me llamas Ale quizá no sea tan difícil.

—A-le-ssia —dijo pronunciando cada sílaba—. ¿Ale? ¿En serio? —preguntó incrédulo.

Aquello ya fue demasiado. Además de ser alguien de pocas palabras, era bastante desagradable. Le entregó el casco sin apenas mirarlo y se dispuso a entrar en casa. Entonces se arrepintió e hizo algo que nunca habría hecho en otras situaciones, teniendo en cuenta que había tenido la amabilidad de traerla hasta allí, pero algo en él la sacaba de quicio.

—Por cierto —dijo mientras se acercaba de nuevo—, si el próximo paseo es como este, te aseguro que no volveré a subirme.

Isaac la miró sorprendido durante unos segundos y luego soltó una carcajada.

—Tranquila, no tengo la necesidad de volver a llevarte, Lessi —dijo, esbozando una sonrisa tan espléndida y arrebatadora que la dejó perpleja y sin palabras con las que defenderse.

Y se puso el casco para salir escopetado cuesta abajo sin ni siquiera despedirse. ¿Cómo la había llamado? ¿Lessi? Al recordar el tono de su voz remarcando su nombre le vino un cosquilleo al estómago. Nunca la habían llamado así. Ni cuando era una niña, o en boca de su hermano que la adoraba. Se quedó varios segundos pensativa, hasta que la brisa del viento la devolvió a la realidad. No, nunca la habían llamado así, en ese tono más cariñoso, más cercano.

Isaac llegó a su casa en pocos minutos. Delante de la puerta la esperaba ella. Casi se había olvidado de su encuentro. Pero hoy no le apetecía verla. Ni ayer, ni días atrás. Llevaba tiempo arrastrando una carga que ya no quería seguir soportando, y después de dos meses aquello se alargaba demasiado. Ella no era la adecuada, ni nunca lo fue. Pero su simpatía y su dulzura le habían ablandado el corazón y desde el primer momento no supo decirle que no. Se acercó a Carla con la mirada fija en el suelo. Le costaba más de lo que creía.

—Llevo diez minutos esperando —dijo algo molesta.

Isaac la miró seriamente. Su pelo moreno ondeaba al viento de forma muy natural. Tenía un pelo precioso, siempre se lo había dicho, y sus ojos hablaban por sí mismos de lo que sentía. Y hoy tenían miedo, como si ya supiera lo que ocurría.

—Carla, tenemos que hablar.

—¿Qué pasa?

—Algo va mal… desde hace días. Y no quiero hacerte daño, sabes que nunca he querido…

—Pero lo haces continuamente.

—Porque no puedo evitarlo…

Carla resopló. Intentaba aguantarse las lágrimas, pero aquello la superaba. Había hecho todo lo posible para gustarle, para hacer duradera esa relación. Y ni siquiera había podido conseguir que la quisiera un poco.

—Deja de excusarte. No necesito razones, ya las sé, eres incapaz de abrir tu corazón, y si sigues así acabarás quedándote solo. Muy solo.

La observó mientras se alejaba. Sabía que le guardaría rencor durante mucho tiempo, que la gente lo culparía a él, que su madre volvería a decirle que tenía ganas de verlo asentar la cabeza. Pero ya estaba acostumbrado a todo aquello. Ya no le importaba.

Capítulo 3

—¡Despierta, dormilona!

Nico zarandeó a su hermana con cuidado. Eso le hizo recordar buenos momentos. Cuando eran pequeños y se despertaban en mitad de la noche para pillar in fraganti a Santa Claus y volvían frustrados a la cama pensando que quizá él ya se había dado cuenta de sus planes y había sabido cómo esquivarlos. O cuando le contaba cuentos de miedo y tenía que acabar durmiendo con ella para que su padre no le regañara por asustarla.

—Pero ¿qué hora es?

—Las siete y media.

—Nico… hoy empiezo a las nueve.

—Lo sé, pero hay algo que quiero enseñarte.

Ale lo miró con los ojos entreabiertos y se dio prisa a salir de la cama. Adoraba las sorpresas. Bajaron la escalera de dos en dos y Nico la llevó hasta la puerta de entrada.

—A partir de aquí, ojos cerrados.

Ella obedeció a regañadientes. Abrió la puerta y la condujo hacia la calle.

—Vale, ábrelos.

—¡Vaya!

Una Vespa de color negro apareció delante de ella.

—Es mi regalo de bienvenida —dijo con ternura.

—Nico… no era necesario.

Se abrazó a él fuertemente y le dio un beso en la mejilla.

—Pero te gusta, ¿verdad?

—¡Claro que sí! Es genial, ¿pero no crees que es un regalo un poco caro?

—En realidad, ha sido un trueque con un cliente que me debía dinero. No te preocupes, hermanita.

Ale se acercó a la moto y la inspeccionó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Puedo llevármela al instituto?

—¡Claro! La compré para que pudieras moverte a tu antojo.

—¿Corre mucho?

—Alcanza los cien.

—Está bien —dijo emocionada.

—Pero no tienes por qué ir a esa velocidad, es peligroso.

De repente sintió una punzada de preocupación. Si le pasara algo no se lo perdonaría. Y se sintió como un padre, viendo cómo sus hijos crecían y quedaban cada vez más expuestos al peligro de la vida. Como el suyo, cuando le dio su primer sermón sobre seguridad vial y la importancia de ponerse siempre el casco.

—¿Estás pensando en papá, verdad? —dijo ella con una media sonrisa—. Estoy segura de que lo aprobaría. Sufriría cada vez que la cogiera, pero no diría nada. Él era así, como tú, siempre se guardaba las cosas dentro.

—¿Por qué dices eso?

—Porque desde que llegué no has dicho nada sobre él. Ni siquiera tienes una triste foto —dijo molesta.

—¿Y qué? —contestó a la defensiva—, no me apetece recordarlo, ni hablar de él, duele demasiado.

—No tiene por qué doler si no quieres, Nico.

En sus ojos vio compasión. Ella era fuerte, pero él no. Cada palabra era como una punzada, y ese día aún estaba demasiado presente.

—Tengo que irme a trabajar.

Cogió las llaves de la furgoneta y se marchó sin decir una palabra.

Condujo deprisa. Quizá para alejar sus pensamientos, pero estos no se marchaban tan fácilmente. ¿Por qué había querido estropear aquel momento? Quizá él se había pasado esos primeros días esquivando el tema, pero no quería volver a hundirse. Delante de ella no. Se suponía que era el hermano mayor. Aunque fuera una carga demasiado grande para él, no tenía intención de rendirse a la primera de cambio. Le hubiera gustado decir que a pesar del tiempo y las circunstancias era feliz, pero la felicidad era algo tan surrealista que a veces le parecía una invención de alguien a quien se le ocurrió tener algún objetivo en la vida. ¿Qué era de las desgracias? ¿Esas que lo perseguían constantemente sin apenas dejarlo respirar? Era el tiempo la cura de todo aquello que lo atormentaba, pero quizá cinco años no fueran suficientes. En ese rincón, escondido para no verlo, buscó la foto prohibida y volvió a revivir el ayer, preguntándose si no hubiera podido ocurrir de otra manera, o simplemente que no hubiera ocurrido jamás. Si el pasado pudiera cambiarse y pudiera ser dueño de su destino.

Minutos más tarde, la furgoneta paró justo delante del cartel Motos Nico. Debajo de él una persiana blanca con un grafiti de un chico con el pelo alborotado y un mono gris le hizo sonreír. Aunque la suciedad y la grasa lo habían degradado un poco, aún era perfectamente reconocible. Y allí, junto a la puerta, Elena. Tan hermosa como siempre. Hoy llevaba el pelo suelto. Lo tenía ligeramente ondulado y de un color castaño rojizo. Los ojos color miel centelleaban siempre que lo miraba y se sonrojaba cuando esbozaba una sonrisa. Era de piel muy clara y sus mejillas estaban cubiertas de pecas diminutas que le daban un aspecto infantil.

—¿Ocurre algo?—le preguntó cuándo llegó hasta ella.

—Me olvidé las llaves en casa.

Él asintió forzando una sonrisa. Ni siquiera su preciosa imagen borraba esa extraña conversación con su hermana.

—¿Todo bien con Ale?

Miró a Elena sorprendido. ¿Cómo era capaz de saber siempre lo que pensaba?

—¿Le gustó la moto?

—Sí, tenías razón, le ha encantado.

—Te lo dije. Ahora solo falta que le enseñes el taller. Y que la conozca, tengo ganas de verla.

—La llamaré para decirle que venga después de clase.

—Bien.

Nico se apresuró a entrar en el vestidor. Cogió su móvil y escribió: "Siento haberme ido así. Conduce con cuidado y esta tarde te espero en el taller". Suspiró, sintiéndose algo más relajado, y deseó tener fuerzas para volver a hablar con ella. Ale era muy testaruda, y aquello solo había sido su primer intento.

El cielo podía presumir de un azul espléndido. Las gaviotas volaban bajo, atentas a los deliciosos bocados que algunos tiraban a la salida del bar. Aunque las temperaturas ya no eran tan calurosas como días atrás, la terraza, a esas horas de la mañana, no era aconsejable, el sol aún era demasiado molesto.

Ale miró a las chicas que la rodeaban. Sentadas en la mesa, no dejaban de hablar de fiestas y cotilleos. No hubiera imaginado que un pueblo tan pequeño diera tanto de sí. Aunque era algo preocupante saber que casi todo lo que hiciese llegaría a boca de todos al día siguiente, pero a pesar de eso, habían conseguido hacerla reír, porque después de la huida de Nico se sentía algo confusa. Quizá no había elegido bien el momento, ni la manera de decirlo, y el mensaje que le envió más tarde tampoco la había convencido mucho.

—Este sábado podríamos salir y enseñarle a Ale cómo nos divertimos, ¿no? —dijo Laura.

Era una chica menuda y alocada con el pelo corto castaño.

—¿Pero es que aquí tenéis discoteca?

—Eh, ¿qué insinúas? ¡Aquí es todo muy cultural pero cerca hay más mundo! —dijo Sofi.

Todas se echaron a reír. De repente, unos ojos que poco tenían que envidiar al cielo azul se toparon con ella. Su mirada era tan profunda que la hizo sonrojar y apartó su vista de él. El corazón empezó a latirle con fuerza mientras unas mariposas empezaban a merodearle en el estómago. Se atrevió a mirar de nuevo y le vio junto a la barra. Pantalones tejanos ajustados y camisa gris. Él le devolvió la mirada y esbozó una sonrisa autosuficiente.

—Vaya, Ale, Isaac te ha sonreído —dijo Sofi.

—¿Lo conoces? —preguntó Laura sorprendida.

—Ayer Celia lo engatusó para que me llevara hasta mi casa, supongo que no pudo decirme que no.

Laura soltó una carcajada.

—¡Estás de broma! Isaac dice que no si le da la gana. Y poco le importa lo que pienses. Cualquier chica se moriría por estar con él, pero es un tanto inalcanzable —dijo mirando a Erica.

Esta le dedicó una mirada hostil y Laura borró su sonrisa de golpe.

—La hermana de Erica salía con él, pero ayer la dejó —dijo intentando dar una explicación a aquel cambio de actitud.

—Carla lo quería mucho, pero parece que para él nada es suficiente. O quizá ya ha encontrado un juguete nuevo —dijo mirándola con rabia.

Se levantó arrastrando la silla con fuerza y se dirigió a la barra a pagar su desayuno.

—No se lo tengas en cuenta, solo se siente mal por su hermana —comentó Sofi.

Las tres se levantaron también y fueron a pagar la cuenta. Mientras esperaba junto a la barra, observó a Erica alejarse hacia el instituto, parecía muy molesta.

—Hola, Lessi.

Esa voz resonó en su interior como un eco, dando un vuelvo a su corazón. Se dio la vuelta hacia él, la miraba expectante, con aquella sonrisa alegre, chulesca.

—No me llamo así —dijo con dureza.

—Pues me has contestado.

—¿Qué pretendes?

—Ser amable, pero parece que los Martín no entendéis de humor.

—Quizá el problema seas tú, si no, ¿por qué Nico no me ha hablado de ti?

Él ladeó la cabeza como si quisiera encontrar una razón.

—Últimamente no me tiene en demasiada estima.

—¿Acaso sois amigos?

—Éramos —dijo recalcando esa palabra con fuerza—. Amigos, socios, familia, en fin… que te lo cuente él.

El camarero se dirigió a ella para darle la cuenta. Buscó a Sofi y a Laura, pero habían desaparecido.

—Deja, ya te invito —dijo poniendo un billete de diez euros en la mesa, dando por hecho que aceptaba.

—No, no hace falta. —Y se lo devolvió.

—¿Una que se te resiste, Isaac?

El camarero parecía divertirse; ella lo miró con cara de pocos amigos.

—Es una chica con carácter —contestó Isaac, como si quisiera excusarla.

Volvió a poner el billete de diez euros encima de la barra y la sonrió de nuevo, tan increíblemente perfecto, frustrante y cabezota.

—Si sigues negándote llegaras tarde, Lessi, yo nunca me rindo.

Desde luego, era persistente, pero ella no pretendía caer de rodillas a sus pies sin más.

—Bien, pero no esperes que te dé las gracias, las chicas con carácter no hacemos eso.

Y se acercó hacia la puerta de salida con la cabeza alta y aire triunfante, sin darle la oportunidad de decir nada más.

En la entrada del instituto, Laura y Sofi esperaban impacientes. Nada más verla se lanzaron hacia ella emocionadas.

—¿Qué te ha dicho? —dijeron casi al unísono.

Suspiró mientras ponía los ojos en blanco.

—Me ha invitado al desayuno, es un imbécil.

—¡Ale! ¡Qué amable! —exclamó Sofi sin entender su reacción.

—Vaya, sí que le interesas.

Laura la miró con veneración. Por Dios, era guapo, puede que algo más que guapo, pero no era para tanto…

—A mí no me interesa, solo sabe divertirse a mi costa —contestó molesta.

Sofi sonrió para sí. Sabía por experiencia que cuanto más se empeñaba uno en quitar importancia a las cosas, más se aferraba a ellas.

Corrieron por el pasillo, libres, después de dos horas interminables enganchadas a un libro demasiado aburrido de literatura clásica. Cuando salieron por el gran portón un paisaje rodeado de campos verdes y casas desperdigadas las saludó. Y allí, en un triste aparcamiento su Vespa negra, impecable y reluciente.

—¿Qué te parece?

Sofi observó la moto, incrédula.

—¡A mí no me hacen regalos así todos los días! ¡Es genial! Tu hermano sabe cómo ganarte.

—Oh, vaya, Nico, había olvidado que tengo que ir a verlo al taller.

—¿Sabes cómo llegar? —preguntó con una media sonrisa.

Ale se encogió de hombros. Era un pueblo pequeño, pero tanto verde le hacía verlo todo de la misma manera.

—Vamos, te acompaño.

Sofi se subió a su moto, una escúter de color blanco, y abrió el camino. La siguió por una carretera recta que parecía no tener fin. Aprovechó para pisar el acelerador y comprobar que, efectivamente, llegaba a los cien por hora. Giraron por una callejuela hacia la derecha repleta de casas viejas y, entre una de ellas, una persiana abierta de par en par dejó entrever un taller repleto de motos y *quads.*

—Es aquí —dijo Sofi cuando frenó a su lado—. Por cierto, nos hemos apuntado al periódico del instituto.

—¿Nos hemos? —preguntó alzando la voz.

—Eran las últimas plazas, además nos vendrá bien para ir desarrollando nuestra vena periodística —dijo esbozando una sonrisa llena de inocencia, como si eso bastara para perdonarla.

Después de aparcar la moto, entró en el taller despacio. Un chico joven desatornillaba la rueda de un *quad* con una máquina que emitía un sonido estridente. La miró extrañado, pero enseguida siguió con su trabajo. El suelo era grasiento, y estaba lleno de piezas a un lado y a otro. Aunque desde fuera le había parecido un local antiguo, era muy espacioso. Al fondo del taller divisó el despacho con unas grandes cristaleras, que permitían controlar la zona de trabajo. Nico hablaba animadamente con una chica de unos veinte años. En cuanto abrió la puerta los dos se quedaron en silencio.

—Ale, no te esperaba tan pronto.

—Estaba ansiosa por que me enseñaras el taller —contestó alegremente, aunque en el fondo sus palabras sonaron un tanto tirantes.

Se acercó a ella y le rodeó la espalda con el brazo.

—Ella es Elena, mi secretaria.

Esta le dedicó una sonrisa encantadora y le dio dos besos.

—Hace unos dos años que empezó a trabajar para mí. Acaba de sacarse un máster en Finanzas y también es licenciada en Económicas —dijo orgulloso.

Elena lo miró con cierta adoración mientras se sonrojaba ante las explicaciones de su hermano.

—Vaya, ¿y qué haces trabajando para él?

Los dos se pusieron serios al oír su comentario. Su hermano la miró como si intentara preguntarle mentalmente a qué venía aquello.

—Eso ha sido muy grosero —dijo finalmente.

—No quería ofender. Es solo que si tuviera tu formación no me quedaría en un taller de pueblo.

—Supongo que un taller de pueblo me llena más que el trato frío que dan en otros sitios. —Sonrió dulcemente.

Ale asintió. Estaba enamorada de Nico, saltaba a la vista. La atmósfera entre ellos era empalagosa. La misma sensación que tenía cuando Carlos y su madre estaban juntos, al principio era molesto, sobre todo cuando las personas implicadas era incapaces de interpretar aquel lenguaje tan evidente. Los gestos, las sonrisas tiernas hacia el otro y el nerviosismo propio de una adolescente en su primera cita. Y las eternas dudas. A Nico le iba a costar media vida lanzarse, era demasiado precavido.

Nico le enseñó todo el taller, y le presentó a Luis, su aprendiz. Como imaginaba, era muy joven, diecinueve años. Aunque su hermano solo tenía veinticuatro años su madurez le hacía parecer mucho mayor.

—Tienes varios *quads* —observó.

—Sí, el hijo de Celia tiene un centro de aventuras cerca de aquí. Suele traérmelos a mí.

—¿Te refieres a Isaac?

—¿Celia te ha hablado de él? —le preguntó extrañado.

—En realidad, lo conocí hace unos días. Me llevó a casa con la moto.

Nico abrió los ojos de par en par.

—No quiero que vuelvas a hacerlo, corre demasiado —dijo con severidad.

"Ya estamos", pensó Ale, y puso los ojos en blanco sin que se diera cuenta. Empezaba a reconocer su expresión cuando le saltaba aquella alarma sobreprotectora.

—Creía que no tenías ninguna relación, me dijo que antes erais amigos.

—Es una simple relación comercial. La decidió él, como siempre. De un día para otro Juan vino a hablar conmigo para que fuera su taller oficial. Ni siquiera vino en persona, típico de él. Es incapaz de pedir perdón, su orgullo se lo impide —dijo escupiendo cada palabra con rabia.

Era evidente que aún lo tenía muy reciente. En realidad, Nico no olvidaba, era rencoroso con las personas y con el mundo en sí, y reacio a coger nuevos caminos. Aún no se creía que hubiera tenido las agallas suficientes para abrir su propio negocio. Pero era cuando lo invadía la rabia o la tristeza que se movía por impulsos que lo llevaban a cambiar su vida radicalmente. Uno de esos arrebatos fue el que lo sacó de Madrid.

—Me mencionó que fuisteis socios, creía que el taller lo habías abierto tú solo.

—Y así fue.

Suspiró y la condujo de nuevo a la oficina. Su despacho no era más que un cuarto dentro de la misma oficina, sin ventanas y una luz demasiado tenue que hacían de aquella estancia un sitio lúgubre. Se acomodó en la silla de las visitas y apuntó

mentalmente redecorar aquel antro como tarea pendiente. Nico se sentó delante de ella y se masajeó la sien como si quisiera encontrar las palabras adecuadas. Observó que su mesa estaba perfectamente ordenada, cada papel en su sitio y la mesa impoluta.

—Cuando llegué aquí estaba completamente perdido —empezó—. Conseguí una casa pequeña y vieja por un mísero alquiler y empecé a trabajar de cualquier cosa que me iba saliendo. Solía ir a la posada a tomar un café por las mañanas, así fue como conocí a Celia e Isaac. Celia es pura bondad y enseguida congeniamos, muchas veces me quedaba hasta tarde para ayudarla a cerrar. E Isaac y yo entablamos una buena amistad, salíamos de copas juntos y logré hacer muchas amistades. Pero de repente, de un día para otro, me quedé sin trabajo, tenía que pagar las letras del nuevo coche que me había comprado, la comida y todos los gastos de la casa. Hasta que un día no tuve suficiente para el alquiler. Los primeros meses Celia me dejaba dinero, no es algo de lo que esté orgulloso, pero en aquel momento lo necesitaba más que nunca. Se lo devolvía haciendo algunas horas en la posada, pero no era suficiente.

—Podrías habernos llamado, mamá te hubiera dejado dinero —lo interrumpió Ale.

—Sabes que no lo hubiera hecho nunca. Lo último que quería era demostrarle a tu madre que me había equivocado. Celia acabó por alquilarme su casa, y meses después Isaac abrió el centro de aventuras con el dinero que le dejó su padre, y decidió contratarme. Empecemos haciendo rutas en *quad* y senderismo. En un abrir y cerrar de ojos todo iba viento en popa. Conseguí ahorrar dinero, aporté una parte y me hice socio de la empresa. Un año después teníamos *segways* y hacíamos rutas a caballo. Pero para Isaac nada es suficiente, siempre ha sido muy ambicioso. Discutíamos continuamente, quería comprar más terrenos, contratar a más gente, buscar más opciones de ocio para ofrecerle a los clientes… en fin, fue demasiado para mí.

El miedo aterrador de volar alto, Nico no estaba hecho para enfrentarse a los retos difíciles, o quizá el simple hecho de pensarlo ya le daba vértigo.

—Yo me conformaba con ganar lo suficiente para vivir. Él no. Él quería triunfar. A pesar de todo, lo admiro. Lucha por lo que desea sin importarle nada.

—Sin importarle dejarte atrás —dijo Ale.

Él esbozó una sonrisa triste.

—Me llamó cobarde, pero él no sabe lo que es perderlo todo.

—Y empezar de cero… —dijo ella sintiéndose conmovida por aquellas palabras—. ¿Te arrepientes?

Nico cambió la cara por una más alegre, como si hubiera enterrado de nuevo aquellos recuerdos y hubiera vuelto al presente.

—¿Estás de broma? Esto de no rendirle cuentas a nadie tiene sus ventajas.

—Cierto, escaquearte del trabajo y sincerarte con tu hermana —dijo con cara de niña buena.

Él miró el reloj, sorprendido, se habían pasado una hora hablando. Pero para asombro de Ale no le importó, soltó una carcajada y se levantó de repente de la silla.

—¿Qué te parecería si te enseñara Aventura Astur? —dijo refiriéndose al centro de aventuras.

—¿Seguro que es buena idea?

No quería enfrentarlos y poner las cosas peor de lo que estaban, pero la ilusión que puso en esas palabras la convenció.

A pocos kilómetros de distancia, el centro de aventuras estaba rodeado de llanuras verdes, sin embargo, en las cercanías disfrutaba de un paraje más frondoso formado por bosques, pequeñas montañas y playas rodeadas de naturaleza casi intacta. Cudillero tenía aquellas ventajas, costa y montaña convivían en perfecta armonía dentro de un paisaje único. Un cartel de madera indicaba la bienvenida a Aventura Astur y daba paso a un amplio aparcamiento de tierra. A escasos tres cientos metros había tres casitas de madera dispuestas en fila y rodeadas por un césped bien cuidado. Tenían aspecto de bungalós, cada una del mismo tamaño y con unas escaleras que subían a un pequeño porche. Dos de ellas tenían un cartel identificativo que señalaban la oficina y el vestuario.

—¿Nico? ¿Eres tú?

Un hombre de unos cuarenta y tantos años se acercó a su hermano sin disimular su sorpresa. Él sonrió y lo saludó con afecto, dándole una palmada en la espalda.

—Juan, ¿cómo estás? Quería enseñarle a mi hermana todo esto. Ha cambiado mucho.

Ale miró a su alrededor, en un cercado de madera dos caballos pastaban tranquilamente. Nico estaba enzarzado en una conversación banal sobre el estado de la familia de Juan y aprovechó para acercarse. Ya no recordaba la última vez que había montado a caballo. Cuando tenía trece años su madre la llevó por primera vez a una hípica, le gustó tanto que la convenció para que le pagara unas clases. Nunca se había sentido tan libre como entonces, volando al galope con Nira, una yegua parda que parecía adivinar sus movimientos antes de hacerlos. Sentía la adrenalina recorrer todo su cuerpo, los músculos del animal debajo de ella y el mundo a su alrededor acelerando a toda velocidad. Sonrió mientras tocaba el hocico del caballo. Se sintió niña. Otra vez.

Desde la lejanía reconoció su voz. Era dulce, casi melódica. Aunque esta vez el tono era mucho más cariñoso, más relajado. Thor, su semental de aires árabes le lamía la mano y la hacía reír. “Que listo eres”, pensó para sí. Porque deseaba estar en sus carnes. Era hermosa y eso era malo, muy malo. Además de ser joven era la hermana de Nico. Y eso no podía estar más prohibido. Sobre todo cuando ellos no se tenían demasiado aprecio. Se acercó por su espalda despacio mientras contemplaba de cerca su pelo, a pocos centímetros de ella el olor a flores frescas le invadió la nariz.

—Me gustan las chicas con carácter —susurró.

Ella se dio la vuelta asustada y lo miró con la misma cautela de otras veces, como si desconfiara de él.

—Ya sé cómo eres —dijo aparentando tranquilidad, aunque no dejaba de darle vueltas al anillo que tenía en su dedo índice.

—¿Y cómo soy?

—Egoísta, ambicioso y prepotente.

Esbozó una sonrisa. Se imaginaba la respuesta, inducida seguramente por la versión distorsionada de Nico.

—No deberías juzgarme sin conocerme.

—Es lo que dice todo el mundo.

—Siempre hay dos caras en la moneda, ¿cómo sabes que es la correcta?

Ella no dijo nada. Sus ojos verdes lo observaron durante unos instantes y se soñó buceando en ellos todos los días. Pero desechó ese pensamiento de inmediato.

—Fuiste demasiado injusto.

Él la miró fijamente y no pudo evitar reconocerle parte de razón. Aquello aún estaba presente en su vida, su madre se lo recordaba continuamente. Pero él solo tenía en mente sus últimas palabras de desprecio, mientras tiraba todos sus papeles del escritorio y juraba no volver a pisar aquel lugar. Hoy rompía el juramento. Quizá algo estaba cambiando. Pero confiar en él ya le había resultado una ardua tarea, no estaba acostumbrado a compartir sus ingresos con nadie. En el poco tiempo que lo hicieron solo consiguieron peleas, aunque tenía que reconocer que él tenía buenas ideas. Muchas de ellas las usó posteriormente.

—A lo mejor fue injusto, pero ya no se puede volver atrás.

—Podrías pedirle perdón.

Él soltó una risita.

—Me pides demasiado para lo poco que me conoces.

Entonces, ella sonrió. Y no fue una sonrisa de cortesía, una de verdad. De esas que iluminaban los ojos. Solo para él. Suspiró intentando relajarse, no podía dejarse llevar de aquella manera. Solo era una maldita niña de instituto. Pero es que por vez primera no deseaba lanzarse sin más, le apetecía ir despacio. Admirarla, conocerla, saber lo que pensaba. Esa sensación lo empeoraba todo. ¿Por qué la vida era tan cruel?

—¿Eso quiere decir que estarías dispuesto a intentarlo?

—Siempre y cuando te dejaras invitar por mí sin quejarte… quizá podríamos llegar a un acuerdo.

—Déjate de acuerdos, odio que me inviten.

Él soltó una carcajada.

—Eres imposible.

—¿Y eso es bueno o malo? —dijo ladeando la cabeza en gesto divertido.

“Demasiado bueno para ser verdad”, pensó. En ese momento apareció Nico y su buen humor se fue al traste.

—¡Qué sorpresa! —exclamó cuando llegó hasta ellos.

—He venido por mi hermana—aclaró.

—No podía ser de otra manera.

—Ale, deberíamos irnos.

Asintió sin decir nada. Nico parecía nervioso, se había atrevido a venir después de tanto tiempo y ahora quería irse corriendo sin apenas enfrentarse a él, pues no se lo iba a poner tan fácil.

—Aún no lo has visto todo. Podríamos coger un todoterreno e ir a dar una vuelta para ver los terrenos de más arriba. —Y le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—¿Los has comprado? —le preguntó.

No pudo esconder su sorpresa. Era lo que buscaba. Siempre creyó que no lo conseguiría. El viejo propietario resultó ser muy testarudo, pero él podía llegar a ser muy insistente si se lo proponía.

—Costó lo suyo, pero ya ves, nada es imposible.

Él le dedicó una mirada resentida y cogió a Lessi por el brazo.

—Tenemos cosas que hacer, ¿verdad?

—Sí, quizá otro día —contestó atropelladamente.

Era evidente que quería evitarle el mal trago. De repente, oyó gritar a Juan. Reconoció la figura de Carla caminando a grandes zancadas, parecía furiosa. "Maldita sea, ahora no", se dijo mientras se acercaba a ella, pero antes de poder decir nada le tiró unas llaves a la cara, pudo cogerlas al vuelo.

—¿Te has vuelto loca?

—Vengo a devolverte lo que es tuyo, ya no lo quiero.

— No era necesario hacerlo de esta manera.

—De la misma manera que lo haces tú, ¡bruscamente y sin importarte nada! —gritó mientras una lágrima recorría su mejilla.

—Baja la voz, te recuerdo que estoy en el trabajo —dijo ahogando su rabia entre dientes.

Miró de reojo a Lessi, los observaba atentamente. Nico la volvió a coger del brazo y se la llevó hacia un lado.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan cotilla? —Le oyó decir.

Carla parecía haberse calmado, en sus ojos solo había dolor. Deseó hacerle entender que para él también era complicado, pero ya lo había dejado en ridículo y no le apetecía ser comprensivo.

—Ya has montado tu espectáculo, ¿hay algo más que quieras decirme?

—Lo siento, no debería haber empezado así. Quizá podríamos hablar, intentar…

—No hay nada que intentar —la interrumpió—, no lo hagas más complicado.

Buscó a Nico y a Lessi con la mirada, pero ya no los vio. Acompañó a Carla hasta la entrada y mientras la despedía en el coche vio la furgoneta de Nico pasar por el camino de tierra a toda velocidad, levantando una gran polvareda. "De la misma manera que se fue la última vez, se va ahora. Cobarde."

Capítulo 4

Aulló el viento, tan fuerte que pareció un relámpago surcando el cielo negro. En aquel lugar tan solo el frío lo rodeaba, y el hielo, a su paso, hacía crujir las paredes de la estancia. De repente, recordó las imágenes distorsionadas de un pasado roto, quebrado por la angustia. Le pareció estar allí de nuevo, tan bien la luz era tenue, siniestra y olía a muerte. Su rostro estaba desfigurado, solo sus facciones le dejaron advertir que realmente era él.

—¿Es su padre? —preguntó una voz gélida.

—Sí.

"No, es un cuerpo inerte y sin vida", se dijo. Por una vez quiso hacerse el valiente, se acercó más y lo tocó, y durante meses el frío tacto de la noche le recordó a él. Tras aquel episodio macabro la imagen de Isabella con la cara congestionada en lágrimas aún le provocaba repulsión. Solo estaba fingiendo.

—¿No vas a entrar a verlo? ¿Por última vez?

Ella gimoteó y negó con la cabeza.

—Cobarde.

Pero su voz se transformó en la de Isaac. Cientos de papeles volaban por el aire, rotos en minúsculos trozos, como una lluvia incesante.

—Recógelos, cobarde.

Pero él se echó a reír, y cuando logró salir de la escena, la oscuridad se le echó encima. Solo oía voces a lo lejos. Ciego en la negrura intentaba identificar el camino correcto para llegar hasta ellas, pero cada vez se iban convirtiendo en un murmullo más apagado, sombrío, muerto.

Despertó empapado en sudor. En el exterior, la noche era negra, salvo por la luz de las farolas que iluminaban débilmente la habitación. Siempre dormía con las persianas abiertas, así en noches que era difícil conciliar el sueño podía observar cómo el amanecer daba paso a un nuevo día. Aquella pesadilla le había dejado un vacío extraño. Hacía tiempo que el recuerdo de su padre no aparecía en sueños, con el paso de los años había logrado hacerlo desaparecer. No entendía por qué volvía ahora. O quizá sí. Pensó en Ale, y aquello lo atormentó aún más. "Me gusta que esté aquí, la echaba de menos", se dijo. Si tan solo pudiera olvidar, de la misma manera que lo hizo él… enterrando recuerdos, lapidando emociones, quemando fotos.

Luego estaba Isabella. Recordaba a la madre de Ale. Algunas veces, su hermana lo había engañado para que hablara con ella por teléfono y lo único que hacía era contestarle con monosílabos. Al fin y al cabo, solo preguntaba lo justo, quizá pensaba que así podría quitarse el mal sabor de boca que le había supuesto su fracaso como segunda madre. Aunque para él nunca lo fue. Lo único que recordaba de su verdadera madre era el sonido de una canción de cuna que le inundaba los oídos mientras dormía

siendo aún un niño. Pero al despertar nunca la encontraba allí. Más tarde llegó Isabella y una vez fue más mayor comprendió que no podría volver jamás si ella seguía allí. Así que se decidió a no aceptarla.

—Tu madre no va a volver, Nico, tomó su propia decisión, nadie la obligó a marcharse —le decía siempre su padre.

Pero no conseguía convencerlo.

Durmió unas horas más hasta que la claridad volvió a despertarlo. Cuando cruzó la habitación de Ale para salir a la terraza el sol iluminaba lo suficiente para que tuviera que entrecerrar los ojos, aún adormilados. Las encontró sentadas en la mesa, repleta por un gran desayuno. Celia disfrutaba cocinando, pero lo que se le daba realmente bien era cuidar de los demás. Se sentó al lado de Ale y se dio cuenta de que escondía un libro bajo sus brazos, parecía algo insegura. Celia sonrió al ver su expresión de curiosidad.

—Hemos estado hablando sobre algo que nos gustaría enseñarte —explicó.

—¿Qué es?

Ella carraspeó y aquello fue la señal para que su hermana empezara a hablar.

—Es algo que me traje de Madrid. —Lo acercó hacia él.

"No puede ser", pensó. Lo abrió. Colocadas delicadamente formando un *collage* perfecto y con fechas bajo cada una de ellas había fotos de su padre con Isabella en algún viaje, fotos de su padre con Ale recién nacida, fotos en familia en alguna excursión a la montaña…

—Lo hice antes de venir —dijo con entusiasmo— para que pudiéramos…

—Recordar —la interrumpió—. No, no quiero verlas.

Cerró el álbum de fotos con brusquedad.

—Cariño, solo son fotos —intervino Celia—, haz un esfuerzo, a tu hermana le gustaría que las vieras.

—¿Para qué? ¿Para verme llorar?

—Si quieres llorar, lloraremos juntos. A mí no me da ninguna vergüenza —replicó ella.

—No lo entiendes.

—Y seguiré sin hacerlo si no hablas conmigo.

—No, te dije que no quería recordar, ¡maldita sea! ¿Por qué insistes? —dijo alzando la voz.

—Vale, ya es suficiente —dijo Celia poniendo una mano sobre la suya—. Nadie te obligara a verlas, relájate.

Suspiró intentando recomponerse. Ale permanecía cabizbaja, parecía dolida.

—Lo siento —dijo ella en un susurro.

—No importa. —La besó en la mano, dando por zanjado el asunto.

"Segundo intento", apuntó mentalmente mientras desayunaba. No sabía cómo iba a acabar aquello, pero de momento había conseguido posponerlo.

Se marchó tan rápido como pudo y en cuanto se subió a la furgoneta vio llegar a Isaac en su moto. No esperó para saludarlo, ya había empezado demasiado mal la mañana, pero se preguntó que estaría haciendo allí. Pocas veces venía a visitar a Celia después de que acabaran con su amistad, todo lo que implicara encontrarse lo evitaban

en la medida de lo posible. Y mientras conducía algo más relajado hacia el taller, un pensamiento lo puso en alerta. "No… No se atreverá. Con ella no".

Isaac se quitó el casco con una sonrisa en la boca. El olor a café molido invadía el aire. Su madre siempre se levantaba una hora antes para preparar el desayuno. De niño lo había sorprendido algunas veces con tostadas en forma de monigote o corazones en forma de galleta. "Tenía tanto amor para dar…" y de repente, pensó en su padre, "que él no pudo soportarlo". Aunque después de la huida siempre llegaba el arrepentimiento.

Abrió la puerta de la casa con sigilo, no quería anunciar su llegada tan pronto. El pasillo era como un túnel de los recuerdos. Una estantería repleta de fotos decoraba las paredes. Cuando llegaba al comedor, la explosión de color siempre le subía el ánimo. El tono pistacho de las paredes combinaba con la barra americana de ladrillo rústico y lo separaba del ambiente más relajado que el color morado le daba al comedor. En la escalera de mármol que llevaba a la planta superior una inmensa planta corredera decoraba la barandilla hasta arriba. En su habitación, todo estaba tal y como lo recordaba, una cama de matrimonio, un escritorio con mesa de cristal y un armario de roble encastado. Apartó a un lado la cortina blanca del ventanal y salió a la terraza.

—¿Isaac? —exclamó su madre al verlo—. Hacía tiempo que no venías a desayunar. ¡Qué sorpresa! ¿Qué mosca te ha picado?

—¿Es que no puedo venir a visitar a mi madre?

—Claro, cariño— contestó sin acabar de creérselo.

La besó en la mejilla y saludó a Lessi guiñándole el ojo con simpatía. Llevaba el pelo sujeto en una trenza, donde algunos mechones de pelo se le habían soltado. Ese aspecto desenfadado la hacía muy sexy.

—Buenos días —dijo ella sin demasiado ánimos, parecía decaída.

—¿Qué quieres, hijo? ¿Café, panecillos de leche, tostadas, tortitas?

—Con un café me bastará, mamá —dijo poniendo los ojos en blanco—. Casi me había olvidado de por qué me independicé.

—Sabes que estaría dispuesta a cambiar eso si volvieras. Te echo de menos —dijo en tono tristón.

—Oh, no, nada de caritas para hacerme chantaje emocional, te conozco.

Ella suspiró y le llenó una taza de leche con un poco de café.

—Es hora de irme. Isaac, ven a comer a la taberna, si quieres.

—Si no tengo demasiado trabajo.

—Siempre tienes demasiado trabajo —dijo soltando un bufido, y lo besó en la mejilla con fuerza.

Se acercó a Lessi e hizo lo mismo, aunque reparó que le decía algo en un susurro y ella sonreía complacida.

Con su madre fuera de escena, percibió cómo Lessi cambiaba de actitud, parecía nerviosa. Observándola fijamente, se percató de un álbum de fotos que restaba olvidado a un lado de la mesa.

—¿Puedo? —le preguntó dando por hecho que era suyo.

Ella se encogió de hombros y siguió mordisqueando su tostada.

—Déjame adivinar, se lo enseñaste a Nico y no quiso verlo.

—Lo conoces bien —dijo levantando la vista y haciendo una mueca de aprobación.

—Te dije que éramos amigos. Cuando quería que hiciera algo que le daba miedo, le daba un pequeño empujón.

—¿A qué te refieres?

—¿Quieres que vea las fotos? Colócalas por toda la casa, a la vista.

—No sé si eso lo ayudaría, Celia dice que necesita tiempo.

—¡Ja! ¿Más? —preguntó incrédulo—. Han pasado muchos años, si no lo supera es porque ni siquiera lo ha intentado.

—Pero no quiero hacerle daño, eso lo alejaría más de mí.

Su expresión le dejó claro que estaba preocupada por ello.

—Elige el momento adecuado, seguro que sabes cómo hacerlo.

Ella esbozó una sonrisa triste.

—A veces creo que no sé nada.

—Eres inteligente, salta a la vista, no te subestimes.

La miró intensamente durante unos segundos y añadió:

—Inteligente y muy guapa.

Se sonrojó y apartó la mirada de él.

—Vaya, voy a llegar tarde —dijo de repente, mirando el reloj.

Se levantó apresuradamente y cogió la bandolera que colgaba de la silla.

—¿Quieres que te lleve al instituto?

Por una extraña razón, no quería despedirse tan pronto.

—No, voy en moto.

—¿Con el trasto de ahí fuera? No parece muy seguro…

Ella lo fulminó con la mirada.

—Ese trasto me lo regaló Nico, si él lo considera seguro es que lo es —contestó tajante.

—Deja que lo dude —dijo dedicándole una sonrisa de suficiencia.

—Bienvenido de nuevo, don prepotente —susurró para sí.

Él soltó una risita.

—Es una lástima, me hubiera gustado pasar un rato más contigo, eres una chica muy interesante.

—No más que cualquier otra.

—Vuelves a subestimarte Lessi. —Negó con la cabeza—. Conduce con cuidado.

La observó mientras salía de la terraza. Y cuando se hubo marchado, solo deseó volverla a encontrar.

—¡Mierda! —maldijo Ale mirando su moto.

El retrovisor izquierdo solo se mantenía colgado en el aire por los cables.

—Bueno, podría haber sido peor. —La consoló Sofi.

Pero ni aquello la hacía sentir mejor.

—¿Por qué las calles de este pueblo son tan estrechas?

“¿Por qué Isaac me pone tan nerviosa?”, se preguntó. Esa era la verdadera razón de aquel desastre, pero no iba a confesarlo.

—Te acostumbrarás —dijo Sofi soltando una risita.

Ella no estaba para risas. No dejaba de pensar en lo que diría Nico cuando la viera. Tan solo llevaba cuatro días con ella y ya la había destrozado. “¡Va a matarme!”, exclamó para sus adentros. La mañana no podía ir peor, el desayuno había sido un auténtico desastre. “Celia me dijo que lo intentara, y eso hice”, pensó, pero de nuevo volvió a fallar, aunque también sabía que algún día tendría que ceder. Cuando entraron en la clase un leve silbido la alertó de un mensaje en el móvil.

“¿Has llegado sana y salva? Isaac”.

No. No podía ser él. Un hormigueo recorrió su estómago, y más tarde supo reconocer que eran las mariposas, habían despertado otra vez para hacerla sentir acalorada y confundida.

“Si. Don impertinente”, escribió.

Al menos ella lo había conseguido. Su moto no había tenido tanta suerte. Ahora era claramente un trasto.

“¿Cómo has conseguido mi número?”.

Contó diez segundos eternos hasta que le llegó el siguiente mensaje.

“Siempre consigo lo que quiero”.

No podía esperar otra respuesta viniendo de él. Era un prepotente, pero hoy había descubierto su faceta tierna, demostrándole afecto a su madre.

—¡Eh! ¿Con quién hablas? —preguntó Sofi acercándose a ella.

—Con nadie. —Pero la expresión de su cara la delataba.

—Vamos, creía que éramos amigas… —Le puso morritos a modo de súplica.

Suspiró, rindiéndose, y le enseñó el móvil. De todas formas, era incapaz de esconderle nada.

—¡Oh, vaya! —exclamó sorprendida—. ¡Lauri, mira con quién la encontré hablando!

Ésta se acercó corriendo y le cogió el móvil.

—¡Qué fuerte! ¡Has conseguido su número! —dijo dando saltitos emocionada.

Laura era una persona muy emotiva, y cualquier situación le servía como excusa para alterarse.

—¡Él consiguió el mío! —aclaró.

Las dos se miraron incrédulas.

—Entonces…. —dijo Laura juntando sus dos dedos índices, insinuando que allí había algo más.

—¡Ni entonces, ni luego, ni nunca! —replicó molesta.

Aquello ya empezaba a sacarla de quicio.

—¿Pero por qué te enfadas? ¿No será que te empeñas en negar lo evidente? —reflexionó Sofi.

Ella era más analítica. A veces se preguntaba si no se habría equivocado al elegir la carrera. La de psicología le iba como anillo al dedo.

—No me interesa, ¿cómo quieres que lo diga?

—Bien, si no te interesa… borra su número.

Ale las miró durante unos segundos. Laura negó con la cabeza en gesto desesperado. Pero si no lo hacía le demostraría a Sofi que tenía razón.

—Bien, pues lo borro.

—Queremos ver cómo lo haces.

Resopló indignada, cogió el móvil, buscó el número y los mensajes y los eliminó.

—¿Contenta?

Laura parecía a punto de desmayarse y Sofi mantenía su rostro severo y su mirada inquisitiva. En ese momento, la profesora entró por la puerta y tuvieron que tomar asiento. Mientras empezaba la clase sintió como se le revolvía el estómago. "Maldita sea, ¿cómo se me ocurre…?".

Rato después, Ale salió refunfuñando de la clase. Sofi la siguió por el largo pasillo con dificultad, su amiga parecía volar.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —preguntó casi con miedo.

—No debiste apuntarme al periódico. El artículo que me han encomendado es estúpido y una pérdida de tiempo.

—No lo es, siempre es bueno tener el punto de vista de una persona nueva, que no conoce el pueblo.

—¿Y qué pretenden que escriba? Sí, Cudillero es un pueblo encantador, con tantos habitantes y tantos monumentos importantes. Para eso puedo buscar en Google.

Sofi ahogó una risita entre dientes, hoy estaba de un humor de perros.

—Dale otro enfoque. Habla de sus gentes, de las sensaciones que te transmiten, de sus miedos y sus preocupaciones. Todo aquello que un simple turista no puede ver. Y luego… compáralo con la vida en la gran ciudad.

Ale paró en seco. Miró a Sofi con asombro y aquella expresión huraña desapareció de su cara, aunque no logró dibujarle una sonrisa.

—¿Por qué no habré tenido esa idea?

—Porque hay algo más importante que ocupa tu cabeza.

Ale la fulminó con la mirada. Sabía que reaccionaría así. Pero quería que se diera cuenta de que todo aquello le sucedía porque Isaac la atraía. Mucho más de lo que ella podía imaginar. Llegaron al aparcamiento y después de hacerle un remiendo al retrovisor de Ale con cinta aislante, se prepararon para irse. Cuando se estaba poniendo el casco vio pasar a Dani. Era un chico de su misma edad que había repetido primero de bachillerato. Desde entonces apenas se veían. El año pasado él había intentado llamar su atención de todas las maneras posibles, pero nunca le pareció atractivo. Hasta que un día se cansó de perseguirla y entonces fue cuando se fijó en él. Un chico dispuesto a arrastrarse no resultaba interesante.

—Ale, mira, ese es Dani.

Las dos lo observaron con disimulo. Tenía unos andares despreocupados, vestía tejanos cagados y llevaba el pelo en punta.

—Ay, Dios… ¡es tan guapo! —dijo mientras se derretía de amor.

—Pues lánzate. Seguro que le gustas.

—Ni siquiera me ha mirado.

—Él ya hizo lo que tenía que hacer en su momento, ahora te toca a ti.

En parte tenía razón. Pero tampoco quería ponérselo en bandeja.

—Este sábado seguro que lo encuentro en el pub. ¿Vendrás? No puedes dejarme sola.

—Iré, no te preocupes. —Esta vez consiguió esbozar una sonrisa.

Cuando Ale entró al taller con su moto herida su hermano se puso pálido. Tragó saliva y vio como su cara volvía a coger color y pasaba del blanco al rojo, provocado por la vena que se le hinchaba en el cuello cuando estaba enfadado.

—¿Has chocado? ¿Con quién? —preguntó visiblemente alterado.

—Bueno, chocar lo que se dice chocar… Digamos que la pared de una calle se abalanzó sobre mí y no pude esquivarla.

Él la miró con extrema seriedad.

—Las paredes no se mueven.

—Entonces, supongo que fui yo —dijo poniendo los ojos en blanco.

—No me vengas con ironías, no me gustan.

Elena salió del despacho al sentir aquel alboroto, la saludó con un hola susurrado y la sonrió para tranquilizarla.

—Retrovisor nuevo en cuatro días. Al final no va a resultar tan buena idea como dijiste —le reprochó Nico cuando se acercó hasta él.

—Tranquilo, todo el mundo tiene algún susto de vez en cuando, anda, no seas tan duro con ella —dijo rozándole la espalda con la mano.

Su hermano pareció relajarse al momento. Su contacto lo amansó lo suficiente para que fuera capaz de volver a mirarla sin esos ojos centelleantes de ira.

—Supongo que esta vez te salvas, pero ten más cuidado.

Ale abrió los ojos asombrada. "¿Pero cómo lo ha hecho?", se preguntó. Elena tan solo había usado unas simples palabras y una palmadita en la espalda. Tenía que preguntarle el secreto de aquel truco. Aunque quizá solo funcionara con ella, aquella chica tenía un efecto sorprendente sobre su hermano.

Una vez consiguió quedarse a solas con él le contó sin tapujos lo que había intuido.

—Tonterías —respondió él, quitándole importancia.

—Nico, ella te gusta, ¿verdad? —insistió.

Él la miró con una media sonrisa. Sabía que no lo iba a confesar.

—Ella me entiende.

Aquello era un sí viniendo de su hermano. Ya había dicho bastante, todo lo demás lo tendría que suponer.

—Entonces, lánzate —lo animó.

Y era la segunda vez que daba ese consejo en una misma tarde. ¿Por qué a la gente le daba miedo dar ese paso tan simple?

—¿Estás loca? ¡Sería políticamente incorrecto!

El jefe con la secretaria, qué típico, más bien.

—Pero de vez en cuando es bueno hacer locuras, si no la vida sería demasiado aburrida.

—Desde que llegaste de nuevo a mi vida no tengo tiempo de aburrirme, Ale —le contestó.

Aunque esbozó una sonrisa llena de ternura, no pudo evitar pensar si aquella respuesta no sería un reproche.

Condujo los escasos kilómetros que separaban El Pito de Cudillero con el retrovisor arreglado. Cogió la larga carretera a la máxima velocidad que le permitía el pequeño trasto y pasó por el tramo de camino donde solo había bosque a un lado y a otro. Una vez vio el cartel de Cudillero el paisaje volvió a abrirse. Siguió varios metros hasta que la pendiente se fue pronunciando y vio aparecer su casa color rojo, pero pasó de largo. Le apetecía dar una vuelta con la esperanza de conseguir algo de inspiración para su primer artículo. Sin embargo, alcanzó la plaza de la Marina con la moto perdiendo fuerza por el camino. No le dio importancia y siguió hasta llegar al puerto y ya en el gran aparcamiento dejó de funcionar.

—¡No, ahora no! —suplicó, mientras la aparcaba a un lado.

Volvió a darle al estárter, hizo el vago intento de ponerse en marcha y falló. Probó con la palanca de arranque, pero esta tampoco la hacía responder.

—Hola Lessi.

Esa voz la dejó perpleja. ¿Cómo conseguía aparecer siempre tan inesperadamente? Se dio la vuelta y lo encontró delante de ella, tan sonriente como lo había dejado esa mañana.

—¿Problemas con la moto?

—No —respondió de inmediato.

Él hizo caso omiso, se acercó al trasto y lo miró de arriba abajo.

—Demasiado nueva para que se estropee, a no ser que te hayas caído —insinuó.

—No soy una inútil —contestó alzando la voz.

Él soltó una risita, era la reacción que esperaba, siempre sucumbía a sus provocaciones.

—¿Puedo? —dijo para poder mirarla más de cerca.

Ale se encogió de hombros, indiferente. Isaac se remangó la camisa, quitó las llaves del contacto y abrió el asiento. Fue directo a mirar el depósito de gasolina y balanceó la moto ligeramente mientras miraba en el interior.

—Lo imaginaba, te quedaste sin gasolina. Hay un rato de aquí a la gasolinera más cercana…

Lo miró asustada. Se imaginó arrastrando la moto por otra calle que no tenía fin, o peor aún, por una cuesta. Y lo que más la enfurecía era tener que pedirle un favor justamente a él.

—Bueno, yo de ti empezaría a moverme o se te hará de noche. Hasta luego…

Isaac hizo ademán de alejarse con aire triunfante. A pesar de la ira que hervía en su interior, sentía cierta atracción por ese aire chulesco que le salía con tanta naturalidad.

—¡Espera! —gritó.

Isaac giró la cabeza como si ya se esperara algo. Sabía perfectamente lo que quería, pero adoraba sacarla de quicio.

—¿Qué pasa? —contestó haciéndose el tonto.

—Que si tengo un rato… bueno, podrías ser un poco caballeroso y ofrecerte a llevarme, ¿no?

Isaac soltó una carcajada.

—Creo recordar que esta mañana me negaste ese mismo ofrecimiento.

—Porque no lo necesitaba.

—Lo necesitabas, te dije que tu moto era un trasto y no me equivoqué. Además, si recapitulo hasta el primer día que nos conocimos, me amenazaste con no volver a subirte en mi moto.

—Siempre y cuando no corrieras demasiado, pero no lo vas a hacer —apuntó.

Él levantó una ceja, dubitativo.

—Eso no te lo crees ni tú. ¿Sabes? Creo que es mejor que te espabiles sola.

Volvió a darse la vuelta y, sin que ella se percatara, sonrió.

—Por favor… —dijo Ale tragándose su orgullo.

Aquello era lo que deseaba oír. Volvió a mirarla con semblante serio.

—Está bien, si me lo pides por favor, imposible negarme —dijo con exagerada cortesía.

Ale lo fulminó con la mirada y se dirigió hacia su moto, que estaba aparcada al otro lado de la calle delante de la oficina de turismo. Isaac la siguió, la ganaba de nuevo.

Llegaron a la gasolinera en menos de cinco minutos, a una velocidad que nunca hubiera imaginado alcanzar, o quizá el miedo hacía aumentar aquella sensación, porque el viento había intentado engullirla como un torbellino enfurecido y su única salvación había sido agarrarse a él con todas sus fuerzas.

—Ya puedes soltarme, o empezaré a cogerle el gusto a esto de llevarte —le dijo cuando paró la moto.

Se bajó deprisa sin replicarle nada. Le hubiera gustado, pero su mirada intensa la disuadió y la invadió de sentimientos contradictorios. Odio, atracción, ¿deseo? Nunca antes había sentido deseo por nadie. Sin embargo, mientras lo observaba se imaginó besando sus labios y un calor sofocante le subió del estómago a la cara, haciendo que se sonrojara.

—Espera aquí.

Y le guiñó el ojo mientras entraba en la gasolinera.

Minutos más tarde salió con una botella de plástico, la llenó hasta arriba y la puso en una bolsa.

—Ya podemos irnos.

—Pero… no he pagado.

—No hace falta. Soy un caballero, no podía dejar que lo hicieras tú —dijo al ver su expresión enfurecida.

—Te dije que odiaba que me invitaran.

Él se puso serio, aunque no pudo disimular lo que le divertía aquello.

—No seas desagradecida, Lessi. Vamos, sube antes de que me arrepienta.

Después de otro viaje alocado y la adrenalina a flor de piel, volvieron al puerto. Con el depósito lleno, la moto arrancó a la primera. Isaac sonrió al sentir el débil rugido del motor y la cara de alivio de Ale, pero la paró una vez comprobado que todo era correcto.

—¿Qué haces? Tengo que irme —dijo ella desconcertada.

—Me debes una.

Ella suspiró, exasperada, aunque la curiosidad la estaba matando.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó mientras él esbozaba una sonrisa maliciosa.

—¿Qué tal un pequeño paseo por el pueblo? Hay sitios muy bonitos que aún no has visto y me gustaría que lo hicieras en mi compañía.

Miró su reloj. Marcaba las cuatro de la tarde y ni siquiera había comido.

—Primero vamos a comer algo, pero esta vez pago yo.

Se puso el casco, veloz, antes de oír sus quejas.

Al lado del puerto antiguo abundaban los restaurantes, muchos de ellos disfrutaban de grandes terrazas. En una de ellas tomaron asiento. A aquellas horas no había demasiado movimiento, y desde allí podían observar cómo regresaban los barcos de pesca. Segundos después, una mujer de unos cincuenta años se les acercó para pedirles nota.

—La especialidad de la casa, María —dijo él sin esperar a que les diera la carta.

—¿Y para beber?

—Coca Cola —contestó Ale, antes de que él se adelantara.

—¿Coca Cola con el pescado? Vino blanco, María.

La mujer asintió y volvió al interior del restaurante.

—¡No me gusta el vino! —se quejó.

—Si lo comes con el mejor pescado, sí. Confía en mí.

Decidió no replicarle más, necesitaba relajarse en su presencia y le resultaba muy complicado, porque él no dejaba de observarla. Saltaba a la vista su inquietud. Él en cambio restaba impasible, con los brazos descansando encima de los reposaderos de la silla y una pierna encima de la otra.

—¿Cómo diriges una empresa desde aquí? —soltó de repente.

—Tengo personas que lo hacen por mí, gente de mi total confianza. Así puedo dedicarme a lo que realmente me gusta.

—¿Que es…?

En ese momento llegó la comida. Una bandeja repleta de mariscos: bogavante, gambas, cigalas y navajas, acompañadas del vino.

—Una buena comida, en un lugar único, con una chica especial.

Le sirvió el vino en una copa. Ella probó un poco, a pesar de su acidez tenía un toque dulce y no pudo discutirle su elección, con el pescado era el aliado perfecto. Cogió una gamba y se dispuso a pelarla con los cubiertos. Odiaba ensuciarse las manos y el olor a pescado que le quedaba después.

—No jodas, Lessi. Aquí el marisco se pela con las manos, no seas tan refinada.

Ale resopló pero no le hizo caso. Se engulló la gamba de una vez, estaba realmente buena.

—¿Qué tal? —le preguntó Isaac.

—Buenísima.

—Del mar a la mesa, aquí siempre es fresco.

Le dio otro sorbo a su copa de vino. Cuando se dispuso a seguir comiendo sus cubiertos habían desaparecido.

—¡Isaac!

—Vamos, así se saborea mejor la comida. Mira.

Cogió una gamba, la peló en dos segundos y se la tragó sin apenas masticarla. Después chupó la cabeza con fuerza y sonrió ante su cara de desconcierto. Aunque no pudo más que reírse, resultaba muy gracioso verlo disfrutar de aquella manera.

Acabó con el estómago lleno y un hormigueo producido por el alcohol que le subía hasta la cabeza. Cuando trajeron la cuenta casi le pareció ver doble.

—¿Setenta euros? —preguntó bajito.

—Has comido bien, ¿no? El precio es lo de menos.

Ale tragó saliva. Tan solo llevaba veinte euros en el bolsillo y era su dinero para toda la semana. Isaac sonrió mientras acababa el vino de su copa.

—Tranquila, pequeña, ya pago yo.

Se levantó de la silla y entró en el restaurante. Mientras lo esperaba se levantó para que le diera un poco el aire, se notaba algo achispada. Estaba segura de que la elección del restaurante no había sido una casualidad, la finalidad era que no pagara ella.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando hubo vuelto.

—Sí, pero creo que así no voy a poder conducir.

Isaac soltó una risita.

—Mejor, no quería que se acabara tan pronto nuestra cita.

—¡Esto no es una cita! —espetó de inmediato— Es… un agradecimiento por lo que has hecho.

—Llámalo como quieras, vamos a dar una vuelta.

Subieron por escaleras y calles estrechas, donde pasear se hacía complicado si se iba en compañía. A aquellas horas el sol empezaba a esconderse y la brisa del mar era agradable. Se fijó en algunos balcones de donde colgaban pieles que parecían secarse al sol.

—¿Qué es eso?

—Curadillos, pequeños tiburones. Antaño, cuanto más curadillos colgaban de tu balcón, más posición social tenías.

—Y… ¿esta bueno?

—Aquí se considera un manjar —dijo ante su cara de incredulidad.

Subió la cabeza. En aquel balcón pudo contar cinco, parecía un trabajo laborioso. Cuando miró a su alrededor Isaac había desaparecido.

—¿Isaac? —lo llamó.

Siguió la calle estrecha, le parecía estar en un laberinto. Entonces, el camino se abrió hacia la derecha, él salió de un salto y la agarró del brazo. Se sobresaltó tanto que no puedo evitar soltar un grito.

—¡Eres un idiota!

—Solo era una broma, Lessi. —Le acarició la mejilla con afecto.

Se quedó sin respiración durante unos segundos, y allí donde su mano la había tocado, notó un calor abrasador.

—Mira, aquí vive Mateo —dijo señalando una casa antigua de color grisáceo algo destartalada—. Es una persona hosca y malhumorada pero de una inteligencia descomunal. De vez en cuando nos sorprende con algún libro.

—Las personas sabias no suelen ser felices, saben demasiado para vivir tranquilos —reflexionó—; tengo suerte de ser una ignorante.

Isaac la miró sorprendido.

—¿De verdad te crees una ignorante?

Ella se encogió de hombros, sin comprender por qué le extrañaban sus palabras.

—¿Por qué te tienes en tan baja consideración? —la regañó—. Eres una persona inteligente y madura.

—Pero si apenas me conoces.

—Pues lo poco que conozco me parece perfecto.

"Y cuando te conozca de verdad, estaré perdido", podría haber dicho. Pero se guardó ese pensamiento para él y se conformó con admirar otra maravillosa sonrisa suya. Tuvieron que volver a caminar uno detrás de otro hasta que las estrechas viviendas que formaban aquellas enmarañadas calles dieron paso a un camino más amplio y despejaron las vistas para admirar las casas de colores que subían por las colinas. Desde allí, podían observar la plaza y el restaurante donde habían estado comiendo, y más allá el mar y el faro, empequeñecido por la lejanía.

—Este es uno de los muchos miradores que tenemos. Aún no has visto nada, pero hoy ya es demasiado tarde para seguir. Podrías llamarme algún día, iríamos a ver el faro. O el mirador de la Atalaya, es el punto más alto de Cudillero.

"Una tarde más, los dos solos", pensó ella. Pero no se dejó seguir cavilando, aquello no era buena idea.

—No te llamaré. Además, he borrado tú número.

¡Y cuánto le dolía haberlo hecho! Al oírla, Isaac abrió los ojos, asombrado.

—¿Por qué lo has borrado? —preguntó muy serio.

"Porque quería demostrarme a mí misma que no me interesas", contestó mentalmente. Pero esa respuesta no era para él, y se decidió a sacar de nuevo su carácter huraño.

—¿Acaso tengo que darte razones?

—Dame tu teléfono —dijo enfadado.

—No. No pienso hacerlo.

—¿Quieres jugar otra vez a esto? Sabes que acabo ganando.

Era verdad, así que al final cedió. Apenas le dio tiempo a sacarlo cuando ya se lo había arrebatado de las manos con decisión. Empezó a toquetear la pantalla con rapidez y se lo devolvió enseguida.

—Ya está.

—¿Qué has hecho?

—Grabarte mi número. Y no vuelvas a borrarlo, quizás lo necesites algún día.

Ale rezó para que no fuera así, significaría que definitivamente había caído rendida a sus encantos.

Llegaron al paseo de madera que llevaba a la zona de baño del puerto. La orilla estaba llena de piedras, pero había una rampa de cemento que accedía al agua para facilitar el descenso.

—La pequeña playa del pueblo.

Ale observó el agua que se mecía ligeramente y cómo las luces empezaban a reflejarse en ella.

—¿Vives aquí desde siempre? —le preguntó.

—Sí, aunque estuve una temporada viviendo con mi padre en Oviedo, cuando estudiaba en la universidad. No me gustó demasiado, sobre todo por mi madre.

—Debió de ser duro para ella, te quiere mucho.

—Sí, se quedó sola de repente. Sin su hijo y sin su marido, acababan de separarse.

Ale se entristeció. Celia era una mujer encantadora, le costaba creer que alguien fuera capaz de rechazarla.

—No entiendo cómo el amor puede acabarse de un día para otro.

—Las personas se equivocan a veces y luego se arrepienten.

—Ojalá no me equivoque nunca y encuentre al amor de mi vida.

Isaac esbozó una sonrisa, le sorprendió que siendo tan madura le soltara la típica frase de adolescente.

—¿De verdad crees en esas cosas?

—¿Y por qué no? Mi madre lo encontró. Siempre decía que Pablo era el sol que iluminaba su vida.

Respiró hondo para mantener a raya ese sentimiento desbordante que empezaba a brotar en ella, su padre siempre estaba presente, pero quizá hoy, con el vino y la presencia de Isaac, le afectaba demasiado.

—Quizá yo pueda ser tu sol.

Lo miró de repente. "Más bien serías mi cielo", pensó mientras sonreía y contemplaba sus ojos azules. Jamás le habían hecho una propuesta tan indecente y romántica a la vez.

—Eres demasiado mayor para mí —reflexionó.

Maldijo al destino por eso, por ser el hijo de Celia y el peor enemigo de su hermano. Y si un director de telenovelas estuviera cerca seguro que los contrataría para hacer el papel protagonista. La vida era una comedia romántica a veces.

—Cuántos años tienes, ¿treinta? —le preguntó divertida.

—Veintisiete, gracias —contestó molesto.

Ella soltó una carcajada. Por fin podía reírse de él.

—Pero si eso es como decir treinta.

—¿Y diecisiete es como decir veinte?

—No, la adolescencia pasa lentamente, pero a partir de los veinticinco, cuando te quieres dar cuenta, ya estás atado a una hipoteca, casado y con un hijo.

—Qué suerte tengo de que aún no me haya pasado nada de eso… —dijo con ironía—. Vamos, Lessi, ¿qué son diez años?

—A ver, deja que piense… Cuando yo cumpla mis veinte, tú ya estarás en tus treinta, y empezará a aparecerte la barriga cervecera…

Isaac se paró en seco y la fulminó con la mirada.

—Te vas a arrepentir de lo que acabas de decir.

Le dio tanto miedo su expresión que echó a correr, aunque sin parar de reír.

—¡Corre, porque como te pille juro que te tiraré al agua! —exclamó mientras la perseguía.

Ella soltó un grito y aceleró la marcha, pero después de varios metros más ya estaba sin aliento. Cuando llegó al final del paseo se dio cuenta de que no había salida, no tenía escapatoria. Isaac se abalanzó sobre ella y la cogió en brazos, colgándosela a la espalda. Ale no paraba de reír mientras lanzaba manotazos al aire y pataleaba para soltarse.

—Creo que había jurado algo…

—¡No por favor!—dijo revolviéndose—¡lo retiro! ¡lo retiro!

Se apiadó de ella y la bajó al suelo. Los dos se sentaron en un banco, jadeantes, recuperándose del esfuerzo. El cielo ya estaba completamente oscuro y la luna ya brillaba con fuerza en el cielo.

—Te lo has creído —susurró Ale.

Pero antes de que pudiera echar a correr de nuevo, Isaac la atrapó entre sus brazos y quedaron recostados en el banco, uno encima del otro.

—¡No vale! —gritó, intentando zafarse de él.

Pero la mantuvo sujeta, esperando a que se calmara. Se dio cuenta de que tan solo unos centímetros lo separaban de sus labios. Sentía el corazón latir con fuerza y los ojos verdes le chispeaban de alegría. También pudo leer algo de miedo y desconcierto, pero la boca entreabierta lo invitaba a acercarse. Cuando ya estaba a punto de rozarla, de sentir su suave tacto, sintió la melodía del móvil, rompiendo la magia de aquel momento.

—Joder —exclamó haciendo un gesto de desagrado.

Se apartó de ella y contestó la llamada. Al escuchar la otra voz que hablaba al teléfono se arrepintió de haberlo hecho.

—Te dije que lo mejor era que no habláramos.

Ale permanecía sentada en el banco, escuchando la conversación y recuperándose de lo sucedido.

—No, no vengas, no vuelvas a llamar. —Colgó.

—Era Carla, ¿verdad? —preguntó en un susurro.

Él asintió.

—Ya ha terminado todo. Pero ella… sigue insistiendo —dijo como si intentara excusarse.

—Porque te quiere.

Aquellas palabras le dolieron más de lo que esperaba.

—Pero yo no, nunca… la quise. Por eso se acabó.

Sabía que se estaba sincerando, aun así, se sintió molesta.

—Claro, siempre es lo mismo, un polvo y ya está, ¿no?

—Si me conocieras de verdad no dirías eso —dijo, dolido por sus palabras.

—¡Pero no te conozco!

Se levantó del banco con rabia, arrepintiéndose de todo, de él y de sus propias ganas de él.

—Tengo que irme, ya es muy tarde.

—Déjame que te acompañe, por favor.

Cerró los ojos con fuerza e hizo oídos sordos a su súplica, mientras sus pies hacían esfuerzos para alejarse de él.

Mientras volvía a casa pensó en aquel preciso instante en que lo había tenido tan cerca y cómo su mirada había conseguido anestesiarla por completo, dejando que él se acercara más y más, hasta casi tocarla, sentirla, probarla. Quizá fuera por el magnetismo de la luna, por el mar o simplemente por aquel lugar tan especial adonde la había llevado. Un lugar que había sido capaz de desnudarle el alma y dejarla a merced de los sentimientos. Porque hay cosas que son incontrolables, como los designios del corazón.

Capítulo 5

Resultó ser una mañana de sábado espléndida. De esas que parecía que todo tenía que salir bien. Aun así, cuando Celia y Nico decidieron ir al mercado ella prefirió quedarse, con la firme convicción de encontrar las palabras adecuadas para su artículo. Se sentó en el escritorio y empezó a teclear en su ordenador, pero de vez en cuando su cabeza la llevaba a aquel estúpido encuentro que había tenido con Isaac. Se preguntó cómo había sido capaz de dejarse engañar de esa manera, la evidencia de aquel fracaso era clara. Si tuviera una lista de pros y contras con seguridad ganaría el bando contrario. Y entonces se decidió a hacerla. Cogió un folio en blanco y empezó a escribir. Como contras podía decir que era chulo, prepotente, arrogante, la sacaba continuamente de quicio, era el hijo de Celia, el enemigo de su hermano, demasiado mayor y, para más inri, lo acaba de dejar con su ex. Como pros era indudable que era guapo, tenía unos ojos preciosos, una mirada intensa que conseguía despertar algo en ella, podía ser amable, caballeroso cuando se lo proponía y muy divertido. Ayer, sin ir más lejos, habían reído juntos sin parar y le había demostrado su parte tierna al acariciarle la cara y mostrarle aquella sonrisa encantadora. Era muy carismático, cualquier cambio de actitud se reflejaba en su cara, y eso hacía que desprendiera sinceridad en cada gesto. Además era muy generoso, la comida fue carísima pero ni siquiera le importó, con tal de pasar un rato con ella.

—¡Maldita sea! —dijo tirando el bolígrafo contra la pared.

Días atrás lo odiaba y hoy hasta era capaz de sonreír pensando en él. En aquel momento, el móvil empezó a sonar. Cuando descolgó, una voz con acento italiano la saludó.

—¡Mamá! ¡Te echaba de menos!

Durante media hora se pusieron al día de todo, le contó que Carlos había ascendido en el trabajo y su reciente afición por aprender a bailar el tango. Intentó convencerla muchas veces de que volviera a Madrid, pero finalmente desistió, ella sabía lo testaruda que podía ser su hija.

—¿Y qué tal Nico? —preguntó con cierto interés.

—Bien, aunque está demasiado sobreprotector, eso no es malo, ¿verdad?

El sonido de su risa consiguió contagiarla a través del teléfono.

—No, cariño, siempre te ha querido muchísimo.

Notó un matiz de melancolía en su voz. “Pero a ti no te quiso nunca”, pensó. Ni siquiera le dio una oportunidad.

—Quizá podrías venir a vernos.

Un rayo de esperanza cruzó delante de sus ojos.

—No creo que le gustara demasiado —dijo sin convencimiento alguno.

—A lo mejor te sorprendes, ha madurado mucho.

—Me lo pensaré.

Dejando aquella magnífica posibilidad en el aire, dieron por finalizada la conversación.

Por la tarde, Nico se empecinó en llevarla a la playa del puerto. Por el camino le descubrió un atajo para llegar directamente hasta allí, un túnel cerca de su casa que cruzaba el pueblo de arriba abajo. Aunque estaba oscuro y el paso era algo estrecho, resultaba más cómodo. Rato después, cuando colocaron sus toallas, se decidieron a probar el agua. Ale iba con más miedo, el frío siempre la echaba para atrás. Primero metió un pie, luego otro, y esperó a que se acostumbrara el cuerpo. Pero cuando estuvo dispuesta a avanzar un poco más, Nico la empujó por detrás y cayó al agua. En cuanto sacó la cabeza e inhaló una bocanada de aire, dejó ir un grito.

—¡Está helada! —se quejó.

Nico se echo a reír y se tiró de cabeza.

—Cómo se nota que eres de ciudad… —bromeó.

Luego se tumbaron al sol, y Ale no pudo evitar mirar aquel banco vacío donde la noche anterior dos personas habían estado a punto de besarse. Una punzada le recorrió el estómago, y el desconcierto se apoderó de ella. ¿Qué iba a hacer ahora? Había dado un paso de gigante sin sopesarlo detenidamente y en ese momento desearía rectificarlo. Aunque algo dentro de ella se agitaba violentamente, impidiéndole retroceder, un sentimiento que aún no podía definir o que quizá no se consentía reconocer.

—Nico, cuando llegaste, ¿tenías miedo?

Él la miró con una media sonrisa, preguntándose a qué venía aquella pregunta.

—Un poco, siempre es difícil empezar, pero ya que había dado el paso no podía volver atrás.

Se preguntó cómo sería caer en los brazos de Isaac. ¿Se sentiría contrariada todo el tiempo?

—¿Y ahora lo tienes?

No contestó. Miró la arena y frunció los labios como si se estuviera evaluando a sí mismo. “Lo tiene”, se dijo. Ella también lo tenía, y no podía esconderlo. Su instinto le había enseñado desde que nació a reconocer los peligros, pero eso era diferente. Aunque ella no lo supiera aún, era amor. Y el amor solo se aprendía arriesgando, tropezando y cayendo tantas veces como nos ordenara el corazón. Solo después de tantos fracasos, si el destino era benévolo, llegaba la recompensa.

Una noche mágica. Eso fue lo que auguró Sofi cuando estuvieron las tres listas para marcharse. Ale se había puesto sus pantalones super slim favoritos, una camiseta negra con transparencias a la espalda y se había rizado el pelo. Sofi llevaba un minivestido negro muy sugerente y había optado por dejarse el pelo suelto algo bufado, le confería un aspecto de leona. Y Laura con su minifalda, una camiseta escotada y unos taconazos de infarto parecía de lo más sexy. Las tres caminaban hacia La Posada, donde las esperaban unos amigos de Sofi que las llevarían hasta una discoteca cercana, aunque más que discoteca le avisaron de que a ella le parecería un pub.

—Nico me ha pedido que no beba y que llegue pronto. Es peor que un abuelo —comentó Ale mientras bajaban por la cuesta empinada con algo de dificultad.

Los tacones tenían esos inconvenientes. Sofi sonrió dulcemente y Laura puso cara de incomprensión, ella parecía tener unos padres muy liberales.

—Se preocupa por ti —dijo Sofi.

—Sí, pero está tomando el papel de padre y no me gusta.

—¿Y entonces qué vas a hacer?

—Lo que a mí me convenga —contestó con dureza.

—¡Ale! —exclamaron las dos al unísono, a veces estaban tan compenetradas que parecían la misma persona.

—Bueno, seré flexible y le daré un poco de lo que quiere: beberé lo mínimo para que no se me note y llegaré a una hora razonable.

Las dos asintieron, conformes.

—¡Esta noche vamos a arrasar! —dijo Laura pegando un salto.

Ale temió que acabara en el suelo en algún momento de la noche, sobre todo si continuaba haciendo piruetas.

Cuando llegaron a la posada ya las estaban esperando, y después de presentaciones varias y miradas furtivas entre Dani y Sofi se montaron todos en el coche. Quince minutos más tarde ya entraban en el aparcamiento de la minidiscoteca. Efectivamente, era pequeña. Y no había el cúmulo de gente al que ella estaba acostumbrada. La gente no se quedaba en los coches y propiciaba aquel ambiente de botellón, aunque tampoco le gustara demasiado. Se acercaron a la puerta, pero un chico joven, cuadrado y con cara de pocos amigos, los detuvo. Sofi y Laura se acercaron a él con una sonrisa.

—¡Toni! ¿Cómo estás?

Le dieron dos besos muy afectuosos.

—Vienen con nosotras —dijo Laura señalando a Dani y a su amigo Pau.

—¿Y ella?

Vio cómo Laura ahogaba una risita.

—Ale, acércate, este es Toni, es un buen amigo.

Y le guiñó el ojo. Ella lo saludó, Toni se acercó con confianza y le dio dos besos mientras le apoyaba la mano en la cintura con una caricia suave. Ale se apartó rápidamente y esbozó una sonrisa falsa.

—Es un sobón, pero gracias a él entramos siempre —le susurró Sofi una vez dentro.

—Más bien es un baboso —arremetió Laura con cara de asco.

En el pub se apreciaba a gente de más edad, imaginaba que no podían estar allí.

—¿Qué fue de ti ayer, Ale? Creía que nos llamarías por la tarde.

Sofi entrelazó su brazo con el suyo.

—Estuve algo ocupada —dijo intentando esquivar el tema.

Ella la miró interrogante, solo le bastaba eso para sacar cualquier información. Tenía una mirada con mucho poder.

—Fui a comer con Isaac —confesó impasible.

Laura carraspeó fuertemente y se acercó para escuchar mejor.

—¿Cómo dices? —preguntó Sofi estupefacta.

—¡Lo quiero saber todo, con detalles! —estalló Laura, tan emocionada que le salían las palabras a trompicones—, pero antes voy a necesitar algo fuerte para digerir esto…

Se dirigió a la barra corriendo y una vez con sus copas en la mano ya pudieron hablar y sonsacarle toda la información. Ale se bebió su copa en apenas diez minutos, lo que duró el tortuoso interrogatorio al que la sometieron. Suprimió detalles sentimentales y se mostró fría cuando les contó que estuvo a punto de besarla. Pero para su sorpresa Sofi decidió no echarle otro sermón. Asintió a todo lo que dijo con una media sonrisa sin expresar su opinión, aunque estaba claro lo que pensaba. "Cree que me gusta desde el primer día". Se preguntó si era cierto y cuando quiso responderse a sí misma sintió como se mareaba.

—Tengo que salir un momento.

Huyó hasta la salida, mientras el alcohol consumido tomaba camino directo hacia su cabeza. Se dejó golpear por el aire fresco de la noche mientras se apoyaba en la pared y cerraba los ojos para relajarse. "Porque tú, no es justo, no quiero que me atraigas, no quiero admirarte cuando estés cerca, no quiero sentir ese calor sofocante cuando me miras, un nudo en el estómago cuando me tocas, una tristeza extraña cuando no te veo".

—¿Estás bien, guapa?

Una voz empalagosa la sacó de sus pensamientos. Cuando abrió los ojos, Toni la miraba con una sonrisa que dejaba entrever sus dientes perfectamente blancos, pero entre la comisura de sus labios la salivilla parecía querer escaparse para recorrer su barbilla. "¿Baboso? No, es peor que eso", pensó estremeciéndose.

—Sí, gracias —dijo con una sonrisa forzada.

Él hizo ademán de querer acercarse un poco más, pero justo en ese momento una preciosa imagen se proyectó delante de ella.

—¿Lessi?

Isaac se acercó a ellos con paso rápido, y cuando realmente fue consciente de ella, la expresión de alarma apareció en su rostro.

—¡Isaac, que casualidad! —dijo sorprendida.

Hermosa casualidad, o quizá el destino volvía a intervenir. Lo observó disimuladamente: tejanos oscuros ajustados, camisa gris y chaqueta negra, el pelo engominado en punta y aquellos ojos azules que iluminaban su noche.

—Es el único pub aceptable a veinte kilómetros a la redonda, era inevitable —dijo con semblante serio—. Toni… —lo saludó con un gesto de cabeza.

Él respondió de la misma manera y se alejó, dejándolos solos.

—¿Qué haces aquí sola? —la regañó—. Ese personaje te tira el anzuelo a la mínima posibilidad que tenga.

—Eso será si me dejo, ¿no?

Él sonrió, aunque con pocas ganas.

—Olvidaba que eras una chica dura. Vamos, vas a coger frío.

—Necesitaba tomar el aire…

Él frunció el ceño, luego suavizó su expresión y la cogió de la barbilla para mirarla directamente a los ojos.

—¿Has bebido, verdad? —Su voz cogió un tono más divertido.

—Un poco —reconoció ella, sonrojándose a su contacto.

Él se dio cuenta y sonrió ante su timidez. La cogió de la mano y se la llevó hacia dentro. Mientras caminaba, Ale notaba sus dedos entrelazados a los suyos, suavemente,

de una manera tan natural que casi le pareció haberlo hecho antes, como si le conociera desde siempre.

—Estás preciosa —le susurró al oído—; el pelo rizado te favorece.

Su mirada intensa la dejó sin respiración. Sus labios parecían atraerla como un imán, como el calor de un fuego que la quemaba, la abrasaba por dentro, tan agradablemente que le parecía imposible decir que no. Se desprendió de su contacto bruscamente y bajó la mirada. "Contrólate", se dijo a sí misma.

—¡Ale! ¿Se puede saber dónde te habías metido?

Sofi apareció delante de ella con los brazos en jarras.

—Lo siento, he salido un rato afuera y me encontré con Isaac. ¿Conoces a Sofi? —le preguntó.

—De vista, sí. ¿Queréis que os invite a una copa?

—No, nos están esperando unos amigos. Vamos, Ale —dijo sin dejar que contestara ella.

Isaac se quedó desconcertado ante su negativa.

—Lo siento —susurró.

Y se resignó a seguirla a través de la pista de baile.

—¿Por qué has hecho eso? —le reprochó cuando le dio alcance.

—Si no te gusta, ¿qué más da?

—Que no me guste no significa que tengas que ser tan ruda con él.

Sofi empezaba a perder la paciencia, cogió a Ale por los brazos y la miró seriamente.

—He visto como le mirabas, ¡te brillaban los ojos! ¿No crees que empiezo a tener un poco de razón?

"Si lo reconozco estoy perdida", se alertó.

—No, Sofi, y vale ya con este tema.

—¡Arg! —exclamó con gesto desesperado—. ¡Eres la chica más tozuda que conozco!

El resto de la noche la pasó haciendo de celestina entre Laura y un italiano con mucha labia. A pesar de no entenderse, entre gestos y sonrisas coquetas acabaron juntos. El deseo no entendía de barreras lingüísticas. Sofi y Dani fueron acercándose cada vez más, las bromas y jugueteos les sirvieron para besarse finalmente. Y ella, sentada en un sofá, observando cómo sus amigas se enamoraban por momentos. Pau estaba a su lado, y de vez en cuando le daba conversación e intentaba arrimarse a ella. Las últimas veces tuvo que poner tierra de por medio bruscamente, pero él no pareció percatarse.

—Voy a bailar un rato —dijo con la esperanza de deshacerse de él.

—Te acompaño.

"¡Mierda!", maldijo en su interior. Se acercaron a la pista y Pau empezó a mover la cabeza al ritmo de la música, aprovechaba cada oportunidad para aproximarse, hasta que se atrevió a cogerla de la cintura. Ale se deshizo lo más amablemente posible, pero este volvió a insistir.

—Pau, ¡vale ya, no quiero que me agarres!

Él la miró con los ojos muy abiertos, soltó algo inteligible y se alejó a zancadas largas. Ale suspiró agotada, al menos había conseguido que se esfumara. Miró hacia el sofá desierto y decidió salir afuera para despejarse, pero por el camino una mano la cogió del brazo y la empujó hacia la barra.

—¿Otra vez piensas ir sola?

Isaac parecía molesto, a su lado, una rubia muy mona con un vestido excesivamente escotado le daba un sorbo a su copa. Apretó los dientes con rabia, pero se contuvo.

—¿Acaso eres mi niñera? —espetó furiosa.

Él esbozó una sonrisa.

—¿Dónde está el chico que intentaba bailar contigo? Lo has hecho enfadar.

—Estoy huyendo de él, era peor que un pulpo. ¿Es que me estabas espiando?

—No, pero una chica guapa con un torpe que intenta bailar con ella da un poco el cante. —Se rio.

La chica rubia también le rio la gracia, y ya no pudo contenerse más.

—¿Por qué no te preocupas por la chica que tienes al lado y me dejas en paz? —dijo liberándose de su mano.

—Porque de ella se preocupa su novio. —Se levantó del taburete—. Ven conmigo.

Volvió a cogerla del brazo y la sacó del pub. La noche ya era completamente negra, ni estrellas ni luna que brillaran en el cielo, las nubes lo habían emborronado todo. Ale se tapó los brazos con las manos, había refrescado un poco. Isaac se quitó la chaqueta y sin decir nada se la puso encima de los hombros. Caminaron por el aparcamiento en silencio, pero por primera vez no se sintió incómoda. Arrebujada en su chaqueta olió el aroma de su colonia y sonrió sin que se diera cuenta.

—He descubierto algunas cosas sobre ti —dijo él de repente.

—¿Y quién te las ha contado?

Aunque inmediatamente supo que había sido Celia. Era la única fuente de información posible.

—Sé que has dejado a tu madre en Madrid —prosiguió, haciendo caso omiso de su pregunta—, cambiando la gran ciudad por un pueblo pequeño, totalmente diferente, quizá para volver a tener contacto con tu hermano, pero eso es algo que no me encaja. ¿Por qué estarías dispuesta a cambiar radicalmente tu vida por él, justamente ahora? Entonces descubrí que tu madre se había casado e imaginé que no estabas demasiado de acuerdo con eso.

—Sí estoy de acuerdo —le contradijo—, si ella es feliz, yo soy feliz.

—Entonces… ¿él no te cae bien?

—Carlos es un buen hombre, pero no es mi padre. Nadie puede sustituir a mi padre.

—No lo está sustituyendo, tu madre solo vive su vida, nada más.

—Pero no hacía falta que estropeara su bonita historia, que manchara el recuerdo de mi padre trayendo a otro a la misma casa donde convivimos todos juntos —confesó.

Nunca había hablado tan abiertamente de esos sentimientos, pero por una inexplicable razón, le apetecía hacerlo con él.

—No lo ha estropeado, Lessi, no se puede vivir de recuerdos, deberías ponerte en su situación. Mi madre perdió muchas oportunidades pensando como tú. Vivir encadenado al pasado conlleva demasiado sufrimiento.

—Yo no sufro. Ya no —dijo poniéndose seria.

Él sonrió dulcemente.

—¿Por qué tengo la sensación de que te haces la valiente?

—¿Por qué te empeñas en analizarme? —contestó a la defensiva.

—Dijiste que no te conocía, pues bien, quiero hacerlo, y para ello necesito saber cosas de ti.

—Podrías hacer otro tipo de preguntas…

Isaac se quedó pensativo durante unos segundos.

—Quieres ser periodista. ¿Por qué?

Ale soltó una risita, no recordaba haberle dicho aquello a Celia.

—Mi padre era periodista.

Él frunció el ceño.

—Eso no explica nada.

Ale se sentó en el bordillo de la acera, los tacones la estaban matando, mientras que la cabeza le daba vueltas para encontrar la respuesta más adecuada. Isaac se sentó a su lado.

—Es difícil de explicar. Me gustaría que mis actos transmitieran una parte de él, de lo que dejó en mí. Para que nadie lo olvidara nunca y él se pudiera sentir orgulloso, allá donde esté.

—Se sentiría orgulloso de cualquier manera. El mejor ejemplo de ello es mi padre, quería que fuera abogado.

—No te veo con traje y corbata conduciendo la moto —dijo soltando una carcajada.

Isaac también se contagió de su risa.

—No, yo tampoco. Pero recuerdo que tuvimos una bronca monumental por culpa de eso. Al final comprendió que era inútil obligarme, lo que yo quería era abrir un negocio, verlo crecer, llevarlo lo más alto posible. Así que me pagó la carrera de Empresariales y me dio cincuenta mil euros para poder empezar.

—Toda una ayuda. Y no te va nada mal.

—Sí, pero tienes que amar lo que haces, sentir verdadera pasión.

Ale sonrió y lo miró a los ojos fijamente.

—Me gusta escribir. Me gusta contarle al mundo lo que veo, lo que siento.

—Entonces, persigue ese sueño. —Le acarició la mejilla con ternura.

Isaac disfrutaba de su contacto cuando sintió pasos torpes que se acercaban. Se dio la vuelta enseguida y vio a Sofi corriendo con dificultad a causa de los tacones.

—¡Ale, llevo rato buscándote! Es Nico, me ha llamado ya dos veces, me he inventado todo tipo de excusas pero tendrías que hablar con él, parecía muy nervioso.

Ella sacó su móvil del bolso, pero se había quedado sin batería. Isaac decidió prestarle el suyo.

—Tranquila, tiene número oculto.

Aunque tarde o temprano se enteraría de lo que estaba haciendo.

—Nico, cálmate, son las cuatro de la madrugada… —contestó ella segundos después.

Parecía desconcertada.

—No quiero que vengas a buscarme, cogeré un taxi, pero estás exagerando muchísimo. No, deja de gritarme. Ya hablaremos. —Colgó el teléfono con rabia.

Cogió aire e intentó relajarse, saltaba a la vista que le había afectado aquella conversación.

—Es mejor que me vaya o le dará un ataque al corazón.

Sofi la miró con preocupación.

—¿Quieres que llame a Dani? No le importará irse tan pronto.

—No, la llevaré yo —dijo él en tono autoritario.

Sofi y Ale lo miraron sorprendidas. Conocía a Dani muy bien y no iba a permitir que la llevara después de todo lo que había bebido.

—Voy a por el coche, espérame aquí.

Ale observó a Isaac mientras se alejaba rápidamente. "Ojalá pudieras llevarme a otro sitio", pensó para sí. Nico estaba furioso y lo último que deseaba era discutir con él. ¿Cómo se atrevía a llamarla en mitad de la noche? ¿Quien se había creído? Se tapó los ojos con la chaqueta y ahogó un sollozo. Sofi la abrazó en silencio.

—No es mi padre, no quiero que se comporte como si lo fuera. ¡Maldita sea!

—Tranquila, Ale.

—Es que hace reflotar sentimientos que creía muertos y enterrados.

Como la rabia que había sentido por él cuando la abandonó, como la tristeza que la invadía cuando no quería ver sus fotos, aquellas que había escogido con tanto cariño.

—Quizá no están tan muertos como pensabas, por eso vuelven. Demuestra que puedes superarlos —dijo Sofi.

A veces la sorprendía con los consejos que era capaz de darle, era como una madre, pero mucho mejor, se lo podía contar todo sin la preocupación de llevarse una bronca.

—Oye… ¿Pero qué…? —dijo señalando la chaqueta de Isaac.

Ella rio mientras se secaba las lágrimas.

—Vale, me gusta —confesó por fin.

Sofi soltó una carcajada y la abrazó de nuevo. Y cuando tomó conciencia de ese sentimiento que tanto le había costado aceptar, sintió un miedo inmenso.

Isaac llegó minutos más tarde con un BMW serie uno negro. Se bajó del coche y le abrió la puerta.

—¿Lista?

Sofi se quedó con la boca abierta. Ale le dio un beso para despedirse y se subió rápidamente. El asiento era muy cómodo y muy espacioso. Cuando se pusieron en marcha se percató de la música que sonaba.

—¿Fito? —preguntó con una sonrisa.

Ese estilo no le pegaba nada.

—Tienen buenas letras.

—Es cierto.

—¿Qué escuchas tú?

Ella ladeó la cabeza mientras pensaba la respuesta.

—Pablo Alborán.

Isaac soltó un bufido.

—Romántica hasta la médula.

—Tiene buenas letras —dijo imitando su respuesta—. En realidad me gusta todo, adoro la música, es mi vía de escape.

Miró a través de la ventana el paisaje oscurecido, como un túnel que la engullía y la transportaba hacia su nueva casa. Con su hermano, aquel que se había convertido en un desconocido para ella.

—Quizá hoy la necesite —susurró.

Isaac la miró preocupado y se mantuvo en silencio la mayor parte del camino. Cuando divisó su casa, el cansancio ya la había hecho cerrar los ojos, pero no llegó a dormirse.

—Mírame —le dijo antes de que se bajara del coche.

Ella obedeció.

—Pase lo que pase, no se lo tengas en cuenta, está asustado porque no sabe cómo cuidarte. Y si algo saliera mal… tienes buenas personas a tu alrededor que te ayudarán a sobrellevarlo: Celia, Sofi… yo mismo.

Se quedó pensativo unos segundos y luego añadió:

—No está bien que yo diga que soy bueno, pero…

Antes de que pudiera decir nada más, se acercó a él y lo besó en la mejilla con dulzura.

—Gracias.

Bajó del coche y ocultó una sonrisa al ver su cara de asombro. Se despidió de él con la mano y entró en casa.

Allí la aguardaba Nico, se dio cuenta de que la había estado observando por la ventana.

—Creía que ibas con Sofi —le increpó nada más verla.

—Así ha sido.

—¿Entonces, qué hacías con él?

Su enfado era evidente y parecía no haber dormido nada, tenía las ojeras muy marcadas.

—Solo me ha traído hasta aquí. Con Sofi habíamos planeado venir más tarde, pero como no parabas de llamar…

—Porque no has cumplido con lo que me prometiste. Has llegado tarde y encima hueles a alcohol. ¡Ya veo de qué valen tus promesas! —le gritó.

—Mamá no me ponía horarios —contestó, intentando conservar la calma.

—¿Y qué clase de madre es esa? —espetó con rabia.

Ale lo miró sorprendida, Nico nunca había mostrado ese odio hacia su madre, y menos delante de ella.

—Una que no me deja tirada a la primera de cambio —dijo sin pensar.

Nico se quedó sin palabras. Dejó ir un sonoro suspiro y bajó la mirada mientras intentaba recuperarse de esa puñalada.

—Lo siento, no quería decir eso —dijo, conteniendo sus tremendas ganas de llorar.

—Ven aquí.

La cogió de la mano y la abrazó, consiguiendo que las lágrimas se adueñaran de ella.

—Yo tampoco tendría que haberme puesto así. Pero es que… eres lo único que me queda. No quiero que te pase nada malo… no estoy acostumbrado a cuidar de nadie, Ale, no sé hacerlo.

Su voz transmitía desesperación, ella lo miró con cariño, aún entre sus brazos.

—Sé cuidarme sola, simplemente aprende a convivir conmigo.

—Eso también va a ser un reto.

Ale subió a su habitación y se dejó caer en la cama, agotada. Las cinco de la madrugada y le parecía haber vivido un día entero. Se puso el pijama mientras repasaba cada momento de la noche y entonces recordó el beso que le había dado a Isaac. Aquel fugaz instante de sus labios en su mejilla, el tacto de su piel recién afeitada, el olor de su crema, el calor agradable que desprendía su cara. Observó su chaqueta colgada de la silla de su escritorio y decidió escribirle un mensaje.

"Por si te interesa, todo está bien con Nico. Me he llevado tu chaqueta, ¡lo siento! Y gracias por todo".

Recostada en su cama, con la chaqueta entre sus brazos, buscó desesperadamente un motivo lógico que la llevara a sentir tales sensaciones por ese hombre. Pero era inefable. Se recordó, como tantas veces, que era chulo, prepotente y arrogante. Se sentía como una masoquista que espera otro nuevo golpe para sentir ese subidón de adrenalina. Pero después de una subida siempre había una bajada. Ahora que se encontraba sola, se entristecía al pensar que no podía permitirse el lujo de enamorarse. Sentía demasiado miedo para dejarse llevar, y la lucha entre su miedo y su corazón era tremendamente agotadora. Cuando lo tenía cerca se sentía débil y sucumbía a esa poderosa atracción. Lo mejor que podía hacer era agarrarse frenéticamente a las incoherentes señales que él le daba para justificar sus intentos por apartarle de su cabeza.

Y es que el miedo al sufrimiento siempre es peor que el propio sufrimiento.

Isaac llevaba diez minutos intentando dormir cuando le sonó el móvil. Se levantó a regañadientes, pero cuando vio su mensaje sonrió. El beso con el que se despidió de él lo dejó anonadado. Estaba consiguiendo que le abriera su corazón y le hablara de sentimientos, y cuanto más sabía, más deseaba saber.

"Lessi, todo lo referente a ti me interesa. La chaqueta me servirá de excusa para volver a verte. Y creía que las chicas duras no daban las gracias. ¿No te estarás ablandando?".

Era extraño, pero desde que ella había aparecido su cabeza no dejaba de reproducir una y otra vez sus encuentros. Cada vez que su imagen se le proyectaba se fijaba en otro nuevo detalle. En cómo su pelo castaño había ondeado al viento, en sus ojos verdes chispeantes de frustración, en sus mejillas sonrosadas que contrastaban tan bien con la piel clara y delicada. Era bonita e inteligente, no cabía duda, pero terriblemente joven. Y en esos momentos infinitos en que esperaba a volver a encontrarse con ella, su mundo parecía haberse parado, como si el resto fuera insignificante. ¿Cómo había sido posible

vivir antes sin esa emoción contenida? ¿Sin la expectativa de lo que iba a suceder mañana?

Y es que no hay nada más dulce que el sabor de un amor que empieza.

Capítulo 6

Nico se levantó pronto a pesar de no haber dormido demasiado. Nunca pensó que cuidar de su hermana fuera tan complicado. Ni era capaz de someterla a sus normas, ni ceder del todo. Solo deseaba encontrar un punto intermedio en el que poder entenderse. Había cambiado mucho, ahora era una adolescente dispuesta a vivir su vida sin que nadie se interpusiera en su camino. Y en parte, le recordaba a él y se veía sufriendo por ella de la misma manera que su padre lo había hecho entonces. Pero lo que realmente le preocupaba era Isaac.

Aquella mañana se sorprendió conduciendo hasta su casa, ni siquiera había pensando cómo iba a reaccionar, pero no le importaba. Lo único que le importaba era ella. Le abrió la puerta en pantalones cortos, sin camiseta y con una cara que delataba que acababa de despertarlo. "Que se joda", y aquel pensamiento le dio ánimos para seguir.

—Creo que ya sabes por qué he venido.

Isaac lo miró extrañado y observó su reloj, quizá esperaba que se sintiera mal por hacerle madrugar.

—No, no lo sé. Pero no soporto que me levanten a deshoras. ¿Qué quieres?

—Está bien, iré al grano. Deja en paz a mi hermana. No la busques, ni te hagas el amigo con ella, ni la mires. Aléjate de ella, solo es una niña.

Isaac pareció no inmutarse, conservando su expresión imperturbable.

—Y si no, ¿qué? —preguntó desafiante.

Su tono de voz le hizo arder la sangre. "Si quiere guerra, la tendrá".

—Si la tocas te arranco la cabeza.

Isaac abrió los ojos de repente, luego sonrió, con aquella sonrisa de desprecio y superioridad.

—Vaya, vas mejorando, ahora hasta profieres amenazas.

Nico ignoró su comentario.

—Sabes mejor que nadie lo que significa para mí que esté aquí, sabes lo que sufrí cuando me separé de ella. No te atrevas a estropearlo.

Se dirigió al coche y cuando ya estaba entrando, Isaac se acercó a él.

—Que hayas tenido un pasado trágico no te convierte en una víctima eterna. Haré lo que me dé la gana.

—Pues atente a las consecuencias. —Y le cerró la puerta delante de sus narices.

Leyó algo de desconcierto en sus ojos, en aquel tema no se iba a dejar mangonear por él como otras tantas veces. "¡Ahora vuelvo a tener familia y no voy a dejar que me la arrebates!", le gritó en silencio.

Era un lunes sediento de ilusiones. De esperanzas vanas de encontrarse con él, pero desgraciadamente la razón volvió a imponerse y borró su sonrisa. "Mejor que no, que

no lo vea.” Y cambió el chip y deseó un día productivo, de risas con sus amigas y acercamientos con su hermano. Sí, aquello resultaba más llevadero que luchar contra sentimientos que no entendía. Pero cuando se encontró con Sofi en el instituto, no pudo impedir que se convirtiera en el tema estrella.

—¿Qué tal con Isaac, hubo roce? —dijo mientras se sentaba a su lado en el pupitre.

—¡Sofi, claro que no! —respondió escandalizada.

—Pues sí que se lo vas a poner difícil…

—Me gusta, sí… —Ya era la segunda vez que lo decía en voz alta. ¡Sonaba tan bien!— pero eso no significa que esté dispuesta a empezar una relación, me da demasiado miedo.

—¿Hablas de una relación seria? Sí que te ha dado fuerte…

Ella no respondió. Nunca había tenido algo a lo que pudiera llamar relación, pero no concebía la idea de estar con alguien solo por un tiempo.

—Dicen que es bueno en la cama —soltó Sofi.

Ella abrió los ojos, sorprendida.

—¿Qué? —preguntó al ver su reacción—. Eso es importante, el chico puede ser un encanto, pero si es un inútil…

Las dos no pudieron evitar reírse.

—Sea como sea, tampoco tengo con qué compararlo.

—¿No hablarás en serio? Eres… ¡no!

—Shhh —dijo poniéndose el dedo índice en los labios para que bajara la voz—. ¿Es que quieres publicarlo?

Miró de un lado a otro para comprobar que nadie la había escuchado.

—No, perdona… pero entonces se lo va a tener que currar a fondo, eso es algo que nunca se olvida.

Ella sonrió, ¿y si realmente fuera él?

—No sé, Sofi… no quiero hacerme ilusiones —dijo rompiendo de nuevo sus ensoñaciones—. Además, a Nico no le haría ninguna gracia, y sabiendo cómo están las cosas entre nosotros…

—¿Qué ocurrió cuando llegaste?

—Discutimos, pero parece que me ha dado una tregua. A veces creo que no seremos capaces de encontrar un equilibrio…

—Siempre puedes volver a Madrid.

Ale la miró pasmada, aquello no se le había pasado por la cabeza.

—¿En serio?

—Bueno, no me gustaría que te fueras, pero si aquí no puedes ser feliz… —dijo con tristeza.

Sus palabras la conmovieron y no pudo evitar abrazarla con ternura.

—Yo no me rindo tan fácilmente.

Esbozó una sonrisa de satisfacción ante la confianza que le arreciaba de repente.

—Así se habla.

No obstante, no pudo evitar pensar en lo contenta que se pondría su madre, en las amigas que había dejado, en los chicos que podría llegar a conocer sin que hubiera

miles de barreras impidiéndoselo. Pero el camino difícil era el que traía más satisfacciones.

Cuando la profesora entró en la clase, Erica se quitó los auriculares y guardó su Ipod, aunque en realidad no había estado escuchando música. Sofi y Ale habían estado hablando delante de ella creyéndola ausente y aquello le había servido para saber muchas cosas. Desde que llegó, toda su rutina parecía haberse sacudido violentamente. Carla se había pasado noches llorando por culpa de Isaac, sin entender la razón que lo había llevado a abandonarla. Claro que ella no sabía que se había fijado en Ale. En su casa, la relación entre sus padres se desvanecía y Laura y Sofi la habían dejado de lado. Quizá fuera hora de revelarse y hacerle entender que no tenía ningún derecho a destrozar sus vidas.

Cerca de allí, Elena ya hacía rato que había abierto el taller. A veces prefería llegar antes, comprobar que todo estuviera perfecto porque a Nico le gustaba ver la oficina limpia, era algo que desentonaba un poco, teniendo en cuenta que en el taller se ponía perdido. Pero cuando entraba en aquel espacio, intentaba hacerlo pulcro y bien vestido, sin su grasiento uniforme. Y no soportaba ver su mesa desordenada, por ello le colocaba los papeles en orden cada mañana y le preparaba un café, así siempre conseguía arrancarle una sonrisa de aquellas que le tocaban el alma y la cargaban de alegría.

Hoy la mañana se le presentaba difícil, parecía bastante desanimado. Cuando vio los papeles que tenía pendientes de revisar soltó un bufido.

—Ya casi no tengo tiempo de mirar números.

—Deberías considerar coger a otra persona —le sugirió.

Las cosas iban bien, se lo podían permitir.

—Sí, Isaac nos da bastante trabajo. Es increíble que haya crecido tan rápido —dijo con un tono cargado de resentimiento—. Y pensar que al principio tuvimos que comprar los *quads* con un préstamo…

Los recuerdos le producían cierta nostalgia, pero lo que no admitía era que le diera el mérito a los demás.

—No has crecido gracias a él, Nico, hay mucha gente que aprecia tu trabajo y sabe que eres bueno.

Él se sorprendió por sus palabras y la miró agradecido.

—Supongo que tienes razón. Por cierto, te he traído algo.

A Elena le mordió la curiosidad. Sacó una bolsa del cajón de su escritorio y se la entregó.

—Esto es para ti. Hoy es tu cumpleaños, no creas que me olvido.

¡Su cumpleaños! ¿Cómo se había acordado? Lo imaginó marcando su día en el calendario, ¿habría sido capaz? Cogió el regalo, impaciente por saber qué era. Dentro de una cajita envuelta con un lazo había una gargantilla de plata con estrellas colgadas de ella.

—¡Es precioso! —exclamó.

—¿De verdad? Si no te gusta puedes cambiarlo.

Siempre con sus inseguridades a cuestas. Había acertado de pleno.

—No, me gusta —dijo con convicción—. ¿Puedes ponérmelo?

Él asintió, se acercó a ella y se colocó a su espalda. Le apartó el pelo cuidadosamente y le puso el collar, rozándola ligeramente en el cuello con las manos y poniéndole el vello de punta.

—Gracias —dijo con una sonrisa.

Él también sonrió, aunque parecía algo incómodo.

—He pensado que podrías cogerte el día libre, seguro que prefieres hacer otras cosas.

¿Se había vuelto loco? Lo que deseaba era estar cerca de él, aún guardaba la esperanza de que la invitara a cenar, pero era demasiado pedir.

—No, no importa. Tengo mucho trabajo —se excusó.

Volvió a su sitio rápidamente antes de que siguiera insistiendo.

Nico la observó mientras se sentaba en su mesa. Le había gustado, con lo que le había costado decidirse por el más adecuado… Había estado dudando durante días acerca de su regalo, pero un impulso le condujo a hacerlo y decidió dejarse llevar. Seguía pareciéndole indecente conquistar a su secretaria, pero las cosas habían cambiado en su vida en tan poco tiempo, que no importaba una más. Entonces se imaginó compartiendo una tarde con ella, hablando de cosas banales, conociendo sus aficiones, sus miedos, sus sueños. Quizá ella aceptaría que la cuidara, la protegiera del mundo, la hiciera suya… Nico le dio un trago a su café y se frotó los ojos, intentando quitar esas imágenes prohibidas de su mente. Miró los papeles uno a uno mientras los números se agolpaban, haciéndose una montaña imposible de descifrar. "Joder, ¡y por qué no!", pensó de repente. Se levantó de su silla y se plantó delante de Elena.

—¿Y si nos vamos? —soltó como si nada.

—¿Cómo? —dijo ella totalmente fuera de lugar.

—Por tu cumpleaños, no te mereces estar aquí, te puedo llevar a comer a algún sitio, a pasear o… no sé, improvisemos.

Improvisar. Qué desconocida palabra, pero algo se le ocurriría. Acababa de dar un paso importante, ahora no podía echarse atrás.

—Sí, ¡vale! —dijo pegando un salto de la silla.

En pocos segundos ya estaban listos para marcharse. Ella pensando que vivía un sueño. Él creyendo que se había vuelto loco.

Cuando Ale entró en el bar a la hora del desayuno el mundo cayó a sus pies. Todas las mesas estaban ocupadas por chicos y chicas del instituto a los que ya conocía de vista, pero en el fondo del local, Isaac y una chica rubia a la que no había visto nunca mantenían una conversación muy animada. Ella se sentó en la barra, al lado de Sofi y Laura, mirando de reojo sin que se dieran cuenta. Analizó a la chica de arriba abajo, llevaba una falda negra y una blusa rosa chicle demasiado ajustada, parecía que los botones fueran a saltar en cualquier momento dejando escapar sus pechos operados. No podían ser suyos, demasiado grandes y bien puestos para su delgada figura. La oyó reír,

como una gallina mal sonante detrás del gallo al que quiere conquistar. Bullía por dentro tan intensamente que temió explotar de celos allí mismo.

—Ahora vuelvo —le dijo a sus amigas.

La miraron confundidas por su repentino cambio de humor, pero en cuanto supieron adónde se dirigía comprendieron su objetivo. Se acercó a la mesa, mientras miraba la vitrina de pastas intentando disimular. Ya los tenía justo delante cuando la chica se levantó, pavoneándose delante de él. Se despidió dándole la mano. Al menos no podía tacharla de informal.

—Es del mismo estilo que la otra —le soltó sin poder evitarlo.

Él levantó la vista de los papeles que tenía delante y la miró con curiosidad, sin poder esconder aquella media sonrisa.

—La chica del sábado —se explicó— también iba excesivamente escotada y te reía las gracias. ¿Así te gustan, todas cortadas por el mismo patrón?

Isaac soltó una carcajada.

—En realidad, le estaba haciendo una entrevista de trabajo, he perdido a mi secretaria. Es muy guapa, pero busco chicas inteligentes y competentes. ¿No te interesará el puesto?

Ale sintió cierto alivio.

—Claro que no —dijo rechazando su oferta.

—Lástima, sería divertido tenerte todos los días en la oficina.

—No creo que pudiera soportarlo.

—Yo tampoco, acabaría como Nico, enamorándome de mi secretaria.

Ella soltó una exhalación a la vez que se ruborizaba, sorprendida por sus palabras.

—¿A qué viene eso?

—Los he visto juntos esta mañana y no estaban trabajando precisamente…

—Y… ¿qué hacían? —preguntó con curiosidad.

—¿Qué quieres saber ¿Si se besaban? No, solo hablaban, él es demasiado torpe para esas cosas. —Y soltó una risita burlona.

—Ahí tengo que darte la razón —dijo sonriendo dulcemente.

Isaac se puso serio de repente, quizá esperaba que le increpara por el comentario de Nico.

—Tienes una sonrisa preciosa —dijo mirándola con admiración.

Aquello la descolocó, aunque prefería sentirse alagada que llena de celos incontrolables.

—¿Cómo consigues ser arrogante y tierno a la vez?

—¡Ale! ¡Vamos a llegar tarde! —gritó Sofi desde la puerta.

—Tengo que irme, suerte con tus entrevistas.

—Tú piensa bien en mi oferta. —Y le guiñó el ojo.

De camino al instituto, Sofi y Laura parecían haberse molestado.

—Mientras tú ligabas con Isaac, nosotras hacíamos planes para el sábado —le reprochó Sofi.

—Lo siento, pero no estaba ligando.

—Ya, claro, solo marcabas territorio —soltó Laura—. Pues vas a tener un duro trabajo a partir de ahora, Isaac tiene una lista larguísima de admiradoras.

Ale sintió cómo sus fuerzas se desplomaban.

—Lauri, no seas tan dura, entonces, ¿vas a venir o no?

Ale asintió con energía.

—Pues quizá tendrías que empezar a preparar a Nico… —le aconsejó Sofi.

Así que llegó pronto a casa, preparó espaguetis a la carbonara para cenar, que era el mejor plato que sabía hacer, y cuando llegó Nico, cenaron tranquilos como hacía tiempo que no lo hacían. Lo que más le sorprendió es que sin decirle nada confesó su escapada con Elena, aunque pasó toda la comida en un interrogatorio insistente, fruto de su incredulidad.

—No seas pesada ¡ya te lo he contado todo! —espetó Nico cuando su paciencia se hubo agotado.

—¿Pero no la besaste? ¡No me lo creo!

—Nos pasamos toda la tarde hablando, riendo, conociéndonos mejor… eso también me gustó mucho —dijo algo avergonzado.

—¿Te quedaste con ganas de besarla?

—No soy de piedra… —contestó a su manera tan peculiar.

—Podrías quedar con ella el sábado para cenar.

"Y dejarme salir otra vez", dijo para sus adentros. Con un poco de suerte perdería la noción del tiempo y se olvidaría de ella.

—Pensaba cenar contigo…

—Por mí no te preocupes, volveré a salir con mis amigas.

Y cruzó los dedos mentalmente.

—¿Con tus amigas? ¿O con Isaac?

Ella se extrañó de que le sacara aquel tema. Nico suspiró y surgió de nuevo su semblante serio. "Oh no, otra vez en plan papá", se lamentó.

—Ale… desde que lo conozco todas las chicas que han estado con él no han durado ni un mes, a excepción de Carla, que ya sabes cómo acabó.

Aquel pálpito continuo que había estado repiqueteando en su interior, como una nueva ilusión, como una visión reformada de sus emociones y sus expectativas, se paró de repente. ¿Por qué todo el mundo se empeñaba en desalentarla?

—No hablaré con él si no quieres. —Se oyó decir.

Pero esa era su antigua yo, la nueva se echó a reír en cuanto escuchó aquellas palabras.

—Me da igual que hables, pero no te dejes enamorar.

—Tampoco pensaba hacerlo —volvió a mentir.

Pensó que quizá lo que hablaba por él era el dolor de aquella amistad que hubo terminado hace tiempo.

—¿Erais buenos amigos? —le preguntó.

Nico esbozó una sonrisa triste.

—Los mejores, pero hay obstáculos que no pueden vencerse.

"Eso no es cierto", se dijo. Y en su mundo perfecto los imaginó como una familia, con la confianza que habían perdido, con el cariño que los unió. Se preguntó si no podría ser posible y, puesta a soñar, si ella no podría hacer algo al respecto. Pero al día siguiente, cuando le contó sus ideas a Sofi, esta la reprendió duramente.

—¡Estás haciendo castillos en el aire! Una cosa es que pienses que a Isaac puedas gustarle y otra muy distinta que él sea el amor de tu vida, que vuelva a ser amigo de Nico y que encima apruebe vuestra relación.

Ale se hundió de nuevo en la decepción. Últimamente sus emociones eran como una montaña rusa.

—¿Pero entonces por qué me animabas?

—Ale… Isaac está bien para echar un polvo… o más de uno —se rectificó—, pero teniendo en cuenta tus aspiraciones y tu nula experiencia con los hombres, más vale que te busques a otro.

Durante días consideró su consejo, pero le resultaba imposible. Cuando estaba cerca de él, lo observaba en silencio. Intentaba adivinar sus pensamientos. Antes de hablar pensaba algo ingenioso que lo dejara impresionado. Y luego lo veía sonreír. Se llenaba de orgullo y se permitía sentirse triunfante. "Quizá hoy consiga que piense en mí", se decía. Pero de nuevo el optimismo la abandonaba, se adentraba en un círculo vicioso donde la alegría y la tristeza más inexplicable se entremezclaban y convertían su vida en algo extraño. En aquellos días en que era incapaz de reencontrarse con él, la noche se hacía triste y desoladora. Daba vueltas en la cama, soñaba con ojos azules, sonrisas cómplices, y pensaba en su padre. "¿Era así como te sentías, papá? ¿Tan complicado era al principio?". Casi podía escuchar su voz en el silencio de la habitación. Pero si tan enamorada se sentía, no lograba entender por qué era incapaz de lanzarse a sus brazos ni por qué le fallaban las fuerzas cuando estaba cerca de él. Todos aquellos sentimientos le hacían sentir estúpida. Y siempre se hacía la misma promesa: mañana se lo diré. Entonces, despertaba con cualquier excusa que le sirviera para perdonarse. "Hoy no me ha mirado, hoy parece de mal humor, hoy quizá no me tome en serio…", y el miedo a equivocarse volvía a imponerse irremediablemente.

Capítulo 7

—¡Aún no me creo que fuera capaz de hacerlo! —exclamó Ale mientras desayunaba una tostada con mermelada de fresa.

Aquella mañana habían preferido desayunar en la cocina, se había levantado viento, que lamentablemente anunciaba los últimos días del verano.

—Nico es muy cuidadoso, pero tarde o temprano tenía que hacerlo. Además, Elena es una buena chica, sabrá llevarlo por buen camino.

Celia sonrió con dulzura, hacía tiempo que lo avecinaba. Quizá aquello le sirviera para olvidar sus flaquezas.

—Eso espero, le conviene relajarse un poco.

Ale sorbió lo poco que le quedaba de su café y la miró, pensativa.

—¿Crees que es buen momento para volver a hablarle de mi padre?

—Deberías dejarle respirar un poco, son demasiadas cosas a la vez.

Ella se mordió el labio con gesto de decepción. Era muy persistente y sus ansias solo hacían que se alejara más de lo quería conseguir. Pero no quería herirla, intentaba aconsejarla todo lo bien que sabía.

—¿Puedo preguntarte algo?

La inseguridad de su voz le picó la curiosidad.

—Claro, cariño, sabes que puedes contarme cualquier cosa —contestó dándole algo más de confianza.

—Verás… tengo una amiga… —empezó.

Celia sonrió y supo al instante que la amiga era ella misma.

— … que está algo enamorada de un chico, pero ella no tiene mucha experiencia con los hombres, siempre ha sido algo reacia a eso del amor y ahora… ha encontrado a alguien que le hace sentir cosas totalmente diferentes, pero aun así tiene miedo. ¿Crees que debería lanzarse sin más?

Ella se sentó a su lado y le cogió de la mano.

—¿De qué tienes miedo, cielo?

Ale abrió los ojos de golpe. No creyó que fuera capaz de calarla tan pronto, pero al final se rindió y respondió sin tapujos.

—No quiero que me hagan daño. Puedo enfrentar nuevos caminos, adaptarme a las condiciones que me brinde la vida, pero si alguien a quien amo volviera a abandonarme… no creo que pudiera soportarlo.

Celia suspiró, el pasado siempre condicionaba nuestro futuro aunque intentáramos enterrarlo en lo más profundo. Entonces, recordó su niñez y aquellas incertidumbres que muchas veces le dio vergüenza confesar.

—Mi padre era pescador. Cuando era pequeña, vivíamos muy cerca del puerto. Desde mi ventana podía sentir el olor a pescado. Recuerdo que él se despertaba de madrugada, antes de que apareciera el sol, siempre le oía salir por la puerta. Mientras

estaba en la escuela o jugando en la calle con mis amigos me lo imaginaba en alta mar, con sus redes, y me sentía orgullosa de él. Sin embargo, si caía la tarde y no lo veía aparecer me asustaba pensando qué ocurriría si un día el mar no lo dejaba regresar. Había escuchado muchas historias de marineros y pescadores engullidos por el agua. ¡Cuántas veces lloré pensando en aquello!, hasta que comprendí que lo que tuviera que pasar, pasaría. Por eso, siempre que lo tenía cerca, intentaba disfrutar de él.

Ale se quedó pensativa. Era astuta, seguro que ella ya sabía que contra el destino poco se podía hacer.

—Además, no puedes temer perder algo que aún no tienes. Primero tienes que luchar por conseguirlo —concluyó.

Ella asintió, aunque no parecía demasiado convencida. Por mucho que la ayudara, la que se tenía que enfrentar a la realidad era ella.

—Bien, nos vemos en la posada a la hora de comer —dijo Ale despidiéndose de ella.

Una vez se hubo marchado, recogió la cocina, veloz, aunque hacía días que se sentía demasiado torpe para mantener el ritmo habitual. Y de nuevo volvió a sorprenderse. Sintió que el coche de su hijo aparcaba en la entrada y minutos más tarde entró en la casa con una sonrisa de buenos días. Aunque vislumbró en sus ojos un atisbo de desilusión, supuso que esperaba encontrarse a Ale.

—¿Qué haces aquí aún, mamá? Hoy te estás superando —dijo riéndose.

—No seas tonto, hoy no llego tarde a ningún sitio, tengo hora con el médico.

—¿Te ocurre algo?

—Me noto algo más cansada de lo normal, la edad no perdona…

Isaac cogió un cruasán y se lo comió de un bocado.

—Entonces, no te entretengo más, me voy a trabajar —dijo, aún con la boca llena.

Ella negó con la cabeza ante su excusa. Era su madre y lo conocía perfectamente.

—Isaac, es demasiado joven —le soltó antes de que saliera por la puerta.

Él la miró interrogante, pero con ella no podía disimular.

—Ya sabes de qué hablo, no has venido a verme a mí, sino a ella.

De pronto, todo le pareció tremendamente claro. Ale y su miedo a enamorarse, ¿cómo no se había dado cuenta? Quizá por eso se sentía tan contrariada, su hijo tenía cierto don para atraer a cualquier mujer de la que se encaprichara. Sin embargo, ella solo era una niña.

—Tiene… algo especial. Quizá sea porque es joven —contestó él, ya sin ánimos de esconderlo.

—¿A qué te refieres?

—Me hace sentir vivo. Tiene sueños, ilusiones y cree en el amor. Cosas que cuando te haces mayor van perdiendo fuerza.

Sabía de qué hablaba, Ale era una chica con mucha vitalidad. Pero su pasado también le había dejado cicatrices que se empeñaba en ocultar muy bien.

—Es especial sí, y por eso deberías ir con cuidado. No es una más, hijo, ella ha sufrido, no sería justo que jugaras con ella.

—¿Crees que hago todo esto para acostarme con ella? —replicó enfadado—. ¡No soy tan retorcido!

—No he visto que te enamoraras de nadie hasta ahora. ¿Por qué iba a ser diferente?

Él la miró como si le hubiera dolido lo que acababa de decir y salió de la casa pegando un portazo.

Isaac se subió al coche y aceleró con rabia, cogiendo la cuesta a gran velocidad. Su madre tenía un concepto muy equivocado de él, y aquello lo entristecía. Le hubiera gustado contestarle que sí era diferente. Porque era fuerte, valiente, guapa, inteligente, atrevida, dulce… y muchas cosas más que llenaban su cabeza de locuras absurdas. Como la que lo había llevado a enfrentarse a Nico. Ella no era igual a las demás, que habían caído rendidas a sus pies. Como las que se habían anulado totalmente por él, por complacerle en todo sin imponer su carácter. Y aquello despertaba más interés en él. Por primera vez en la vida, encontraba a alguien dispuesto a mostrarse tal como era, verdadera y auténtica.

Nico entró al taller y observó la mirada resplandeciente que iluminaba los atardeceres sombríos que tan duramente lo condenaban a vivir sin esperanzas. La débil sonrisa que dibujaban sus labios, que le bastaba para decirle que sí a todo. A inundar de dulce locura su mundo, frágil y quebradizo. Mientras, Elena paseaba por su corazón, ya dueña de todo aquello que un día creyó poseer. Sin saberlo, sin ni siquiera imaginar las sensaciones que le provocaba tenerla cerca. Y cómo agradecerle que llegara hasta él para abrirle los ojos y rescatarlo de una muerte segura. Porque desde que había cruzado aquella línea infranqueable, tan perfectamente marcada, para mantener su vida lejos de cambios y contratiempos, todo parecía distinto. Menos nocivo, menos amenazador. Aquella mañana se había levantado con las ganas de saber si podría ocurrir algo más. Si sería capaz de volver a entregarse al amor. Esa droga que había probado y de la que ya no se quería desintoxicar. Hasta era capaz de inspirarse con palabras románticas, nunca había sido de versos ni poemas, pero de repente descubría una nueva faceta de sí mismo.

—Buenos días, Elena, hoy estás radiante —le soltó nada más llegar.

Ella le regaló una sonrisa arrebatadora y le ofreció un café.

—Hoy pareces feliz —dijo ella, contagiándose de su alegría.

—Sí, creo que deberíamos salir más de la oficina, me fue bien para despejarme.

—¿Qué tal a cenar? Hay un restaurante cerca de aquí que me gustaría probar. Y luego podríamos ir a bailar, o a tomar algo…

Sus ansias locas lo hicieron reír. Ella rio también, y cuando se hubo calmado lo miró con unos ojos provocadores y terriblemente seductores. Él se impregnó de aquella atmósfera cargada de magnetismo. Y sin que pudiera predecirlo, Elena se acercó y le plantó un beso.

—Lo siento —dijo tapándose la boca con una mano—, es que esta situación se estaba volviendo insostenible.

—Esta… ¿situación? —dijo él totalmente anonadado.

—Sí, ya sabes, tú, yo… y nuestra mutua atracción.

Él soltó una risa nerviosa. Y no supo decir si su beso resultó ser una dosis demasiado excesiva, pero segundos más tarde se lanzó a su boca y no quiso volver a separarse de ella.

Ale se pasó toda la mañana escuchando a Sofi leyendo los mensajes que Dani le mandaba. No habló demasiado y por momentos pareció ausente. Hasta que en su reunión semanal del periódico del instituto la profesora tuvo que llamarle la atención.

—¡Alessia Martín! ¿Es que no me has oído? Tu artículo me encantó, fresco y divertido, te felicito.

Ella sonrió sin demasiadas ganas. Sofi le dio un codazo y le recriminó con la mirada su actitud.

—Deberías alegrarte —le susurró.

—Bien, dentro de poco se dan los premios al empresario del año —continuó la profesora—, ya tengo los nombres de los candidatos y uno de ellos es un vecino de Cudillero al que me gustaría que entrevistarais. Alessia, tú serás la encargada de hacerlo, yo misma te pondré en contacto con Isaac Galván para que acordéis un día.

"No, no puede ser", pensó mientras se despertaba del letargo en el que llevaba sumida todo el día. Sofi soltó una carcajada.

—Creo que no será necesario, Ale le conoce muy bien.

—¡Perfecto! —exclamó—, así será una entrevista mucho más informal y amena.

Cuando salió del instituto las palabras de Celia la golpearon con fuerza: "Lo que tenga que pasar, pasará". Y parecía que al destino se le había encaprichado unirlos de una manera u otra. Cogió la moto en dirección a La Posada, mientras cavilaba sobre su suerte o su temible desgracia. Solo unos metros antes de llegar, vio a un perro cruzar la carretera, iba a más de cincuenta por hora, pero su instinto actuó antes que la razón y apretó el freno tan fuerte que la moto chirrió, cayó con un fuerte estruendo y se deslizó por el asfalto arrastrándola a ella también. Notó que el casco golpeaba el suelo, cerró los ojos, le pareció dar una voltereta al tiempo que su mano tocaba algo demasiado caliente y acabó boca arriba en el suelo. Pocos segundos después varias personas la rodearon.

—¿Niña, estás bien? —le preguntó un hombre de mediana edad.

Ella no respondió. Aún tenía que coger aire. Se incorporó despacio y la cabeza le dio vueltas. Aprovechó para buscar al perro que se le había cruzado, pero ya se había esfumado.

—¡Lessi! ¡Lessi! ¿Estás bien?

Isaac se abrió paso entre la gente, se agachó nervioso y la cogió por los dos brazos.

—Mírame, ¿te has hecho daño?

—No lo sé —contestó confusa, su cuerpo estaba demasiado caliente para analizar los golpes.

Celia apareció detrás de él, con el teléfono en la mano.

—¿Llamo a una ambulancia, cariño?

Ella negó con la cabeza rápidamente. Isaac la examinó con detenimiento, parecía consternado y en sus ojos brillaba un azul más oscurecido que le daba una expresión de

severidad. Después de comprobar que su cabeza no corría peligro alguno le quitó el casco con cuidado.

—Te has mordido el labio.

Le limpió la sangre con el dedo. Sí, tenía gusto de sangre en la boca, quizá se había mordido la lengua también. Siguió con su inspección cogiéndole un brazo y luego otro.

—Estoy bien, no ha sido nada.

—Y te has quemado el brazo y la mano —dijo omitiendo su comentario.

El roce con el asfalto, de ahí la sensación de escozor que empezaba a percibir.

—Parece que tienes un imán para las desgracias —dijo molesto.

—Y para los impertinentes también.

Sonrió, intentando imitar su media sonrisa de prepotencia, pero a ella no le salía tan bien.

Y se arrepintió de inmediato, cuando el dolor de la herida le atravesó como una aguja.

—Déjate de tonterías, nos vamos al médico.

—Hijo, espera, acabo de llamar a Nico, vendrá enseguida —dijo Celia, mientras sacaba un pañuelo para que se limpiara la sangre de la boca.

—Pues que venga a buscarnos allí y que se lleve esa chatarra —contestó con desdén.

Ale buscó su moto con la mirada. Estaba tirada en el suelo, cerca de ella, echa un desastre, le habían saltado varias tapas, y de nuevo el retrovisor se había llevado la peor parte. "Quizá después de esto Nico considere quitármela", pensó.

—No le va a sentar nada bien que la lleves tú —susurró Celia, como si no quisiera que la oyera.

Él resopló sin darle importancia y la ayudó a levantarse del suelo. Por suerte no tuvo que volver a subirse a una moto. Hoy llevaba el BMW y su cuerpo magullado agradeció los asientos mullidos de piel.

—No vuelvas a hacer eso —la regañó mientras ponía en marcha el coche.

—¿Caerme? Lo intentaré.

Él la miró incrédulo, como si no entendiera su sarcasmo. Era un defecto poco agradable que le aparecía en situaciones donde había metido la pata hasta el fondo.

—¡Esquivar al perro, Lessi! ¿Es que te has vuelto loca? Podría haber sido mucho peor.

—¡Pero no lo ha sido! Oye, no hagas como Nico, sé perfectamente que la he cagado, me la ha jugado el instinto, cosas que pasan, pero estoy bien.

Isaac suspiró, relajándose un poco.

—Lo siento, cuando te he visto caer de esa manera… me he asustado —dijo con seriedad.

Estaba preocupado, ¡por ella! Las mariposas de su interior corretearon felices, esbozándole una sonrisa, y volvió a hacer una mueca de dolor.

—¿Te duele mucho? —preguntó Isaac.

—Solo cuando sonrío, no me hagas sonreír.

—Me encanta hacerlo. Pero supongo que hoy tendré que conformarme con esta carita pálida y magullada —dijo mientras le acariciaba la mejilla.

Consiguió frenar otra sonrisa, pero él lo hizo por ella, y sus ojos volvieron a coger aquel imponente azul claro, tiñéndolo de ternura.

El médico los atendió enseguida, Isaac insistió en entrar con ella, y cuando sacaba su carácter autoritario era imposible negarle nada. La examinaron exhaustivamente y le desinfectaron las heridas, la quemadura del brazo se despertó enseguida cuando le tocó el turno, pero evitó quejarse para no inquietar más a Isaac. El médico se tomó su tiempo con la muñeca izquierda, cuanto más la movía, más esfuerzos tenía que hacer para no gritar. No recordaba haberse golpeado, ahí pero ahora que se había enfriado empezaba a sentirse dolorida en todas partes.

—No finjas que no te duele, parece que tienes un esguince.

—Bueno, me duele un poco.

El doctor asintió como si se ratificara a sí mismo y volvió a examinarla.

—No parece importante…

—¿Lo has oído? Nada importante —le dijo a Isaac.

—Eso no le servirá de excusa a Nico.

Nico. Casi se había olvidado de él.

—No hagas demasiados esfuerzos, al menos durante quince días —le recomendó el médico.

—No hay problema, la mano izquierda no la uso nunca.

Isaac soltó una risita. Y después de recoger su receta de Ibuprofeno salieron por fin de la consulta.

—No la usas nunca, ¿eh? Pues con ella me cogiste la mano el otro día ¿o acaso lo has olvidado? —dijo fingiéndose ofendido.

—Lo recuerdo vagamente…

—Quizá tenga que refrescarte la memoria.

Le cogió la mano cuidadosamente, como si se tratara de una muñeca de cristal, la acunó entre las suyas y la besó dulcemente. Ella lo miró derritiéndose poco a poco ante su mirada seductora.

—¡Ale!

Se deshizo de su hechizo al sentir aquel grito aterrador. Nico permanecía en la puerta, con los ojos centelleantes de ira y la vena del cuello hinchada. Isaac le soltó la mano rápidamente, como si de pronto se tratara de un hierro ardiendo.

—Nico —contestó con calma—, solo ha sido un susto, estoy bien.

—¿A eso le llamas un susto? ¡La moto está destrozada!

—Tranquilízate —intervino Isaac—, todo el mundo se cae alguna vez.

—Métete en tus asuntos —le contestó fulminándolo con la mirada.

Isaac tragó saliva, aunque le pareció que más bien tragaba palabras, por la expresión de contención que se leía en su cara.

—Será mejor que me vaya —susurró—. Si quieres que te rescate, ya sabes…

E hizo el gesto del teléfono con la mano. Ella asintió con una sonrisa, pero la borró enseguida cuando Nico la recriminó vorazmente.

Cuando subió a la furgoneta se temió lo peor. Nico se abrochó el cinturón con un golpe furioso y aceleró el coche con rabia.

—Otro arreglo más. Apenas hace un mes que tienes la moto, ¡un mes! y ya la tengo que arreglar de nuevo.

—Siguiendo ese cálculo en dos meses la tendré siniestro total.

Nico la devoró con la mirada. Tenía que aprender a morderse la lengua, últimamente le jugaba malas pasadas.

—Sabes que no soporto que me hables con ironía.

Ale resopló, ya estaba agobiada y la tormenta acababa de empezar.

—¿Es que no piensas? ¿Cómo se te ocurre frenar de golpe?

—Fue mi primer reflejo —contestó en su defensa.

—En la carretera no se usa el instinto, se usa la cabeza. Tienes que ser más precavida, aunque ello conlleve atropellar a un pobre animal.

—Todo el mundo se cae por una cosa u otra…

—Pero es mejor que no pase.

—Y si pasa, ¡pues pasó! Sé caerme, ¿vale? Es algo que aprendí cuando era pequeña y siempre me tirabas del columpio. —Y forzó una sonrisa.

Nico apretó con fuerza el volante como si intentara controlarse.

—¿Es que no vamos a poder hablar nunca en serio? —dijo alzando la voz.

—¡No! Porque siempre me reprendes en todo lo que hago, no me gusta que seas así.

—¿Así, cómo?

—Tan… ¡papá!

Dejó ir una exhalación cuando pronunció esa palabra. Algo dentro de ella se removió con violencia y un torrente de emociones la consumió.

—¡Tú no eres él! —gritó de repente—, no te comportes como él lo haría, ¡tú no eres papá!

Un llanto incontrolable se apoderó de ella, se tapó la cara con las manos y sollozó, sacando aquel nudo que le oprimía el estómago.

—Ale, tranquila, solo intento protegerte —dijo Nico con un hilo de voz.

—¡No! Solo tenías que mirar las fotos, ¿por qué no lo hiciste?

Nunca pensó echárselo en cara, pero tampoco creyó que en su inconsciente lo tuviera tan presente.

—No sabía que te dolería tanto que no lo hiciera.

—Me duele que no lo recuerdes, que lo olvides para siempre.

—Lo recuerdo cada día de mi vida —dijo con la voz entrecortada, y dejó caer una lágrima—, pero a veces tienes que encerrar el pasado para ser feliz.

—El pasado forma parte de ti, Nico, no puedes ignorarlo, por eso no has sido capaz de rehacer tu vida y hasta que no entiendas eso no lo conseguirás.

Él la miró con los ojos abiertos de par en par, preguntándose si su hermana tenía razón, si era cierto que aquella niña de once años que dejó en Madrid había sido capaz de superar la tragedia y él, en cambio, no. Pero ya no era una niña, era una mujer, por muy poco que le gustara aceptarlo. Aparcó el coche en la entrada de su casa y suspiró derrotado.

—Ve a casa, Ale —dijo sin mirarla.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Iré al taller… y arreglaré la moto.

—No volveré a cogerla si te quedas más tranquilo.

Esbozó una media sonrisa que no le borró la tristeza de su rostro, pero a ella le pareció suficiente.

—Ya hablaremos, hermanita, ahora descansa un poco. Mañana te dolerá todo.

Ale lo besó en la mejilla y le susurró un te quiero al oído.

Entró en casa, sin fuerzas, sin ánimos, herida por dentro y por fuera. Pensando como un día todo era mágico y el otro una pesadilla. Se tumbó en la cama y se arrastró hasta su cojín. Se quedó dormida a los cinco minutos.

El tiempo la llevaba siempre a aquel lugar donde no quería quedarse. Donde todo era viejo y colmado de recuerdos tristes y amargos. Pero sus sueños parecían haberse quedado anclados en el mismo momento. En ese preciso instante donde todo había dado un giro de tres cientos sesenta grados. Era curioso darse cuenta de que había estado viviendo en la misma casa donde pasó todo y había sido capaz de superarlo. En cambio allí, lejos de lo que parecía otro mundo, el pasado la perseguía.

Ale recorrió el suelo frío de la estancia silenciosa, de puntillas, usando la pared de guía para llegar al rincón donde el árbol de Navidad esperaba rebosante de regalos. Pero en su trayectoria, una silla se cruzó en su camino, se arrastró por el suelo con un crujido y ahogó un grito de dolor.

—Silencio —susurró su hermano delante de ella.

Las luces del árbol dibujaban estrellas de colores en el techo, se apagaban y se encendían, iluminando los papeles brillantes de las cajas que reposaban en el suelo.

—Este creo que es para ti —dijo Nico, señalando un bulto enorme.

"La bici, que sea la bici", rezó en su interior. Pero cuando se acercó a él, la luz del comedor se encendió de repente, delatando su delito.

—Lo tendría que haber imaginado… esto os va costar caro, chicos.

Su padre los observaba desde la puerta, con los brazos en jarras. Nico lo miró con desconcierto, preguntándose cómo había sido capaz de descubrirlos, teniendo en cuenta su sigilo.

—A la cama ahora mismo, y mañana ya veremos si os merecéis todas esas cosas.

Nico cruzó la puerta, refunfuñando. Cuando ella pasó por su lado lo miró disgustada. Sus ojos eran de color miel y tenía el pelo enmarañado por ligeros rizos negros. Se dio cuenta de que en la mejilla tenía una gran cicatriz que le desfiguraba la cara. Alargó la mano para tocarla, y cuando la tuvo a pocos centímetros empezó a emanar sangre de ella.

Pegó un salto de la cama, jadeando, miró el reloj de su mesita y marcaba las nueve de la mañana. Por la ventana, el sol ya atravesaba la cortina e iluminaba toda la habitación. El estómago le dolía horrores, no había comido ni cenado y se notaba entumecida. Se levantó de la cama con un gesto de dolor, tenía agujetas allí donde creía no haberse golpeado, entró en la habitación de Nico y se sorprendió de no encontrarlo allí. Quizá había salido pronto para ir al taller, a seguir trabajando en su moto, pero la cama no estaba deshecha. Fue en busca de su móvil para llamarlo y se encontró un mensaje.

"¿Como está mi mano favorita?".

Enviado a las ocho de la mañana. “Vaya, sí que madrugas, Isaac”, se dijo. Ni siquiera se había mirado en el espejo. Corrió hacia el baño y casi se asustó al verse. El labio se había hinchado un poco y tenía sangre seca. La mano, en cambio, apenas le dolía.

“Sobrevive, pero parece que me han pegado un puñetazo en el labio, ¡estoy horrible!”.

¡Quién la mandaría caerse! El maquillaje tendría que hacer milagros para salir esa noche.

“Deja que lo dude, ¿volveremos a encontrarnos hoy?”.

“Puede, todo depende del destino”.

Y sonrió ante su respuesta filosófica. Sintió cómo la puerta de la casa se abría y bajó la escalera todo lo rápido que le permitieron las piernas. Se encontró a Nico tal como lo había dejado ayer, con la misma ropa aunque mucho más relajado.

—¿Ahora llegas? —preguntó sorprendida.

Por un momento, se preguntó si había estado toda la noche trabajando y deseó que no fuera así para no sentirse culpable.

—No —mintió.

—Llevas la misma ropa de ayer…

—Tú también.

Cierto, ni siquiera se había cambiado. Los dos tenían una pinta lamentable.

—Me quedé dormida con la ropa puesta. ¿Se puede saber dónde has estado?

Se sentó en el sofá y la miró inexpresivo.

—En casa de Elena —confesó.

Ale abrió los ojos asombrada.

—¿Te has acostado con ella?

Él asintió. Y una sonrisa estúpida se dibujó en sus labios. Si no fueran las nueve de la mañana hubiera jurado que iba bebido.

—¿Y ahora… qué?

Se encogió de hombros, indiferente. Aquello no era propio de él.

—Por primera vez en la vida no estoy preocupado por nada. Me siento… bien —contestó, extrañado por sus propias palabras.

“El amor es la mejor medicina”, pensó. Y deseó que tuviera el mismo efecto en ella.

Nico se metió en la ducha anestesiado aún por las sensaciones que había experimentado durante la noche. Si cerraba los ojos, podía notar el sabor dulce de sus besos en los labios, su lengua rozando la suya, el tacto de su pelo en el pecho, su peso encima de él y el roce de su delicada piel desnuda. Había conseguido hacerle olvidar todo, como si su sola presencia le produjera un efecto de amnesia. Elena era milagrosa, una cura para todos sus males, y siempre podía sacar sabias conclusiones de sus palabras. Ya no sentía la congoja que dejaban las incertidumbres, ni el temible desafío que suponía construir un futuro vacío de ilusiones. Desde que había encontrado el amor en aquel rincón en el que siempre había rehusado mirar, su recién estrenado corazón le permitía conocer nuevos rumbos. Podía mirar al cielo en una tormenta perfecta y aun así

llenarse de aquel sinfín de emociones que solo sabía evocar el alma. Y volar libre, cosechar esperanzas. Solo a veces, añoraba la paz y la seguridad que le proporcionaba la rutina de convivir con uno mismo, hoy turbada por las incongruencias del destino y aquel corazón que se había unido al suyo. Pero entonces sabía que debía hacer: se revolcaba de nuevo en la locura, corría a sus brazos, se embriaga de sus besos, del sonido de su risa, del eco de su voz, de caricias inocentes y caricias prohibidas. Instantes imperfectos que agradecía… y que convertían aquellos sentimientos en la razón de su existencia.

—¿Qué tal? ¿Se nota?

Ale cruzó los dedos y miró a Sofi esperanzada.

—Soy buena maquillando pero no tanto, la hinchazón no se disimula tan fácilmente.

Su esperanza se convirtió en decepción y un terrible escozor le inundó los ojos.

—Entonces… sigo horrible, ¿verdad?

Se había puesto su mejor vestido, el negro con los tirantes cruzados por atrás, corto, que no le llegaba a las rodillas y le hacía un escote más pronunciado. Y se había vuelto a rizar el pelo. "El pelo rizado te favorece", le dijo Isaac la última vez. Solo quería gustarle. De alguna forma, su dilema cobraba fuerza y por momentos el deseo de estar con él le podía y dejaba atrás aquel miedo, que a pesar de todo seguía latente.

—¿Por qué estás tan insistente?

—Tiene miedo de que Isaac la vea así—dijo Laura riéndose.

—¡Pues olvídate de eso! Hoy voy a presentarte a alguien mucho más interesante.

Laura soltó una carcajada.

—No la engañes, Sofi, Rubén es un monigote al lado de Isaac.

—No quiero que me presentes a nadie, me costó un mundo deshacerme del último.

Aún recordaba lo mal que lo había pasado bailando con él y sorteando sus caricias.

—Ale… te va a hacer daño, ¿es que no lo ves? —dijo Sofi acariciándole el pelo.

—Ya está completamente ciega por él, no la vas a convencer.

—¿Tú qué harías? —le preguntó a Laura.

—Follármelo —contestó con una sonrisa.

—¡Qué bruta! —le espetó Sofi—. Ella no es como tú.

—¡La vida son dos días!

De repente se convertían en el ángel y el demonio, pero no sabía reconocer quién era quién.

—Ese mismo consejo me diste cuando dudaba de perder mi virginidad con Pau, ¡y me arrepentiré toda la vida! Tú tómatelo con calma, que no te vas a morir mañana.

Laura hizo un gesto despectivo con la mano y siguió arreglándose el pelo.

Era la una de la madrugada cuando entraron por el aparcamiento del pub, Dani conducía demasiado rápido, y de vez en cuando se distraía para darle un beso a Sofi, dejando el volante a su suerte. Tuvo el corazón en un puño todo el camino, pero finalmente llegaron sanas y salvas. La noche era fresca y echó de menos haberse llevado una chaqueta, pero el local era pequeño y si se llenaba de gente no tardaría en calentarse.

—Mira, ahí está Rubén.

Sofi y Dani se acercaron a él, ella lo miró de reojo. Nada del otro mundo, pero tendría que ser amable al menos durante un rato. Laura se había esfumado nada más bajar del coche, así que se quedó sola a la espera de que volvieran. Y cuando vio a Toni en la puerta prefirió alejarse un poco para que no la viera. Caminó por el aparcamiento observando cómo el cielo se teñía de estrellas, allí podía admirar la luna todas las noches y respirar aire fresco, algo que no echaba de menos de Madrid, donde la contaminación encapotaba la mayor parte de los días. Pasó delante de un coche donde dos chicos bebían. Alterados por el alcohol, la miraron y le hicieron un gesto para que se acercara, pero ella aceleró el paso.

—Sola, en plena noche, en un aparcamiento lleno de borrachos.

Dio media vuelta y sonrió al ver a Isaac con las manos en los bolsillos y su expresión de desconcierto.

—¿Es que tienes mal calibrado el sentido del peligro?

El pelo engominado, la camisa con un lado metido por dentro del pantalón y el cuello más abierto le daban un aspecto juvenil.

—¿Desde cuándo eres mi guardaespaldas? —le contestó acercándose a él.

—Lo hago como *hobby.*

—Tienes aficiones muy extrañas…

Los dos rieron e Isaac la cogió de la mano.

—Parece que el destino nos sonríe.

Suerte o desgracia, aún seguía sin tenerlo claro. Mientras su cabeza se debatía, se dejó llevar y apretó su mano con fuerza para asegurarse de que no estaba soñando. La miró fijamente y le subió la barbilla para ver bien su labio.

—Sigues siendo preciosa —le dijo acariciando con cuidado la herida.

Su respiración se interrumpió ante aquellas palabras. Isaac hizo ademán de acercar su boca a la suya, pero en ese momento sintió la voz de Sofi y apartó la vista de él.

—¡Ale! Tienes la mala costumbre de desaparecer, empiezas a parecerte a Laura —se quejó.

—¿Qué tal, Sofi? —la saludó Isaac—. ¿Hoy también vas a rechazar una copa o me dejas intentarlo?

Sofi lo miró con expresión sombría, ella no se dejaba intimidar tan fácilmente.

—No te esfuerces, ya tengo planes para ella.

—No seas borde, tenemos toda la noche por delante.

—Pero se hace muy corta —contestó con sorna.

La cogió de la otra mano para separarla de él. Isaac se desprendió de ella a regañadientes, había olvidado que aún la tenía sujeta, por un segundo se había fusionado tanto que parecía parte de su cuerpo.

—Ale, este es Rubén —dijo señalando a un chico que esperaba algo apartado de ellos.

Se acercó y le dio dos besos.

—¿Me esperáis dentro? Ahora os alcanzo —dijo Sofi guiñándole el ojo.

¿Qué tramaba? No quería separarse de él ahora, pero tampoco pretendía parecer ansiosa, se despidió con la mano, Isaac hizo lo mismo y le dedicó una mirada asesina a

Rubén. Mientras caminaba hacia la puerta ideó un plan para escapar de la encerrona en la que la había metido Sofi.

Isaac observó a Lessi alejarse y maldijo por dentro a la chica que tenía delante, que lo miraba desafiante.

—¿Por qué tengo la sensación de que lo has hecho adrede? —le preguntó.

—Porque lo he hecho. No nos engañemos, los dos sabemos para qué la quieres y ella no es de ese tipo de chicas. Y sinceramente, no te la mereces.

"Tú que sabrás", le gustaría haber dicho, pero discutir con ella solo hubiera servido para poner a Lessi en su contra. En parte agradecía que dispusiera de tan buenas amigas, pero que se metiera por medio solo le dificultaba las cosas. Le dedicó una mirada inexpresiva y se alejó de ella. Entró en el local y mientras iba hacia la barra chocó con una chica morena que parecía algo bebida.

—¿Erica? —dijo cogiéndola del brazo.

Ella lo miró con una furia contenida y lo empujó para que la soltara. Recordaba a la hermana de Carla en tiempos mejores, una chica tímida y amable que siempre le saludaba con la mano cuando lo veía por la calle. Pero la gente cambiaba, a veces para mal. Negó con la cabeza como si quisiera deshacerse de aquel desplante y buscó a Álex, un amigo con el que había compartido la época de la universidad. Se sentaron en la barra y mientras charlaban intentó localizar a Lessi entre la gente. No fue difícil encontrarla, parecía haber adquirido un radar que siempre marcaba el camino para llegar hasta ella. De vez en cuando la miraba distraído, sin darse cuenta. Inconscientemente sentía la necesidad irrefrenable de saber de ella. La vida pasaba a su lado desapercibida, mientras sus sueños absurdos ya no bastaban para ahogar el deseo de hacerla suya. Hubiera deseado meterse en sus pensamientos, rebuscar en ellos para encontrarse a sí mismo. Quizá también como un anhelo. Le hubiera gustado que todo no fuera tan complicado. Pero las cosas simples rompen la magia de lo inevitable.

—¿Es ella? —preguntó Álex sacándolo de sus pensamientos.

Él asintió con una sonrisa orgullosa.

—Te gusta, ¿eh?

—Sí, de verdad.

Era la primera vez que confesaba algo así.

—Díselo, pocas oportunidades se presentan en la vida como para desperdiciarlas.

Tenía razón, pero no quería precipitarse demasiado y ahuyentarla. Lessi era como un ángel que se le había aparecido, pero en ocasiones la sentía cerca y otras lejos, como si recelara de sus sentimientos.

—Fíjate, yo ya voy a casarme, ¿quién lo iba a decir? Quizá tú seas el siguiente.

"Por Dios, solo tiene diecisiete años", pensó abriendo los ojos como platos. Seguro que ni siquiera había pensado en ello. Él tampoco, aunque sí que tenía edad para hacerlo, de hecho la mayoría de sus amigos había dado el paso. Eso le hizo preguntarse quién de los dos se vería obligado a adaptar su vida por el otro. Lo mejor para Lessi sería que estudiara una carrera, encontrara trabajo en algún periódico local, luego se fueran a vivir juntos y lo demás vendría solo: casarse, tener hijos… ¿pero qué demonios estaba pensando? ¡Solo tenía diecisiete años!

Mientras le daba un trago a su gintonic la vio pasar a su lado algo tambaleante, ni siquiera lo miró. Detrás de ella, el amigo de Sofi la seguía con sus tentáculos en su cintura. Sintió que se le revolvía el estómago, podía soportar verla hablar con otro pero que la tocaran era intolerable.

—Perdóname Álex, ahora vuelvo.

—Claro, tú ve a marcar territorio.

Los persiguió entre el gentío que se agolpaba en la pista de baile, ese día el cúmulo de personas era insoportable. Justo enfrente de los lavabos, Lessi permanecía apoyada en la pared con el chico delante de ella, intentando besarla en el cuello. De pronto, un arrebato de celos le hizo apretar los dientes. Se acercó a él y lo agarró del hombro para apartarlo de ella.

—Quítale las manos de encima —le gritó con toda su rabia.

Él fue a replicarle, pero su expresión de cólera lo aplacó.

—Vamos, ¡lárgate!

Miró a Lessi esperando su salvación, pero ella se mantenía expectante, aturdida por su comportamiento. Cuando se fue, se acercó a ella despacio, temeroso de haberla asustado. Entonces se dio cuenta de que le costaba sostenerse en pie. Le quitó el vaso que tenía en la mano y lo dejó apoyado en el suelo.

—Ya has bebido bastante, ¿no crees? —le reprendió.

—¡Pero si es el primero!

No hablaba mal, pero sus gestos la delataban.

—¿Por qué siempre me tienes que salvar de los pulpos?

—Son las consecuencias de dejarte enredar por tu amiga. Vamos a tomar un poco el aire.

La agarró del brazo y la condujo hacia la salida. Fuera, la diferencia de temperatura era evidente. Se quitó la chaqueta y se la puso por encima de los hombros.

—No, ¡tengo mucho calor! —se quejó poniendo morros.

Sin hacerle caso, le colocó los brazos por el interior de las mangas y se la abrochó hasta arriba. Cuando la miró a los ojos ella se lanzó a su boca de improviso y lo besó. Fue ligero y torpe, pero el roce de sus labios con los de él hizo que le diera un vuelco el corazón.

—¿Qué estás haciendo?

—Es que eres tan guapo…

Se agarró a su cuello fuertemente y acercó su cara a escasos centímetros de la suya.

—Lessi, estás borracha.

Ella esbozó una sonrisa boba. Poco podía hacer contra las ganas de sentirla tan cerca.

—Tienes los ojos tan profundos… como el cielo en un día espléndido, como las estrellas en una noche perfecta.

Él no pudo contener una risita. La gente se volvía estúpida por el alcohol y a ella le salía la vena poética.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca.

Estaba acostumbrado a piropear a las chicas, pero pocas veces se había sentido halagado. Aun así, le entristeció pensar que eso no era propio de ella, tan tímida y

precavida. Y mientras la observaba se dio cuenta de que tenía los ojos demasiado dilatados.

—¿Qué has tomado? —preguntó entre dientes, intentando controlar su enfado.

—Vodka con limón —contestó ella riéndose.

—No me refiero a eso, Lessi, ¡maldita sea!

Se deshizo de su abrazo y le cogió la cara con las dos manos para que lo mirara fijamente.

—Contéstame —insistió.

—Te refieres a… ¿drogas? ¿Crees que yo…?

De repente se puso seria y sus ojos verdes pestañearon de confusión.

—Si me conocieras de verdad no me preguntarías eso —dijo visiblemente dolida.

Nunca hubiera pensando que Lessi fuera de ese tipo de chicas, en aquellos temas era muy inocente. Por eso mismo empezó a sospechar que alguien debía haberle metido algo en la bebida. Y el culpable ya tenía nombre.

—Como lo pille lo mato —dijo pensando en el amigo de Sofi.

Lessi apartó sus manos e intentó quitarse la chaqueta torpemente.

—Estate quieta, vas a coger frío.

—Tengo calor, y sed. Mucha sed.

—Está bien, vamos a por agua.

La cogió de la mano pero ella lo frenó.

—Primero tienes que besarme —dijo con una sonrisa pícara.

"Dios, ¿por qué pones a prueba mi resistencia?", preguntó mentalmente.

—Nada de besos… Al menos hoy.

—¿Es que no quieres besarme? ¿No te gusto? —dijo asustada.

—Claro que me gustas, te besaré, pero…

—¡Ni se te ocurra! —lo interrumpió una voz.

Sofi vino corriendo hacia ellos con una botella de agua en la mano.

—Está drogada.

Lo empujó para que se apartara de ella. Le dio la botella de agua y Lessi se bebió la mitad casi de un trago.

—¿En serio? No lo había notado, ¡si no la hubieras dejado con tu amiguito! Te juro que cuando lo vea…

—¡Tranquilo! No ha sido él, fue Erica, la hermana de tu ex —dijo recalcando la última palabra.

—¿Cómo lo sabes?

—Laura la pilló confesándoselo a una amiga.

Vaya, eso sí que era lucirse. ¿Pero que le había llevado a hacer eso? Por un momento se le cruzó la idea de que Carla tuviera algo que ver. Podía tacharla de muchas cosas, sobre todo después del número que le montó en el trabajo, ¿pero sería capaz de eso? Tragó saliva y dejó sus conclusiones para más tarde, ahora la prioridad era Lessi.

—Vámonos de aquí.

Volvió a cogerla de la mano y la arrastró por el aparcamiento.

—¿Pero dónde la llevas? ¡No puede volver en ese estado! —dijo Sofi siguiéndole.

—La llevo a mi casa hasta que se le pase el efecto.

Sofi aceleró la marcha y se puso delante de él, intentando detenerlo.

—¡Ni hablar! —dijo fulminándolo con la mirada—. Por encima de mi cadáver.

Isaac soltó un bufido, empezaba a resultar muy pesada.

—¿Crees que sería capaz de hacerle algo?

—Espero que no o te juro que… —dijo apretando los puños con fuerza.

—Déjate de amenazas y ayúdame a subirla al coche.

Lessi no se resistió demasiado, consiguieron abrocharle el cinturón mientras le entraba la risa tonta.

—Ay, Ale… cuando te explique mañana todo esto…

Sofi negó con la cabeza como si se apiadara de ella. Probablemente no se acordaría de nada, pero él tenía bien presente aquel pequeño beso y dudaba si contárselo o no.

El camino se hizo largo, intentó distraerla con la música, pero aquello la alteró más y cuando el calor volvió a envolverla se quitó la chaqueta y faltó poco para que hiciera lo mismo con el vestido. Volvió a ponerle el cinturón sin quitar la vista de la carretera, toda una hazaña, y le abrió la ventana para que le diera el aire en la cara. "Con un poco de suerte se despejará", pensó. Pero nada más lejos.

—¡Más rápido, Isaac! ¡Acelera, vamos! —gritó.

Ahogó una risa e incrementó un poco la marcha.

—Creía que te daba miedo la velocidad.

—Ahora no.

Claro, así se perdía el miedo a todo. Aparcó el coche en el garaje y la ayudó a salir, pero en el momento en que puso el pie en el suelo estuvo a punto de desplomarse. Decidió cogerla en brazos y llevarla hasta su dormitorio. "Drogada y totalmente a merced de mis deseos, no hay nada más perverso", se dijo. La colocó en la cama y le quitó los zapatos, casi le parecía un espejismo tenerla allí.

—¿Vamos a hacerlo? —preguntó mientras se recostaba en la cama.

—No, vamos a dormir. Tú en mi cama y yo en el sofá.

"Intentando asimilar que hoy te lo estoy negando todo. Menuda noche". A ella tampoco le hizo gracia, se levantó con dificultad y mordiéndose el labio empezó a bajarse las dos tiras del vestido lentamente, terriblemente sexy.

—No hagas eso —dijo poniéndose serio.

Ella sonrió y siguió su juego hasta dejar al descubierto un sujetador negro de encaje.

—Lessi, para —dijo con dificultad, se le había secado la boca.

Continuó con aquella lenta tortura, arrastrando las manos por su cuerpo, hasta que el vestido rebasó su zona más íntima y con un suave movimiento de cadera lo hizo caer al suelo, quedándose tan solo en ropa interior. Observó sus piernas perfectamente esculpidas, ese tono pálido de su piel, tersa y suave, y los pequeños pechos encasillados en aquella lencería sugerente. Su virilidad se revolvió dentro del pantalón ante la exhibición cargada de erotismo.

—Voy… voy a…. buscarte algo más cómodo. Quédate. Aquí.

La vio soltar una risita maliciosa antes de desaparecer de allí a toda prisa.

—Joder, es la primera vez que me veo huyendo de una mujer —pensó en voz alta.

Deseó que fuera la primera y la última, al menos con ella, porque no iba a soportar otro asalto. Entró en el vestidor y buscó unos pantalones cortos y una camiseta, le iría

demasiado grande, pero mejor eso que verla semidesnuda. Recorrió el pasillo a paso lento, cogiendo aire y preparándose de nuevo para el tormentoso deseo que le esperaba en forma mujer. Pero para su alivio, cuando volvió al dormitorio, Lessi permanecía tumbada en la cama profundamente dormida. Como un ángel, un ángel tierno y tentador. Le puso la camiseta con cuidado, sintiéndose culpable consigo mismo por mirarla indecentemente, aunque intentaba no hacerlo a toda costa. Y luego el pantalón, pero esta vez lo hizo con los ojos cerrados, para no tener que fustigarse después. La colocó despacio sobre la almohada y la tapó con el edredón. Se tumbó a su lado totalmente hipnotizado por aquella imagen candorosa. Un mechón rizado le caía por encima de la mejilla, se lo recogió detrás de la oreja y le provocó un suspiro. Se quedó paralizado durante unos segundos para no despertarla y volvió a recostarse a su lado, pensando cómo la suerte había jugado con él. O el destino, como lo había llamado ella. Fuera lo que fuera lo que le hacía latir el corazón a mil por hora no tenía nombre ni explicación, era completamente surrealista. Y mientras dormía a su lado plácidamente, ajena a todas las emociones que hacía explotar en él, deseó que aquel instante efímero se detuviera en el tiempo.

Capítulo 8

Abrió los ojos lentamente. Sobre el pecho, sintió una pequeña opresión que respiraba con él, al unísono. De vez en cuando, su mano sujetaba la camiseta con fuerza como si luchara en sus sueños. Alargó la mano hacia su pelo y enredó los dedos en un mechón castaño, notando su tacto sedoso. Se incorporó con cuidado de no despertarla aún, sujetándole la cabeza y dejándola encima de la cama. Y la miró desde arriba, tan hermosa, tan inerme. Observó como poco a poco sus ojos iban sucumbiendo a la luz tenue que se colaba en la habitación, ensanchándose en un estallido verdoso. Pero cuando tomó conciencia de él, se agrandaron aterrorizados y dejó ir una exclamación.

—¿Dónde estoy? —preguntó con voz ronca.

—Tranquila, estás en mi casa. No pensaba compartir cama contigo pero me quedé dormido observándote.

Ella lo miró interrogante, mientras parecía buscar en su mente los trozos que le faltaban de la noche anterior.

—¿Me observabas? ¿Dormir?

El asintió sonriente.

—¿No habré roncado, verdad?

Su expresión alarmada le hizo soltar una risita.

—No, parecías un ángel.

Soltó un suspiro de alivio y se incorporó poco a poco mirando de un lado a otro, hasta que se dio cuenta de la ropa que llevaba puesta.

—No recuerdo… ¿Por qué no recuerdo nada?

—Es largo de explicar. Vístete, voy a preparar el desayuno.

Se levantó de un salto y se encaminó hacia la puerta.

—Isaac, ¿no habremos hecho…?

—No, no me acosté contigo. Pero me hiciste un striptease, no pensaba que podrías llegar a ser tan extrovertida —dijo divertido.

—Joder, ¡tierra trágame! ¡Pero si no recuerdo haber bebido tanto!

—Y no bebiste… pero es mejor que te lo cuente mientras desayunamos.

De nuevo hizo ademán de salir por la puerta.

—No, ¡me lo vas a contar ahora mismo! —Y saltó de la cama para acercarse a él.

Por el camino, los pantalones se le bajaron hasta la pantorrilla, dejó escapar una maldición y se los subió al vuelo.

—Bueno, no sé para qué tanto recato, si ya me has visto —dijo enfadada.

—Intenté impedirlo, pero no me escuchabas. Lessi, cálmate, Erica te puso una pastilla en la bebida, no sé cuándo ni porqué, pero estuve toda la noche contigo y te traje hasta aquí. Pensé que Nico se pondría furioso si te veía en esas condiciones.

—Dios… —dijo mientras se ponía las manos a la cabeza.

—No hiciste nada del otro mundo, aparte de quitarte el vestido, claro… Y yo no te toqué ni un pelo, si es lo que te preocupa.

—No, confío en ti.

Sus palabras le iluminaron los ojos y lo hicieron sonreír.

—Es solo que no lo entiendo. Erica vino a saludarme, me dio dos besos y estuvimos hablando un momento, creía que ya habíamos dejado atrás el roce que tuvimos el primer día. ¡Qué ingenua!

Se tapó los ojos con desesperación y negó con la cabeza.

—No te martirices —dijo cogiéndole las manos para verle la cara—, hay personas que se divierten haciendo daño, pero ayer le salió mal. En realidad, creo que hasta te divertías y me hiciste reír a mí.

Consiguió arrancarle una sonrisa, y cuando lo miró a los ojos, se sonrojó.

—Lo del striptease no lo voy a volver a repetir. Bórralo de tu mente.

Él sonrió y pensó que aquello ya era una mancha indeleble en su memoria. Se encaminó hacia el pasillo, pero volvió a darse la vuelta.

—Por cierto, también me robaste un beso.

Y se dirigió a la cocina, dejándola totalmente desconcertada.

Cuando entró en el comedor con el desayuno, la encontró vestida con su ropa y un moño que recogía sus rizos rebeldes, mirando una a una las fotos que reposaban en las estanterías. Dejó un plato con tostadas en la mesa y dos cafés con leche bastante cargados, y se dirigió hacia ella.

—Es mi padre —dijo cuando cogió una foto suya en un yate que alquilaron el año pasado.

—Parece muy serio.

—Es abogado, las leyes aburren a cualquiera.

Lessi se echó a reír y se sentó en la mesa. Le dio un sorbo al café y cerró los ojos con cara de desagrado. Demasiado amargo, lo imaginaba.

—Necesitas despejarte.

—Sí, y tengo muchísima hambre.

Cogió una tostada y la dobló por la mitad mientras la mermelada de fresa se escurría, pero la sorbió antes de que cayera en la mesa y la mojó en el café.

—¿Pero qué haces? —preguntó con una sonrisa incrédula.

—Comerme la tostada —contestó con la boca llena y encogiéndose de hombros.

—Curiosa forma de hacerlo —dijo riéndose.

—¿Es que no lo has probado nunca? Está más buena, hazlo.

—No, gracias.

—Vamos, tú me obligaste a comer gambas con las manos. Ahora no te hagas el remilgado.

Él la miró dispuesto a rebatirle, pero finalmente cedió. Imitó su procedimiento y le dio un bocado mientras el café goteaba y le recorría la barbilla. Lessi soltó una carcajada.

—Voy a tener que darte una clase intensiva.

Le limpió la boca con su servilleta.

—Quizá otro día, cuando no estemos de resaca —dijo sonriendo—. Ahora debería llevarte a casa, Nico estará preocupado.

Borró su sonrisa de repente y se mordió el labio, quizá pensando en su reacción.

—Vale, pero entrarás conmigo, ¿no?

—No creo que eso te ayude mucho…

"Tu hermano me cortaría los huevos si supiera que hemos dormido juntos", pensó.

—No puedo contarle todo esto sola; no me creerá.

Él suspiró, asimilando lo que le caía encima.

—Está bien, cogeré los guantes de boxeo.

—No los vas a necesitar, si tenemos la suerte de que Elena esté en casa, será mucho más comprensivo.

Por ella acabó cruzando los dedos delante de la puerta para que aquello tuviera un final feliz. Como predijo, Elena estaba en casa y ella misma abrió la puerta.

—¡Ale! Te estábamos esperando, estábamos a punto de llamar a… —se interrumpió al ver a Isaac y abrió la boca desmesuradamente.

—Ayúdame, por favor —susurró Lessi juntando las dos manos en señal de súplica.

—Vale, pasad —contestó cuando se recompuso.

Nico permanecía sentado en el sofá, con el móvil delante, entrechocando los dedos con nerviosismo.

—Hola, Nico.

Se levantó aliviado de escuchar su voz, pero al ver a Isaac se le ensombreció el rostro.

—¿Dónde has estado? —preguntó con la voz apagada.

—Antes de que la rabia empiece a nublarte el entendimiento, escúchame. Erica me puso una pastilla en la bebida sin que me diera cuenta, apenas recuerdo nada de lo que hice, Isaac me llevó a su casa y me he despertado allí. —Y cerró los ojos a la espera de su reacción.

¿Pero cómo se le ocurría soltarle todo eso de golpe? Nico tardó unos segundos en asimilar toda la información, después suspiró como si intentara calmarse, pero la ira pudo con él.

—Voy a matarte —dijo mirándolo fijamente.

Nunca le había visto con aquella cara de asesino, casi consiguió asustarlo.

—¡No, Nico! —gritó Elena, sujetándolo del brazo para detenerlo—. Seguramente la llevó a su casa para que no cogieras un disgusto.

—Sí, ¡eso mismo! —se apresuró a decir en su defensa.

—No te pongas así, podría haberte contado que estuve con Sofi, pero he preferido decir la verdad porque confío en ti, porque tenemos que aprender a convivir el uno con el otro, sin sobreprotección, ¿recuerdas?

Nico se dio un golpecito en la frente, intentando hallar el modo de sobrellevar todo aquello.

—Ale… desde que llegaste no has dejado de poner mi vida patas arriba, de volverme loco.

"Ya somos dos", pensó Isaac. Lessi no dejaba indiferente a nadie.

—Lo siento, ¿vale? Pero esta vez no ha sido culpa mía.

—Está bien, ve a darte una ducha, ya hablaremos de esto los dos solos —dijo dirigiéndole a Isaac otra mirada asesina.

Lessi vaciló unos segundos, pero finalmente se acercó a Isaac y lo besó la mejilla.

—Gracias —susurró.

Él sonrió por su muestra de cariño, aunque podría haber elegido otro momento para hacerlo, ahora Nico tenía un motivo más para acabar con él. Y cuando Elena abandonó el comedor para seguirla, temió que realmente planeara hacerlo.

—Antes de que te vayas, me gustaría pedirte algo —le dijo mucho más calmado.

—Tú dirás —contestó impasible.

—Ve a hablar con Carla, debería saber que su hermana juguetea con drogas y que va por ahí drogando a los demás.

—No creo que sea buena idea, la última vez que la vi… Bueno, ya sabes cómo acabamos, tú estabas presente.

Nico resopló indignado.

—Mira, no sé qué pretendes con Ale, pero si de verdad te importa algo, hazlo, los dos sabemos que podría haber sido mucho peor.

Apretó los puños con fuerza ante aquellas palabras. ¿Y si le hubiera ocurrido algo? A Nico no tenía por qué demostrarle nada, pero la gamberrada de Erica no podía quedar impune.

Aparcó delante de la puerta donde tantas veces la había esperado, donde tantas noches la había devuelto, después de ahogar su deseo en apresurados encuentros, en citas envueltas de pasión y lujuria, puesto que nunca llegó a encontrar nada más, solo atracción, solo sexo. Picó a la puerta cargándose de valor y esperó. No tardó en abrirle, pero al verlo ni siquiera lo saludó, se limitó a mirarlo expectante.

—Hola —dijo él, forzando una sonrisa.

De nuevo sin contestación.

—Solo quería decirte que ayer encontré a Erica e iba bastante bebida.

—¿Has venido a mi casa —dijo por fin— a decirme que mi hermana bebe? Es una cría, todas las crías beben.

El tono de desprecio de su voz le hizo imaginar que conocía su historia con Lessi.

—¿Y también se drogan?

Aquello la pilló por sorpresa.

—¿Viste cómo se drogaba? —preguntó asombrada.

—No, pero drogó a Lessi, le echó una pastilla en la bebida.

—¿Lessi? ¡Ah! Esa debe de ser la hermana de Nico, tu nueva novia, ¿verdad?

Como vaticinó, lo sabía, y eso complicaba las cosas.

—Carla, esto no tiene nada que ver conmigo, es por Erica. Que se drogue ya es grave, pero que implique a los demás… podría haberle hecho mucho daño.

Ella apretó los dientes con rabia.

—Verás, será algo complicado hacerle entender eso. Mis padres se están separando y ella está algo indomable, es lo que tienen las adolescentes, ya lo irás viendo.

Isaac empezaba a perder la paciencia.

—¿Quieres dejar de lanzarme puñaladas? ¡Este tema es serio, joder!

—Sí, y el tuyo también. Debería darte vergüenza, venir a echarme el sermón, ¡tú!, que te estás tirando a una niña, ¡cerdo!

Y le cerró la puerta en las narices. "Lo dije, no era buena idea."

Nico contó hasta tres y cogió aire intentando expulsar la desazón que lo carcomía por dentro.

—Lo has hecho bien. —Le apoyó Elena.

Sus ojos revelaban que así era. Había un atisbo de orgullo en ellos. "Qué difícil es ser padre", pensó. Pero Ale no quería que lo fuera y por una vez había respetado su decisión. "Si no Isaac no seguiría con vida", se dijo cruelmente.

—Si tú no hubieras estado aquí… qué diferente sería todo.

—Pero estoy aquí porque te quiero.

De repente, aquellas dos palabras le atravesaron el corazón con una punzada de dicha, alegría y miedo. Lo conmovía tanto tenerla junto a él que esas sensaciones a veces resultaban desbordantes. Como un río que alimentaba los afluentes que se encontraba a su paso, pero si iba demasiado lleno solo dejaba destrucción.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Estaba pensando que no se puede describir un sentimiento con palabras, es demasiado complicado. Podría decir que te quiero, pero yo siento más, muchísimo más.

Elena sonrió feliz y lo abrazó con fuerza. Él se agarró de nuevo a aquel clavo ardiente de amor, por mucho que ahora quisiera desistir de ella ya no podía, había dejado una marca irreversible y los peligros que comportaba eran males menores cuando uno se enamoraba perdidamente.

Entró en la habitación de Ale cuando ella aún se estaba cepillando el pelo mojado. Las gotas de agua repiqueteaban en el suelo cada vez que lo peinaba de arriba a abajo, dejando un pequeño charco. Se acercó a ella como un cazador acechando a su presa, recogió veloz la toalla del suelo y se la puso en la cabeza, restregándosela con ahínco.

—¡Nico, no! ¡Odio que me hagas eso! —se quejó.

—Cuando eras pequeña también lo odiabas, ¿recuerdas? Siempre pillabas un berrinche. Al menos eso no ha cambiado.

—Como muchas otras cosas.

Ale se peinó de nuevo el pelo mientras sonreía dulcemente, como si los recuerdos la hubieran inundado de repente. Pero segundos más tarde, volvió al presente.

—Esta vez no ha sido culpa mía —dijo excusándose.

—Lo sé.

—Hablaré con Erica, lo que me ha hecho no tiene nombre. Es hora de poner las cosas claras —dijo con convencimiento.

—Estoy seguro de que sabrás arreglarlo. Tú sola, como la niña adulta que eres.

Sonrió ante la contradicción de sus palabras, pero para él siempre sería la niña de sus ojos.

—¿Es que me he perdido algo? —exclamó, sorprendida por aquel cambio de humor.

“Mi lucha interior”, pensó, pero se limitó a negar con la cabeza y la abrazó con fuerza en un arrebato de ternura. Mientras la estrechaba entre sus brazos, pensó cómo había sido capaz de discutir con ella, con lo que la había añorado. Qué simpleza la vida y qué complicada la hacía a veces. Con lo fácil que hubiera sido dejarse llevar, escuchar al corazón. No reírse de los sueños porque parecieran imposibles. Los imposibles existían. Ciertamente, lo realmente difícil era convencerse a uno mismo de que podía llegar a suceder. Si uno se levantaba por la mañana ahogándose en un pozo sin fin era imposible salir, debido a que el final estaba mucho más cerca, y este se asomaba tan apacible e indoloro que resultaba mucho más tentador que una lucha interminable hacia ese halo de luz. Pero ahora que estaba enamorado, que volvía a tener una familia, ya no estaba dispuesto a dejarse arrastrar más por la corriente. Ya estaba preparado para decidir por sí mismo.

La besó en la mejilla y antes de salir por la puerta insistió una vez más en aquel tema que le traía tantos dolores de cabeza.

—Es mayor para ti —dijo intentando aparentar tranquilidad—, sé que es un tópico, pero si lo piensas… estáis viviendo etapas diferentes, tarde o temprano eso os enfrentará.

Ale se quedó petrificada, con su mirada en la lejanía, como si le hubiera metido el dedo en la yaga. Solo esperaba que ya no fuera demasiado tarde para convencerla.

Compungida por aquellas emociones que la invadían, vio cómo su hermano salía de la habitación. Le hubiera gustado responder que no quería renunciar, pero la realidad se imponía ante ella como una fatalidad, un error nefasto que alguien se había empeñado en escribir en su vida. Lo único que deseaba era dejarse arrastrar por aquel azul infinito y encontrar la paz que siempre había ansiado. Porque él era capaz de recorrer los lugares más recónditos de su corazón, de abrir puertas que jamás pensó que existieran.

Aquella noche descansó poco. Isaac se le presentó en sueños continuamente y ya de madrugada imaginó qué le diría a Erica, con qué cara se atrevería a mirarla. Pero cuando llegó el lunes al instituto todos sus planes se esfumaron.

—Aún va a tener la poca vergüenza de no aparecer —dijo Laura enfurecida.

Las dos primeras horas habían estado atentas a su llegada, pero ni rastro.

—Me extrañaría. Erica es de las que da la cara, al menos así era antes, ahora ya no la conozco.

Sofi negó con la cabeza, contrariada.

—Vendrá. No puede esconderse eternamente —dijo ella con semblante serio.

Ahora lo que más le preocupaba era la imagen perfecta que se proyectaba a través de los ventanales del bar. Miró a Isaac sin poder impedir que se le dibujara una sonrisa, y mientras caminaba hacia allí, se le ocurrió una idea.

—Chicas, esperad, ¿puedo pediros un favor?

Para Isaac, la mañana estaba siendo poco productiva, por no decir un auténtico desastre. Aún no había encontrado una secretaria adecuada, el trabajo se seguía acumulando y Thor había caído enfermo a causa de un cólico. Era uno de sus mejores

caballos, y lo último que quería era perderlo, tendría que cruzar los dedos para que se recuperara. Pero cuando vio a Lessi entrar por la puerta supo que ella salvaría su día. Tan solo su presencia era capaz de hacerle olvidar todo lo malo. Se acercó a él con sus ojos verdes completamente iluminados, aunque el maquillaje no había podido tapar del todo las ojeras.

—Hola, Isaac —lo saludó con una sonrisa.

—Hola, Lessi. —E hizo un esfuerzo por no lanzarse a sus labios—. Aún no pareces del todo recuperada, quizá tendría que haberte dejado dormir en mi cama una noche más.

Ella se sonrojó por su comentario, pero no pareció molestarse.

—Tendrías que volver a verme drogada para que hiciera eso —bromeó.

Pero no pudo evitar preguntarse si realmente era cierto.

—La verdad es que tenía muchas cosas en la cabeza, una de ellas no ha aparecido esta mañana —explicó.

—¿Te refieres a Erica? No deberías darle tanta importancia, estoy seguro de que no se siente demasiado orgullosa de lo que hizo.

Ale abrió los ojos como si sorprendiera de sus palabras.

—¡Es que no sé por qué me ha cogido tanta tirria! ¡Yo no le hecho nada!

"Porque sabe que me gustas y su hermana sufre por mí", pensó.

—Pero esta vez se ha pasado, las cosas no van a quedar así —espetó enfadada.

—Lessi, no vas a conseguir nada peleándote con ella, no pasa por muy buen momento, sus padres se están separando.

—¿Crees que soy una matona de instituto? Quería decir que voy a hablar con ella.

Isaac sonrió. A veces olvidaba la madurez que demostraba ante los problemas.

—Y lo de sus padres no es excusa para que la defiendas, además, ¿cómo sabes eso?

—Fui a ver a Carla y hablé con ella.

"Mierda", maldijo para sí mismo. Vislumbró un atisbo de celos en sus ojos. Bajó la cabeza mientras se mordía el labio, parecía contenerse.

—Creía que ya no hablabais… —dijo con un hilo de voz.

—Nico pensó que sería buena idea contárselo a Carla.

—Ah —contestó secamente.

—Oye… fue una tontería, ni siquiera me escuchó.

Aquello pareció aliviarla. Y cuando la cogió de la mano y entrecruzó sus dedos entre los suyos la atmósfera entre los dos volvió a cambiar.

—Por cierto, felicidades —le dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Es que es mi cumpleaños?

Ella soltó un bufido.

—No seas tonto, ya me he enterado que te van a nombrar empresario del año.

Oh, eso. Ni siquiera entendía cómo se había filtrado tan pronto.

—Solo es un reconocimiento, además, de momento soy candidato.

Lo que no tenía ninguna importancia, al menos para él.

—Aun así yo me sentiría orgullosa de mi trabajo.

—Sí, pero aún quedan muchas cosas por conseguir.

Solo era la empresa más importante del concejo, aquello no le bastaba en absoluto.

—¡Genial! Puedes hablar de todo eso en la entrevista.

—¿Qué entrevista?

—La del periódico del instituto. Y adivina a quién le ha tocado hacerlo…

Isaac soltó una carcajada al ver la ilusión reflejada en su cara.

—¿A mi periodista favorita? Perfecto, todo sea por volver a pasar un rato contigo.

Apretó su mano con más fuerza, clavando sus ojos azules en aquella boca que tanto deseaba tocar.

—Bien, entonces mañana a las cinco me paso por tu oficina —dijo mientras se deshacía de su mano y se levantaba del taburete, dispuesta a marcharse.

—Tráete el vestido negro, ese que tanto me gusta.

Lessi lo fulminó con la mirada.

—Ni lo sueñes.

Se alejó con las mejillas sonrojadas otra vez. Minutos después pidió la cuenta y se sorprendió cuando le dijeron que ya estaba pagada.

—¿Pero quién lo ha hecho?

—Una amiga de tu chica.

En ese momento su móvil emitió un pitido.

"Por cierto, olvidé decirte que hoy gano yo".

Isaac rio al leer el mensaje, eso no se lo esperaba.

—No es mi chica —lo corrigió.

Aún. Porque cada vez lo atrapaba más. Y mientras volvía al trabajo, con su sonrisa y la dulce felicidad que le había dejado, pensó cómo había sido capaz de sacarle algo espléndido al día más negro.

Nico seguía trabajando en la moto de Ale. Acababan de llegar las nuevas tapas, tendría que enviarlas a pintar y con un poco de suerte por la tarde ya estarían montadas. Quería devolverle la moto cuanto antes, sabía lo importante que era para ella sentirse autosuficiente. Mientras le daba los últimos retoques al retrovisor, vio cómo Elena se alteraba hablando por teléfono y lo miraba con ojos ligeramente entristecidos. Entró a la oficina como un torbellino, asustado por lo que le pudiera decir.

—Elena, ¿ocurre algo? —preguntó alarmado.

Ella lo miró como si acabara de hacer algo sorprendente. Y en realidad, así era.

—Nico… ¿acabas de entrar en la oficina con el mono de trabajo?

Él se miró de arriba abajo asegurándose de ello. Efectivamente, ni siquiera se había lavado las manos y había dejado el pomo de la puerta cubierto de grasa.

—¿Qué importa? —dijo encogiéndose de hombros.

Sus manías eran lo de menos.

—¿Con quién hablabas?

Elena suspiró recordando de nuevo su conversación.

—Mi casero, se me acaba el contrato este mes y no piensa renovarme, su hijo ya tiene edad para independizarse. ¿Ahora dónde encuentro una casa por ese precio?

—No te hace falta. Podrías… venir a vivir conmigo.

Ella abrió los ojos sorprendida. Pero lo cierto es que a él no le parecía tan raro, se amaban y aunque había pasado muy poco tiempo era suficiente para saber que deseaba estar con ella.

—¿No es demasiado pronto?

—No. Desde que estoy contigo he aprendido que la prudencia es buena pero hasta cierto punto. Podemos intentarlo, si tiene que salir mal pasará de todas formas, ahora o después.

—Eso es verdad —sonrió—, pero aún no nos conocemos del todo.

Nico se puso serio. Él la conocía. Ella era la vigía de sus noches vacías, la luz de su universo perdido. La salvadora de sueños desgarrados, cuando el mundo se quebraba bajo sus pies, lo elevaba hasta lo más alto.

—¿Qué necesitas saber?

Elena se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos.

—Yo también tengo manías.

—Las acepto —dijo tajante, estaba impaciente por conocer su respuesta.

Ella soltó una carcajada.

—No te he dicho cuáles son. No soporto que se deje ropa sucia en el baño, que se acabe el papel de váter y nadie lo reponga o que se coma en el sofá y se llene todo de migas…

—Me parece lógico —la interrumpió—, las demás ya las iré viendo, me encanta descubrir cosas nuevas de ti.

—¿Pero qué hay de tu hermana?

—Se alegrará por mí. Y tú eres encantadora con todo el mundo.

Elena lo besó con fuerza y se abrazó a él con tanto fervor que lo dejó sin respiración.

—¿Eso es un sí?

—Sí, cariño, claro que sí.

Ahí estaba. Con el pelo recogido en un moño desgarbado, camiseta sin planchar y pantalones tejanos desgarrados. Y ojeras, muchas ojeras. Erica no se dio cuenta de que la observaban. Sofi y Laura cruzaron miradas y cuando la vieron entrar en el baño, esa fue la señal. Corrieron hacia la puerta y se pusieron delante para no dejar pasar a nadie más. Ale se armó de valor y entró, empujando la puerta con un fuerte estruendo. No es que quisiera asustarla, pero la rabia pudo con ella. Erica estaba maquillándose frente al espejo, al verla, dejó sus pinturas y le dedicó una mirada curiosa.

—He estado toda la mañana esperándote —le dijo mientras recostaba su brazo en el mármol del tocador, con aire despreocupado.

—¿Ah sí? ¿Y para qué?

—Me apetecía hablar de la noche del sábado, nuestro encuentro fue corto pero dio para mucho.

—Sí, ¿verdad? ¿Lo pasaste bien? —dijo sin afán de esconder su culpabilidad.

—No me vengas con chulerías, Erica, no tenías ningún derecho a echarme esa mierda en la bebida. ¡Si quieres drogarte hazlo tú sola!

—Pensé que quizá te ayudaría a decidirte… ya sabes, a perder tu virginidad.

Ale la miró asombrada. ¿Cómo demonios sabía aquello?

—¡Pues no hice nada con nadie! Y no vuelvas a meterte en mi vida, creo que ya tienes bastante con la tuya.

Ella cambió su actitud impasible y pareció reaccionar ante aquel comentario.

—Parece que ese imbécil te ha cogido cariño, solo quería que te usara, como hizo con mi hermana, que todo el mundo viera qué clase de persona es, follándose a una chica de instituto bajo los efectos de la droga. Con un poco de suerte, hasta hubieran creído que él mismo te dio la pastilla.

—¿Cómo puedes ser tan retorcida? ¡Isaac no es así! Y no necesita que nadie le dé una lección. Tu hermana tuvo la mala suerte de enamorarse del chico equivocado, punto.

"Espero que no me ocurra lo mismo a mí", pensó sin poder remediarlo.

—¿Acaso crees que tú vas a ser diferente? —dijo soltando una carcajada burlona.

Ale se enfureció aún más, parecía que se había percatado de sus dudas.

—Pase lo que pase no es asunto tuyo. Sé lo que estás haciendo, Erica, estás enfadada con el mundo porque crees que te trata mal. Tus padres se separan, a tu hermana le rompen el corazón y tú no pareces encontrar el lugar que te corresponde. Te corroe la envidia que sientes de todos lo que decidimos ser felices, porque al fin y al cabo, todo depende de ti. Elige, seguir un camino diferente o seguir desperdiciando tu adolescencia por no saber solucionar tus problemas.

Erica la miró con lágrimas en los ojos, como si intentara analizar sus palabras. Pero segundos más tarde, apretó los dientes fuertemente y se secó los ojos con rabia.

—¡Tú no sabes nada! —le gritó.

—Sé más de lo que piensas. Ahora vamos a hacer una cosa. —Ya se había agotado su paciencia—. Lo que resta de año vas a pasar de mí y yo voy a pasar de ti. ¿Serás capaz?

Recogió su maquillaje, lo guardó en su bolso de un manotazo y se acercó a ella con una sonrisa desagradable.

—No será complicado —le susurró.

Y al pasar por su lado chocó contra su hombro adrede. Se contuvo para no salir detrás de ella, no serviría de nada, como tampoco habían servido sus palabras. Le daba pena, pero solo ella tenía la llave para salir de aquel agujero en el que se estaba metiendo.

La tarde la pasó estudiando latín, su gran enemigo. ¿Qué finalidad tenía estudiar una lengua muerta? La cultura no mata, respondía siempre su profesor. Pero robaba tiempo, y ella ya llevaba dos horas dando vueltas a aquel temario, que no parecía dispuesto a anclarse en su memoria. Y cuando empezaba a dominarlo picaron a la puerta. Bajó la escalera maldiciendo y abrió con cara de pocos amigos.

—Tengo que reconocer que lo de esta mañana ha estado bien. Vas aprendiendo.

Isaac esbozó una sonrisa alegre, apoyado en el marco de la puerta con su aire chulesco.

—Tengo un buen maestro —contestó ella orgullosa de sí misma.

—¿Estás sola?

—Sí, ¿quieres pasar?

Aunque conllevara muchos peligros para su integridad moral, deseaba verlo sentado en el sofá o en su cama… no, mejor no. Isaac se mordió el labio y la miró intensamente, a veces parecía leerle los pensamientos.

—No tentemos a la suerte, la paciencia de Nico no es infinita. Vamos a dar una vuelta.

—Tengo que estudiar para un examen.

—Mejor, así desconectas un poco. Volveremos pronto, te lo prometo.

No admitía negativas, así que cogió la chaqueta y se lanzó de nuevo a la aventura.

—Despacio, por favor —le suplicó mientras se subía a la moto.

Pero cuando se pusieron en camino llegó a la conclusión de que no sabía conducir de otra manera. Los árboles pasaban a toda velocidad, uno detrás de otro, como centinelas guardando un camino, hacia un destino que nunca llegaba, que se hacía eterno, emocionante y sobrecogedor a la vez. En su sueño perfecto, tan solo se sentía cogida a él fuertemente, y notaba las pequeñas vibraciones que le producía el viento en su chaqueta. Hasta que ya no sintió nada, y notó cómo se movía y una risita tierna la desconcertó.

—Está bien, iremos más despacio si lo prefieres…

Su corazón dio un salto. "Lo va a hacer, lo va a hacer por mí", pensó. Y mentalmente se dio una cachetada para sacarse esa estupidez de la cabeza. ¿Por qué querría complacerla? Abrió los ojos y se encontró en una carretera solitaria rodeada de montañas, pero el tiempo no acompañaba en absoluto. El cielo presumía de un color grisáceo, que más bien parecía buscar el negro y le confería un aspecto tétrico. De vez en cuando, resplandecía, y más tarde un ruido ensordecedor los dejaba perplejos.

—Joder —protestó Isaac golpeando el manillar de la moto.

No podría haber escogido mejor día para pasear. Aceleró con fuerza, rompiendo aquella tranquilidad que le había parecido un espejismo. Se metió por un camino de tierra y tras varios metros más, llegaron a una casa abandonada semiderruida. Aparcó la moto y entraron corriendo mientras la tormenta descargaba con fuerza. Se quitó el casco y observó cómo el bosque se abría camino a través del suelo de aquella casa. Ventanas y puertas se sujetaban a duras penas, y tan solo una pequeña esquina se salvaba de las goteras. Allí se sentaron encima de un tablón de madera.

—Vaya, que romántico. Esperaba algo más de ti… —bromeó.

—¿Crees que sabía que iba a llover? En circunstancias normales me lo curro más. ¿Te has mojado mucho?

—No, tú tienes peor pinta.

Llevaba la chaqueta chorreando. Se la quitó y la dejó encima del casco. Cuando volvió a sentarse la cogió de la mano, ya parecía haberse convertido en una costumbre. Y no le desagradaba en absoluto. La apretó con fuerza, sintiendo su calidez, y sonrió.

—¿Qué tal tu día? ¿Encontraste a Erica? —le preguntó.

Parecía algo preocupado por aquel tema.

—Sí, hablé con ella.

—¿Y?

—Bien, ella irá por su camino y yo por el mío.

No podía decirle que lo único que pretendía Erica era dejarlo como un pederasta roba inocencias.

—¿Sabes? Lo has llevado muy bien, yo hubiera reaccionado diferente.

—¿Cómo?

—De una manera más violenta.

—¿Así que eres un matón? —dijo soltando una risita.

—Supongo, en el instituto tuve alguna que otra bronca por culpa de las chicas. Tengo suerte de no conocer a ninguno de tus ex, no lo llevaría bien.

Eso sí que le pareció gracioso.

—No tienes a nadie a quien conocer.

Él la miró como si acabara de decir alguna barbaridad.

—¿Nunca has tenido novio?

—No, me he besado con chicos, en el juego de la botella o por alguna que otra tontería, pero nada más.

Tragó saliva y la miró fijamente.

—Solo… ¿besos?

"Sí, Isaac, soy virgen, ¡virgen!", le hubiera querido gritar, pero se limitó a asentir y a observar su reacción. Suspiró como si intentara recomponerse, se levantó despacio, evidenciando su estado de shock, y miró a través de una de las ventanas para confirmar que la lluvia había amainado.

—Será mejor que volvamos. Hay una nube que tiene pinta de descargar más fuerte.

—Como quieras —dijo algo entristecida.

Tenía la sensación de que había estropeado algo.

—Es tarde y acabo de recordar que tienes que preparar una entrevista —dijo sonriendo con dificultad.

"Ya la tengo hecha de hace días", pensó para sus adentros, pero no dijo nada. Estaba enfadada, con él y su poca experiencia. ¿Y si ahora no le parecía tan perfecta? ¿Tan madura? Y durante el camino se refugió detrás de su espalda, agarrada a él con miedo, por la velocidad y sus dudas absurdas. Llegaron a su casa y, tras el casco, sus ojos le parecieron más apagados.

—Gracias por el húmedo paseo —dijo intentando robarle una sonrisa.

—Date una ducha, por favor, no quiero que te resfríes. Y suerte con tu examen.

Se adentró de nuevo en la lluvia débil, a toda velocidad. En ese momento hubiera dado lo que fuera por meterse en sus pensamientos.

Cuando entró en casa, Elena y Nico habían llegado del trabajo y preparaban la cena.

—Mal día para ir en moto, hermanita.

Ella lo miró desconcertada. No había mala cara, ni síntomas de enfado, ni reproches.

—Sí, mejor que vaya a darme una ducha caliente…

"Antes de que cambies de opinión", se dijo.

—Espera, Elena y yo queríamos decirte algo.

Elena apartó la sartén del fuego y se acercó a él algo nerviosa.

—¿Y bien? —dijo Ale impaciente.

—Elena se viene a vivir con nosotros. ¿Qué te parece?

"Joder, Nico, sí que te ha dado fuerte". Sacudió la cabeza como si no se lo acabara de creer y esbozó una sonrisa incrédula.

—¿Podrás con dos chicas en casa?

Era lo único que se le ocurría decir.

—Claro, a ti ya te he pillado el truco. —Rio.

Aquello no se lo esperaba. Su hermano se estaba quedando con ella.

—Qué listo, pues nada, bienvenida, supongo que así podré conocerte mejor.

—La verdad es que no esperábamos hacerlo tan pronto —aclaró Elena—, espero que no sea demasiado para ti. Sobre todo teniendo en cuenta que apenas ha pasado un mes desde que llegaste.

—Me adapto fácilmente, no te preocupes.

Aquella noche rezó para que no tuviera que aguantar demasiados roces y cariños nocturnos, la habitación de Nico estaba justo al lado de la suya, resultaría demasiado traumático para ella. "Todo sea porque continúe así de feliz", se tranquilizó.

Y pensar que podría ser el primero. En besarla debidamente, en tocarla, en dormir junto a ella. Bueno, eso ya lo había hecho, pero no de verdad. No en sus brazos, protegiéndola, dándole el cariño que se merecía. Para Lessi sería todo nuevo, todos los recuerdos solo para él, todos los lugares, las palabras, los regalos… sin comparaciones, sin celos por lo que pudiera haber hecho con otro. Y debiera ser más fácil, en cambio, sentía una enorme presión. La obligación de enseñarle el amor y que ese primer contacto no fuera fallido, sin que se llevara una decepción. No podía permitir que creyera que el amor verdadero, aquel en que tenía puestas tantas ilusiones, no existía, que solo era un cuento. Lucharía por enseñarle a ver el mundo con esos ojos de enamorado, para que todo fuera más llevadero, más bonito. Por despertarse cada mañana y sonreír sin motivo alguno, por no temer a nada estando en la compañía del otro. Disfrutar del silencio sin la necesidad de buscar una conversación banal. Y descubrir otras formas de comunicarse: las miradas, las caricias, los besos. Sentirse vencido por los sentimientos, saborear la dulce rendición al amor, a ella, a aquel corazón perfecto.

Montañas de papeles lo esperaban cuando llegó a la oficina, pero el día anterior había tenido la suerte de contratar a Ana, en su última entrevista desesperada. Era una chica de veintiséis años, carrera de empresariales y dos años de experiencia. No era suficiente, no obstante, su actitud acabó de convencerlo. Pasaron toda la mañana organizando papeles, después de las debidas presentaciones con el resto del personal, y cuando tocó el mediodía decidieron comer allí. Pizza y la conversación típica de dos personas que acababan de conocerse. Aprovechó para contarle la breve historia de su empresa.

—Olvidaste decir que te han nombrado empresario del año —dijo con una sonrisa.

"Otra vez con eso", pensó. Se sentía algo incómodo con tantos halagos.

—Aún no es seguro —matizó.

Sin embargo, agradeció que estuviera bien informada.

—¿Lista para seguir?

—Claro.

—Siento que hoy sea tan intenso, pero como has visto, esto era un caos.

—No importa, para eso estoy aquí —contestó alegre.

Aprobó su comentario con una sonrisa amable y Ana volvió a su mesa. Buena actitud, tal como le gustaba. De repente, se dio cuenta que tan solo estaba alabando su forma de ser. Ni siquiera la había mirado como una mujer, como otras tantas veces. Era atractiva, pero no sentía el mínimo interés por ella. "Solo tengo ojos para Lessi". Y tras esa conclusión, su ánimo aumentó.

Se pasó el resto de la tarde leyendo correos electrónicos, y cuando empezaba a notarse los ojos resentidos a causa de tanto ordenador, Ana picó a la puerta.

—Hay una chica que pregunta por ti, dice que tiene una entrevista.

Su expresión delató que se sentía algo contrariada.

—Es una amiga, hazla pasar.

La respuesta pareció aliviarla, imaginó que ya estaría temiendo por su puesto. El reloj marcaba justo las cinco cuando Lessi entró por la puerta. Llevaba un jersey fino de color negro y su trenza mal hecha, con unos tejanos desgastados y unos botines de piel. Aquello le dio una idea.

—Hola, Isaac —dijo en tono alegre.

Pero al mirarlo a los ojos se alarmó.

—¿Estás bien?

—Estoy hasta arriba de trabajo. —Suspiró.

—¿Quieres que vuelva otro día?

—Ni hablar. Llevo toda la tarde esperando este momento. Pero vamos a cambiar un poco el plan.

Se acercó a la percha de pie que tenía en la esquina del despacho y se quitó la camisa para cambiársela por una camiseta negra de manga larga. Lessi hizo un gesto de incomprensión mientras lo observaba.

—¿Ya sabes las preguntas que vas a hacerme?

—Claro —contestó secamente.

—¿Las sabes de memoria? —insistió.

—Más o menos…

—Bien, me apetece dar un paseo a caballo, así podré despejarme un poco.

—Pero… no podré escribir.

Isaac la miró con dureza, fingiéndose molesto.

—Una buena periodista debe llevar grabadora, ¿es que no la tienes?

—Está bien, usaré el móvil.

Esbozó una sonrisa orgullosa y le indicó que lo siguiera. En los establos disponía de diez caballos, cada uno en su box independiente. Los demás disfrutaban de la libertad de la pradera que tenía más arriba. Sacó a Sombra, un caballo gris cruce español con mucha chispa. Y Gala, una yegua blanca muy dócil.

—¿Puedo montar el caballo que tenías en el cercado? —preguntó Lessi cuando le dio las riendas de Gala.

—¿Thor? Sufrió un cólico hace dos días, necesita descansar.

Ató a los dos caballos y la guio hasta su cuadra. Hoy tenía mejor aspecto, había comido algo y ya no aparentaba tener dolores. Se acercó a él lentamente y alargó la mano para acariciarle el morro. Este lo olió, rozándole con los bigotes que cubrían su barbilla, y luego lo lamió con premura.

—Es precioso —dijo ella admirándolo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Solo espero que se ponga bien, es mi caballo favorito.

Le abrazó el cuello con cariño. Mientras lo agarraba con más fuerza y acercaba su cara a la suya, vislumbró una luz brillante. Se giró hacia ella extrañado y la vio con el móvil en la mano.

—Te he hecho una foto para la entrevista. Este momento me ha parecido tan tierno…

Él soltó una risita. La verdad es que siempre se le ponía cara de idiota cuando estaba con su caballo. En los momentos en que las cosas no salían como esperaba, se refugiaba en él. Pasear en su lomo rodeado de naturaleza lo ayudaba a pensar. Para descargar adrenalina ya tenía la moto.

—De todas formas, él es un semental, no lo monta cualquiera —le dijo a Lessi mientras le colocaba las sillas a los caballos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó visiblemente ofendida por su comentario.

—Que es fuerte y de mal carácter, necesitas experiencia para saber llevarlo.

—Mi madre me llevaba a montar todos los días.

—¿Y cuánto hace de eso?

—Bueno… hace bastante. Pero esto es como montar en bici, nunca se olvida.

Isaac soltó una carcajada.

—Ahora lo veremos.

Se acercó a su taquilla y cambió sus bambas por las botas de montar.

—Eh, *cowboy* —se rio Lessi—, deberías cambiarlas, ya las tienes rotas.

Se fijó en el pequeño orificio del talón y los múltiples arañazos que habían rasgado la piel.

—Me las regaló mi madre, me daba un poco de reparo tirarlas, son de las buenas. ¿Nos vamos?

Isaac se acercó a Gala y le puso los estribos en posición.

—¿Te subo? —le preguntó juntando sus manos para que las usara de escalón.

—No necesito tu ayuda —replicó.

Colocó un pie en el estribo, se cogió a la silla y de un salto se colocó a lomos de su yegua.

—Vale, amazona —dijo en tono burlón.

Subieron por un camino de tierra, entre los cercados donde tenía más caballos y los circuitos de *segway*. La ruta se fue ensanchando cuando se alejaron de los campos verdes y se adentraron en el bosque. Isaac se colocó al lado de Lessi e inspeccionó su postura, parecía muy segura de lo que hacía. Espalda recta, cabeza alzada y cuerpo relajado, siguiendo los movimientos del trote, arriba y abajo.

—¿Ya podrás hacerme la entrevista mientras manejas a esa bestia? —bromeó.

Gala era la yegua más mansa que tenía.

—No soy un hombre, puedo hacer dos cosas a la vez.

—Eso ha sido un golpe bajo.

Lessi sonrió y aminoró la marcha, poniéndose al paso. Descansó las riendas encima de la silla y cogió el móvil del bolsillo.

—Bien, empecemos. —Tosió un poco, como si intentara concentrarse, y prosiguió—. Sr. Galván, quiero agradecerle de antemano que nos haya concedido la oportunidad de entrevistarlo.

Isaac ahogó una risita ante su extrema seriedad.

—Su nombre suena con fuerza en los premios al empresario del año, ¿se esperaba este nombramiento?

—Sí —contestó secamente.

Ella arrugó la nariz, confundida.

—¿Es que ya sabía que iba a llegar tan lejos?

—Sí. —Volvió a contestar.

—¡Eres un engreído! —exclamó.

—Oye, creía que esta entrevista era seria.

—No puede serlo si te burlas de mí.

—Solo contesto con sinceridad, tú luego redáctalo como quieras. Vamos, continúa.

Lessi suspiró exasperada.

—Muy bien, sr. Galván…

—¡Déjate de formalismos! No me gusta que me llames así —dijo enfadado.

—¿Por qué? —preguntó ella con una media sonrisa—, ¿no será que te hace sentir mayor?

Él la fulminó con la mirada.

—Una mención más a mi edad y doy media vuelta.

Borró su sonrisa al acto. No pretendía ser tan rudo, pero aquellas bromas lo sacaban de sus casillas. Suavizó un poco la expresión y le indicó con la mirada que podía seguir.

—¿Qué te llevó a emprender un negocio como este?

—Tenía claro que debía ser algo que necesitara la gente, aprovechando los recursos que tenía a mi alrededor. Pensé que sería interesante enseñarle al resto del mundo los lugares más especiales del pueblo donde vivía, pero de una forma diferente. Y me apareció esta idea.

—¿Fue difícil al principio?

—Claro, los inicios siempre son dudosos. Pero si uno tiene esperanzas, todo es posible.

Lessi sonrió y lo miró fijamente.

—Esa frase me ha gustado.

Le devolvió la sonrisa y olvidaron el pequeño roce de antes.

—¿Qué crees que hace falta para llevar a cabo un proyecto así?

—Actitud. Yo soy un luchador, me gustan los retos y no le tengo miedo a nada.

Ella soltó un bufido, como si hubiera exagerado en su respuesta.

—No se le puede tener miedo a nada.

—Claro que sí —la contradijo.

—No, el miedo sirve para definir nuestros límites, para protegernos.

—Tú te proteges demasiado.

Lo miró interrogante, pero enseguida evadió aquel tema.

—No estamos hablando de mí, concéntrate.

Negó con la cabeza y esperó otra pregunta.

—¿Eres igual de ambicioso en tu vida personal?

"Sí, tú eres mi reto personal", pensó.

—Siempre consigo lo que quiero, cueste lo que cueste.

Le dedicó una sonrisa autosuficiente, provocando ese leve enrojecimiento en sus mejillas.

—¿Qué aspiraciones tienes para el futuro?

—Que Aventura Astur sea un nombre reconocido, abrir otros centros y convertirnos en un referente en el mundo del ocio.

Sus ojos ya alcanzaban a ver el mar allí donde se unía con el horizonte, estaban a poca distancia de la playa.

—Prepárate, vamos a ir más rápido.

Lessi guardó el móvil y cogió sus riendas con fuerza. Espoleó a Sombra y se puso delante de ella, al galope. Pasaron a toda velocidad entre árboles altos y densa vegetación, con el cielo azul y los rayos del sol colándose entre las hojas, hasta que divisó el sendero que discurría hacia la playa. Frenó su ritmo progresivamente y bajaron por una pendiente donde la arena empezaba a mezclarse con el terreno pedregoso. Y por fin, ante ellos, la playa. Solitaria, apenas torturada por la mano del hombre. En esa época parecía un paraíso desierto. Miró a Lessi acallado por la belleza de aquel lugar, sabía que ella sentía lo mismo: el respeto que infundía la naturaleza en estado puro. Solo se oía la suave brisa que traía el mar, ni siquiera las olas rompían el silencio, la orilla las frenaba a su paso mezclándolas con la inmensa calma. Los caballos hundían sus cascos débilmente marcando los pasos de los transeúntes intrusos que se atrevían a fisgar en el mágico entorno.

—Isaac, esto es… —susurró Lessi, con miedo de romper aquella tranquilidad.

—La playa del Aguilar.

Un pedacito de los muchos rincones de Cudillero. Pasearon despacio, acercándose a la arena, y una vez en la orilla, Lessi acercó a Gala a las olas que irrumpían tímidamente humedeciendo el camino, y segundos después, se atrevió a adentrarla un poco más.

—Lessi, ¡no! —gritó cuando se dio cuenta—, no le gusta…

El agua. Pero ya fue demasiado tarde. Cuando Gala sintió las salpicaduras en sus patas, se levantó sobre sus cuartos traseros, tirándola al agua. Ella cayó en la orilla de culo, aunque afortunadamente no se empapó del todo. Isaac se apeó de un salto y se acercó a ella corriendo.

—¿Te has hecho daño?

—No… —contestó levantándose y mirando sus pantalones mojados.

Isaac no pudo aguantarse una carcajada.

—Lo siento, no me dio tiempo de avisarte, no le gusta el agua del mar.

—Qué gracia —contestó molesta.

Pero al ver su cara de diversión no pudo evitar contagiarse de su risa.

—Vamos, antes de que nos quedemos sin caballos.

Sombra y Gala ya pululaban a su aire por la playa. Subió de un salto al caballo y aguantó las riendas de la yegua para que Lessi hiciera lo mismo. Pero al colocarse en la silla, el roce de su pantalón con el cuero hizo un sonido parecido a una ventosidad. Isaac se puso serio de repente, fingiéndose asombrado, pero segundos más tarde no pudo controlar su risa.

—¡No he sido yo, idiota! Estoy mojada y al sentarme… —dijo intentando excusarse.

—Mojada y con cuero de por medio. En otras circunstancias me parecería muy sexy.

Lessi abrió la boca con expresión escandalizada.

—¡Eres un cerdo! —le gritó enfadada.

Y sin previo aviso espoleó a Gala y se alejó de él al galope.

—¡Lessi, para! —gritó.

Pero ella siguió por el sendero por el que habían bajado. La persiguió veloz, con miedo de perderla de vista, galopar por la playa y por caminos pedregosos era muy peligroso, si su yegua tropezaba y caía podía hacerse mucho daño. "Maldita sea, ¡como se le ocurre!", gritó en su interior. Recorrió el mismo camino en menos tiempo de lo esperado y cuando entró de nuevo en sus terrenos, le alivió verla sana y salva en la puerta del establo.

—Te he ganado —dijo mirándole desafiante de brazos cruzados.

A pesar de lo cabreado que se sentía en ese momento solo tenía ganas de abrazarla.

—Mi dulce Lessi… —dijo aún intentando recuperarse de aquella carrera.

—Ni soy dulce, ni soy tuya —le replicó.

—¿Se puede saber por qué estás tan enfadada?

—Por tu broma pervertida.

Él soltó una carcajada.

—No quería molestarte, lo siento. Pero no vuelvas a hacer eso nunca más.

—¿Qué? —preguntó ella más relajada.

—Salir huyendo. Yo era el guía, yo debía ir delante y marcar el ritmo. Podrías haberte caído por el camino. Que sea la última vez.

Su regañina la pilló desprevenida.

—¿Estás cabreado conmigo?

—¡Sí!

—¡Pues no puedes! ¡Yo me enfadé primero!

Isaac abrió los ojos como platos y dejó ir una media sonrisa.

—Yo tengo más razón que tú, estaba velando por tu seguridad.

—Y yo escapaba de tus graciosas ocurrencias.

—¿Por qué demonios eres tan cabezota? —dijo acercándose a ella.

—¡Porque yo no me dejo domar como las chicas a las que estás acostumbrado!

—No —dijo mirándola fijamente, totalmente impresionado—, tú eres diferente. Tú me vuelves loco.

Se acercó a su boca sin pensárselo dos veces, besándola con fuerza, con urgencia, con un deseo ferviente que jamás había experimentado. Pero de repente ella lo arrancó de sus labios y se apartó de él asustada.

—No, no hagas eso —dijo jadeando por la intensidad de su contacto.

La miró a los ojos y solo vio un miedo inmenso que la sobrecogía, hizo ademán de alejarse de él nuevamente, pero esta vez la cogió del brazo, impidiéndoselo.

—Lessi, espera, ¿de qué tienes miedo?

—De ti, de que me hagas daño.

Sus ojos ya estaban anegados en lágrimas.

—Estás sufriendo antes de tiempo, déjame demostrarte que soy distinto de lo que la gente cree.

No respondió, buscó en sus ojos verdes algún destello de esperanza, pero solo había dolor. Ya había visto esa misma expresión en el rostro de su madre, el sufrimiento del abandono que los carcomía por dentro. Se sintió humillado, pisoteado por la imposibilidad de hacerle entender que se equivocaba. Impotente, sabiendo que ella deseaba lo mismo y no se permitía dejarse llevar.

—Suéltame, por favor —le pidió con un hilo de voz.

Aún mantenía su mano presionándole el brazo, haciéndola su prisionera, de él, de sus sentimientos, de sus ilusiones rotas. Si pudiera… si tan solo pudiera besarla otra vez. Pero ahora se sentía cobarde, ahora solo deseaba esconderse de aquel mundo injusto.

—¿Sabes? No eres tan diferente a tu hermano. Tú también huyes de lo que te asusta. Solo piensa que si no arriesgas, no vives.

Y se deshizo de su contacto. Ella dio media vuelta y se alejó de él. Cerró los ojos para no ver su huida. Quizá ya estaba todo perdido, quizá no volvería a verla sonreír, ni a disfrutar de sus dulces palabras. Y no era justo, porque sabía que se estaba enamorando.

Noche interminable. Noche extraña. Noche que desearía olvidar, si fuera fácil. Si los recuerdos se los llevara el viento, a un lugar lejano, a un lugar que no tuviera camino de retorno. Cerró los ojos, se dejó llevar por sus sueños mientras el arrepentimiento la devoraba lentamente. “No fue culpa mía”, pensó, es que el miedo era su peor enemigo. A nadie le gusta sufrir, ni llorar por errores que pudieron evitarse. Si tan solo pudiera dejarse llevar como en ese sueño apacible donde todo era tan increíble, bonito y perfecto. Fácil. Ale miró al cielo estrellado desde su ventana y se veía tan infinito como el tiempo que transcurría en aquella habitación, esperando un mensaje, una llamada, una señal del destino. E inesperadamente las lágrimas empezaron a correr de nuevo por sus mejillas. Unas lágrimas que llevaban su nombre.

Capítulo 9

El primer día aquellos hormigueos en el estómago no lo dejaban dormir. Daba vueltas, se sentía cansado, asqueado y totalmente abatido. Al segundo, tuvo que reprimir sus ganas de ir a verla, de esperarla en la puerta del instituto, de forzar un encuentro en el desayuno. Al tercero, solo quería suplicarle, arrodillarse ante ella y volver a humillarse. Pensó en espiarla, para ver si lloraba, para ver si sufría, pero descubrir que no era así hubiera sido su final. Y llegó el cuarto día, se rindió y no pudo evitar preguntar a su madre por ella.

—Se fue a Madrid.

—¿Para siempre? —preguntó reflejando la desesperación en sus ojos.

—No, dijo que necesitaba pensar.

Suspiró aliviado. Pensar, quizá el culpable de aquello era él. "Eso es bueno", se dijo, pero tanto podía ser para bien como para mal.

—Si de verdad te gusta, deberías intentar ponerte en su situación. Cuando pierdes a alguien importante, inconscientemente te haces un escudo para protegerte del dolor. Y confiar en alguien resulta muy difícil.

—¿Hablas por propia experiencia?

—Me temo que sí…

Ciertamente, su padre no había hecho las cosas bien. Pero él también había pagado las consecuencias. Cuando intentó volver se rebajó tanto que perdió toda la dignidad que le quedaba, destruyendo cualquier posibilidad. Así, tras esa reflexión, tomó la decisión de no insistir más, por mucho que aquello le doliera.

Aún tenía el carmín de su madre en la mejilla. Estuvo a punto de asfixiarse en sus brazos antes de subir al avión, de vuelta a casa. Habían llorado, hasta Carlos soltó alguna lágrima al verla marchar de nuevo. Las despedidas siempre eran duras. Y más en aquella visita, que había sido corta y dolorosa. Se miró en el espejo de mano y difuminó el rojo intenso de su mejilla para que no se notara. No pudo evitar mirar sus labios, aún recordaba el tacto de su boca en la suya, cuando se zafó de él esa sensación había perdurado durante toda la noche.

—¿Cómo fue? —preguntó Nico mientras conducía.

Ella miró por la ventana, reconociendo el paisaje que había añorado, a pesar de su corta huida.

—Bien, me dijo lo que necesitaba oír.

Nico la miró interrogante, esperando que acabara de explicarse.

—Tengo que dejarme llevar, no cerrar la puerta a oportunidades que puedan hacerme crecer como persona, aunque ello implique que puedan hacerme daño.

—¿No se lo contaste todo, verdad?

—¿A qué te refieres?

—Su edad, nuestra relación, su reputación…

Ale resopló indignada y se felicitó a sí misma por la idea de irse a Madrid. Nico siempre intentaba boicotear sus intenciones de acercarse a Isaac.

—No, le expliqué lo justo. Quería una opinión lo más objetiva posible.

—Lo imaginaba, si no, no te hubiera aconsejado que te lanzaras.

"Gracias, Nico…", pensó. A pesar de todo, ¡cuánto le había echado de menos! Y él también parecía haber sufrido por su marcha.

—Ale… no vuelvas a irte. Nunca más, por favor, no tan lejos de mí.

Ella sonrió y se abrazó a su brazo libre, estrujándolo con fuerza. Aquello lo hizo reír.

—Nunca hermano, nunca.

Sobre todo porque se había dado cuenta de que su vida se acoplaba mejor allí, con Nico, Celia, las chicas, con Isaac. Y ese pensamiento la catapultó directamente al último día fatídico, donde lo estropeó todo. Pero ahora estaba dispuesta a arreglarlo.

Cuando llegaron a casa se sorprendió al ver algunas cosas de Elena, no pensaba que el traslado iba a ser tan rápido. Ni que por fin la cocina iba a tener el uso que se merecía.

—¿Habéis llenado la nevera? —preguntó sorprendida.

—Sí, Elena pensó que estaría bien empezar a comer en casa, todos juntos.

—Tiene razón.

Celia ya hacía demasiado por ellos y que se le multiplicaran los hijos la estresaba bastante. Subió a su cuarto y mientras se preparaba una bañera aprovechó para enviarle un mensaje a Isaac.

"Hola, ¿podemos vernos?".

Un escabroso silencio se cernió sobre ella, como si el mundo entero permaneciera expectante.

"Si ya estás aquí, sí".

"Sabe que me fui", pensó. Claro, Celia debió decírselo, incluso se la imaginó recriminándole por ello. Volvió a leer el mensaje y le pareció que su tono era muy frío y distante, aunque por teléfono era complicado adivinar sus sentimientos.

"Ok, ¿ahora?", le escribió.

"No".

Y segundos más tarde matizó su respuesta.

"Tengo mucho trabajo, mañana".

No cabía duda, estaba molesto, desprendía crispación en sus pocas palabras. Y la estaba haciendo esperar, tal como ella se había comportado con él. Era rencoroso, pero tampoco podía reprocharle nada. En un arranque de locura volvió a escribirle, para suavizar las cosas.

"Te he echado de menos".

De nuevo el silencio. Un minuto, dos, tres… "¡La he cagado!", pero ese pensamiento se disipó de inmediato.

"Y yo".

Insípido, tosco e inexpresivo, pero al menos había respondido.

Después de relajarse en el agua caliente, bajó al comedor, donde Nico desembalaba algunas cajas de Elena y empezó a hacer la cena, cualquier cosa con tal de quitarse aquellas ansias por que llegara mañana. En la encimera de la cocina encontró su álbum de fotos, hubiera jurado que la última vez se quedó en casa de Celia y cuando Nico se dio cuenta de que lo miraba la sacó de dudas.

—Yo… lo cogí el otro día —dijo balbuceando.

—¿Lo miraste? —preguntó desconcertada.

—Lo intenté.

Ella lo cogió entre sus manos y abrió la primera página, pero Nico se lo cerró de nuevo.

—Lo intenté, Ale, no me fuerces. Paso a paso, ¿vale?

Respetó su decisión y lo volvió a dejar en su sitio.

—¿Qué sentiste?

Nico suspiró, aquello lo avergonzaba sobremanera.

—Lloré.

—Llorar no es malo, nos ayuda a liberar el dolor, porque si no, nos oxida por dentro.

Nico sonrió como si ratificara sus palabras. Y la abrazó en silencio. Él sabía mejor que nadie lo que provocaba esconder unas lágrimas.

Soñaba. Mas su sueño era un eco de su realidad convulsa. Traspasaba los límites del tiempo, detonaba sentimientos que no alcanzaban el linde de la razón. Buscaba lágrimas que se secaban ante un espejo, donde se reflejaba aquella imagen distorsionada, ausente. En los recovecos de su corazón, perseguía puertas que se cerraban y la negrura persistía, bajo una luna nueva. Sin luz. Sin sus eternas compañeras. Las estrellas solo garabateaban débiles destellos en la lejanía. Y en ese escenario inesperado, apareció. Su cielo, su alma. "¿Ves? Si no arriesgas, no vives".

Saltó de la cama ahogando un grito antes de que el despertador emitiera aquel inarmónico "buenos días". "Hoy vendrá, tiene que darme otra oportunidad", pensó mientras se vestía velozmente. Y así los nervios estuvieron acosándola durante toda la mañana.

—¿Quieres estarte quieta? —la regañó Sofi.

Sus pies bailaban incontroladamente debajo de la mesa.

—¿Y si vuelvo a enviarle un mensaje?

—¿Y si te arrodillas y le suplicas que te perdone? —dijo con sarcasmo—. Ale, lo que le gusta de ti es que eres una chica difícil, no lo estropees más. Las cosas pasan a su debido tiempo.

Jamás una hora de filosofía se había hecho tan larga. Cuando oyó el timbre salió por la puerta como un cohete, corrió por el interminable pasillo y se abrió paso por el gran portón hacia la cafetería. Pero en cuanto bajaba las escaleras lo vio justo delante de sus ojos, esperándola. Entonces se detuvo el tiempo, su campo de visión solo podía reflejar los ojos azules mirándola intensamente, como si lo demás desapareciera, se derritiera

ante su alma enamorada. Un trozo de tierra solo para ellos, un mundo aparte, una burbuja indestructible.

—Hola —dijo apenas sin voz, por aquella repentina emoción.

—Nunca había visto a nadie huir tan lejos —le dijo seriamente.

Oh, de nuevo su escapada a Madrid.

—Necesitaba ver a mi madre.

—Al menos podrías haberme avisado.

—No creí que te interesara saberlo.

Isaac la miró estupefacto.

—Lessi, por favor, ¿tan poco crees que me importas?

"Dime idiota… pero sí". Aunque no contestó, se tragó su miedo estúpido y se acercó más a él y lo cogió de la mano, sintiendo su calor humano que tanto le agradaba.

—Lo siento… —dijo en un susurro.

Él la miró perplejo por aquel pequeño paso que había hecho.

—Eres la chica más desconfiada y tozuda que conozco, pero me gustas, me gustas muchísimo —dijo con énfasis.

—Tú también me gustas. Muchísimo.

Sintió cómo se sonrojaba. Isaac sonrió, dejando escapar la alegría contenida que había experimentado al sentir de nuevo su contacto. Le estiró de la mano y la pegó a su cuerpo, rodeándole la cintura con el brazo.

—Aquí mejor. A ver, vuelve a repetirlo.

Pero su azul deslumbrante la había dejado en un trance hipnótico.

—Tienes los ojos tan profundos…

—Como el cielo y las estrellas.

Ella ladeó la cabeza, confundida por sus palabras. Aquella telepatía empezaba a asustarla.

—Ya me lo dijiste una vez —se explicó—, solo que tú no te acuerdas. Ahora, lo que quiero oír.

—Me gustas muchísimo —dijo recalcando cada palabra.

—Mmm… Suena bien.

Isaac acercó sus labios a los suyos lentamente. Quizá esperando una aprobación u otro fatídico rechazo. Pero ella ya estaba a su merced, ya no podía desligarse de su hechizo. Sintió el dulce roce de su boca y cerró los ojos, saboreándolo. Y un beso. Isaac la sujetó de la cabeza impidiendo que volviera a escapar, pero esta vez había conseguido retenerla, mantenerla pegada a él como si no hubiera un mañana, aferrándose a sus labios. Donde debió estar desde el primer día, si se hubiera dejado arrastrar por las incoherencias de su corazón. La besó con el anhelo de conocer la intimidad que le había sido vetada, la parte oscura por donde ahora asomaba la luz que la envolvía de belleza. Y los dos sintieron una felicidad incontrolable que les hizo perder la noción del tiempo.

—Eh, preciosa, tus amigas te están esperando —dijo Isaac cuando logró separarse de ella.

—Que esperen —contestó jadeante, y volvió a besarlo.

—Vas a llegar tarde —insistió entre besos.

—¿Pero qué hora es?

Miró su reloj. Efectivamente, ya había pasado su media hora de descanso.

—El tiempo pasa volando en buena compañía, ¿verdad? —Se rio—. Vamos, a clase, si no sigo enfadado estar tarde quizá venga a buscarte.

Ale lo miró sorprendida.

—¿Aún estás enfadado?

—¡Claro! Huiste de mí dos veces, una a caballo y otra en avión, rumbo a Madrid. Eso no lo voy a olvidar tan fácilmente.

Vaya, iba a tener que pensar en algo para reparar ese fallo. Se acercó a él de nuevo y lo besó con más fuerza.

—Por si no te veo.

Y se alejó contagiándolo de su sonrisa. Laura y Sofi la cogieron cada una por un brazo cuando llegó hasta ellas y caminaron hacia la clase.

—Ale, parecía que te había pegado a sus labios con pegamento —comentó Sofi con una sonrisa.

—¿Qué tal? ¿Besa bien? —preguntó Laura con efusividad.

—Sí. —Soltó en un suspiro.

—¿Te ha manoseado?

—¡Laura! —espetaron las dos a la vez.

—Joder, sí que sois modositas.

—A ti lo que te hace falta es un buen novio.

Ale asintió, dándole la razón a su amiga.

—Dirás un buen polvo asegurado todos los días.

Las tres no pudieron evitar reírse.

—A mí dejadme en paz, primero disfruto y luego ya asentaré la cabeza.

Sofi y Ale se mordieron la lengua, dándola por imposible.

—¿Seguro que no quiere avisar a nadie? —le preguntó el médico con la cara desencajada.

Ella negó con la cabeza y se levantó de la silla, despidiéndose con un gracias simbólico. Aquellos batas blancas siempre eran portadores de malas noticias.

Cuando el sol le deslumbró la cara parecía haber salido de una prisión. Celia se puso las gafas de sol y caminó por la calle observando a un lado y a otro el ajetreo de los madrugadores que ya llevaban media mañana trabajando. Ella sufría lo mismo, y durante media vida estuvo ganándose a pulso la confianza de la gente, desprendiendo un poco de simpatía aquí y allá, para asegurarse de que el día de mañana podría seguir compitiendo con los cientos que como ella buscaban su lugar. Y de repente todo le supo demasiado insípido, aquellas minucias ya no le servían para cubrir su rinconcito de satisfacción. Recordaba sutilmente cómo había taladrado a su hijo para que se labrara un futuro, para que trabajara duro día tras día, sin descanso, derramando sudor y lágrimas si hacía falta. Ciertamente, lo había hecho y empezaba a recoger sus frutos. Era lo correcto, siempre y cuando fuera equitativo con las relaciones humanas, porque si no al final uno se sentía perdido, y trabajar incansablemente quitaba tiempo para otras cosas. Se arrepentía terriblemente de no haber pasado suficiente tiempo junto a él. Ella

se hubiera conformado con conseguir una meta y luego disfrutar de los suyos, sin la necesidad de desear más y más y más, volviéndose una persona ambiciosa, en el círculo que la sociedad había creado para hacer del dinero el bien más preciado. ¿Qué era de los valores humanos? Y deseó sentirse rica de cariño, amor, amistad…

Esa mañana, mientras paseaba, decidió tomarse algún día libre. "Quizá la semana que viene, cuando la faena baje". Pero desechó ese pensamiento de inmediato. Ya no podía pensar en un futuro lejano. Entró en una tienda especializada en artesanía y compró un lienzo. Pintar siempre había sido otra de sus pasiones, ya era hora de retomarla.

—¿Adónde me llevas?

—Voy a secuestrarte, he pensando que será lo mejor. Así no tendremos que dar explicaciones a nadie de nuestra relación.

Ale se mordió el labio ante su sonrisa deslumbrante. Isaac llevaba puestas sus Ray-Ban de aviador y conducía con un brazo colgando por la ventanilla. Su chulería no tenía límites.

—Podríamos decir que tanto tú como yo nos hemos enamorado tan intensamente que nada ha sido capaz de separarnos.

Él asintió. El amor verdadero, aquel que no conocía de impedimentos, aquel que venía predeterminado por el sendero de la vida, tan difícil de recorrer.

—Ojalá escapar fuera tan fácil. Hoy tendremos que conformarnos con esto.

Giró a la izquierda, hacia un restaurante que tenía la entrada decorada con arbustos ornamentales, perfectamente ordenados en fila india.

—Tiene buena pinta —dijo Ale bajándose del coche.

Sabía que estaban en lo más alto de Cudillero, a lo lejos aún se veía el mar, que jamás la abandonaba en aquellas vistas.

—Sí, es un lugar precioso. Perfecto para celebrar momentos importantes.

—¿Como cuál?

Isaac no contestó. La cogió de la mano y entraron al interior del local. Si el exterior ya le había parecido presuntuoso, aquello ya era extremo. Unos arcos de piedra guardaban el recibidor, con dos sofás de piel al estilo antiguo rodeados de cuadros imponentes.

—¿Vas a tirar la casa por la ventana? —bromeó.

Él la cogió por la cintura y la besó.

—Te lo mereces.

—Yo prefiero que me compres con más besos.

Isaac soltó una risita y la dejó ir cuando se acercó un chico joven para atenderlos.

—Oliver, ¿qué tal? —dijo dándole la mano.

—Hacía tiempo que no venías por aquí —contestó echándole una mirada curiosa a Ale.

Pareció sorprenderse cuando la vio, como si esperara encontrarse a otra persona.

—¿Puedes darnos la mesa de la terraza?

—Claro, no tengo a nadie, así estaréis más tranquilos —dijo guiñándole el ojo.

Cruzaron el gran comedor, decorado con lámparas de delicado cristal y mesas redondas, dispuestas con manteles blancos con toques dorados. Las sillas eran de madera, con el asiento y el respaldo acolchado en finos bordados. Cuando salieron a la terraza las vistas la dejaron sin aire, todo Cudillero al alcance de sus ojos. Se acercó al balcón para admirar el paisaje más de cerca, mientras Isaac hablaba con Oliver. Por un momento, le pareció oír el nombre de Carla, el corazón le dio un vuelco y tuvo que aferrarse a la barandilla para no salir corriendo.

—Lessi, ¿nos sentamos?

Se acercó a la mesa y mientras tomaban asiento reunió valor para aclarar sus dudas.

—¿Has estado aquí antes con otra persona?

Isaac la miró extrañado.

—¿En quién estás pensando?

—En Carla —contestó sin tapujos.

—Sí, creo que vinimos alguna vez.

Lo imaginaba. Y de repente se sintió desfallecer, pensando que siempre seré catalogada como "la otra" en todas partes.

—Lessi, mírame —dijo Isaac soltando un suspiro—, es complicado encontrar un sitio que no haya compartido con nadie, hace veinte siete años que vivo aquí. Pero contigo es distinto, como si lo hiciera por primera vez.

Sonrió, agradeciendo esas palabras. En cierta manera, él ya le había demostrado más que suficiente, y lo que pensaran los demás no debía importarle. Oliver se acercó minutos después con una botella de color verde y un vaso ancho. Isaac sonrió al ver su mirada interrogante.

—Ahora que eres hija adoptiva de Asturias, alguien tiene que enseñarte cómo se escancia la sidra.

—No la he probado nunca —confesó.

—¿Pero qué demonios te ha enseñado Nico? —Suspiró exasperado—. Vamos, levántate.

Los dos se pusieron en pie, Isaac abrió la botella y cogió el vaso.

—Fíjate bien, el vaso es muy fino, no lo puedes apretar con demasiada fuerza, lo sujetas a la altura del muslo, coges la botella, pones el brazo en alto, inclinas un poco el vaso…

Un hilo de sidra empezó a caer justo en el filo del vaso, salpicando gotas fuera y creando una espumilla.

—¿Lo ves? Solo se llena un culín.

—¿Y qué necesidad hay de hacerlo tan complicado?

Isaac se puso serio de repente, parecía que se lo tomaba realmente a pecho.

—No se puede beber directamente de la botella, la sidra tiene que romperse para que se oxigene y deje ir el sabor y todas sus propiedades. Toma, pruébala —dijo en tono autoritario.

Ale cogió el vaso y le dio un trago, pero antes de que se la terminara toda, Isaac se la arrebató.

—No te lo acabes todo. Siempre se deja un poco, para poder limpiar el vaso —dijo mientras tiraba el resto al suelo—. Debes hacerlo por el lado en que has bebido, así queda limpio para el próximo.

—Qué manera de desperdiciarla, ¿por qué no se coge otro vaso?

—Porque eso forma parte de la tradición y crea un lazo de amistad con los que compartes.

Ella asintió, como una buena alumna.

—Ahora tú.

Tragó saliva. Siguiendo todas sus indicaciones vertió la sidra dentro del vaso, no sin antes desparramar las primeras gotas fuera. Resultaba más difícil de lo que parecía. Después se lo ofreció.

—¿Qué tal lo he hecho?

—Bien, pero es mejorable —dijo con una media sonrisa.

Bebió un poco y se lo pasó de nuevo para que se acabara el resto. Ella le dio el último sorbo y dejó el vaso encima de la mesa, pero debió hacerlo con demasiada brusquedad, porque notó cómo el cristal se desquebrajaba en sus manos.

—Oh, vaya.

Isaac abrió los ojos de par en par. Miró el vaso con profunda tristeza y luego la miró a ella. Su expresión no tenía desperdicio, sus enfados eran tan breves que en pocos segundos pasaba de una extrema seriedad a aquella sonrisa adorable.

—Alessia Martín, eres un desastre. —Se rio—. Lo dejaremos por hoy o conseguirás que nos echen de aquí a patadas.

Ale se contagió de su risa y se sentaron en la mesa justo en el momento en que Oliver traía la comida. Lubina con patatas al horno y una decoración digna de un restaurante de nombre. Casi le daba pena comérselo, pero cuando probó el primer bocado no pudo parar, estaba buenísimo. Comieron rápido y cuando tan solo quedaba el vino en la mesa se acordó de la mención al "momento importante" que había hecho al principio.

—¿Me vas a decir qué celebramos hoy?

Él sonrió, alegrándose de que no lo hubiera olvidado.

—Ya es oficial, me han dado el premio.

—¡Isaac, es genial! —exclamó.

Se levantó veloz y se lanzó a su regazo para plagarlo de besos.

—Cariño, vas a ahogarme —dijo intentando coger aire.

—Lo siento, ¡es que estoy tan feliz!

—¿Por estar conmigo o por el premio?

Ale ladeó la cabeza fingiendo que lo pensaba. Y rememoró los sucesos del intenso día, no importaba qué pasara a partir de entonces, ahora era feliz y el culpable de todo era él. Realmente, ¿cabía la posibilidad de que todo fuera tan sencillamente perfecto? Oh, sí. Ahora que había dejado atrás sus temores, Dios debía recompensarla por ello.

—Ganas tú.

Y selló aquella rotunda afirmación con un beso.

Podría haber sido diferente. Conformarse, vivir el día a día y rezar para que no cambiara nada. Y recordó una cita de Paulo Coelho: "Un sueño es lo que hace de la vida algo interesante". Entonces, se dio cuenta de que había estado muerto. Cinco años de coma inducido por culpa del vacío que le había dejado la muerte de su padre. Pero cuando todo parecía perdido, una nueva etapa se abría camino, allí, desde el cielo, se unían las fuerzas necesarias para que una vida volviera a cobrar sentido, propiciando las circunstancias exactas para que se diera el cambio.

—Vivir no es levantarse todas las mañanas para ir a trabajar, cielo —le dijo Celia aquel día—, eso es pura supervivencia. La vida es más que eso, son todos aquellos instantes que pasamos junto a las personas que amamos de verdad. Instantes que cuando te das cuenta se acaban.

Nico vislumbró un destello de tristeza en sus ojos.

—Sí, he desperdiciado mucho tiempo.

—Pero puedes recuperarlo.

Celia se alegraba de que por fin hubiera abierto los ojos, se había pasado sumido en las sombras largos años, aunque sabía por experiencia que uno no podía arrepentirse, todos tenían lecciones que aprender. A pesar de todo, no pudo evitar pensar en su pasado y en cómo le hubiera gustado ser más cuidadosa con sus actos, porque en la vida los pasos eran imborrables y siempre quedaban los vestigios de lo que un día fue.

—¿Dónde está tu hermana, cariño?

"Con mi hijo", se contestó mentalmente, pero necesitaba saber qué pensaba él al respecto.

—Ahora desayuna con Elena, pero luego irá en su busca —dijo como si le leyera los pensamientos—, y si no será él quien la encuentre. Ya no puedo hacer nada para impedirlo.

—No voy a decirte que no me alegre de tenerla como nuera, solo espero que salga bien.

—Lo que arde con intensidad se consume rápidamente —dijo con severidad.

—¡No seas pájaro de mal agüero! —lo regañó—, quizá esto sirva para que Isaac y tú arregléis vuestra rencilla de una vez.

—¿Te has vuelto loca? Nuestra amistad es insalvable, puedo poner buena cara por ella, pero si no recibo un perdón por su parte no va a cambiar nada.

"No lo va a hacer", pensó Celia desesperanzada. Ellos se echaban la culpa mutuamente, y temió no volverlos a ver como antaño. No había más desgracia para una madre que ver a dos hijos enfrentados.

Siempre él, haciendo pericias para encontrarla. Él, aquel que la encandilaba con palabras enternecedoras, encendiendo su corazón apagado y solitario. Pensó que solo sería un arrebato y ahora estaba perdida. Peligrosamente, ligada a él. Dejando dos vidas en manos del amor, confiando ciegamente en un futuro que se iluminaba por sí solo. Ya no hacía falta pensar, la corriente de sentimientos la arrastraba, la zarandeaba, la golpeaba con fuerza, la zambullía y la reflotaba redimida. Y luego un mar en calma, un paraíso, un sol radiante. Él, un cielo espléndido.

“¡Buenos días, princesa! Ven a verme cuando salgas del insti, hay alguien que ya está listo para llevarte de paseo”.

Mientras volvía a leer el mensaje cogió su moto reestrenada y se encaminó hacia el centro de aventuras. ¡Thor! Iba a dejar que lo montara, aquello sí que era increíble. Cuando entró por la puerta de la oficina vio a Isaac hablando con su nueva secretaria repasando papeles. Aunque ella parecía no escucharlo, lo miraba anonadada con una sonrisa babosa dibujada en la cara, suficiente para disparar sus celos.

—Hola, cariño —la saludó Isaac con una sonrisa.

Ella imitó su sonrisa autosuficiente y se acercó a él, abrazándolo con fuerza por el cuello y dándole un beso largo e intenso. Tanto uno como otro se quedaron estupefactos. Quizá ahora le quedara más claro que Isaac no era para ella.

—Vaya, qué saludo más efusivo —dijo él avergonzado—. ¿Por qué no vamos a mi despacho? Ana te ha comprado comida preparada, imaginé que vendrías hambrienta.

—Oh, gracias —dijo mirando a Ana resentida.

Tuvo que reconocer que se lo había currado. Ensalada y pasta a la boloñesa, una de sus comidas favoritas.

—Tengo dos cosas para ti —le dijo mientras pinchaba un macarrón con el tenedor.

Isaac abrió los ojos con curiosidad y dejó ir aquella media sonrisa tan suya. Sacó el periódico de su bandolera y lo puso encima de la mesa, a la vez que escondía la bolsa más grande con el pie.

—¿Qué te parece?

—¡Vaya! En portada, qué gran honor —dijo con entusiasmo.

La foto ampliada y el título “Isaac Galván, el empresario del año, nos descubre sus secretos del éxito”, habían quedado perfectos.

—De todas las entrevistas que me hicieron es la mejor, la enmarcaré y la colgaré en el despacho, junto con el premio.

—¿Te hicieron más? —preguntó.

Aunque era evidente que no debía ser la única interesada, teniendo en cuenta la repercusión de aquel premio.

—Sí, el diario local de Cudillero, el de Asturias y dos revistas.

Oh, tendría que ir a comprarlos para comparar su trabajo con el de un profesional. Aunque su profesora no dejaba de alabarla, pero ella no se conformaba con eso.

—¿Qué era lo segundo que querías enseñarme? —preguntó con impaciencia.

Ella sonrió y sacó la bolsa de debajo de su silla, cruzando los dedos por haber acertado. En cuanto abrió el papel de regalo y sus ojos se iluminaron, supo que así era.

—Lessi, no serán… ¡me has comprado unas botas! —exclamó sacándolas de la caja y mirándolas detalladamente—. Oh cariño, ¿pero qué te ha entrado? ¡Esta marca es carísima! No hacía falta…

—Quería hacerlo —lo interrumpió.

—Pero te has excedido muchísimo.

—Muchísimo es menos de lo que siento por ti.

Isaac dejó ir una exhalación, levantándose de la silla, la cogió de la mano y la acercó a él, besándola con urgencia.

—Dios, ¿pero qué hecho para merecerte? Eres fantástica.

Y volvió a besarla, recorriendo el interior de su boca, que ya tan bien conocía.

—Sabes a tomate —dijo con una sonrisa.

—¿No te gusta?

—Si viene de ti, todo me gusta.

Después de su comida y su ración de besos tocaba el momento esperado del día. Thor disfrutaba de su recién merecida libertad cuando salieron a verlo. Su pelaje marrón oscuro brillaba con fuerza, y la mancha blanca en el morro le confería una expresión divertida. Parecía haberse quedado más delgado, pero vitalidad no le faltaba, trotaba alegre sin ton ni son por la pequeña pradera y llevaba su cabeza en alto, como si quisiera exagerar su masculinidad.

—Es un semental, no hay más que verlo —comentó Ale—. Todos los hombres os parecéis, aunque seáis de diferente especie.

Isaac soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Voy a prepararlo.

—¿Qué caballo vas a montar tú?

—Ninguno.

—Creía que ibas a estrenar tus botas… —dijo con decepción.

—Prefiero quedarme en el suelo, así te vigilaré mejor.

La iba hacer pasear por la pista, debió imaginarlo. Aún no quería confiarse demasiado. En cierta manera ella también se sentía nerviosa, Thor era mucho caballo y aunque el último día había cogido buen ritmo a lomos de Gala, aún le faltaba recuperar la práctica. Aquellos animales olían el miedo y si podían dominarte lo hacían. Así que respiró hondo y se sacudió sus dudas cuando tuvo al gran Thor delante. Era mucho más alto de lo que recordaba, se tragó su orgullo y le pidió a Isaac que la ayudara a subir. Cogió las riendas apiñando toda su fuerza interior y le indicó que se pusiera en marcha. Él respondió al instante, tan solo le bastó un toquecito en el vientre. Dio una vuelta al paso ante la atenta mirada de Isaac y de nuevo lo incitó a acelerar. Cambió al trote en un movimiento suave y más tarde se confió, llevándola al galope, sin esperar otra indicación. Lo dejó que se desahogara un poco, aunque en realidad era ella la que se estaba deshaciendo de su agitación. Cerró los ojos mientras notaba el aire en la cara y la vibración de sus patas golpeando el suelo.

—Lessi, no hagas eso —le gritó Isaac—, no dejes que te lleve.

Tenía razón, la que mandaba era ella. Estiró las riendas con fuerza y lo frenó, recuperando el control. Volvió al trote y se concentró en seguir los movimientos. Arriba y abajo, arriba y abajo. Espalda recta, cuerpo erguido, cabeza mirando al frente. Y de repente… un movimiento brusco. Thor se levantó sobre sus patas delanteras haciendo un pequeño salto y lanzándola hacia atrás. Consiguió agarrarse a su cuello al vuelo.

—¡Lessi! —gritó Isaac mientras corría hacia ella—. ¿Estás bien?

Ella aún seguía abrazada a Thor, con la crin enmarañada en sus dedos.

—Sí, solo ha sido un susto.

—Te dije que tenía mala leche.

Le sujetó las riendas para que no se moviera. Ale le acarició el cuello intentando recuperarse.

—Eres más difícil de lo que creía…

Isaac soltó una risita, por supuesto, aquello le daba la razón.

—Mierda —dijo mirando su reloj—. Tengo una reunión en cinco minutos. ¿Nos vemos luego?

—Claro, ya me encargo de quitarle la silla.

—No, se lo diré a Juan, no te preocupes.

La ayudó a bajar y cuando tocó con los pies el suelo, la cogió de la cintura.

—¿Te apetece cenar esta noche en mi casa? Después podríamos ver una peli.

—Está bien, ¿pero vas a cocinar tú? —dijo con una sonrisa incrédula.

—¿Acaso lo dudas? Aún hay facetas de mí que no conoces…

Ale soltó una carcajada y se lanzó a su boca para besarlo. Hasta ahora adoraba todas sus facetas, pero esa le daba miedo.

Esa tarde quedó con las chicas para ir de compras y entre tienda y tienda les contó el plan.

—Hoy tenemos cena y peli.

Laura y Sofi se miraron sorprendidas y se echaron a reír. Parecía que se había perdido algo.

—Ale… ¿sabes lo que quiere decir eso? —le preguntó Sofi con una sonrisa divertida.

—¿Es que son palabras clave o qué?

—¡Chica! ¡Cena y polvo! —exclamó Laura a toda voz—. El pobre no sabe qué hacer para acostarse contigo, te lleva a casa, te pone una peli romántica y aprovecha para meterte mano.

Ale le indicó que bajara la voz mientras intentaba digerir lo que acababa de oír.

—¡Oh, Ale! Isaac va a meterte mano, deberías estar contenta —espetó Sofi, uniéndose a aquel espectáculo de gritos.

Pero ella no estaba contenta, estaba aterrada. Tenía claro que Isaac era el chico con el que deseaba perder la virginidad, pero ni siquiera sabía qué debía hacer o al menos qué debía esperar.

Se compró lencería nueva con la ayuda de Sofi, porque Laura optaba por transparencias que se pasaban del límite de lo sensual. Y volvió a casa rápido, para maquillarse y ponerse todo lo guapa que sabía.

Con los nervios a flor de piel llegó a casa de Isaac antes de lo previsto, pillándolo en pleno proceso de elaboración. Le ayudó a poner la mesa y cotilleó el menú. La ensalada estaba conseguida, aunque la salsa que llevaba por encima no era identificable. Mojó un poco con el dedo y la probó.

—Vinagreta de miel —le dijo Isaac al ver su cara de extrañeza.

—Está rica.

—Vale, pues ya se puede llevar a la mesa.

—¿Y el plato principal? —dijo buscando con la mirada.

Se arrimó a ella con su mirada seductora y le acarició la mejilla.

—Eres tú —le susurró al oído.

Y le pellizcó el culo mientras se reía. Ella dio un respingo y le propinó un manotazo.

—No seas tonto.

—¡Au! Vale…

Se acercó a la nevera y le enseñó los platos.

—Tienen buena pinta, muy buena pinta —dijo recalcando las últimas palabras.

Isaac pareció rendirse, suspiró y la miró con cara de inocencia.

—Está bien, amor, los cogí prestados de la posada. No sé cocinar, ¿contenta?

Pero ella se quedó petrificada al escuchar esa palabra.

—Has dicho amor —dijo sonriendo dulcemente mientras le cogía la cara con las dos manos—. Me encanta como suena.

—Amor es lo que eres para mí.

La frase más bonita del mundo. Ni siquiera le importaba que le hubiera hecho creer que valía como cocinero. Lo besó fuertemente y se atrevió a darle un manotazo en el culo.

—Bueno, estás perdonado —le dijo con una sonrisa chulesca.

—Oye, eso solo puedo hacerlo yo —se quejó.

—¿Hacer qué?

—Pegarte en el culo. —Se rio.

—Yo soy tuya como tú eres mío, así que puedo hacer lo que me plazca contigo.

—¿Así que estamos a merced el uno del otro?

—Sí —contestó tajante.

Él sonrió maliciosamente.

—Eso me da muchas ideas…

Oh, vaya, ¡cómo se estaba descarrilando el tema! Aún no estaba preparada para que la situación se calentara tanto.

—¿Vamos a comer? —dijo nerviosa.

Asintió, algo descolocado por aquel cambio, y se dirigieron al comedor. La carne en salsa estaba para chuparse los dedos, pero su impaciencia iba en aumento y apenas se sentía con fuerzas para saborearla. Lo que le entraba con facilidad era el vino. Llevaba tres copas y empezaba a sentir un hormigueo que dominaba sus manos. Como postre, le sirvió unos frisuelos con chocolate desecho por encima. Se lo comió rápido y hasta rebañó el plato. Isaac soltó una risita al verla.

—¿Te ríes de mí?

Cogió un poco de chocolate con el dedo y le manchó la nariz. Él se puso serio e hizo ademán de cogerla por el brazo, pero ella fue más rápida. Se levantó de la silla de un salto y corrió lejos de su alcance, pero el vino le subió de golpe, se tambaleó e Isaac aprovechó para agarrarla y tirarla al sofá.

—¿Pero qué te has creído? —bromeó.

—Lo siento, lo… siento —balbuceó en pleno ataque de risa.

Él se colocó encima y empezó a hacerle cosquillas, segundos más tarde creía que iba a echar la comida.

—¡Tregua, por favor! —gritó.

Isaac paró y la miró ladeando la cabeza como si esperara algo.

—Anda ven, voy a limpiarte…

Acercó su boca y con un beso le limpió el chocolate, después rozó su boca con la suya y lo besó. Isaac la siguió anhelante y le mordió el labio inferior suavemente con un gemido.

—Ahora sabes a chocolate, dulce. Mi dulce Lessi…

Bajó su boca hacia su cuello, mientras sentía la presión de algo que iba creciendo encima de su cadera. Notó cómo sus manos se abrían paso a través de su cintura, acariciándola despacio, rozándola con los dedos y prendiendo aquella mecha que hasta ahora no había encendido. Pero su corazón dio un vuelco. Solo sentía ganas de vomitar, el alcohol la estaba traicionando.

—¡Dame un segundo! —exclamó.

Isaac levantó la cabeza y la miró estupefacto.

—Necesito ir al lavabo, ahora vuelvo.

Su expresión revelaba que no se lo acababa de creer. Se levantó del sofá escurriéndose de entre sus manos y corrió hacia el baño.

—Vale, voy a hacerlo —susurró mirándose en el espejo—. Estoy preparada, bueno, un poco nerviosa… bastante. Pero es normal, ¿no? Es mi primera vez.

Se peinó el pelo alborotado y se pellizcó las mejillas pálidas para darles más color.

—¿Y si no le gusto? —se preguntó haciendo florecer aquella terrible duda—. Él está acostumbrado a chicas mayores, con más pecho, más experiencia, ¡y yo no sé ni qué tengo que hacer! ¡Mierda! ¿Y si no le gusta mi ropa interior?

Se quitó el jersey velozmente y se colocó el sujetador con cuidado.

—¿Lessi? ¿Estás ahí? —dijo Isaac picando a la puerta.

—¡Sí, ya salgo!

Volvió a ponerse la ropa y tiró de la cadena para disimular. Cuando abrió la puerta Isaac parecía preocupado.

—Oye… ¿Estás bien?

—Sí, claro —dijo con una sonrisa algo forzada.

—Te has puesto el jersey al revés.

"¡No, por qué! ¡Qué estúpida!". Bajó la mirada para comprobarlo.

—A… —dijo articulando la única vocal que sabía en ese momento.

Isaac la cogió de las manos y la miró con una sonrisa tierna.

—Quizá he sido demasiado brusco contigo. Te mereces algo más romántico, aunque siempre podemos esperar un poco, si no estás lista.

—¡No! —contestó veloz—. Quiero hacerlo. Contigo.

Amplió su sonrisa, visiblemente aliviado.

—Espera aquí —dijo besándola en la frente.

Su espera aconteció lentamente. Sin embargo, en su cabeza la multitud de posibilidades que se le ofrecían a partir de aquel momento pasaban a toda velocidad, ofreciéndole las probables situaciones a las que tendría que hacer frente. Y todo estaba en manos del destino. Isaac salió de su cuarto con una sonrisa juguetona, al igual que un niño cuando sabe que ha hecho algo que quizá no es del agrado de todo el mundo. Reconoció un atisbo de nerviosismo en su rostro, al menos no era la única que se sentía así. La cogió de la cintura delicadamente y le tapó los ojos con la mano, mientras la dirigía a ciegas hacia la habitación. Sabía que estaba ligeramente a oscuras y había una fragancia aromática que invadía el ambiente.

—¿Qué te parece? —dijo devolviéndole la visión.

Eran las velas las que desprendían aquel olor y le daban un toque más íntimo, dispuestas en cada mesita y en el suelo, parecían rodear la cama.

—Es bonito —dijo con una sonrisa.

Isaac se puso delante de ella y la miró intensamente, acercando su cabeza frente a la suya, tan cerca que podía escuchar su respiración.

—Dime una cosa —susurró—. ¿Por qué has ido al baño?

—Solo quería asegurarme de que estaba perfecta para ti.

Él ahogó una risita y siguió la línea de sus labios con el dedo.

—Eres perfecta, con tus virtudes y con tus defectos, las dos cosas hicieron posible que me enamorara de ti.

Como un equilibrio perfecto. Sonrió alegremente ante esa revelación. Él le daba todo de lo que había carecido siempre, libertad para dejarse llevar, para confiar en los sentimientos. Él tenía la llave del escudo que había construido para protegerse del mundo, del sufrimiento y del abandono. Los dos habían abierto su corazón, cuando nunca antes se habían atrevido a hacerlo. Porque hacía falta "aquella persona" en concreto para remover las sensaciones que dieran pie al amor más intenso.

Ale lo besó, llenándose de la paz y la seguridad que necesitaba. Se apartó de él lentamente y, sosteniendo la mirada en sus ojos, empezó a desnudarse. Primero el jersey, luego los zapatos de tacón, seguidos de los vaqueros negros. Quedándose en ropa interior, delante del hombre que sonreía aprobando su locura, tan hermosa como inocente. Ella era capaz de más, se había despojado de todos sus temores, ahora podía desnudarse para él en cuerpo y alma. Se quitó el sujetador, dejando al descubierto sus pechos y dejándolo caer lentamente, con una sensualidad que ni ella conocía. Cogió las dos tiras de sus braguitas e hizo lo mismo. Isaac permanecía inmóvil, fascinado por su valentía y su belleza. Ahora le tocaba a él hacer lo propio. Se quitó la camiseta y los pantalones de un tirón. Y la ropa interior, dejando al descubierto su virilidad erecta. Se acercó a ella con la mirada encendida de deseo y la cogió por la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—A ver, ¿por dónde íbamos?

—Me estabas… —balbuceó Ale— besando aquí.

Señaló su cuello.

—Ah, sí… ¿y te gustaba?

—Sí —dijo en un suspiro.

—A mí también.

Dejó que sus manos acariciaran su cuerpo, mientras ella se embriagaba de aquellos ojos que reflejaban un mar en calma, centelleantes de ternura. Y ya no existía nada, solo ellos, atrapados por el deseo.

Capítulo 10

Despertó con Lessi apoyada en su pecho. Con su pelo castaño rozándole en el cuello. Su mano lo rodeaba por la cintura, y su respiración era pausada, serena. Bajó la mano por su espalda desnuda, notando el tacto delicado de su piel. La misma que había besado infinidad de veces la noche pasada. Y la había enredado entre sus brazos fuertemente, casi con desesperación, probando cada rincón de su cuerpo. Toda para él. Toda suya. Miró el reloj de la mesita, marcaba las nueve de la mañana. Sería un sábado prometedor si se quedaba allí, pero el trabajo lo reclamaba. Se levantó con cuidado de no despertarla, dejándola sobre la almohada delicadamente, pero en el proceso la vio abrir los ojos. Un verdoso adormilado lo saludó. Aún recordaba la pasión escondida en aquella mirada que tanto lo había sorprendido.

—¿Te vas? ¿Tan pronto? —preguntó a la vez que estiraba los brazos para desperezarse.

—Daría lo que fuera por quedarme, pero tengo que trabajar.

Ella esbozó una media sonrisa, como si sus pensamientos la hubieran hecho recordar algo. "Yo dentro de ella", pensó triunfante. Nunca había sentido tanto al estar con una mujer. Lessi despertaba algo inaudito, increíble.

—¿Estás seguro?

Se incorporó sobre sus brazos y dejó caer ligeramente la sábana que la cubría.

—Acabo de recordar que sigo desnuda.

No podía haber nada más tentador que eso.

—¿Pero qué ha sido de tu inocencia? —dijo fingiéndose escandalizado.

—Me la robaste ayer.

Isaac soltó una carcajada.

—No sin tu permiso, pequeña.

Se acercó a ella y la besó dulcemente en los labios.

—Tengo que irme, soy el empresario del año, tengo que dar ejemplo.

Lessi puso morros dejándose caer de nuevo en la cama.

—Quédate durmiendo, a la hora de comer pasaré a recogerte.

—Vale, amor —dijo con una sonrisa espléndida.

Era cierto, esa palabra sonaba realmente bien.

Ella era el viento que susurraba detrás de su oído, que transportaba palabras alentadoras. Prendía fuego a su alma y entre llamas gritaba su nombre. Proclamaba el amor que lo torturaba sin piedad. Aun así, respiraba. Aire fresco, renovado. Vivía, con excitación, con impaciencia. Si en sueños le faltaba, no había noche más desgarradora, se perdía en las sombras desatando temores pasados. Y en amaneceres tempranos, ella lo rescataba, haciendo de su mundo algo inocuo.

—¡Ale! ¡Ale! ¡Vuelve!

Nico saltó de la cama al sentir una mano fría sobre su espalda. Estaba sudando y su respiración era agitada. Elena restaba junto a él, con una expresión alarmada en el rostro.

—Estabas soñando, cariño. ¿Te encuentras bien?

—Sí… —contestó nada convencido.

—Llamabas a tu hermana, ¿una pesadilla?

Asintió. Elena se incorporó para coger un vaso de agua de la mesita y se lo ofreció. Tenía la boca seca y pastosa.

—¿Volvió anoche? —preguntó Elena.

—No. Estuve esperando largo rato y nada.

Ella vio su disgusto, pero aquello formaba parte de la relación que había empezado con Isaac. Tarde o temprano tenía que ocurrir.

—Por poco que confíes en él, seguro que sabe cuidarla. Estará bien.

Nico no quería pensar en eso, aún no lo había asimilado del todo. Solo quería que llegara a su hora, saber de ella, saber que estaba a salvo.

Desayunaron tranquilos, sin rastro de Ale ni la presencia de Celia. Añoraba las mañanas de verano en la terraza, cuando el sol calentaba lo justo y charlaban antes de empezar con la rutina. Pero Elena estaba a su lado y compensaba la pérdida. Aún llevaba el pijama puesto y el pelo rojizo recogido en una coleta alta. Y su sonrisa perfecta, que le hacía la vida más llevadera.

—¿Vas a ir al taller?

—Sí, quiero adelantar trabajo. Pero antes voy a ver a Celia, es extraño que no haya aparecido por aquí —dijo mientras se levantaba del taburete.

—Está bien, te quiero.

—Yo más —acompañó sus palabras con un beso.

—Yo infinitamente más.

Elena sonrió orgullosa de su triunfo y sus mejillas se llenaron de un ligero colorete. Nico hizo un gesto de dolorosa derrota. Sin embargo, le encantaba que ganara siempre. Subió por las escaleras hacia la terraza, la entrada a la casa de Celia siempre estaba abierta. La encontró con el batín puesto y recién levantada.

—¿Te has dormido? —preguntó asombrado.

—Sí, ayer me quedé hasta tarde.

Eso sí era una novedad.

—¿Por qué?

Lo cogió de la mano y lo guio hasta el cuarto que usaba de despacho. En un caballete de madera reposaba un lienzo con la pintura fresca. Cudillero en plena noche, con todas las luces de las casas y el mar reflejando sus destellos.

—Es increíble —dijo completamente impresionado.

Nunca había sabido de su afición por la pintura, y mucho menos que se le diera tan bien.

—Sí, ¿verdad? Quería captarlo de noche, es cuando desprende ese magnetismo tan especial.

Nico arrugó la nariz.

—Ya no hace tiempo para quedarse a altas horas en la terraza, ha refrescado mucho y podrías enfermar, ¿no crees?

Celia se echó a reír.

—¡No me hables como si fuera tu abuela! —exclamó.

—No eres mi abuela, eres mi madre.

Y tras esas palabras, silencio. Jamás lo había declarado en público, nunca delante de ella. Celia tragó saliva desconcertada, aunque pudo ver como sus ojos brillaban de emoción.

—Sí, y tú mi hijo. Y también tienes un hermano.

No era cierto. Tenía una hermana que se estaba alejando de él por culpa de aquel necio.

—Podrías venderlo —dijo mirando de nuevo el cuadro y eluyendo el tema—. Seguro que te lo comprarían.

Celia dejó ir un suspiro y vio cómo guardaba su frustración por dentro.

—No voy a venderlo —dijo con seriedad—. Este es para ti. Y hoy haré otro para Isaac.

Nico la miró confundido.

—¿Es que no piensas ir a trabajar?

—No. El personal que tengo allí ya es suficiente para cubrir la faena.

—¿Pero qué demonios te ocurre?

No era propio de ella, siempre había sido una mujer muy formal y disciplinada en su trabajo. Si bien podía cogerse unas vacaciones, no parecía que su idea fuera a corto plazo.

—Deberíamos buscar más tiempo para nuestras pasiones, es lo que de verdad nos llena.

Tenía razón, pero no evitó que aquel día se marchara preocupado. Se prometió volver pronto para hablar con ella largo y tendido.

El olor a comida le abrió el apetito. Nada más entrar por la puerta se encontró la mesa puesta y unos espaguetis a la carbonara con una pinta increíble. Lessi le había robado una camisa del armario que tan solo le tapaba la parte de arriba, dejando al descubierto sus piernas largas y esbeltas. Podría acostumbrarse a eso, todos los días, toda la vida. Y una súbita felicidad se apoderó de él, dibujándole una sonrisa boba.

—Eh, tontín, ¿es que no vienes a darme un beso? —gritó Lessi desde la cocina.

Isaac se acercó a ella y la aupó en sus brazos, sentándola en la encimera de la cocina. Paseó una mano por su pantorrilla y la besó en los labios con ternura.

—Te he echado de menos —le confesó.

—Y yo a ti. Espero que al menos hayas hecho algo productivo, yo te he llenado la nevera.—Sonrió orgullosa.

—¿Has hecho la compra? Creo que es la primera vez que se hace en esta casa.

Lessi resopló indignada.

—Eres un desastre, Isaac, suerte que estoy yo aquí para alimentarte.

Él soltó una carcajada.

—Alimentarme… ¿cómo? —dijo esbozando una sonrisa traviesa.

—¡Con comida!

Se bajó de la encimera de un salto y lo miró fijamente.

—Luego ya veremos.

Aquellas palabras guardaban muchas promesas, y tenerla entre sus brazos de nuevo era lo único que deseaba. Se sentaron a comer, constató que la apariencia de la comida no engañaba, Lessi sabía cocinar y lo hacía realmente bien.

—¿Qué tal la mañana? —le preguntó ella con la boca llena.

—Bien, he puesto en marcha una idea que hacía tiempo que me rondaba por la cabeza.

—¿De qué se trata?

Isaac sonrió alegremente por su interés.

—Un paquete turístico de Aventura Astur con la participación de los hoteles y restaurantes de la zona. Será una manera de acercar todo el sector turístico al cliente, fácilmente y al mejor precio.

—Suena muy bien, así os beneficiáis todos.

—Exacto. Hoy me puesto en contacto con algunas personas, parece que lo han recibido bien. Si todo sale según lo previsto, será una realidad dentro de poco.

Lessi lo miró impresionada.

—Eres increíble —dijo con adoración.

—Cada uno es bueno en lo que sabe, amor.

—Pero tú sabes darle confianza a la gente.

—Porque confío en mí mismo. Eso es una cualidad indispensable para conseguir lo que te propones.

Ella asintió, empapándose de sus palabras. No podía creer que una chica como ella, con tanto potencial, tuviera tan poca autoestima. Pero todo eso podía cambiar con su ayuda. Si necesitaba que alguien estuviera a su lado para aprobar su trabajo, él se ofrecería para hacerlo, apoyándola en todo. Cuando acabaron la ayudó a recoger la cocina y se encaminó a la ducha, pero Lessi lo detuvo por el camino.

—Voy yo primero, que tardo más.

—Ni hablar, lo lógico es que vaya yo primero, que acabaré antes.

—¡Pero entonces tendrás que esperarme! —le replicó.

—Bueno… siempre podemos ducharnos juntos y hacer lo que dejemos pendiente esta mañana.

Se acercó a ella y la cogió de la cintura.

—Esa proposición ya ha caducado, cariño —dijo inalterable.

Isaac se puso serio de repente mientras ella se deshacía de sus mimos y se marchaba directa a su habitación. Pero antes de cruzar la puerta se giró hacia él con una sonrisa, se desabrochó sensualmente la camisa y la tiró al suelo.

—¿De verdad crees que iba a dejarte así? —dijo con los brazos en jarras y desnuda de cintura para arriba.

“Oh, eres mi diosa”, pensó asombrado. Y cómo adoraba que fuera así de juguetona.

Una hora más tarde, la música sonaba débil a través de los altavoces del coche. Lessi miraba por la ventanilla, con una sonrisa feliz, algunos de los mechones que se le escapaban de su coleta alta ondeaban en el aire. Llevaba un jersey color caqui y unos tejanos rasgados, solo le bastaba su figura para parecer sexy. Isaac frunció el ceño intentando recordar cuándo había ido a buscar ropa para cambiarse.

—¿Fuiste a casa esta mañana? —le preguntó.

Ella se giró para mirarlo y asintió.

—¿Viste a Nico?

Lessi cambió la cara y negó con la cabeza. No había hablado con él. Conociéndolo debía estar preocupado, aunque ya se debía imaginar que había pasado la noche en su casa. Aquello no era lo correcto, lo que sentía por ella iba más allá, deseaba hacer las cosas bien. En un arrebato de locura, cambió de dirección y se encaminó hacia el taller. Los sábados siempre se quedaba solo adelantando faena.

—Isaac…. ¿adónde vamos? —preguntó asustada cuando reconoció el camino.

No la miró. No quería contagiarse de su miedo.

—¿Sabes? Hubo muchas, antes de ti, pero nunca me atrevía a llamarlas novias. Solo era sexo, con eso me valía. Pero tú… eres tan distinta. Has cambiado mi mundo, mi vida. Quiero hacerlo bien, Lessi.

La escuchó suspirar profundamente, quizá intentando rebajar su tensión. Pero volvió a acelerarse cuando estuvieron delante del taller. Aparcó el coche y se bajó veloz. Se dirigió hacia su puerta y la abrió, esperando a que bajara.

—Isaac, no es necesario…

—Lo es —la interrumpió—. Hace dos días que tu hermano no sabe nada de ti, se merece una explicación.

—Es que… me da reparo.

Isaac resopló desesperado.

—¡Sabía que iba a tener que arrastrarte!

La cogió de la mano, la levantó del asiento y caminó hasta la entrada con paso firme. Abrió la puerta y esta chirrió, haciendo un ruido desagradable. Dentro del taller, todas las luces estaban encendidas, y Nico permanecía en una esquina concentrado en el tubo de escape de una escúter. Primero vio a Lessi, y su rostro mostró alivio, pero en cuanto su vista se clavó en él, volvió a ensombrecerse.

—¿Qué significa esto? —exclamó.

Se acercaron a él cogidos de la mano y una vez lo tuvieron delante Isaac le dio un pellizco en un dedo para que empezara a hablar.

—Yo… he venido a… —dijo insegura.

Y paró en seco. Aquello no iba a buen puerto, así que decidió intervenir.

—Lo que tu hermana intenta decirte es que hemos empezado una relación.

—¿Relación? Creía que esa palabra no existía en tu diccionario.

Vaya, esa era una reacción que no esperaba. Venía de buenas pero él estaba de mal humor.

—Pues ya ves que sí.

—Lo que yo veo es que has venido a reírte en mi cara, a restregarme otro triunfo tuyo. ¡Empiezo a estar harto de tus maneras! —gritó.

¿Pero qué se había creído? ¡Solo intentaba hacer las cosas debidamente!

—Nico, cálmate —dijo Lessi—, creímos que lo mejor…

—¡No me hagas creer que ha sido idea de los dos! ¡Esto solo se le ocurre a él!

—No le grites —dijo Isaac conteniendo la rabia.

Nico se acercó más a él, podía ver cómo apretaba los dientes, cómo sus ojos empezaban a llenarse de aquel rencor que escondía tantas discusiones pasadas.

—¿Para qué mierda has venido? ¿De verdad crees que voy a aceptar esto?

—Por mí no, pero sí por tu hermana, si es que la quieres.

Nico se puso rojo de golpe, como si estuviera a punto de explotar. Apretó los puños con fuerza e hizo ademán de abalanzarse sobre él, pero Lessi se antepuso entre los dos.

—¡Basta! He tomado una decisión y estoy intentando compartirla contigo. Quizá esto no haya sido buena idea, pero solo pretendíamos hacerlo más formal. Sé que no voy a conseguir que seáis amigos, pero al menos respetaros, por favor…

Sus palabras le aplacaron un poco, pero seguía manteniéndose serio.

—Lo que tú quieres es que te dé mi aprobación y no puedo hacerlo. Lo único que te pido es que me hagas saber que estás bien.

Se acercó a ella y la besó en la frente, sin apenas mirarla. Después volvió al trabajo.

—Lo siento —le dijo a Lessi de nuevo en el coche—. No sé qué se me pasó por la cabeza al venir aquí.

La estúpida esperanza de que todo se arreglara. La estúpida idea de que su felicidad pudiera contagiar a todo el mundo. Pero el mundo no había cambiado, solo él.

—Tu intención era buena, pero él no está preparado.

¿Lo estaría algún día?

—Deja que arregle la tarde; te llevaré a un sitio especial.

Ella esbozó una sonrisa sin energía y se acurrucó en su brazo libre. Iba a tener que esforzarse más.

Aparcaron el coche en el puerto, por una escalera se accedía al espigón y a un camino que llevaba al faro. Cogidos de la mano subieron por el sendero no demasiado empinado, en silencio. Si se acercaba al acantilado podía ver como las olas rompían fuertemente contra las rocas, además de una vista clara de todo el puerto. A unos trescientos metros se alzaba imponente el faro de Cudillero, rodeado de muros y un portón metálico que impedía la entrada. No obstante, desde allí era impresionante. Había estado otras veces cuando era crío, pero hoy era especial, empezaba a atardecer y el sol ligeramente escondido detrás de las nubes le daba al cielo un color anaranjado. Pero sobre todo era especial por ella y la sonrisa que iluminaba sus ojos verdes.

—Es precioso —dijo maravillada.

—Quería traerte a un lugar donde no hubiera estado con nadie. Solo contigo.

Había visto su preocupación en el restaurante y quería demostrarle que ahora solo existía ella.

—Me gusta. Será nuestro rincón, tuyo y mío.

Esas palabras se clavaron a fuego en su corazón.

Y por la noche, acurrucados en la cama después de haber hecho el amor, sintió una felicidad y una plenitud inexplicable.

—Eres preciosa —le dijo cerca de sus labios.

Aún seguía encima de ella, con su piel desnuda pegada a la suya.

—¿De veras? Aún no me has visto en mis peores momentos…

Solo ella era capaz de sacarle un toque de humor a sus halagos.

—Te he visto recién levantada.

—¡Eso no es nada! Haciendo muecas soy horrible, mira.

Lessi hizo morritos exageradamente y luego se tiró de la nariz hacia arriba.

—Sigues siendo preciosa —dijo riéndose.

Pero se puso seria de repente, como si un pensamiento la hubiera asustado.

—¿Sabes? Nunca creí que acabaría aquí, contigo. Me parecía un sueño tan lejano…

Isaac la besó con desesperación, como si quisiera confirmarse a sí mismo que aquello era real.

—No es un sueño, estamos juntos. Ahora… y siempre.

Siempre. Aquella palabra entró como una flecha desgarrando el corazón de Ale. Ella no creía en la palabra siempre. Aun así, se aferró a su cuello y lo abrazó con fuerza, suplicando al cielo equivocarse por una vez.

Para Nico, Elena era su desahogo. Llevaba tres días irascible, sin verle una sonrisa. Exactamente lo que llevaba Ale sin aparecer. Lo veía resoplar cada mañana, al ver su cama intacta, cuando miraba su móvil en busca de un mensaje, una llamada perdida, una señal de vida.

—¿Es que piensa quedarse a vivir allí? —decía caminando nervioso de un lado a otro—. Se cree que es el amor de su vida. Cuatro días más y la enviará a la mierda, y entonces tendré que recogerla yo.

Era su sermón rutinario, no se cansaba de repetirlo, con la vana esperanza de que su hermana lo escuchara allí donde estuviera.

—¿Y si se han enamorado de verdad? —Se atrevió a replicarle un día.

Para qué habló. Nico se puso furioso, arremetió contra Isaac duramente, por todo lo que había hecho durante años. Le contó anécdotas que dejaban claro qué esperaba él de una chica.

—Solo le interesa meterlas en su cama para incluirlas en su lista de victorias.

Pero Celia, que era sensata hasta cuando hablaba de su hijo, lo contradijo en aquella ocasión.

—Tu hermana lo ha cambiado, parece más alegre.

Nico se puso las manos a la cabeza, frustrado por el repentino afán de defender al que creía la peor persona del mundo.

—¡Porque la tiene en sus manos! Ha conseguido lo que quería, apartarla de mi lado.

—¡Déjate de tonterías! —le gritó Celia—, si Ale no viene a verte es porque sabe que sigues enfadado. Además, es normal que al principio estén tan pegados, si quieres estar con ella tendrás que aceptarlo a él.

Nico la miró confundido, sin entender demasiado sus palabras. Quizá Celia intentaba unirlos aprovechando su relación.

—Invítalos a comer, será una ocasión de estar todos juntos, en familia.

—¿Me tomas por tonto? —dijo con exagerado asombro.

—Nico… —intervino Elena—, sé un poco más comprensivo. Es por ella, para que vea que te esfuerzas.

—Claro, así su alegría será mi infierno.

—Míralo de otra manera, así te demostrarás a ti mismo que eres capaz de sobrellevar una situación complicada.

Celia asintió, ratificando lo que había dicho. Por unos momentos creyeron que Nico consideraba su propuesta, pero nada más lejos. Soltó un bufido despectivo y las dejó solas en el comedor, huyendo de aquella encerrona.

Aún le quedaba tanto por hacer… pero ella había visto su verdadero yo. Aquel chico relajado y sonriente rebosante de amor. No obstante, cuando salía al mundo aún necesitaba su escudo, aún desconfiaba de la vida.

Él era su dibujante de sonrisas. Nunca resultó tan fácil ser feliz hasta que estuvo a su lado. Cada día le regalaba un instante mágico, construía recuerdos fortificados con sentimientos y tal era su dicha que se veía capaz de repartir alegría, desparramando ilusiones nuevas. Vital, enérgica, enamorada. Y cuando hablaba con su obstinado corazón, llegaba a la certeza de que no había felicidad más grande que dos almas que se encontraban.

Enredada en su cuerpo incandescente, notó cómo un desfile de besos recorría su cuerpo. Se enroscó en la cama, perezosa de abrir los ojos, hasta que Isaac se vio obligado a mecerla ligeramente para despertarla.

—Vas a llegar tarde, pequeña —le susurró al oído.

Era lunes. El instituto. Y ella que pensaba que se había parado el reloj en aquella casa…

—Me encanta llegar tarde —contestó sonriente.

—Lessi, a la ducha, vamos.

¡Qué mandón! Pero ella no se iba a dejar mangonear tan fácilmente. Se levantó de la cama y camino de la ducha se volvió hacia él.

—¿Quieres ducharte conmigo? —dijo con la voz cargada de sensualidad.

El día anterior había aprendido que una ducha en compañía resultaba más placentera.

—Lessi… —volvió a advertirle con su tono de voz—, si nos duchamos juntos no llegarás a la primera hora, no te dejaré.

Ella ahogó una risita y se mantuvo indiferente.

—No pongas excusas tontas, es normal que yo sea más fogosa que tú. Tienes treinta años, te haces viejo, pierdes vitalidad…

Isaac se levantó de la cama de un salto y se acercó a ella con una expresión airada que casi le dio miedo.

—Hoy llegarás tarde, muy tarde.

Sus ojos azules se oscurecieron, la cogió en brazos al vuelo y la metió en la ducha.

“Lo de esta mañana ha sido increíble”.

Ale sonrió y envió el mensaje. Entró por el pasillo silencioso del instituto. La primera hora estaba a punto de terminar. Solo deseó no encontrarse a su profesora de frente, aunque siempre podría poner cualquier excusa tonta, como un análisis de sangre o el simple despertador que no había pitado a la hora correcta. "O un novio poseyéndome en la ducha". Intentó apartar ese recuerdo perturbador de su cabeza, ahora necesitaba tener la mente clara. Tocaron las diez, las puertas empezaron a abrirse y una marea de alumnos corrió hacia el cambio de clase. Se incorporó a la corriente, pero antes de entrar por la puerta las chicas la interceptaron.

—¡Ale! ¡Estás viva! —grito Sofi abrazándose a ella.

No pudo evitar reírse.

—Creíamos que Isaac te había secuestrado para siempre, ¿estás bien? —dijo Laura cogiéndola del brazo con fingida preocupación.

—No seáis teatreras. Estoy perfectamente.

—Oh, oh… ¿tendrá el síndrome de Estocolmo?

Sofi soltó una carcajada.

—Ale, lo siento, pero es que llevas todo el fin de semana desaparecida. ¡Te llamamos mil veces!

—Lo sé… me olvidé del móvil. Bueno, del móvil y del mundo en general.

Era el efecto que tenía Isaac en ella, conseguía desconectarla de todo. Hasta de su hermano.

—Eh, Sofi, ¿no la ves cambiada? Yo creo que ya es una mujer.

Sofi abrió los ojos emocionada, ahora tocaba dar detalles.

—¡No, no empecéis con ese tema!

—O… quizá me equivoque… y no te atreviste aún —la provocó.

—¡Pues no te equivocas! Y además te diré que no fue una vez, sino muchas.

Las dos soltaron una exclamación que más tarde se convirtió en risa. Ella no pudo hacer más que contagiarse, no tenían remedio. En ese momento su móvil emitió una vibración.

"Mmm. ¿Repetimos?".

"¡Isaac, ahora no!". ¿Cómo era capaz de ponerla nerviosa con una sola palabra?

—Ale, te ha subido el color de golpe, ¿qué dice tu querido novio?

Se acercaron dispuestas a leer el mensaje, pero Ale lo impidió.

—Cosas nuestras —se excusó.

—Ya estamos, empieza la fase de "solo tengo novio", adiós a las amigas y al resto de la humanidad —se quejó Sofi.

—Eso no es cierto, pero no puedes esperar que te cuente todas nuestras intimidades.

Sofi suspiró resignándose, y entraron en clase.

Lo amaba. Solo tenía que ver cómo sonreía, cómo hablaba. Toda ella estaba cambiada. Y eran sentimientos contradictorios, porque a pesar de que le gustaba verla en pleno júbilo, sabía que cuanto más subía, más alto podía caer. Nico la agarró del brazo cuando entró en la cafetería, se sobresaltó al verlo, como si se esperara a otra persona.

—¡Nico! ¡Qué sorpresa!

Lo abrazó con cariño y se sentaron en una mesa.

—Nunca habías venido a verme —dijo Ale sorprendida.

En sus ojos había una emoción contenida. Él sacó el móvil y le enseñó el mensaje que el instituto le mandaba automáticamente cuando faltaba a clase.

—Ah… Olvidé poner el despertador a mi hora.

Sabía que le estaba mintiendo, siempre se le enrojecían las mejillas y miraba hacia otro lado. No tenía por qué contarle con detalles lo que había ocurrido, solo esperaba que no volviera a pasar. Isaac no era lo único que ocupaba su mundo.

—¿Es por eso que estás aquí? —preguntó ligeramente decepcionada.

—También quería aprovechar para verte y hablar con tranquilidad —si podía—; ¿lo estás esperando?

Negó con la cabeza. Un gran alivio.

—Viene a desayunar a veces, pero hoy debe tener demasiado trabajo.

—¿Y cómo estás?

—Genial —contestó alegremente.

Nico la cogió de las manos.

—Ale… ¿no crees que vas demasiado rápido? Sé que no soy el más adecuado para decirlo, pero eres muy joven, necesitas más libertad.

—¿Tú también crees que me ha secuestrado? —bromeó.

Pero él no estaba de humor. Su hermana tenía la mala costumbre de ponerse graciosa en circunstancias que la atañían personalmente.

—Solo quiero que entiendas que hay otras personas que te necesitan. Yo, por ejemplo.

Ella sonrió dulcemente. Eran pocas las veces que reconocía la necesidad de tenerla a su lado.

—Nico, no voy a irme a vivir con él, solo han sido unos días. Volveré, te lo prometo.

Aquella noche, sin ir más lejos, Ale decidió que era el día de abandonar la burbuja. Recogió sus cosas y se preparó para despedirse de un Isaac visiblemente tocado por su intención de marcharse.

—¿Te vas? —preguntó con estupor.

—Sí, ya no tengo ropa limpia y tengo que estudiar para un examen, aquí contigo va a ser imposible.

Sonrió intentando restarle importancia a esa situación. Pero eso no le sirvió de mucho. Se mantuvo serio todo el rato y cuando fue a despedirla no dijo nada, tan solo un beso y una caricia ligera. Isaac, en realidad, estaba ahogando sus palabras: "No quiero que te vayas", pero tampoco quería parecer un carcelero. A pesar de haber sido los mejores días de su vida, la rutina seguía y no podía retenerla más tiempo. Sin embargo, cuando se acostó en la cama, solo, no dejó de dar vueltas sin poder pegar ojo. Hasta que puso un cojín encima de su pecho simulando que era ella. Mientras que Ale, a

escasos quilómetros de distancia, se aferraba a su almohada con la congoja presionando su pecho, añorando terriblemente su contacto, soñándose de nuevo en sus brazos.

Mañana lluviosa. El sol estaba tan escondido que el amanecer se podría haber confundido con el crepúsculo. Al lado, tenía durmiendo a la mujer más hermosa del planeta, pero su ávido corazón no se conformaba con eso. A veces seguía dando vueltas, hacía trabajar a su mente despiadada, porque aunque él también era el culpable de aquel estado en el que se encontraba, sentía demasiado rencor para perdonar. Isaac le había fallado, en ambas ocasiones. Años atrás habían sido como hermanos, como una familia que al final acabó por romperse.

Elena se frotó los ojos y lo miró con una sonrisa apenada.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto?

—Poco. Ojalá no pudiera pensar algún día…

Ella se recostó a su lado, enroscando sus piernas en las suyas.

—Dejar la mente en blanco no está al alcance de todos. Pero puedes escapar de ti mismo de vez en cuando.

—¿Cómo?

—Haz cosas que nunca harías, sorprende al Nico inseguro que llevas dentro.

—Veré si soy capaz —se rio.

Elena paseó una mano por su pecho, como si intentara decir algo que sabía que no iba a ser bien recibido.

—Podrías empezar por invitar a Isaac a comer.

Tendría que haberlo imaginado.

—Elena… —dijo dejando caer la cabeza hacia atrás, fingiéndose agotado.

—¡Solo lo estoy proponiendo!

Pero lo estaba poniendo a prueba y no podía decepcionarla.

—Oh, Dios… ¡Vale, tú ganas! ¿Por qué siempre acabas llevándome a tu terreno?

—Porque sé cómo manejarte —dijo con una sonrisa orgullosa—. No tengas miedo, todo saldrá bien.

—Sí, al fin y al cabo una mujer que sabe cómo manejarme entraña más peligro que eso.

Bajó la escalera hacia la cocina, con la somnolencia pisando sus talones, las preocupaciones eran una carga demasiado pesada. Pero se sorprendió y de repente aquel velo turbio que tapaba sus ojos se disipó, ofreciéndole un respiro.

—¿Ale? —preguntó como si se tratara de un fantasma.

Ella se rio al ver su cara de desconcierto.

—¿Has pasado la noche aquí?

—Sí, estabais durmiendo cuando llegué, sois como dos abuelos.

Elena entró minutos más tarde con una sonrisa que le dejaba entrever que sus miedos eran infundados.

—¿Lo ves? —susurró—. Cuando das un paso todo viene rodado.

A pesar de todo, quedaba la parte más difícil: anunciarle su propósito. Esperó a digerir el desayuno y antes de que saliera por la puerta para ir al instituto, le soltó la bomba.

—El sábado hay comida familiar.

—¿Eso qué quiere decir?

—Pues que comeremos todos juntos: Elena, Celia, tú y… —Cogió aire y soltó su nombre en un gruñido inteligible.

—¿Cómo? —preguntó Ale.

Aunque por su expresión ya parecía haber entendido algo.

—Isaac. Dile que venga.

La sonrisa que esbozó valió la pena, después de ese tormento.

—¡Gracias, te quiero, te quiero! —dijo lazándose a sus brazos y pegando unos botes más propios de una niña de cinco años.

"Mi hermanita…", pensó cariñosamente. Todo aquello era un mísero esfuerzo para verla feliz, hubiera sido capaz de dar la vida.

Su dulce voz melodiosa, su sangre ardiente, su alma perpetuada. Flor cautiva, donde las haya, fustigada por su belleza. Compañera de sueños, esclava inusitada de su corazón. Perdida en un mar enfurecido, valiente y poderosa.

Isaac admiraba a aquel amor cándido y joven que galopaba a lomos de Thor. Superándose a sí misma, acallando las dudas sobre su talento. Este relinchaba aún esperanzado por dominar a la pequeña inocente, pero ya no estaba. Lo ganaba una y otra vez, con una maestría sacada de la nada, con auténtico esplendor. Demostrando una agilidad envidiable, volvió a poner los pies en el suelo. Mientras volvían al establo cogidos de la mano, felices sin razón alguna, Lessi le contó el motivo de su súbita alegría.

—¿Comida familiar con tu hermano? —exclamó, como si las dos palabras fueran completamente incompatibles—. ¿Pero no viste cómo se puso el otro día?

—¡Lo ha propuesto él! Por favor…

Tampoco tenía elección, él había provocado todo aquello. Pero si podía salir airado y además llevarse alguna recompensa, mejor.

—Está bien, pero a cambio hoy pasarás la noche conmigo.

—¡Eso es chantaje! —se quejó.

—Amor, te echo en falta, hasta me cuesta conciliar el sueño sin ti.

Ella pareció ablandarse.

—A mí me pasa lo mismo, pero no podemos cogerlo por costumbre o mi hermano pensará que me voy a vivir contigo.

—Y si fuera así, ¿qué? —dijo sin pensar.

Lessi lo miró estupefacta. "Mierda, la estás asustando", se alarmó.

—Solo era una suposición —se apresuró a decir.

Ella se mordió el labio, pensativa.

—Si decidiera irme, él lo entendería y acabaría apoyándome. Pero es demasiado pronto para pensar en ello, ¿no crees?

—Sí, quizá sí.

Prefirió zanjar el tema. Aunque para él el tiempo no tenía importancia, solo se guiaba por las emociones.

Capítulo 11

Llegó el día. Tras una noche cargada de sueños extraños y un nerviosismo inesperado, Ale esperaba impaciente la llegada de Isaac. Celia y Elena preparaban la comida, tropezándose a cada momento en la pequeña cocina. Desacostumbradas a tener que compartir aquel espacio que consideraban suyo. Ella y su hermano ponían la mesa en un comedor que veía por vez primera una comida con tantos invitados. Nico adoraba la soledad, o eso había creído siempre, porque de vez en cuando lo veía esbozar una sonrisa tierna, mirando a todas las chicas de su vida. Su novia, su hermana y su madre. Una burbuja de aire dentro de la realidad cruel que lo había estado persiguiendo.

Entre suspiros exasperados, Ale daba vueltas por el comedor hasta que el sonido del timbre la sacó de aquel sinvivir. Abrió la puerta, encontrándose a un Isaac visiblemente inquieto. Lo saludó con un beso largo y lo cogió de la mano para entrar en la casa, pero él la detuvo.

—Espera, quería decirte algo.

Su seriedad la puso en alerta. Se dio cuenta de que mantenía las manos escondidas detrás de la espalda y su expresión delataba que necesitaba decir algo, pero las palabras parecían haberse quedado atrancadas en su garganta.

—Me estás preocupando… —dijo ella rompiendo el silencio incómodo.

—¡No, cariño! —exclamó—, no es nada malo, es que… no sé cómo decirte lo importante que eres para mí.

E hizo un gesto de disgusto, enfadado consigo mismo por la imposibilidad de llevar a cabo lo que tenía en mente. En un intento de arreglarlo descubrió el paquete que llevaba escondido entre las manos.

—Ayer te compré esto.

"Ayer no viniste a verme", pensó con tristeza. Y después de ese extraño momento había creído que aquel sueño llegaba a su fin. Pero no era así. Desenvolvió el regalo con ansia y esbozó una sonrisa alegre cuando vio un reloj de plata en forma de corazón.

—¡Es precioso! ¿A qué viene esto?

—Es una manera de darte las gracias por haber aparecido en mi vida.

Ale se abrazó a él con fuerza, ante la repentina mudez que había provocado en ella. Las palabras se hubieran quedado demasiado cortas.

—¿Es que pensáis quedaros ahí todo el día? —dijo Celia asomando la cabeza por la puerta.

Desde luego que no, era la hora de la verdad. Entraron cogidos de la mano. En el comedor, Nico y Elena esperaban su llegada. Ella con una sonrisa tímida, él con una expresión indescifrable.

—Isaac, ella es Elena, la novia de Nico, hace una semana que vive con nosotros.

—Qué prematuro —comentó con una sonrisa divertida.

Pero Nico se lo tomó como un ataque.

—Hay que tener las cosas claras desde el principio —espetó.

—¿De verdad quieres que me lleve a tu hermana tan pronto?

—¿Por qué das por hecho que ella va a querer irse contigo?

Empezaban mal, Celia se metió por medio antes de que la cosa fuera a más.

—Ale, ¿que llevas en la mano, es un regalo?

—¡Sí! —contestó ella, aprovechando el cambio de tema para zanjar su enfrentamiento—. Isaac me ha regalado un reloj de plata, ¿verdad que es bonito?

Elena se acercó para verlo, pero Nico ni siquiera se inmutó.

—El amor no se compra con regalos, ya lo irás viendo —dijo con severidad.

—Se demuestra con hechos, algo que intento hacer siempre. Lo sabrías si Lessi pudiera explicarte su vida sin que te enfadaras con ella.

De nuevo otra apuñalada, Celia volvió a intervenir.

—Se supone que esto es una comida familiar, ¿sería mucho pedir que os comportarais?

Nico se mordió la lengua y se sentó en la mesa.

—Sabía que esto sería un error —le susurró Isaac a Ale.

—Por favor, es importante para mí que os llevéis bien —le suplicó.

—Lo sé, por eso estoy aquí, amor.

Tomó aire, llenándose de valor, y se acercó a él, mientras las chicas se ocupaban de llevar los platos. Tenía una expresión huraña en el rostro, le daba la sensación que la reservaba solo para él, cuando lo sentía cerca. "Es su escudo contra mí", pensó Isaac.

—¿Puedo? —dijo señalando la silla al lado de la suya.

—Tú mismo, de todas formas harás lo que te dé la gana.

Ya era la segunda indirecta que le lanzaba hoy, y todas relacionadas con su hermana.

—Oye, estoy intentando ser amable, y créeme, me cuesta mucho, pero si lo prefieres fingimos que todo va bien y ya está.

—A mí me basta con saber que no le vas a hacer daño.

Le sorprendió su respuesta. Por un momento le pareció que todas las rencillas del pasado habían quedado en un segundo plano, ahora todo era Lessi.

—No lo haré, te doy mi palabra.

Él esbozó una sonrisa incrédula. Su palabra no valía nada, pero no tenía nada más donde agarrarse.

Después de aquel incidente se mantuvieron en silencio, disfrutando de la comida y devorando cada uno su plato. Celia y Elena podían sentirse orgullosas. Tras el atropello incesante que habían recibido la una de la otra, al final había generado buen resultado. A media comida, Elena se atrevió a sacar conversación.

—Enhorabuena por el premio, Isaac, debes estar muy contento.

Celia y Ale sonrieron orgullosas de su hombre, pero él no le daba la mínima importancia.

—Bah, solo es un premio.

Elena lo miró extrañada por su comentario.

—Para Isaac nada es suficiente —intervino Nico.

Dirigió una mirada a su hermana como si intentara insinuar algo.

—Pero siempre hay un límite —contestó Isaac, a la defensiva—, de la misma manera que se puede tocar fondo, también puedes tocar el cielo. Y yo estoy en él.

El énfasis que había puesto en sus palabras hizo enfurecer más a Nico.

—¿Es que vais a pasaros todo el día lanzándoos puñaladas? —preguntó Celia.

—Sí —contestaron al unísono.

Al menos en algo estaban de acuerdo. Celia suspiró agotada, pero en un último intento de suavizar las cosas, tomó la palabra.

—Quizá lo que quiere decir mi hijo es que la verdadera satisfacción está en el esfuerzo. Luchas por levantar tu castillo, lo más alto que puedes, pero una vez construido pierde toda su gracia. Y tienes que buscar nuevos retos.

—Como Celia, que está en la fase de renovarse. —Se rio Nico.

—Nunca se es demasiado viejo para perseguir sueños —dijo ella, refiriéndose a su afición por la pintura.

—Qué razón tienes, mamá —dijo Isaac esbozando una sonrisa enternecedora—. Solo espero que no cambies de opinión antes de acabar mi cuadro.

—Siempre acabo lo que empiezo.

—¿Así no piensas volver a la posada? —preguntó Ale contrariada.

Nico ya le había explicado sus preocupaciones en ese tema. Y después de hablar con ella una tarde, sus razones no acabaron de convencerlo.

—Llevo muchos años en ese negocio, quizá ya sería hora de traspasarlo. Me apetece una jubilación anticipada.

Isaac tosió, atragantándose con el vino.

—¿Es que te has vuelto loca?

Celia soltó una carcajada, quitando hierro al asunto.

—Dejemos esta conversación para otro día.

Y por primera vez en toda la mañana, Isaac y Nico se miraron sin rencor, preguntándose mentalmente qué le estaba sucediendo.

Cada uno de sus hijos permanecía ensimismado con su chica. Nico y Elena tomaban café mientras conversaban tranquilamente, pero quienes de veras le llamaban la atención eran Isaac y Ale. Jugueteaban con un helado de chocolate, uno manchaba al otro entre risas y al descuido se besaban, olvidándose de a quién tenían alrededor. En su intensa evaluación, Isaac la pescó espiándoles y esbozó una sonrisa divertida, como si le pareciera gracioso su descaro. Se levantó de la mesa abandonando momentáneamente el juego y se acercó a ella para ayudarla con la montaña de platos.

—Anda, trae, que te haces vieja para estas cosas.

Le quitó unos vasos de las manos y los colocó en el lavavajillas. Celia soltó una risita, quizá no le faltara razón. Sus fuerzas le fallaban más a menudo de lo que le gustaría.

—He visto como la miras, ¿es la definitiva? —preguntó de repente.

—Eso no se sabe nunca, lo único que importa es que cuando estoy con ella todo es más fácil.

—Eso me vale como respuesta.

Pero se dio cuenta de que había algo que lo preocupaba, y no tardó en hacerle saber qué era.

—Tengo claro que estoy enamorado de ella, pero aún no soy capaz de decir…

—¿Te quiero? —lo interrumpió.

Él asintió con la cabeza y sonrió ante la sabiduría de su madre.

—Sé que lo siento, pero estoy tan obsesionado en buscar el momento y el lugar adecuado, que me bloqueo cuando llega la hora.

—No existe ningún momento para esas palabras. Cuando estés preparado, se lo dirás, y te saldrá del alma.

Él la abrazó con fuerza, agradeciendo silenciosamente su consejo. Cuando la miró a los ojos, se dio cuenta de que los tenía ligeramente humedecidos.

—Mamá, ¿estás llorando? —preguntó sorprendido.

Ella soltó una risita nerviosa y se secó una lágrima.

—Me alegro por ti. Y por ella, eres una persona con un gran corazón, ya era hora de que se lo abrieras a alguien.

Y si miraba unos meses atrás, Isaac aún podía recordar aquel mágico día en que la vio por primera vez, convirtiendo su vida en una canción de amor inesperada.

Cien veces podría explicarlo y jamás lo entenderían. Después de la comida, que finalmente resultó un éxito, Celia había colgando el cartel de "se traspasa" en la posada. Durante días Nico la estuvo persiguiendo con un afán inexplicable por sonsacarle un motivo que la llevara a hacer eso. Y sin saber si realmente estaban compinchados, Isaac hacía lo mismo. La llamaba, aparecía en casa sin avisar con cualquier excusa barata, y un día se le ocurrió preguntar si su relación con Nico estaba cambiando.

—¿Pero qué demonios te pasa por la cabeza últimamente? ¡Todo se te da por cambiarlo! Yo ya estoy bien así, no necesito volver a ser su amigo, no quiero.

Aquello la entristeció, pero ciertamente la llevó a pensar que no eran tan diferentes. A Isaac le sobraba orgullo y prepotencia. Y Nico estaba sobrecargado de modestia, dos polos opuestos que se unían ante el miedo de dar el paso para la reconciliación.

—Un día te arrepentirás, y ya será demasiado tarde…

—Nunca es tarde si la dicha es buena, siempre lo dices.

Malditos refranes. A veces provocaban el efecto contrario.

—También puedo equivocarme alguna vez, ¿no?

Pero a él no le apetecía discutir. En el fondo le gustaba que se preocuparan tanto por ella, pero no los quería hacer sufrir. Todo aquel plan que estaba trazando en su cabeza era para hacerles la vida más fácil. Ya que lo tenía allí, aprovechó para robarle algo de tiempo. Tenía ganas de pasar un rato con él y su futura nuera, y estaba segura de que Ale no había ido nunca en barco, al menos no en uno de verdad. Esteban era un gran amigo suyo, que además era pescador, y se había ofrecido a llevarla de paseo aquel fin de semana.

—¿En barco? —preguntó Isaac, una vez supo de su idea—. Se me ocurren muchas cosas que podría hacer en un barco…

—Te olvidas de que yo voy a estar presente —dijo dándole una colleja, de vez en cuando le iba bien.

—Está bien, estoy seguro de que le gustará.

—Quizá pueda propiciar el momento perfecto para un te quiero…

Isaac sonrió algo avergonzado. ¡Aquello sí era una sorpresa! Quizá pudiera repetir otro fin de semana con Nico y Elena, disfrutando del amor ajeno, embriagándose de aquella tontuna juvenil.

Escapó sin que nadie se percatara de ello. Tan solo Sofi fue testigo de su delito. No soportaba faltar a clase, pero últimamente Isaac no tenía tiempo para ella, estaba completamente absorbido por el trabajo y el escaso tiempo que le dedicaba tenía que aprovecharlo como fuera. Se montó en la moto, no sin antes escuchar el sermón de su querida amiga.

—Ya no te acuerdas de nosotras, ¡él te acapara todo el tiempo!

En parte tenía razón, así que le prometió que ese fin de semana haría un hueco en su agenda. Pero lo que de verdad le urgía era correr a sus brazos. Cuando llegó al centro de aventuras aún estaba enzarzado en una reunión, caminó hacia la pradera para saludar a Thor y se encontró a Juan alimentando a los caballos.

—Creo que te echaba de menos —le dijo con una sonrisa.

—Sí, y yo a él.

"Y a su dueño…", podría haber dicho.

—El otro día le surgió un comprador.

—¿Cómo? —preguntó abriendo los ojos de par en par.

Thor era su caballo favorito, le costaba creer que fuera capaz de venderlo. Juan soltó una carcajada al ver su cara de asombro.

—No te preocupes, Isaac no aceptó la oferta, le dijo que no podía deshacerse de él porque su novia le había cogido mucho cariño.

—¿Eso dijo?

Y sin querer dejó ir una sonrisa boba. Él dejó su trabajo por unos segundos y se acercó a ella con semblante serio.

—Lleva algunos días alterado —dijo bajando la voz—. El proyecto que tiene en mente le lleva mucho trabajo, siempre ha aguantado bien la presión y poco le importa trabajar de lunes a domingo, supongo que la razón eres tú. Le preocupa descuidar una relación que acaba de empezar. Nunca lo había visto tan prendado de una chica.

Juan sonrió y le puso una mano en el hombro.

—Ten paciencia con él estos días…

"Eso intento", se dijo a sí misma, y antes de que pudiera contestar Isaac la llamó desde la oficina y le indicó que se acercara.

Parecía cansado, a pesar de ello, cuando se encerraron en su despacho la agarró con fuerza y la besó sin mencionar una palabra, bajando sus manos por la espalda, hasta que llegó a sus nalgas y la acercó más a él, haciéndola arder por dentro.

—Isaac… —dijo jadeando y apartándose de su contacto—, no estamos solos —le recordó.

—Lo siento, tengo tantas ganas de ti…

Se separó de ella y se sentaron alrededor de la mesa, inundada de papeles. Isaac se tapó la cara con las manos y respiró hondo, como si intentara despejarse.

—¿Va todo bien? —le preguntó preocupada.

—Sí, como yo esperaba, pero no hablemos de trabajo. Tengo una buena noticia, mi madre nos ha invitado a un paseo en barco este sábado.

—¡En barco! —exclamó emocionada—. Será mi primera vez.

Y se sonrojó al ver la cara de Isaac.

—Me gusta que tus primeras veces sean conmigo —dijo con voz sugerente.

Ella sonrió, cautivada por sus ojos seductores, pero cambió de tema rápidamente.

—¿Y a qué hora vamos a ir?

—¿Importa mucho? —dijo encogiéndose de hombros.

—Bueno… las chicas reclaman un poco de mi presencia. He prometido que este sábado iríamos a tomar algo con ellas.

Isaac torció el gesto, no parecía muy dispuesto, pero después de pensarlo unos segundos esbozó una sonrisa alegre.

—Entonces el viernes por la noche te quedas conmigo, por la mañana vamos en barco, durante la tarde te tendré toda para mí y después haré un esfuerzo y me someteré a tus amigas.

Ale soltó una carcajada por su expresión divertida.

—¿Y el sábado por la noche?

—Conmigo también. Este fin de semana me perteneces.

—Veré qué dice Nico al respecto…

Él se puso serio de golpe al oír su nombre.

—No jodas, Lessi —dijo con desagrado—. No eres una niña. No tienes por qué darle explicaciones.

Aquella reacción la pilló por sorpresa, parecía realmente molesto.

—Isaac, entiéndeme, se me hace muy difícil manteneros a los dos contentos.

—Él hace su vida, ¿por qué no puedes hacer la tuya? —exclamó enfadado.

—Porque mi vida la comparto con él, te guste o no es mi hermano.

Isaac frunció los labios como si le hubieran dolido sus palabras.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Yo no significo nada?

La conversación había tomado un rumbo inesperado, ni siquiera sabía a qué venía aquel repentino cambio de humor, pero recordó las palabras de Juan, y los días que llevaban sin apenas verse.

—Tú lo eres todo —dijo con voz dulce—, pero quizás sería más fácil si… volvierais a ser como antes.

Quizá no era el momento para suplicarle de nuevo que hicieran las paces, pero no pudo evitar intentarlo.

—Oh, no, Lessi… ¡Tú también! ¡Estoy harto de este tema!

Se levantó de la silla con rabia y la golpeó con el pie soltando un bufido enfurecido. Era la primera vez que lo veía tan enfadado y no alcanzaba a entender sus razones. Había faltado a clase, el fin de semana mágico se convertiría en un infierno cuando llegara a casa y aguantara la regañina de Nico, pero todo lo hacía por él. Porque lo amaba. Y esa nueva revelación la hizo estremecer, contagiando a su corazón de aquel viejo conocido que era el miedo. ¿Qué haría si algún día no pudiera disfrutar de su presencia? Una lágrima le surcó la mejilla respondiendo a su pregunta.

—No, amor, no llores… no debería haberme puesto así. Llevo nervioso algunos días, perdóname.

Se acercó a ella y la abrazó fuertemente.

—Trabajas demasiado —dijo con un hilo de voz.

—Lo sé, el proyecto me ocupa más tiempo del que debería. Por eso te necesito a mi lado, contigo puedo evadirme de todo.

Ale suspiró y se secó las lágrimas.

—Este fin de semana será nuestro, ¿vale? —le dijo.

—Solo nuestro, mi amor.

Solo esperaba que aquella llama mágica que habían encendido desde el primer día no se apagara tan rápido.

A veces, se alimentaba de ella. Su alma gemela pegada a la suya succionaba toda su energía. Pero era una fuente inagotable de recursos, fuerte y resistente, capaz de cargar con él si se sentía desfallecer. Convertía su vida insulsa en una aventura trepidante, sin que él se inmutara de aquellos sucesos que antes lo hubieran conmocionado. Elena siempre decía que la vida tenía dos caras, la positiva y la negativa. Podía refunfuñar y patalear por culpa de sus desgracias hasta hartarse o podía darle la vuelta y aprender algo de ellas.

Ese fin de semana, Ale había vuelto a desaparecer, y en un intento por olvidar con quién compartía su tiempo, decidió darle una sorpresa a Elena. Preparó la cena, aunque para él solo significara una hamburguesa y patatas fritas, pero lo que importaba era la intención, y ella lo supo comprender. De hecho, se alegró tanto que cuando entró por la puerta y la recibió con su delantal de cocinero puesto, se lo comió a besos. Los besos condujeron a más besos, a caricias cariñosas y luego a más ardientes, hasta que acabaron haciendo el amor en el sofá. Después, entre risas, se comieron la cena fría y cruda. La cocina no era buen territorio para Nico.

Cuando estuvo en la cama intentando dormir, se le ocurrió una magnífica idea. Bajó veloz al comedor, cuidadoso de no despertarla, y buscó el álbum de fotos de Ale. ¿Cuántas veces le había suplicado que lo mirara? E hizo el esfuerzo pero no logró superar ese bache. Se había pasado todos esos meses poniendo obstáculos al deseo de estar con ella sin pararse a pensar la valentía de su acto: abandonar el mundo que conocía para volverse a reencontrar. Ni siquiera se lo había agradecido como se lo merecía. Abrió el álbum, llenándose de valor, y recorrió la mirada por aquella línea del tiempo, donde su padre acaparaba el mayor número de fotos. Volvió a cerrarlo bruscamente e hizo ademan de rendirse, pero ya había escogido el camino fácil demasiadas veces. Sacó todas las fotos y las colocó en los estantes del comedor, en orden cronológico y con una nota detrás de cada una de ellas. Recuerdos que recordaba con cariño y que se había empeñado en enterrar. Para ella, solo sería un pequeño gesto, pero cambiaba muchas cosas.

Perfecta e irreal. La tocaba para cerciorarse de que no iba a escapar de él y luego en sueños la perseguía. Ella se iba lejos, unas veces huía a la carrera y por más que intentaba correr detrás de ella sus piernas permanecían ancladas al suelo, y tan terriblemente pesadas que un paso se convertía en un suplicio. Otras veces, se despertaba y había desaparecido, la llamaba desesperado pero nadie respondía a sus súplicas y la soledad le arrancaba aquella seguridad que siempre le había pertenecido. Lessi lo hacía débil y sumiso, pero poco le importaba, ella era la culpable de su regocijo, de aquella alegría merecida. Lamentablemente, la decepcionaba de nuevo. Se tumbó a su lado, vestido con sus tejanos y una camisa negra, y le acarició la mejilla mientras observaba su despertar. Ella abrió los ojos poco después y tras comprobar que el culpable de su desvelo había sido él se enrolló en sus brazos mientras estiraba las piernas para desperezarse. La amaba, no había otra explicación para su sensación de plenitud.

—¿Ya es la hora? —preguntó a la vez que se frotaba los ojos.

—Sí, pero se han torcido un poco los planes.

Se preparó para la batalla.

—¿Por qué?

—Me ha llamado alguien interesado en el proyecto, tengo que ir a verlo ahora.

—¿Ahora mismo?

Su incredulidad la hizo fruncir el ceño, en un gesto que lo castigaba a la culpabilidad absoluta.

—Lessi, hace una semana que voy detrás de él intentando convencerlo, si me da una oportunidad hay que aprovecharla.

—¡Pero dijiste que este fin de semana sería solo nuestro!

—Lo sé, lo siento ¿vale? —dijo realmente disgustado—. Te prometo que será breve y en cuanto acabe iré a buscaros al puerto.

No la convenció. Decidió darle un poco de espacio, mientras se vestía con expresión sombría y se arreglaba para marcharse sola. Después de tomarse un café hizo el intento de volver a acercarse a ella.

—Cariño, no quiero amargarte la mañana, por favor, sonríe un poco —dijo acariciándole la mejilla.

—Es que a veces tengo la sensación de que todo está en nuestra contra.

A él también se lo parecía, pero tenía bien aprendido que hasta la guerra más difícil podía ganarse.

—Aunque tuviera que luchar contra viento y marea seguiría a tu lado, porque lo realmente importante es que te…

Pero el sonido del móvil acalló la palabra mágica. "¡Joder!", gritó en su fuero interno, de nuevo el trabajo lo reclamaba y en el peor momento posible.

Ale vio cómo sus vanas esperanzas se esfumaban. Había estado a punto de decírselo, era lo que necesitaba escuchar, pero un obstáculo tras otro lo impedía. Hundida en una tristeza devastadora cogió sus cosas y se marchó sin despedirse de él, pegando un sonoro portazo. Caminó cabizbaja hacia la casa de Celia, cubriendo cada espacio de su mente con aquel instante ficticio que tanto anhelaba: te quiero, te quiero, te quiero.

No había tren de retorno, se iba a marchas forzadas. Dejando sueños por realizar, promesas sin cumplir. En los momentos en que se sentaba a descansar, carente de fuerzas, le parecía desperdiciar su escaso tiempo. Cobijada en un sinfín de mentiras piadosas, para no robar sonrisas, para no estropear momentos. Cuando ya no le quedara aire que respirar poco importarían los errores cometidos. Un acontecimiento, feliz o dramático, borraba la insignificancia de males menores. Así como esconder los hechos le parecía algo horrendo, contar su desgracia solo aumentaría aquel agravio. Prefería contagiarse de la dulce juventud de sus más allegados, juguetear con todo aquello que siempre le había dado miedo, proponerse nuevos retos, pero siempre a corto plazo.

Celia le abrió la puerta a Ale diez minutos antes de lo previsto, aunque vino sola y con una expresión que le hizo entrever que algo iba mal.

—No lo busques porque no ha venido —dijo entrando en su casa.

—¿Os habéis enfadado?

En su interior deseaba que no fuera así, había puesto muchas esperanzas en su relación.

—No lo sé, se ha ido a trabajar y me prometió que estaría conmigo.

Ale sostenía sus lágrimas a duras penas, miedosa de derrumbarse. "Se hace la fuerte, como siempre", se dijo.

—¡Qué tontería, niña! ¿Crees que a él no le decepciona no estar aquí? Está sacando su sueño adelante, deberías apoyarle.

—Y lo hago, pero necesito que esté conmigo.

Los dos estaban en pleno éxtasis amoroso y cualquier contratiempo que los sacara de ahí les parecía un final apocalíptico.

—No puedes estar pegada a él todo el tiempo. Anda, vamos, Esteban ya debe estar esperando.

Efectivamente, cuando llegaron al puerto nuevo Esteban esperaba delante de su pequeño barco de pesca. Entre los demás barcos amarrados no era ni mucho menos el más grande. Nueve metros de eslora y un casco de madera de color azul. Se llamaba *Mar del Norte* y a pesar de tener sus años lo tenía muy bien cuidado. Celia se acercó a él y lo abrazó cariñosamente. Era un buen amigo, después de que su marido la abandonara fue su gran apoyo.

—Gracias anticipadas por el paseo.

—Será divertido. —Se rio.

Iba con su gorra puesta, pantalones medio rasgados y una camiseta vieja. Pero su cara risueña y su barba corta le conferían una amabilidad y un cariño insuperables.

—¿Donde está Isaac?

—¡Trabajando! El premio al empresario del año se le ha subido a la cabeza, ella es su novia, Ale.

—Un gusto conocerte —dijo Esteban dándole la mano.

—Lo mismo digo.

—Aquí donde la ves, nunca se ha subido a un barco, ¿por qué no le haces una visita rápida antes de zarpar?

—Claro, venid conmigo.

Se acercó al barco y de un salto se introdujo dentro, primero ayudó a entrar a Ale y luego a Celia. Se sujetó en la barandilla para no caerse, no daba demasiados bandazos pero el suelo era resbaladizo y se sentía torpe. Ale, en cambio, parecía disfrutar como una cría. Perseguía a Esteban de un lado para otro mientras este le explicaba en qué consistía su trabajo.

—Utilizamos la pesca tradicional al pincho, colocamos entre veinte y veinte cinco anzuelos en una sola línea.

—¿Y qué es lo que pescáis?

—Merluza, besugo, virrey…

—Y luego lo llevan a la lonja y subastan el pescado fresco —intervino Celia.

Había ayudado a su padre muchas veces una vez fue más mayor, pero a su madre no le hacía demasiada gracia, siempre le decía que era trabajo de hombres.

—Así es, y ahora que lo sabes todo toca ponernos en marcha.

Esteban se puso a cargo del timón mientras ellas se sentaban en cubierta bien sujetas para no caerse. De vez en cuando el barco daba algún salto. Ale parecía haberse olvidado de su enfado matutino y tenía una sonrisa espléndida en la cara, viendo cómo huían de la costa para adentrarse hacia el infinito. Celia, al contrario, se vio invadida por una nostalgia que la llevó directa a tiempos pasados. Todo había cambiado demasiado, desde que su padre la llevara a pasear en un barco diferente, más viejo y más grande, para luego darle el relevo a Miguel, en aquellos días en que solo festejaban tímidamente. Esas mismas vistas permanecían intactas, sin notar los años. Si cerraba los ojos aún podía ser de nuevo la joven Celia, cogida de su mano y dejando que la brisa del mar los uniera en un beso cálido.

—¿Estás bien? —preguntó Ale.

Una lágrima la había delatado. Su sabor le había pasado desapercibido, la pegajosa humedad también le traía ese gusto salado.

—El mar siempre me traerá recuerdos. De mi padre y… de mi exmarido.

—¿También le gustaba el mar?

—Sí, salíamos a navegar de vez en cuando. La última vez que lo hicimos me pidió perdón y me suplicó volver.

—¿Pero ya no le querías? —preguntó dando por afirmativa su respuesta.

—Claro que le quería. Le querré siempre, es el padre de mi hijo y el amor de mi vida.

Ale negó con la cabeza, como si no entendiera las razones que la llevaron a acabar con aquella historia.

—Una persona que te traiciona una vez, vuelve a hacerlo tarde o temprano.

Ojalá lo hubiera aprendido más pronto. A pesar de todo, la tristeza y la alegría se entremezclaban entre las ruinas de aquella felicidad destruida, que aún restaba en su memoria. Treinta años antes lo había tenido en sus brazos. Respiraban el mismo aire, bajo el mismo cielo dijeron te quiero, ajenos al mundo y a todos los que conspiraban contra ellos. Buscaron cobijo, lejos de algo que un día creyeron desear, temerosos de que les robaran su tesoro, su amor. Él, ella. Contaban estrellas en noches de insomnio. Cuán felices eran, dueños del tiempo y su reino imaginario, dibujando castillos

inexpugnables, sintiéndose cada día que pasaba más fuertes, más valientes. Pero la ilusión se esfumó como el humo de un cigarrillo, corroyendo una historia que había de ser interminable. Y durante meses luchó contra su corazón, contra sus instintos, contra sus ilusiones. Luchó contra aquello que el amor nos brinda: la esperanza cuando todo está perdido. Porque a pesar del dolor que nos causan es posible seguir amando. Es aquel breve lapso de tiempo en que la razón intenta hacernos entender que todo ha terminado. Maldita melancolía, cuando desearía volver a repetir aquel instante para no cometer ese fatídico error, pero desgraciadamente aquello ya formaba parte del pasado. No hay segundas oportunidades cuando se trata de circunstancias destinadas al fracaso. Aunque a veces parezca que un por siempre no es suficiente, ni siquiera lo eterno es infinito.

—¡Celia, mira! —gritó Ale.

El barco había virado hacia el puerto hacía cinco minutos, y se acercaba lentamente ante la atenta mirada de una bandada de gaviotas esperando robar algún pescado. Pero hoy solo eran un simple barco de paseo. Fijó la vista en el muelle y vio a Isaac saludando con las manos. En ese momento sus fuerzas habían desaparecido y se sentía demasiado cansada para contestar, pero Ale lo hizo por ella. Saltó alegre con las manos al aire.

—¿Qué está haciendo?

Lo vio sacar el móvil del bolsillo y zarandearlo en el aire para luego tirarlo al agua.

—¡Celia, ha tirado el móvil! —Se rio Ale.

—Lo ves, hija, solo le importas tú —dijo con un hilo de voz.

—¡Ay, soy tan feliz!

La abrazó fuertemente. Ella se apoyó en sus brazos para no caerse.

—El amor nos eleva a lo más alto.

Pero no supo si lo dijo en voz alta o en sus pensamientos. De repente, sus ojos se tiñeron de negro y el sonido del mar se convirtió en un zumbido que le taladraba las orejas. Antes de quedarse totalmente inconsciente aún alcanzó a oír la voz de Ale, pero no supo distinguir qué le decía.

Capítulo 12

De un paisaje marinero de ensueño, a un lugar lúgubre y tétrico. Odiaba los hospitales. Olían raro, los médicos corrían de un lado para otro y los familiares de los enfermos siempre tenían una expresión sombría en el rostro. Ale se removió en la silla, incómoda por la eterna espera. Isaac, a su lado, resoplaba cada cinco minutos esperanzado de que su impaciencia llegara a oídos de los médicos.

—Lo que hiciste antes, lo de lanzar el móvil, significa mucho para mí, gracias —dijo intentando despistarlo de su preocupación.

—Quería que supieras que a pesar de las circunstancias, mis sentimientos son sinceros.

Sonrió y lo besó con fuerza.

—Pero volviste a huir —le reprochó—. Creía que ese bache ya lo tenías superado.

—Tendré que esforzarme más.

Asintió y le devolvió el beso.

—¿Estará bien, verdad? —preguntó Ale, sin poder contenerse más.

—Sí, le deben estar haciendo pruebas para cerciorarse de que no hay nada grave.

Esbozó una sonrisa tranquilizadora. Pero no fue nada convincente. Si rememoraba los días pasados, la Celia de antes lejos estaba de parecerse a la de ahora. Su vitalidad se había ido apagando, dejando a una delicada señora castigada por el paso del tiempo. Era joven, pero se había envejecido a la velocidad del rayo, hasta sus ojos azules habían sido despojados de su brillo. Y en el barco, su voz apagada solo hablaba de recuerdos, en un sufrido grito de melancolía. Pero no quería que sus devastadoras conclusiones asustaran a nadie. Las corazonadas a veces se equivocaban.

Nico llegó diez minutos más tarde, entró por la puerta de urgencias jadeando, ante la mirada inquisitiva de Isaac.

—¿Qué ha pasado? —preguntó acercándose a ellos.

—No lo sé, se desmayó de repente…

Ale se levantó y se abrazó a él, ahogando entre su cuello las emociones que había estado sosteniendo. Isaac la observó, paralizado por la tremenda realidad que lo azotaba. ¿Por qué había llamado a Nico? ¿Por qué no se consolaba en él? Si se sentía sobrepasada por la situación debía correr a sus brazos, no a los de su hermano. Entonces comprendió que aún no era capaz de generar esa confianza ciega que existía entre los dos. “Quizá sea demasiado pronto”, pensó. Y desechó sus pensamientos cuando vio a entrar al médico.

—¿Familiares de Celia Gallego?

—Sí —contestaron los tres.

—Acompañadme.

Lo siguieron sumisos por el largo pasillo cubierto de una luz amarilla extraña, cortinas blancas y camillas abandonadas. Los hizo entrar en uno de los despachos y cuando todos se sentaron la voz seria del doctor los hizo estremecer.

—La pérdida de conciencia es debido a su enfermedad, me temo que avanza más rápido de los que pensábamos. Lo mejor sería que se quedara ingresada, aunque teniendo en cuenta su situación no creo que ella lo acepte.

Nico e Isaac se miraron confusos.

—¿Pero de qué coño está hablando? —espetó Isaac, perdiendo la serenidad.

—Su cáncer…

Y tras ver el asombro reflejado en sus rostros paró en seco.

—Lo siento, creía que lo sabían.

—¿Saber qué? —se atrevió a preguntar Ale.

—Le detectaron un tumor maligno en el páncreas. Su estado es muy avanzado y ya le ha afectado a otras partes del cuerpo, me temo que es irreversible.

—¿Irreversible? ¿No tiene cura?

—Siento decirlo, pero así es.

—¿Nos toma el pelo? La medicina avanza a pasos de gigante ¿y usted me está diciendo que no hay nada que hacer? —gritó Isaac.

—Cariño, cálmate.

—Sé cómo se siente, pero para ganarle la batalla a su enfermedad tendríamos que despojarla de órganos vitales para su supervivencia. No hay otra solución.

Isaac se levantó de la silla, no estaba dispuesto a seguir escuchando. Ale siguió la conversación con el médico, intentando averiguar qué sería lo mejor para ella a partir de ahora. Nico, a su lado, escuchaba sin oír nada, solo podía quedarse sentado, viendo como el mundo se hacía añicos.

Cielo estrellado, cielo inmenso, su cielo… eternamente azul. Ligeramente humedecido, fulguró una lágrima avergonzada, destronando aquella fortaleza indestructible, pero hasta a las torres más altas se las veía caer. Se acercó lenta, silenciosa, de lejos vislumbraba aquel quejumbroso pesar. Y no quería adueñarse de su silencio, a veces una presencia resultaba más agradecida que una palabra. Entrecruzaron sus delicadas manos y solo después de unos minutos su voz cobró vida.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Porque ibas a sufrir por ella, y no podías hacer nada.

—Claro que puedo, ¡no pienso quedarme de brazos cruzados viendo cómo se va!

Se levantó con decisión y cogió su teléfono.

—¿Qué vas a hacer?

—Buscar una segunda opinión, tiene que haber algo que la cure.

—Isaac…

Pero se interrumpió al ver su expresión airada, no iba a permitir que nadie lo detuviera. Isaac se dio cuenta de su arrebato y suavizó su expresión, la cogió de nuevo de la mano y la miró con sus ojos brillantes, pero eran las lágrimas que afloraban las que le propiciaban aquella luz.

—Quiere verte, Lessi, ve. Yo estaré bien.

No era cierto, pero asintió sin rechistar. Caminó moribunda hasta la habitación, con la vista fija al frente aunque sin ver nada, eclipsada por las emociones que le recorrían el

estómago. Se llenó de fuerza una vez estuvo delante de la puerta, y antes de dar un paso más, la voz de su hermano la detuvo.

—No quiero volver a la oscuridad —le oyó decir.

—No tienes por qué hacerlo.

La voz de Celia parecía haber ganado algo de energía.

—Pero si te vas…

—Sabes mejor que nadie que no nos vamos del todo, siempre queda una pequeña parte dentro de las personas que amamos. Solo tienes que mantener vivo el recuerdo.

No podía creer que fuera capaz de dar consejos en esas condiciones. Sería Celia hasta el final. Entró despacio mientras su hermano dirigía la vista hacia ella, enrojecido por la impotencia de no poder soportar las lágrimas. Si socavara en su interior encontraría un filamento que conectaría directamente con el recuerdo de su padre. Lo estaba viviendo de nuevo.

—¿Me dejas sola con ella, hijo? —le pidió Celia.

—Claro.

Se sentó en el borde de la cama, temerosa de desbaratar la multitud de cables que la rodeaban, pero Celia le indicó que se acercara más, hasta que consiguió agarrarla de la mano.

—Quería pedirte algo.

—Lo que quieras —dijo esbozando una sonrisa dulce.

—Mantente al lado de Isaac, no lo dejes solo.

—Está algo… distante.

Ella asintió, como si ratificara sus palabras.

—Le cuesta asimilarlo, ten paciencia.

—Le duele que no se lo hayas contado, no alcanza a comprenderlo…

—Sabrá perdonarme —dijo con convencimiento—. Ahora tienes que ser fuerte, por los dos.

Fuerza, aquella cualidad que la abandonaba continuamente.

—No sé si podré hacerlo…

—Claro que puedes, hacerte la fuerte se te da muy bien, no creas que no lo sé. Además, tú le quieres.

No, era mucho más grave, lo amaba. Y las consecuencias de todo aquello golpearían su relación sin piedad.

—¿Qué te ocurre, tienes miedo? Ya has ganado muchas veces a los obstáculos, mientras que el amor persista, sois invencibles.

Sabía leer dentro de ella, cualquier persona que se le presentara era un libro abierto. ¿Cómo podría sobrevivir sin el vigor que le infundía? Se lanzó a sus brazos y la abrazó fuertemente.

—No quiero ver ni una sola cara triste, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré.

Pero solo hablaba por ella.

Isaac contemplaba la ciudad de Avilés desde la azotea. Era el hospital más cercano a Cudillero. Pocas veces se había visto obligado a llegar hasta allí, pero ahora un mal

presentimiento le decía que se convertiría en su segunda casa. Toda la vista periférica que le brindaban sus ojos le parecía surrealista. Las luces de los edificios iluminaban las calles solitarias, habitantes ajenos a su desgracia convivían sin temor alguno, siguiendo su rutina. Entre lágrimas, una risa incomprendida le sacudió el cuerpo como una descarga eléctrica. La frustración le hacía perder el control de sus emociones. Minutos antes, recordaba haber dado gracias al mundo por formar parte de aquella historia, pero la vida cambiaba en un segundo. Todo se transformaba, giraba intensamente, escupía sucesos al azar. Y todos protagonistas de su estúpido juego, títeres indefensos, víctimas de una diversión grotesca, caminantes en una realidad opaca, intrascendente, inhóspita. Si fuera el olvido… todo se convertiría en nada. Nada en algo indoloro. Y aquel estado imperceptible sería efímero. Pero ni siquiera Dios le permitiría aquel pequeño sosiego. Tras una eterna espera el sonido de su móvil lo sobresaltó, se secó las lágrimas con la manga del jersey violentamente y carraspeó para serenarse la voz.

—Papá, dame buenas noticias.

El largo suspiro que escuchó al otro lado del teléfono lo puso en alerta.

—No te hagas demasiadas esperanzas, es grave. Pero me ha pedido los informes, los estudiará y si lo cree oportuno la trasladaremos a Barcelona.

—¿Cuándo?

—Pronto, yo mismo iré para encargarme de todo.

—Bien, llámame en cuanto sepas algo.

Su padre permaneció en silencio unos segundos, los momentos delicados no eran su fuerte.

—Isaac, a tu madre le sobra fortaleza, lo superará.

"O quizá haya encontrado su límite", pensó. Era una luchadora, como él, pero hoy la había visto tirar la toalla. Desde pequeño le había enseñado a no rendirse, aun así, había ocasiones en que no valía la pena continuar y se tenía que saber encajar una derrota. No es perder, hijo, le decía, es aceptar que ese camino no es el tuyo y dejar paso a nuevas experiencias. En su vida jamás había encontrado nada que se le resistiera, ¿y si ahora el cáncer conseguía vencerla?

Corría por calles mojadas, arrollando su alma aplacada. Encima de ella el cielo parecía acompañarla en su desdicha, con una perfecta tormenta de otoño. Frío y humedad se habían instalado en su cuerpo y a pesar de llevar puesto su chubasquero, ya estaba calada hasta los huesos. Su moto se deslizaba por el asfalto dando culazos en cada curva, pero ella no disminuía la velocidad. Bajo la lluvia se sentía purificada y libre. Podría salir huyendo, lejos, como hizo semanas atrás. Pero ahora era demasiado tarde para desligarse del amor que sentía por aquellas personas que habían aparecido en su vida. Una de ellas, la esperaba en la puerta del instituto, arrebujada dentro de la capucha de su abrigo. Cuando la vio aparcar la moto se acercó veloz con un paraguas en la mano.

—No creo que me sirva de mucho. —Se rio.

Aunque su risa le sonó tan desagradable que la cortó de inmediato.

—¡Estás empapada! Vamos a secarte antes de que cojas una gripe.

Se dirigieron al lavabo y la puso debajo del secador de manos para que se secara la ropa mientras ella le arreglaba el pelo con cariño. Sofi se mantenía en silencio, sin reprocharle su plantón del sábado y con miedo de decir algo que pudiera herirla.

—¿Por qué me da la sensación de que ya lo sabes?

—Porque lo sé.

—¿Y Laura?

—También.

Vaya, cómo corrían las noticias en ese pueblo.

—Esteban es amigo de mi padre —explicó al ver su cara de asombro.

—Ah.

Menos mal, había empezado a asustarse.

—Gracias por no preguntar.

—Sabía que preferirías que no lo hiciera, parece mentira lo que te conozco en el poco tiempo que llevamos juntas.

Sonrió con ternura. Ciertamente, había encontrado a su mejor amiga en aquel rincón de Asturias. Se abrazó a ella fuertemente y Sofi hizo lo mismo, sabía que era lo que necesitaba.

—Ale, ten fe, es lo único que puede ayudarte en estos momentos.

La fe, ¿realmente sería capaz de curar un cáncer irreversible?

Decían que la fe movía montañas. Y personas. Aquella tarde, sin ir más lejos, se encontró a Nico en la habitación de Celia haciéndola reír. El chico apagado y moribundo había desaparecido, y a pesar de que su madre se encontraba en la peor de las situaciones, no había decaído. Se decidió contagiarse de su positividad y los saludó con la mejor de sus sonrisas.

—¿Se puede saber de qué os reís tanto?

—¡Ale! ¿No has llegado muy pronto? —preguntó Celia.

—Es cierto, no te habrá dado tiempo ni de comer.

Nico observó el reloj y le dedicó una mirada inquisidora.

—Sí, he llegado antes, pero adivina qué… —dijo sacando una tartera de su bandolera— da la casualidad de que tu querida novia me ha dejado la comida preparada esta mañana, sabiendo que saldría escopeteada del instituto para venir aquí. ¿No es un encanto?

—Desde luego, has tenido buen ojo con ella Nico.

Él se puso rojo como un tomate, pero no pudo evitar reírse.

—¿Donde está ahora?

—Vino a ver a Celia, pero volvió al taller hace una hora, alguien tiene que controlar aquello.

Asintió y se sentó a su lado mientras picoteaba su comida. Se dio cuenta de que el motivo de sus risas eran unas fotos que Nico había traído. La mayoría eran de él e Isaac, años atrás, las miraba con cierta reticencia, pero en sus ojos se reflejaba la nostalgia. En el fondo se echaban de menos, pero a veces, todo se complicaba tanto que parecía mejor dejarlo como estaba. Minutos más tarde Isaac apareció por la puerta, desde el día anterior no había vuelto a verlo ni a saber de él. Imaginó que había dormido allí, llevaba la misma ropa y parecía cansado.

—Isaac, ¿por qué no te sientas con nosotros a ver fotos? —le propuso Celia.

Se acercó sin decir una palabra y en cuanto se percató de la presencia de Ale, fue hasta ella y la besó en la frente. "Ya no hay espacio para más besos", pensó. La situación lo sobrepasaba tanto que estaba descuidando su relación y su trabajo.

—Seguid vosotros, yo tengo cosas que hacer.

—Por favor… —le suplicó su madre.

Suspiró derrotado por su cara tristona y se sentó en el borde de la cama.

—¿Recuerdas esto? —dijo enseñándole una foto.

En ella Isaac salía al lado de un coche gris con la pintura oxidada y una nube de humo saliendo por el capó.

—Te empecinaste en enseñarle a Nico los Muros del Nalón y os quedasteis tirados con el coche a medio camino.

—Sí, íbamos con mi viejo coche destartalado.

—Tu tercer coche, tu padre ya estaba cansado de gastar tanto dinero para que los acabaras destrozando.

—¿Por eso me compró uno de cuarta mano? No me extraña que no durara nada.

—Abusabas demasiado de sus posibilidades —comentó Nico con una sonrisa.

Isaac lo miró inexpresivo, no parecía muy dispuesto a aceptar aquella repentina amabilidad. Se levantó bruscamente de la cama y se dirigió a la puerta.

—Isaac, no te vayas. —Lo detuvo Ale.

—¡No! No puedo estar aquí parado recordando anécdotas, sabiendo que todos habéis asumido lo que pasará.

—No nos queda otra —soltó Nico.

—¡Podrías ayudarme a salvarla! —gritó lleno de rabia.

—Eso es imposible, Isaac.

—No voy a dejarla postrada en esa cama, no…

—Hijo, prefiero que te quedes a mi lado el poco tiempo que me queda— dijo Celia con voz serena.

—¡Maldita sea! ¿Por qué te rindes? No lo hagas mamá… aún no.

Su última palabra se ahogó con un lamento desgarrador que le encogió el corazón a Ale. Se dio la vuelta, avergonzado por sus sentimientos, y salió de la habitación rápidamente. Ale hizo ademán de seguirlo, pero Nico la cogió del brazo.

—Es orgulloso, no aceptará que lo veas así.

—Pero no puedo dejarlo solo… —dijo conteniendo las lágrimas.

—Dale unos minutos.

Él se acercó a Celia y la besó en la mejilla mientras le susurraba algo al oído.

—Ven conmigo —le dijo señalando el pasillo con un gesto de cabeza.

Quizá prefería que se relajara fuera para no preocupar a Celia, después de aquella escalada de tensión. Caminaron por el pasillo a paso lento, algunos pacientes hacían lo mismo en sillas de ruedas o con ayuda. Pero Celia se había debilitado tanto que tan solo iba del baño a la cama y de la cama al baño.

—Últimamente te gustan mucho las fotos —le dijo Ale.

Dos días atrás se había sorprendido mucho al ver su álbum repartido en cada estante del comedor, se alegraba de que por fin lo fuera superando. Aunque ahora recibiera otro coletazo de parte del de arriba.

—He aprendido que puede ayudarme a recordar quién soy y de dónde vengo, antes lo tenía olvidado.

—Nico… ¿seguro que estás bien?

No le había visto derramar una sola lágrima, conociéndolo se estaría guardando sus penas para luego hundirse poco a poco.

—Sí, mantengo la esperanza de que los médicos se equivoquen. Y si no es así, prefiero que sus últimos días sean entre risas. Que nos vea felices a todos.

—¿Todos? Eso va a ser más complicado…

—¿Lo dices por Isaac? Ninguno lo llevamos bien, pero tenemos que ser fuertes.

—Él es fuerte, pero se ha empeñado en estar solo, ni siquiera deja que me acerque mucho a él.

Nico le rodeó la espalda con el brazo.

—Ale…, tiene miedo. No creas que es por ti. Ahora lucha por algo que quizá esté perdido, no quiere que nadie lo detenga, pero cuando se dé cuenta de que es inútil, entonces necesitará que lo apoyes.

"Y yo estaré ahí, siempre", se dijo. Lo amaba, en los momentos tristes y en los felices, no tendría mejor oportunidad para demostrárselo.

Día tras día oscurecía entre fragmentos rotos de una vida perfectamente planificada. Allí donde el miedo no existía, hoy hacía acto de presencia. Buscando huecos sigilosamente para almacenar sentimientos insanos. ¿Por qué no podía ser todo aquello parte de la vida de otro? ¿Totalmente ajeno a él? Se lamentaría un segundo y experimentaría cierta empatía, pero todo volvería a su lugar, donde tenía que estar. Su madre en la posada rogándole que fuera a verla más a menudo; Nico encerrado en su taller lejos de su vida; Lessi esbozaría su maravillosa sonrisa haciendo de él el hombre más afortunado del mundo; y su padre jamás pisaría aquellas tierras, después de ocho años.

—Te esperaba ayer —le dijo inexpresivo—, hay que trasladarla cuanto antes.

Iba vestido con traje y corbata, como siempre, y su semblante severo transmitía preocupación. Nico se acercó a ellos disimuladamente para escuchar su conversación.

—No va haber traslado, siéntate, hijo.

Hizo caso omiso de su sugerencia y se mantuvo quieto donde estaba. Desde el pasillo su madre no podía sentir nada.

—¿Por qué no?

—El diagnóstico es correcto, lo mejor que podemos hacer es dejarla aquí o el dolor irá en aumento.

—Pero… ¡es imposible! —dijo alzando la voz—. Debe haber algo que…

Su padre negó con la cabeza.

—No voy a dejarla morir, no pienso rendirme tan pronto.

—Todo lo que hagas será inútil.

La contundencia de sus palabras lo enfureció, no tenía ningún derecho a venir después de tanto tiempo a robarle las fuerzas.

—Me gustaría saber si lo que has hecho tú ha servido de algo, ¡ella te importa una mierda! —le gritó.

De reojo vio acercarse a Nico para tranquilizarlo, pero se giró hacia él y su mirada bastó para que no se entrometiera.

—Eso no es cierto.

—¡La abandonaste!

—Ella me echó de su vida.

—¡Porque tú te fuiste primero!

Por fin logró que cambiara su expresión orgullosa y dejara entrever una chispa de dolor.

—Sé perfectamente que fue por otra, ella nunca me lo dijo, pero quizá también lo sabía. ¿Qué pasó, papá? ¿No salió bien? Y luego volviste arrastrándote pero ella fue más lista que tú.

—No te atrevas a reprocharme nada, eres lo que eres gracias a mi —dijo acercándose a su cara.

—No, tu dinero solo fue una ayuda, ella me hizo crecer como persona.

—¡Y te llenó la cabeza de estupideces!

Isaac apretó los dientes con rabia y lo empujó con violencia hacia la pared. Nico saltó a su espalda y aprisionó sus brazos antes de que lo golpeara.

—¿Te has vuelto loco, Isaac? ¡Es tu padre!

—¡Suéltame!

—¡A mí también me duele todo esto! —dijo su padre, totalmente sorprendido por su actitud.

—No más que a mí…

Y su rabia traicionera se convirtió en un dolor inmenso que amenazaba con inundar sus ojos. Se deshizo de los brazos de Nico, que lo contenían. Este lo miró preparándose para detenerlo de nuevo, pero no hizo falta. Caminó con paso decidido hacia la habitación de su madre, allí descansaba tranquila acompañada de Lessi.

—Nos vamos de aquí —dijo recogiendo sus cosas.

Lessi lo miró sorprendida, sin comprender nada, y tras esperar una respuesta de Celia, que se mantenía inmóvil, se atrevió a preguntar.

—¿La van a trasladar de hospital?

—No, la llevo a casa.

—Pero… ¿quién cuidará de ella?

Isaac detuvo su desfile inquieto para mirarla fijamente.

—¿Es que a mí no me ves capaz?

Lessi tragó saliva y se dispuso a replicarle, pero su madre fue más rápida.

—Hijo, no puedo irme. No estoy en condiciones de que me cuide ninguno de vosotros, me sentiré mejor si estoy rodeada de médicos.

—Estarás mejor en casa que rodeada de ineptos que no son capaces de curarte.

—Isaac, escúchala, tiene razón. Además, quien debe decidir es ella.

—¡Joder, se supone que tienes que apoyarme no ir en mi contra! —dijo alzando la voz.

—No me grites —contestó ella conservando la calma.

—Estás demasiado nervioso Isaac.

Se giró al sentir la voz de Nico, ni siquiera se había percatado de su presencia.

—Lleva dos noches sin dormir… —lo excusó su madre.

Pero su actitud no era justificable, hasta él era capaz de reconocerlo. Miró a Lessi, arrepentido por su comportamiento. Su amor era la certeza que lo acosaba en su silencio, lamentablemente, en aquellos momentos se sentía demasiado débil para hacerla feliz.

—Lo siento, no debería haberte gritado…

Acercó su mano a la suya, deseoso de notar su contacto y sentir aquella electricidad que los envolvía, pero cuando consiguió rozarla, ella rechazó su caricia. "Llevas días ausente, sin apenas hablarle, ¿qué esperabas?", lo machacó de nuevo su conciencia. Nico lo arrastró hacia la puerta, alejándolo de su derrota personal, no podía salvar a su madre y ahora estaba perdiendo a su novia. Se dirigieron por el pasillo del hospital para coger el ascensor, de camino a la calle. Por una ventana se dio cuenta de que estaba oscureciendo. Perdía la noción del tiempo, perdía el control de su vida. Se derrumbó nada más ver el cielo negro que lo rodeaba.

—Me prometí que nunca le haría daño —dijo en un sollozo ahogado, mientras se dejaba caer en un banco—, y ahora… soy incapaz de tratarla como se merece. Te he traicionado a ti, a ella y a mis sentimientos.

Nico se sentó a su lado, viendo de cerca sus lágrimas, aquellas que jamás habían compartido.

—Tú no eres de agachar la cabeza, siempre has luchado contra las adversidades.

—Esto es diferente.

—Sí, pero no quiere decir que no puedas superarlo. Mi hermana te quiere, estará a tu lado siempre que la necesites, y tu padre también. Y… yo.

Isaac lo miró con ojos extraños, y en el fondo de su alma agradeció sus palabras.

—No te alejes de nosotros, Isaac, si no, no podremos ayudarte.

"¿Y quién te ayudará a ti?", pensó. Y tras unos segundos en que su mano se posó en su hombro, sintió miedo por aquel antiguo amigo indefenso que amenazaba con hundirse de nuevo.

Ángel dormido, con su bondad en estado puro. En la distancia, casi podía distinguir el aura que se perfilaba alrededor de su cuerpo. Una luz blanca y brillante, como la pureza de su alma. Miguel se acercó poco a poco a ella, sus arrugas se había pronunciado un poco más desde que la viera por última vez y el cansancio hacia mella en ella, propiciándole aquella expresión de abatimiento. Celia, tan enérgica y vivaz… y qué ser tan frágil parecía ahora. Acarició su pelo lacio y castaño, y sus ojos se abrieron a su contacto, como dos cielos azules oscurecidos y sin brillo alguno. "Te pierdes en un camino que nadie conoce", se lamentó, "te vas, tan lejos que ni las estrellas podrán

alcanzarte”. Las estrellas, aquellas que tanto le gustaban, que disfrutaba en el frescor de la noche. Los dos, en la terraza de una casa que conoció su amor y su fracaso.

—Sigues sintiéndote culpable —le dijo Celia en un susurro.

Por el pasado y por el presente, nunca era portador de buenas noticias.

—Lo siento.

—Eso dijiste también hace ocho años. La diferencia es que esto era inevitable.

—Si me hubieras llamado, quizá semanas atrás hubiera sido diferente.

—No, bien lo sabes. Además, tú hubieras sido el último en enterarte.

Miguel esbozó una sonrisa.

—Eres orgullosa.

Celia se incorporó en la cama con dificultad y lo miró fijamente.

—No has cambiado demasiado.

—Soy más viejo.

—Y más serio. ¿Es que la edad te prohíbe sonreír un poco?

Esta vez consiguió arrancarle una risa tímida. Añoraba la felicidad con la que despertaba los amaneceres y la magia que desprendía en cada acto. Aun así, a veces aquella filosofía de vida había puesto su relación entre la espada y la pared. Él era un hombre de costumbres muy arraigadas, que le habían inculcado desde niño. Al que le gustaba el rigor y la disciplina. Su hijo había volado libre gracias a ella y había abierto una brecha en la rutina de su vida, de la que adoraba el control y la seguridad. Y viéndose atrapado, impotente, sin poder dirigir a su propia familia, había optado por huir a los brazos de alguien que en realidad no lo amaba.

—¿Recuerdas cuando jugábamos a soñar qué sería de nuestro hijo en el futuro? —le preguntó él.

—Sí, aún estaba embarazada y ya lo veías trabajando de abogado.

—Ya supe de su premio, quizá tenías razón, era mejor dejar que él mismo se hiciera su camino. Estoy orgulloso de él.

—Pues díselo. Cuando yo falte, prométeme que no dejaras que se derrumbe, que siempre podrá contar contigo.

—Eso haré.

Y encandilado por aquel fuego que aún prendía en su interior, la besó en los labios, embriagándose de su amor sincero, como antaño.

La habitación proyectaba una sombra alargada en la pared. Con la luz tenue de la lámpara de la mesita de noche, Nico descansaba en la cama recostado y distraído sin captar su presencia. Allí, dentro de su mente perdida, se debatía entre la pena y la resignación, mirando fijamente la foto que sostenía entre sus manos, como si de ella pudieran salir las respuestas que buscaba desesperadamente.

—Hola —susurró temerosa de molestarlo.

Pero él levantó los ojos hacia ella y se percató del ligero alivio que le había producido. Eso la hacía sentir bien, que la eligiera como su confesora, su consuelo. Se hizo a un lado para que se tumbara cerca de él y se mantuvieron en silencio unos instantes mientras se miraban fijamente.

—Creo que Isaac está perdiendo el norte. Su padre le intentó abrir los ojos hoy… estuvo a punto de golpearlo, y luego gritó a Ale.

Elena abrió los ojos sorprendida por la reacción de Isaac y la presunta preocupación que Nico mostraba por el que creía su enemigo.

—Dijiste que quería buscar una segunda opinión.

—Sí, y le han dado el mismo diagnóstico.

—Oh, Nico…

Su exclamación fue suficiente para hacer estallar aquella bomba de emociones. Rodó hacia ella y la abrazó, escondiendo su cara entre su cuello.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó entre sollozos.

—Nada, cariño, lo que hacías hasta ahora ya está bien. Hazla feliz mientras puedas.

El mundo seguía su curso, sin que ella pudiera detenerlo. Se dejaba arrastrar por la corriente, pero no era consciente de lo que sucedía a su alrededor. Ale se quedó perpleja cuando vio el examen encima de su pupitre. Su agenda carecía de anotaciones desde hacía una semana y el estudio había pasado a un segundo plano. Tras leer las preguntas detenidamente se percató de su ignorancia y decidió desistir, quedándose paralizada delante de aquel folio inteligible.

—Empieza a escribir —le susurró Sofi desde su pupitre.

Ella la miró, encogiéndose de hombros.

—No puedo, no sé nada.

Sofi, nerviosa, se mordió el labio y, tras comprobar que la profesora no las tenía en el punto de mira, empezó a chivarle las respuestas. Pero Ale no podía creer qué estaba haciendo, jamás había necesitado de la ayuda de nadie y le parecía incorrecto.

—Vamos, Ale, coge el boli y apunta —insistió.

—¡Sofía!

El grito de la profesora les hizo dar un salto en la silla.

—¿Estás copiando de tu compañera? —dijo acercándose a ella con expresión airada.

—Yo… —balbuceó Sofi.

—¡No! —intervino de inmediato Ale—. Era yo. Lo siento, no puedo hacer el examen, no he estudiado.

Cogió los papeles de su mesa y se los entregó, a la vez que se levantaba de la silla para abandonar la clase.

—¿Y me lo entregas en blanco? —preguntó totalmente asombrada—. Muy bien, espérame en la sala de profesores.

Lo que faltaba, si la mala suerte seguía acompañándola aquello acarraría una bronca de su tutora y quizá un aviso a su hermano. Pero tras esperar media hora en la puerta se dio cuenta que por una vez la profesora solo quería echarle el sermón.

—Me has sorprendido, Alessia, esto no es propio de ti —le dijo sentada en una gran mesa redonda cubierta de papeles—. Eres una chica con muchas aptitudes, no puedes desperdiciarlo.

—Me ha sido imposible estudiar… —dijo en su defensa.

—Sé que estás pasando por un mal momento, el cáncer de Celia y la relación que tienes con su hijo…

Ella la miró asombrada, dudaba de que Sofi hubiera corrido la voz, pero quizá había informado a la profesora para que fuera más benévola con ella.

—No es que ahora pretenda meterme en tu vida, soy tu profesora, no tu madre, pero quiero que entiendas que un examen puede repetirse pero un camino mal escogido te marca para siempre.

—Lo sé —dijo con tristeza.

—Bien, entonces te espero mañana después de clase.

—¿Cómo? —dijo sin comprender nada.

—¿Es que no me has entendido? Te repetiré el examen, pero ahora vete a casa a estudiar, no quiero arrepentirme.

Y eso hizo. Con la ayuda de Sofi, que se había memorizado las preguntas, estuvieron estudiando más de una hora. Pero cuando el reloj tocó las cinco de la tarde decidió coger el autobús y encaminarse hacia el hospital. Necesitaba ver a Celia y cerciorarse de que Isaac se estaba bien, después del pequeño desacuerdo que tuvieron días atrás. Sin embargo, tras adentrarse en el largo pasillo, supo que aquel día no iban a arreglar nada. Cuando llegó a la puerta de la habitación vio la silueta de una chica joven cerca de Celia e Isaac. La recordaba perfectamente, tenía memorizado el espectáculo que montó en el centro de aventuras. Desde fuera, podía distinguir un ligero parecido con Erica. Tenía el pelo castaño, era alta y esbelta, con unos movimientos elegantes que le proporcionaban cierto atractivo. Se despidió de Celia con un beso en la mejilla y vio cómo se acercaba a Isaac, rozándole el brazo con la mano. El abrazo que vino después le congeló el alma. Carla pasó por su figura paralizada minutos más tarde, dedicándole una mirada de desprecio. La misma que vio en su hermana el día que hablaron en el baño. Cogió aire y se dio la vuelta para ver cómo se alejaba. ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué había ocupado el sitio que le correspondía? Entró en la habitación con semblante serio. Isaac la miró fijamente, sabía lo que estaba pensando, sabía que lo había visto todo.

—Ha venido a ver a mi madre, no a verme a mí —dijo excusándose.

—¿Y cómo se ha enterado?

—¿De verdad lo preguntas? ¡Todo el mundo lo sabe!

De nuevo aquel carácter huraño servía para defenderse. Se dio media vuelta, derrotada por su propia frustración, pero antes de llegar al pasillo la voz de Celia la detuvo.

—Ale, acércate.

Cada vez estaba más débil, ya necesitaba una mascarilla de oxígeno que solo se quitaba de vez en cuando para hablar.

—Entre cielo y tierra no hay nada oculto, todo se sabe —le dijo acariciándole la mano—. Debes confiar en él, si no todo será muy complicado.

“No puedo aplacar mis celos ahora”, pensó.

—Tengo que irme, Celia, tengo que estudiar —mintió—, ya vendré a verte mañana.

—Vas a ser una gran periodista, estoy segura.

Ale la besó con delicadeza y le acarició la mejilla, agradecida por aquella virtud que tenía de hacer sonreír a la gente. Se desprendió de su mano temblorosa y salió al pasillo sin dirigir la vista a Isaac. Este salió detrás de ella inmediatamente.

—¿Te vas sin despedirte de mí? —gritó—. Ya te he dicho que solo ha venido a ver a mi madre. ¿Qué quieres? ¿Qué le prohíba la entrada?

—¡No me grites! —explotó, cansada de aquella actitud que había decidido usar con ella—. ¡No tienes por qué decirme las cosas de esa manera!

—Tú también me estás gritando.

Ale suspiró exasperada.

—Me voy, y tú deberías hacer lo mismo. Ve a casa, date una ducha y duerme. Quizá mañana te encuentres de mejor humor.

—¿Cómo esperas que esté de buen humor? ¡Mi madre se muere!

Ale se acercó a él intentando serenarse, sabía que estaba aterrado y su miedo no le dejaba pensar con claridad.

—Hagas lo que hagas se va a ir de todas formas, es mejor que la última imagen que tenga de ti sea con una sonrisa en la cara —dijo dándole el mismo consejo que había usado Nico con ella.

—¿Acaso tú te reíste cuando murió tu padre?

Sus palabras fueron como un puñetazo en la cara. Apretó los ojos con fuerza, haciendo saltar sus lágrimas, y le propinó un bofetón. Isaac se quedó perplejo mientras su mejilla se enrojecía ligeramente.

—¡No sabes nada! —gritó—. Yo era una niña de once años, me quedé sola, mi hermano me abandonó y mi madre era una muerta en vida. Tú tienes a gente alrededor que te quiere y ni siquiera eres capaz de verlo, estás cegado por el miedo. ¿Recuerdas cuando dijiste que no le tenías miedo a nada, Isaac? ¿Lo recuerdas?

—Mentí —dijo en un susurro.

Y su confesión acabó de derrotarla. Corrió escalera abajo, tropezando con las personas que impedían que saliera de aquel infierno. Mintió, aquella fortaleza que idolatraba se tambaleaba violentamente. ¿Quién iba a sujetarla ahora para que no cayera?

A pesar de todo, volvió al día siguiente, impulsada por el miedo de perder el rumbo de aquella relación. Los días felices habían quedado atrás, muy lejos, allí donde parecía otra vida, otro mundo.

Isaac estaba sentado en la sala de espera con un café de máquina aguado y que apenas había probado, mirando hacia la nada. Se sentó a su lado y lo acompañó en silencio en su meditación extraña. Minutos más tarde, se atrevió a mirarlo a la cara, preparada para ver en sus ojos el resentimiento y la tristeza, provocado por el bofetón de ayer. Pero, en cambio, se encontró un profundo dolor que se ahogaba en su mar agitado.

—Lo siento —dijo débilmente.

—No importa.

—Antes te hubiera importado.

—Estoy cansado, y tú eres tan tozuda…

"Se rinde", se dijo afligida.

—Intentaré no serlo si hablas conmigo, si me dejas ayudarte.

—¿Y si te pido algo, lo harás? —dijo ladeando la cabeza con curiosidad.

Ella asintió, deseosa de mostrarse lo más servicial posible.

—Vete, Lessi, déjame solo.

Huir no era el concepto que tenía ella de ayudar. Huir era lo que había estado evitando para demostrarle que era capaz de enfrentarse a sus problemas.

—¿Por qué intentas alejarme de tu lado?

—Oh, sabía que no iba a funcionar…

Se puso las manos a la cabeza y dejó entrever su expresión frustrada.

—¡Quiero estar contigo! Abrazarte, darte fuerzas mientras lloras…

—¡No! —dijo cogiendo su cara entre sus manos—. No… no quiero que vuelvas a pasar por esto otra vez.

—Pasaría una y mil veces si fuera necesario. Si con ello pudiera estar contigo como antes. Por ti, porque te quiero. Te quiero —dijo con énfasis.

Por fin se había liberado de aquella carga de sentimientos, mientras una lágrima caprichosa rodaba por su mejilla.

—No me digas eso…

—¿Por qué? Te amo, esa es mi gran verdad, por eso me entregué a ti en cuerpo y alma. ¿Es que tú no lo sientes?

Silencio. Sus mejillas inundadas en lágrimas también se reflejaban en él.

—Contéstame, ¡vamos! ¿Me quieres?

—Este no es el momento ni el lugar para esas palabras.

De repente, respirar le pareció un suplicio. Cada bocanada de aire provocaba espasmos en su cuerpo y un dolor agudo en el pecho la aprisionaba. “Así se siente un corazón roto”, se dijo.

—Deja de llorar, Lessi, por favor, no lo soporto. —Sollozó.

—Estoy sufriendo por ti. Me prometiste que no me harías daño, ¿eso también era mentira?

—No, pequeña, solo necesito tiempo. Ahora solo puedo pensar en mi madre, dame tiempo, por favor…

“Me está dejando”, concluyó en su interior, y algunos pedacitos de ella se desprendieron arañando su alma.

—Tiempo —repitió en un susurro.

Ya le parecía estar esperando una eternidad. No podía concebir una vida sin sus besos, no existía. Hizo ademán de levantarse de la silla, dispuesta a acabar con aquella agonía, pero entonces la mano de él se posó encima de la suya y sus labios mojados en lágrimas la besaron.

—No sufras por mí, te lo suplico.

“Demasiado tarde”, le hubiera querido contestar. Pero sus palabras estaban muertas en ese momento, su boca solo deseaba gritar.

Salió del hospital cuando la lluvia arreciaba cada vez más, invadiendo cada parte de su cuerpo. Allí donde él había estado, donde guardaba sus caricias, sus besos, el cariño y el amor más intenso, íntimo y pasional. El primero y el único. Y ya no estaba. De un momento a otro se había esfumado. Aquellos instantes mágicos, tan suyos, habían desaparecido. Echó a correr calle abajo, dejando atrás recuerdos. Intentando borrar de su

mente los ojos azules que habían sido su cielo y estrellas. Mientras lloraba por su corazón desquiciado, por su sonrisa rota, por su mundo echo a pedazos. Y por todo aquello por lo que un día decidió luchar y hoy no tenía sentido. Porque el amor, algunas veces, es la puerta que nos lleva al desastre.

Ojos azules, como el cielo infinito. En ellos se ahogaba, gritaba fuertemente pero su voz era un eco en el silencio.

"¿Me quieres?".

"Este no es el momento ni el lugar".

Una cara consumida por el sufrimiento la observaba desde la distancia.

"Todo se sabe".

Aquel cielo azul se oscureció, pero hoy no había estrellas ni luna que la miraran desde lo más alto, solo la angustia que le oprimía el pecho. Desde allí, el mar cantaba una melodía que hablaba de días atrás, cuando le hubiera gustado parar el tiempo. Pero ahora la soledad la abrazaba terriblemente.

Un grito desgarrador la sacó de su pesadilla. En su habitación no había nadie, y solo segundos más tarde se dio cuenta de que había sido la culpable. Nico abrió la puerta alarmado y corrió hacia ella para socorrerla. La abrazó fuertemente mientras ella se dejaba llevar por el llanto.

—Solo era un sueño, Ale, un sueño.

No, era la vida misma.

—No quiero que se vayan, no quiero perderlos.

—Yo tampoco, hermanita.

—Quiero a Celia por su bondad y amo a Isaac porque con él puedo ser libre. ¿Por qué me abandonan siempre?

—Nadie te ha abandonado, Ale…

—¡Tú me abandonaste! Papá se fue de repente, mamá rehízo su vida sin pensar en mí, y ahora ellos… No quiero quedarme sola.

Nico la miró sobrecogido. Ahí estaba de nuevo, ese lastre del pasado del que no eran capaces de deshacerse.

—No estás sola, cariño, yo estoy aquí. Mamá vendría desde cualquier parte del mundo si se lo pidieras, Celia lucha por quedarse a nuestro lado e Isaac se siente superado. Sabe que pase lo que pase tú le amas y lo esperarás, pero quizá Celia no tenga tanto tiempo.

—¿Y qué debo hacer?

—Mantente cerca por si te necesita.

Los días se hacían iguales, uno detrás de otro. Eso pensó Nico cuando entró de nuevo en el hospital. Ale lo seguía cabizbaja y algo temerosa de encontrarse a Isaac de frente, pero todo ocurrió como deseaba. Isaac descansaba apoyado en la pared, justo al lado de la habitación de Celia, se adelantó hacia él y le indicó a su hermana que entrara

deprisa, sin detenerse. Cuando Isaac se percató de ella hizo ademán de acercarse, pero él lo cogió del brazo y lo detuvo.

—No, ahórrate lo que tengas que decirle, no quiero que vuelvas a cagarla. Se ha levantado muy alterada.

—Soy un maldito imbécil —dijo apretando los dientes.

—En eso estoy de acuerdo. ¿Por qué te cuesta tanto compartir la vida con otra persona?

—No sé hacerlo…

Su impotencia se leía en sus ojos. Verlo de aquella manera era completamente nuevo para él.

—No todo son momentos felices Isaac, pero tener a alguien te lo hace más fácil.

—Si me quedaran fuerzas para intentarlo, pero no tengo ánimos para nada.

—Te mueres con tu madre. Estás destrozando tu vida por la imposibilidad de ayudarla y cuando despiertes de esta pesadilla te arrepentirás de todo. Si la amaras de verdad, correrías a sus brazos para cobijarte del mundo.

—Yo debería cuidar de ella, pero no puedo, ahora no soy buena compañía.

—Ella también tiene que cuidar de ti, no es solo trabajo de uno.

Isaac lo miró con una media sonrisa, hacía días que no lo veía cambiar de expresión.

—¿Por qué me das consejos?

—Supongo que no te desprecio tanto como creía —contestó encogiéndose de hombros.

Él suspiró como si le diera la razón. De la mañana a la noche, estaban sentados uno frente al otro, como antaño, conversando sobre sus sentimientos.

—¿Cuánto crees que le queda?

No quería pensar en el tiempo, no servía de nada.

—Qué importa, estaremos a su lado mientras podamos.

Volvieron a la habitación a paso lento, Ale seguía dentro, despidiéndose de Celia. Cogió su bolso y se dispuso a marcharse.

—¿Te vas? —le preguntó Isaac.

—Sí —contestó sin mirarlo a la cara.

—Te llamaré a un taxi.

—No hace falta, me da tiempo de coger el último autobús.

—Bien, adiós, Lessi.

—Adiós, Isaac.

Se acercó a Nico y lo besó en la mejilla, a su contacto notó cómo le temblaban los labios.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó en un susurro.

Negó con la cabeza y desapareció de allí rápidamente. El gemido de Celia lo hizo estremecer, intentaba incorporarse en la cama, pero sus esfuerzos eran inútiles.

—No se merecía lo que le has hecho —dijo con voz ronca.

Isaac cerró los ojos mientras un suspiro lo hundía más en su desdicha.

—Lo sé, mamá.

—Si fuera tú me dedicaría a sentir la vida al máximo.

Nico se prometió que así lo haría.

Sonreía. Cuando su gotero volvía a suministrar aquella droga que la sostenía en el tiempo, en una fina línea que la separaba de la vida y la muerte. A veces estaba a un paso, a veces a dos. Otras, todo se normalizaba y podía hacer ver que no pasaba nada. Entonces Isaac disimulaba, para que su mente no acabara con él. Pero esas ocasiones se agotaban, acortándose al paso de los días. Días mundanos, insulsos, idénticos los unos de los otros. Solía sentarse al lado de su madre y rezaban juntos. Quizá las plegarias no llegaran nunca, pero en la desesperación cualquier opción era posible. Juraban promesas que cumplirían posteriormente y si algo fallaba sería la confirmación de que no existía nadie en el cielo. Pero el destino era caprichoso y la fórmula de la felicidad también se sacaba de las desgracias.

—Llega el invierno —dijo Celia tiritando.

Sus labios temblaban de frío, pero allí dentro el ambiente era cálido.

—Pediré una manta.

Isaac se levantó, al tiempo que ella lo cogía de la mano para impedir que se marchara.

—Era invierno cuando conocí a tu padre, ¿te lo he contado alguna vez?

—No.

Hacía años que no hablaban de él, su recuerdo conllevaba demasiado rencor.

—Empezaba a nevar —dijo esbozando una ligera sonrisa—, me dirigía de camino a casa después de un duro día de trabajo en la posada. Por aquel entonces, solo era una cría, a duras penas podía llevar una bandeja llena de copas. Sin embargo, el dueño conocía a mi padre y ya sabes que aquí siempre hemos vivido de favores. Nevaba, hijo, pocas veces he visto nevar aquí. Era maravilloso… Los copos se arremolinaban en las calles como bolas de algodón. La noche parecía menos negra, como si cayeran proyectando luz. Yo iba andando asombrada por la extrañeza de aquel acontecimiento cuando de repente me percaté de que un coche me seguía despacio a mis espaldas. Una vez estuvo a mi altura, vi a un hombre con bigote entrado en años, mal vestido y sucio, que me sonrió y se ofreció a llevarme. Con el corazón en un puño, rechacé su ofrecimiento lo más amablemente posible. Aun así, él continuó su acoso. No sé qué hubiera hecho si tu padre no hubiera aparecido en aquel momento. Lo espantó tan sutilmente que a día de hoy aún me pregunto qué le dijo, aunque en ese instante poco me importó. Me agarré a su brazo fuertemente y así anduvimos hasta mi casa, donde me dejó sana y salva. A la mañana siguiente, lo encontré esperándome en una esquina. Y así empezó nuestra historia.

Isaac suspiró al ver la cara anegada en lágrimas de su madre.

—Mamá, ¿por qué me cuentas esto?

—Porque quería que ese recuerdo permaneciera contigo. Quería que supieras que a pesar del daño que nos causan algunas personas, al final prevalecen los buenos momentos. Por eso sé que Ale te perdonará si vas a buscarla.

“No, ella no…”, suplicó en su mente. Había intentado olvidar su imagen desecha con todas sus fuerzas, pero lo perseguía hasta en sueños.

—Ahora no quiero pensar en eso.

—¿Y si ella estuviera en mi lugar?

Tragó saliva y un escalofrío le recorrió la espalda, poniéndole el vello de punta.

—No podría soportarlo —dijo en un susurro.

—Porque se ha convertido en alguien imprescindible en tu vida, pero hasta que no aprendas a amarla no serás feliz.

—¿Aprender? —preguntó incrédulo.

—Sí, en los momentos buenos y en los malos.

¿Tan malo era querer apartarla de aquella pesadilla? Y de pronto rememoró el día en que sufrió el accidente de moto y la regañó por haber sido tan descuidada. No hagas como Nico, le había dicho. Sobreprotegerla. ¿Y no era eso lo que estaba haciendo ahora? Ella ya era una mujer adulta, que fardaba de saber cuidarse sola, aun sabiendo que en ocasiones no lo conseguía.

—No necesito que estés aquí todo el tiempo, cariño. También me apetece estar sola. Vamos, vete.

No sabía si lo echaba para ayudarlo a arreglar aquel drama o realmente era sincera, pero por pura inercia empezó a andar dejando atrás el hospital, que desde hacía semanas era su casa. Empezaba a oscurecer cuando cogió el coche, por la carretera memorizó varios discursos exculpatorios para su defensa. Era inútil, nada de lo que había hecho en ese estado de locura transitoria tenía justificación. Quizá tuviera que arrodillarse, pedir perdón, algo a lo que no estaba acostumbrado.

Desde fuera se veía la luz del comedor, proyectando sombras en las cortinas blancas. Sin quererlo, se encontró reconociendo cada una de ellas, buscando la de Lessi, pero no fue capaz de visualizarla. Tocó el timbre y aguzó el oído para sentir las voces que hablaban dentro. Nico y Elena susurraron algo ininteligible y segundos más tarde la puerta se abrió.

—¿Isaac? —dijo Nico con aparente preocupación—. ¿Ha pasado algo?

—No, Celia está bien.

"Sigue viva", pensó para sí. A fin de cuentas era lo que le había preguntado.

—Necesito ver a Lessi; ¿está en casa?

—Sí, pero no sé si es lo más adecuado.

—Seré breve, te lo prometo.

Nico suspiró, agachando la cabeza, como si sopesara lo que estaba a punto de hacer. Finalmente le dejó entrar.

—Está en su cuarto, Isaac, no lo estropees más, está siendo muy duro para ella.

"Y para mí", se dijo. Solo quería volver a sentir el calor de su abrazo, su fragancia pegada al cuerpo. Subió la escalera de dos en dos, ansioso por lanzarse a su boca. Una vez delante de su puerta se contuvo, debía ir despacio. Abrió la puerta lentamente, dejando que la luz del pasillo entrara despacio en la oscuridad. Lessi permanecía recostada en la cama sin deshacer, con una manta fina que la tapaba ligeramente. Parecía adormilada, se sentó cerca de ella y observó aquella cara angelical, igual que lo había hecho hacía semanas, la primera vez que la tuvo en su cama. Como entonces, ella abrió los ojos y se sobresaltó al verlo, apartándose de él como si de pronto fuera un fantasma.

—¿Qué haces aquí? —dijo en un susurro lastimero.

—Solo quería pedirte perdón, he sido un estúpido, un maldito idiota, porque te quiero, desde el primer día en que te vi, te quiero muchísimo.

Las palabras salieron de él sin pensarlas ni por un segundo. Su corazón había cogido camino directo hasta su boca, pronunciando lo que no se había atrevido a decir. Lessi abrió los ojos de par en par, dejando ir un destello, quizá producido por una lágrima que empezaba a florecer.

—¿Por qué ahora? —preguntó reticente.

—Mi madre me ha abierto los ojos. No sé qué haré cuando ella no esté.

Ella se acercó y lo observó de cerca mientras hacía desaparecer la expresión triste que la había estado persiguiendo. Levantó su mano derecha y se mordió el labio, como si temiera lo que iba a hacer a continuación. Le puso la mano en la mejilla y lo acarició con delicadeza.

—Tendrás a otras personas a tu lado que cuidarán de ti.

Isaac cogió aire ante su contacto y esbozó una sonrisa.

—Por eso no quería perderte.

—Siempre he estado aquí.

Lo sabía, en el fondo de su alma sabía que ella lo esperaba. "A pesar del daño que le he hecho". Su madre tenía razón. La vida no era tan cruel a pesar de todo, le daba una de cal y otra de arena. Para compensar pérdidas, para abrir otras puertas. De repente, se tiró a sus brazos y hundió la cara en su pecho, sintiendo el tacto suave de su piel, mientras ella lo abrazaba fuertemente y lo apegaba a su amor reavivado. Y una lágrima, su corazón latiendo incansable, un sollozo, un torrente de emociones. Sin darse cuenta se vio llorando como un niño, escondiendo el dolor entre sus brazos.

—No llores más, voy a estar contigo, vamos a superar esto juntos.

—Juntos siempre, Lessi, dímelo. Di que no volveremos a separarnos nunca.

—Nunca, amor, nunca.

Podría reírse. Mientras lo hiciera no se acordaría de esa fatídica noche. Podría reír sin razón alguna, mientras la muerte acechaba a cada momento. La invitaría a pasar a esa oscura habitación, donde las flores empezaban a marchitarse. Habían pasado demasiados días para contarlos, ya ni siquiera recordaba el calor agradable de un cuerpo humano, una caricia, un beso. Solo hacía frío, solo se sentía débil. Atada a máquinas incomprensibles que medían cada latido de su corazón, marcando un ritmo, quizá un final. Hoy el dolor la había abandonado después de su despiadado desfile a través de su cuerpo. Al menos la dulce tortura le ayudaba a sacar fuerzas para seguir luchando. Ahora no podía hacer nada, solo esperar. Una extraña harmonía se había apoderado de ella y la llevaba hacia un lugar desconocido, a pasos irreverentes. Si el precio no fuera tan alto, tan irreversible, buscaría la simpleza de aquella sensación día y noche, bajo las estrellas, bajo un sol ardiente, aquel que la había mirado con su gracia pero ya no recordaba su nombre. No volvería a prender su alma, enmudecería su corazón y la abandonaría tras una vida llena de elocuentes respuestas, de debates encarnecidos con su lastimada conciencia. Vida grande y plena. Jamás hubiera cambiado nada de lo vivido o lo perdido. Su conjunto de instantes irrepetibles, tiernos, increíbles, venturosos,

sabios aleccionadores. Imperecederos todos ellos, en la memoria de los protagonistas de su historia. Y mientras las primeras luces del alba asomaron por la triste ventana, una cara angelical apareció delante de ella.

—Mamá, tenías razón, tenía que aprender a amar. Ayer estuvimos juntos de nuevo, y ya nada volverá a separarnos.

La sonrisa de su hijo fue un regalo de Dios. Hacía una eternidad que no lo veía sonreír. Incluso esos trozos de cielo brillaron devolviéndole aquella mirada tan especial. Tan suya. Una tremenda paz la invadió, se vio reflejada en sus ojos, pero esta vez aquella mujer enferma también sonreía. Y ya era libre.

Capítulo 13

Repiqueteaban las campanas en señal de duelo, desgarrando el cielo con su compás fúnebre. Cudillero se vestía de luto en un día que había amanecido encapotado y extremadamente silencioso. Hasta las gaviotas estaban paradas en los tejados temerosas de romper aquella calma sepulcral. Una marea negra había alcanzado el aforo máximo en la iglesia del pequeño pueblo. Todos querían despedirla, todos deseaban dejar sus condolencias y mostrar su respeto. Isaac había sido capaz de mantener el tipo en el transcurso de la misa, pero ahora que tan solo se veía rodeado de Nico y Esteban, sus sentimientos se desbordaban inevitablemente. Navegaban a bordo de el *Mar del Norte*, en lucha constante con las olas que bailaban a su alrededor. La marejada era novia traicionera, pero el tiempo no entendía de penas. Se habían echado a la mar una vez finalizado el funeral, antes de que les pillara la tormenta. Cierto era que el riesgo se hacía cada vez mayor, pero deseaba acabar con aquello cuanto antes. En sus manos mantenía sujeto el recipiente que guardaba los restos de su madre convertidos en cenizas. Fragmentos imperceptibles de una mujer maravillosa, aquella que lo trajo al mundo y le enseñó los secretos de su felicidad. Ya habían alcanzado una buena distancia de la costa y el cielo se mostraba más negro a su paso hacia mar adentro. Esteban le hizo una seña desde el timón que le hizo comprender que no era posible ir más lejos.

—Hazlo ya —le inquirió Nico.

Asintió, reacio a deshacerse de ella tan pronto. Pero bien sabía que su alma ya había tomado camino hacia el cielo. Abrió la tapa con cuidado, mientras el viento amainaba como si se preparara para su llegada. Inclinó el recipiente hacia abajo para que cayera por la borda. Pero las cenizas no tocaron el agua, izaron el vuelo por su superficie, difuminándose en la lejanía. Isaac dejó ir una exhalación al ver lo que ocurría.

—¿Crees que…? —le preguntó a Nico.

—Sí, caerán al agua.

Su convicción lo tranquilizó. Su madre solo se lo había dicho una vez:

—El día que me pase algo…

—Aún queda mucho para eso —la interrumpía siempre.

Pero qué corta era la vida…

—Llévame al mar —le dijo— con mi padre. Él decía que allí se sentía libre.

¿Sería cierto? El viento volvía a golpear con fuerza y la tormenta se avecinaba, avisando con grandes rugidos y destellos. Aun así, en el horizonte inamovible permanecía un cielo claro y sereno. Eran libres, porque el mar les permitía virar hacia un camino lejos de la tempestad.

—¿Volvemos? —preguntó Esteban.

—Sí, por favor —dijo Nico, con cara de descomposición.

—¿Te encuentras mal? Anda, que si tuvieras que ser pescador…

Los dos se echaron a reír. Isaac llevaba el mar en la sangre, por mucho que su padre lo hubiera intentado apartar de él. Quizá su madre permaneciera en él para siempre, en su forma de actuar, en sus palabras. Como su abuelo lo había hecho, inculcándole la pasión por el mar. En un arrebato de tristeza, mientras los dos se miraron con los ojos hinchados de llorar, se abrazaron con fuerza, olvidando la espina que tenían clavada hacía tiempo. Había ocasiones en que hacía falta una desgracia para darse cuenta de que la tozudez solo enturbiaba la vida y nos llenaba de hipocresía.

Llegaron al puerto cuando la lluvia empezaba a caer. Corrieron hacia la posada no sin antes pararse por el camino para que Nico vomitara, vencido finalmente por las náuseas. El nuevo dueño de la taberna les dio el pésame y les invitó a una cerveza. Se sorprendieron de que no hubiera cambiado nada de la decoración, realmente aquel bar era conocido desde siempre tal y como era, quizá reformarlo le hubiera quitado gracia. En su meticuloso reconocimiento del local, vio acercarse a una figura muy conocida para él.

—Llegas tarde —dijo en cuanto lo tuvo a su lado—, como siempre.

Su padre llevaba una gabardina negra completamente empapada y su cartera de trabajo.

—Sabes que no soy muy religioso…

—Se le llama ser respetuoso, papá.

Él suspiró, sin ánimos de defenderse ante su ataque.

—¿Podemos hablar en privado?

Isaac miró a Nico como si intentara disculparse y se levantó a regañadientes. Se sentaron en una mesa contigua y su padre pidió un café, mientras sacaba unos papeles de su cartera.

—He estado haciendo algunos trámites.

—¿A qué te refieres?

—Los bienes de tu madre, hijo…

Dinero, tendría que haberlo imaginado, ¿por qué si no venía a verlo?

—No necesito que hagas nada, a no ser que quieras conseguir algo de todo esto.

—Déjate de estupideces —dijo visiblemente afectado por su comentario—, sabes bien que tu madre y yo arreglemos nuestro divorcio hace muchos años, pero seguía siendo su abogado.

Le acercó los documentos y esperó a que los leyera.

—¿Qué es todo esto?

—Tu herencia, Celia no tenía testamento, así que todos sus bienes te corresponden por derecho. El alquiler del local, la casa, sus cuentas bancarias… Sé que estás deseando ampliar tu negocio, quizá ahora puedas hacerlo.

—La casa no la quiero —dijo seriamente.

—No seas imbécil, puedes alquilarla o venderla. Estoy seguro que sacarías un buen pellizco. Te enviaré a un tasador.

Se bebió el café de un sorbo y se levantó veloz de la silla.

—Tengo un juicio dentro de dos horas. Firma todo lo que te he traído y llámame en cuanto esté listo.

Hizo ademán de marcharse, pero se detuvo en el último momento.

—Hijo…, si necesitas algo, cualquier cosa que sea, no dudes en pedirlo. Vendré enseguida.

"Sí, claro", pensó mientras lo veía cruzar la puerta y adentrarse en la lluvia. Observó los papeles que tenía en la mano y les dio un vistazo rápido. Su madre había conseguido ahorrar mucho dinero, pero sabía que no le correspondía todo. Si ella hubiera tenido tiempo de hacer un testamento hubiera incluido a otra persona en él. Y ya había pasado demasiado tiempo comportándose como un egoísta, como alguien a quien tan solo le importaban sus negocios y el dinero. Alguien parecido a su padre.

Rosas muertas. Desde que Celia no estaba, la terraza era un espectáculo agonizante de flores respirando su último aliento. La lluvia parecía querer evitar aquel fatídico final, pero bajaba a tanta presión que no hacía más que agudizar la situación. Ale permanecía resguardada en el porche. Aunque el viento le traía el agua hacia la cara y la hacía tiritar, pero necesitaba respirar aire. Se agachó para recoger el último pétalo rendido y lo apretó fuertemente contra su pecho.

—Las flores se recomponen. Las personas también.

Elena le puso una mano en el hombro y se giró hacía ella. Su sonrisa era reconfortante, aunque sabía que ella también sufría.

—Sí, debo ser fuerte por Isaac, se lo prometí.

—Vamos, vuelve dentro, estarán a punto de llegar.

Elena se había pasado el resto de la mañana cocinando pasteles. Le relajaba y la mantenían entretenida. Habían intentado disuadir a Nico e Isaac para que se echaran a la mar otro día, pero había sido inútil. Aún llevaba puesto el vestido negro que le había prestado Elena, de manga corta y mucho más recatado que sus modelitos de fiesta. Era la primera vez que presenciaba un funeral. Cuando murió su padre, Nico no permitió que viviera aquel mal trago. Hoy, sin embargo, no había podido esconderse. Isaac necesitaba su apoyo, y aunque no habían hablado demasiado, bastó su presencia y estar cogida de su mano durante toda la ceremonia. Compartir el dolor era más fácil que hacerlo solo, Nico también lo había comprobado. Su llegada a Cudillero había revolucionado a muchas personas sin quererlo, y esa reacción estaba resultando muy fructífera. Habían perdido a alguien importante, pero ahora eran una piña, una familia. La espera ya empezaba a resultar insoportable cuando los vieron aparecer por la puerta. La lluvia había amainado lo suficiente para que la visibilidad no fuera tan reducida, pero el chaparrón había convertido las calles en torrentes de agua enfurecidos. Se les veía agotados. A pesar de todo, Isaac reflejaba una expresión diferente, como si en el fondo de su corazón reinara una paz extraña. Se acercó a él y lo abrazó con fuerza, su ropa seguía húmeda y sus labios sabían a sal.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó mirando unos papeles que resguardaba debajo de su chaqueta.

—Mi padre ha venido a traerme la herencia.

Nico se puso en alerta al escuchar aquella palabra.

—Sentaos, tengo que deciros algo.

Todos tomaron asiento en el sofá, intrigados por lo que vendría a continuación. Isaac se sentó en la butaca, delante de ellos, observando la expectación que había provocado.

—Mientras volvíamos en coche he decidido algunas cosas, y desearía que me dierais vuestra aprobación.

Ale sonrió por sus ánimos de cooperación y afianzó el pensamiento que había tenido anteriormente: una familia, una piña.

—Con el dinero que me ha dejado mi madre —continuó Isaac— voy a continuar con el proyecto que empecé en el centro de aventuras. Y más adelante, si todo va bien, abriré otra delegación.

—Eso es genial, amor, siempre y cuando no vuelvas a ahogarte en el trabajo —dijo dejando al descubierto su preocupación.

—Prometo que me controlaré.

—A mí me parece bien, tú siempre has sido de exprimir a fondo las posibilidades y los negocios no se te dan nada mal —dijo Nico para asombro de todos.

—Gracias.

Isaac esbozó una sonrisa amable.

—En cuanto a la casa, mi padre cree que lo mejor sería venderla…

Nico entristeció de repente; Elena abrió la boca desmesuradamente, como acostumbraba a hacer cuando algo la sorprendía sobremanera; y Ale lo miró ligeramente decepcionada.

—Haz lo que tengas que hacer, Isaac —contestó Nico en un susurro.

—Cállate, aún no he terminado.

Por un momento a Isaac le molestó que lo creyera capaz de hacerle semejante faena.

—Todo lo que nos ha ocurrido estos años ha sido una tontería, pero mi orgullo ha impedido que se arreglara. Aun así, no voy a pedirte perdón, me conoces de sobra para saber que no lo voy a hacer nunca. Pero puedo demostrarte que por mí, está todo olvidado: te cedo la casa, es toda tuya.

—¿Estás loco? ¡Puedes sacar mucho dinero de ella!

—A la mierda el dinero, mi madre hubiera querido que te la quedaras, porque tú también eras su hijo, a ti también te pertenece.

—Joder, Isaac…

Nico se puso las manos en la cara y negó con la cabeza varias veces. Cuando por fin se recompuso sus ojos estaban anegados en lágrimas. Isaac se levantó y se acercó a él para abrazarlo fuertemente. Ale escuchó susurrar a su hermano un "gracias" roto por la emoción. Su imagen parecía un sueño, dos amigos finalmente reconciliados. Dos hermanos, aunque la sangre no dijera lo mismo. Pero los sentimientos eran más fuertes que eso. Elena los miraba emocionada, incapaz de vocalizar una palabra.

—Bueno, aún no he acabado. Hay más…

Isaac miró a Ale y le dedicó una sonrisa autosuficiente que le cortó la respiración. Algo gordo se traía entre manos.

—¿Y bien…? —preguntó Nico impaciente.

—Si te parece, quería proponerle a Lessi que se viniera a vivir conmigo.

Ale soltó una exclamación y miró a su hermano. Este soltó una risita y se encogió de hombros.

—No soy quién para contestar, pero si buscas mi aprobación, ya la tienes.

—¿En serio? —preguntó Ale sin entender su reacción.

Semanas atrás no aceptaba que estuviera a su lado. ¿Cómo podían haber olvidado sus diferencias tan pronto?

—Sí, tienes mi bendición.

—Entonces… ¿Qué dices?

—No sé, Isaac… tengo que pensarlo, lo que ha pasado estos últimos días…

—Ha sido traumático, para ti y para todos, pero ha hecho que me dé cuenta de lo mucho que te quiero y de lo imprescindible que eres para mí.

—Yo también te quiero, pero…

—Tienes miedo, como siempre.

—Isaac, no la achuches, eso no va a ayudarla —les interrumpió Elena—. Estoy segura de que necesita asegurarse de que hace lo correcto.

Él asintió, un poco afectado por su presunta derrota.

—Está bien, tengo que irme, llamaré a mi padre para que empiece a arreglar papeles.

—¿Por qué no te quedas a comer? He hecho comida para un regimiento —le ofreció Elena.

—No, gracias, también tengo que volver a coger el mando del centro de aventuras, lo he tenido demasiado descuidado.

Se dirigió a la puerta pero Ale lo siguió.

—Isaac, espera. —Lo detuvo cogiéndolo de la mano—. Gracias por cederle la casa a Nico, ha sido un gesto muy noble.

Y muy inesperado, al fin y al cabo nadie creía que aquello pudiera llegar a pasar.

—No tienes por qué dármelas. Ahora dedícate a pensar seriamente en mi proposición.

"Siempre consigue lo que quiere", se recordó. Y sin darse cuenta, esbozó una sonrisa.

—Isaac…

—Vaya, ¿es que ya tenías claro que ibas a decirme que no?

—Pues sí —contestó con sinceridad.

Él la miró desconcertado, con los ojos llenos de frustración. Aunque en el último segundo lo vio sonreír con aire travieso.

—Oh, Lessi… No tienes remedio. Siempre me pones las cosas muy difíciles, pero creo que eso es lo que me mantiene junto a ti. Adoro los retos.

Se acercó a ella cogiéndola de la cintura y la besó en el cuello. Aún recordaba la noche de su reconciliación, cuando hicieron el amor en su cuarto eclipsados por una lujuria inexplicable.

—Lo consideraré. —Se rindió.

—No me importa esperar, ya lo hice antes, puedo volver a hacerlo.

Le guiñó el ojo y se subió al coche para desaparecer entre la llovizna. Su amor platónico. Quizá no fuera tan mala idea apegarse a él toda la vida, vivir el día a día envuelta de su magia.

Podría suceder que la tristeza se convirtiera en melancolía que corta el viento, en ráfagas de felicidad que llenaran su vida de una culpabilidad maldita. Libre para sentir, libre para recordar. Confundiéndose entre dos personalidades distintas. Entre el pasado y el presente, que se entremezclaban produciendo emociones contradictorias. Elogiando su futuro desde la distancia con la seguridad de que iba a ser insuperable, por el simple hecho de contar con las personas que lo rodeaban. Era feliz, pero a la vez, hubiera sido capaz de dar lo que fuera por compartir su dicha con su madre. Una semana no era suficiente para levantar el luto, pero en el mundo de los vivos la ilusión era la mejor aliada. El tiempo es oro, le había dicho Celia en sus últimos días, y Nico había aprendido bien aquella lección.

—¿Estás seguro de que es lo que quieres?

Elena lo miraba con ojos interrogantes y con una chispa de confusión por su impulso repentino.

—Sí, la otra mitad de la casa no se la voy a vender a nadie, tiene demasiado valor sentimental. Lo mejor es hacer de ella una sola, como antaño.

—Pero sabes que vas a tener que invertir mucho dinero…

—Haré lo que pueda con mis ahorros, aunque antes preferiría consultarle a Isaac. Ha cambiado el nombre de las escrituras, pero para mí sigue siendo de los dos.

Ella asintió, dándole su aprobación. No había meditado demasiado sobre esos cambios, no obstante, sabía que era la única opción posible.

—¿Y… sabes algo de la decisión de Ale?

Su querida hermana… Incitar a la locura a los demás era divertido, en uno mismo era aterrador. En su alma aquella niña triste y asustada aún reflotaba sin pedirlo, levantaba la mano continuamente para irrumpir en su vida con infinitos dilemas que la ponían en entredicho. Una chica de diecisiete años no debería tener tantas complicaciones, pero ella no era una adolescente, era una mujer adulta. “Mi hermanita creció”, se dijo. Casi tuvo que contener las lágrimas ante esa rotunda afirmación.

—¿Por qué no hablas con ella? Tú siempre tienes buenos consejos para todo el mundo.

Elena desprendió una sonrisa llena de alegría, feliz por su comentario y deseosa de correr hacia su cuarto para auxiliarla. “Disfruta ayudando a los demás”, pensó. ¿Podía haber ser humano más bondadoso?

Ale intentaba divisar su futuro por el gran ventanal cuando Elena entró a verla. Las nubes se habían disipado después de tantos días pasados por agua. Y neblinas que habían encapotado el cielo, que a veces daba la sensación de estar dentro de una burbuja de humo. La cabeza le ardía de tanto pensar, las chicas la habían visitado el día anterior y el debate había acabado inconcluso. El ángel y el demonio nunca estaban de acuerdo.

—¡Es demasiado pronto! Acabarás casada en cuatro días y con un bombo. ¿Qué hay de nuestras noches de fiesta? —había exclamado Laura.

Las pasaba pensando en él, desde el primer día que pisó Cudillero había dominado su vida.

—Si se lo ha pedido es porque de verdad la ama, y cuando hay amor de por medio, nada puede salir mal.

Sofi rebosaba ternura y romanticismo desde que Dani ocupaba su corazón. Quizá Laura necesitara alguien que cerrara las puertas de su longeva adolescencia. Al final las dos la habían abandonado con la típica frase "haz lo que creas conveniente", encabezonadas cada una en sus ideas. Laura libertina y Sofi enamorada. Ni siquiera se atrevía a llamar a su madre, en unas horas la tendría allí para conocer al hombre que había puesto patas arriba la vida de su hija.

—¿La decisión más importante de tu vida? —le preguntó Elena, mientras se sentaba en el borde de la cama observándola con sus ojos bien abiertos.

"Me está analizando", supo de inmediato. No le importaba, a veces le recordaba a Celia, aunque ella estaba llena de sabiduría que había conseguido con su corta experiencia. Elena aparentaba ser veinte años mayor de lo que era, pero en ciertos aspectos su juventud la ganaba.

—Cuando Nico te lo propuso… ¿Cómo fuiste capaz de lanzarte sin más?

—No lo pensé. En esas decisiones no hay cabida para la lógica. Hay veces que intentamos protegernos de peligros que nos impiden ser quienes somos pero realmente gracias a ellos crecemos como personas. No tengas miedo de tropezar, siempre es posible volver a levantarse.

Cierto, podría correr hasta sus brazos, construir un futuro junto a él y deshacerse de su escudo. Enterrarlo profundamente como un obstáculo que logró superar.

—Tiene que salir bien, ¿verdad? Después de todo lo que ha ocurrido, la vida nos lo debe —dijo acabando de convencerse.

—No te equivoques, Ale, la vida no te debe nada, ya te ha dado suficiente: un mundo lleno de posibilidades para recorrerlo como quieras. Ahora, que salga bien solo depende de ti.

Las calles desiertas buscaban el sol desesperadamente, añorando la luz que el verano les había proporcionado. Los árboles empezaban a disecar sus hojas, tiñéndolas de marrón tostado. Embarraban el suelo con la quejambre del otoño traicionero, que se acercaba sin avisar. Las noches frías invitan a quedarse resguardado, pero Ale se encaminaba a pie hasta la que sería su futura casa. Pisando fuerte a cada zancada para evitar volver, luchando con el lastre de su miedo. Recordó que una vez había tenido que vencer sus temores cuando era niña, cuando creía que debajo de su cama esperaba un monstruo para comérsela en cuanto se apagara la luz. Su padre le había dicho que jamás se iría hasta que ella se atreviera a mirarlo cara a cara. Cuántas noches en vela, cuántas lloreras innecesarias… Hasta que un día se llenó de coraje y asomó su cabecita por el borde de la cama esperando lo peor. Pero no había nada, el monstruo se había ido. Papá, ¡tenías razón!, le dijo pegando saltos de alegría. ¿Verdad que no fue tan difícil?, contestó él rebosante de orgullo, la mayoría de los obstáculos parecen ridículos una vez los hemos derrotado.

Llegó a su puerta con su convencimiento reafirmado. Isaac la abrió segundos más tarde, contento de recibirla por sorpresa.

—¡Sí, quiero! —exclamó lanzándose a sus brazos.

Él la tuvo que coger en volandas, manteniendo el equilibrio para no caerse al suelo.

—Por un momento creí que estábamos hablando de otra proposición… —bromeó.

—No vayas tan rápido, esto ya es un gran paso. Para empezar, tengo que advertirte que soy una maniática con mis cosas. Nada de usar mi toalla o mi cepillo de dientes.

—Vale, creo que podré sobrevivir a eso —dijo mirándola con adoración.

Al fin y al cabo, lo que realmente le importaba a Isaac era ella y amarla el resto de sus días. Porque, una vez, una mujer muy sabia, le dijo que la vida tenía que sentirse al máximo.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com